Nº 7

1 9 9 3

EL SOCIALISMO DEL FUTURO

ALEXANDER KING
La primera revolución global. La necesidad de un enfoque generacional

NORMAN BIRNBAUM
¿Qué podemos aprender de los movimientos de 1968?

VASSILIS FILIAS
En defensa del marxismo

BENJAMIN HUNNICUTT
La izquierda y el futuro del trabajo

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA
El futuro del trabajo y la educación

CLIVE JENKINS
Los sindicatos y el futuro del trabajo

RALPH MILIBAND
Tom Bottomore

CLAUS OFFE
¿Del *annus mirabilis* al *annus miserabilis*? La izquierda tras el cambio y Maastricht

PIERRE SCHORI
Seguridad en tiempos de inseguridad

GÖRAN THERBORN
El futuro del trabajo y las consecuencias de la ausencia de trabajo

COLIN CROUCH
¿Una nueva revolución gerencial?

DOROTHY WEDDERBURN
Retorno al debate sobre las nuevas formas de trabajo

CHALMERS JOHNSON
Japón en busca de un papel «normal»

Revista de Debate Político

FUNDACION SISTEMA

ALEXANDER KING
LA PRIMERA REVOLUCION GLOBAL. LA NECESIDAD DE UN ENFOQUE GENERACIONAL 3

CLAUS OFFE
¿DEL *ANNUS MIRABILIS* AL *ANNUS MISERABILIS*? LA IZQUIERDA TRAS EL CAMBIO Y MAASTRICHT 11

NORMAN BIRNBAUM
¿QUE PODEMOS APRENDER DE LOS MOVIMIENTOS DE 1968? 17

PIERRE SCHORI
SEGURIDAD EN TIEMPOS DE INSEGURIDAD. UNA PERSPECTIVA DEL NORTE 29

VASSILIS FILIAS
EL DECLIVE IDEOLOGICO Y POLITICO DE LA IZQUIERDA Y LA DINAMICA DE LA RECUPERACION. EN DEFENSA DEL MARXISMO 41

GÖRAN THERBORN
EL FUTURO DEL TRABAJO Y LAS CONSECUENCIAS DE LA AUSENCIA DE TRABAJO 61

BENJAMIN HUNNICUTT
LA IZQUIERDA Y EL FUTURO DEL TRABAJO 73

COLIN CROUCH
¿UNA NUEVA REVOLUCION GERENCIAL? 83

PABLO GONZALEZ CASANOVA
EL FUTURO DEL TRABAJO Y LA EDUCACION. ¿COMO TRANSFORMAR EL SISTEMA DE EDUCACION EN LA NUEVA EPOCA? 91

DOROTHY WEDDERBURN
RETORNO AL DEBATE SOBRE LAS NUEVAS FORMAS DE TRABAJO: EL SIGNIFICADO PARA LOS SINDICATOS 101

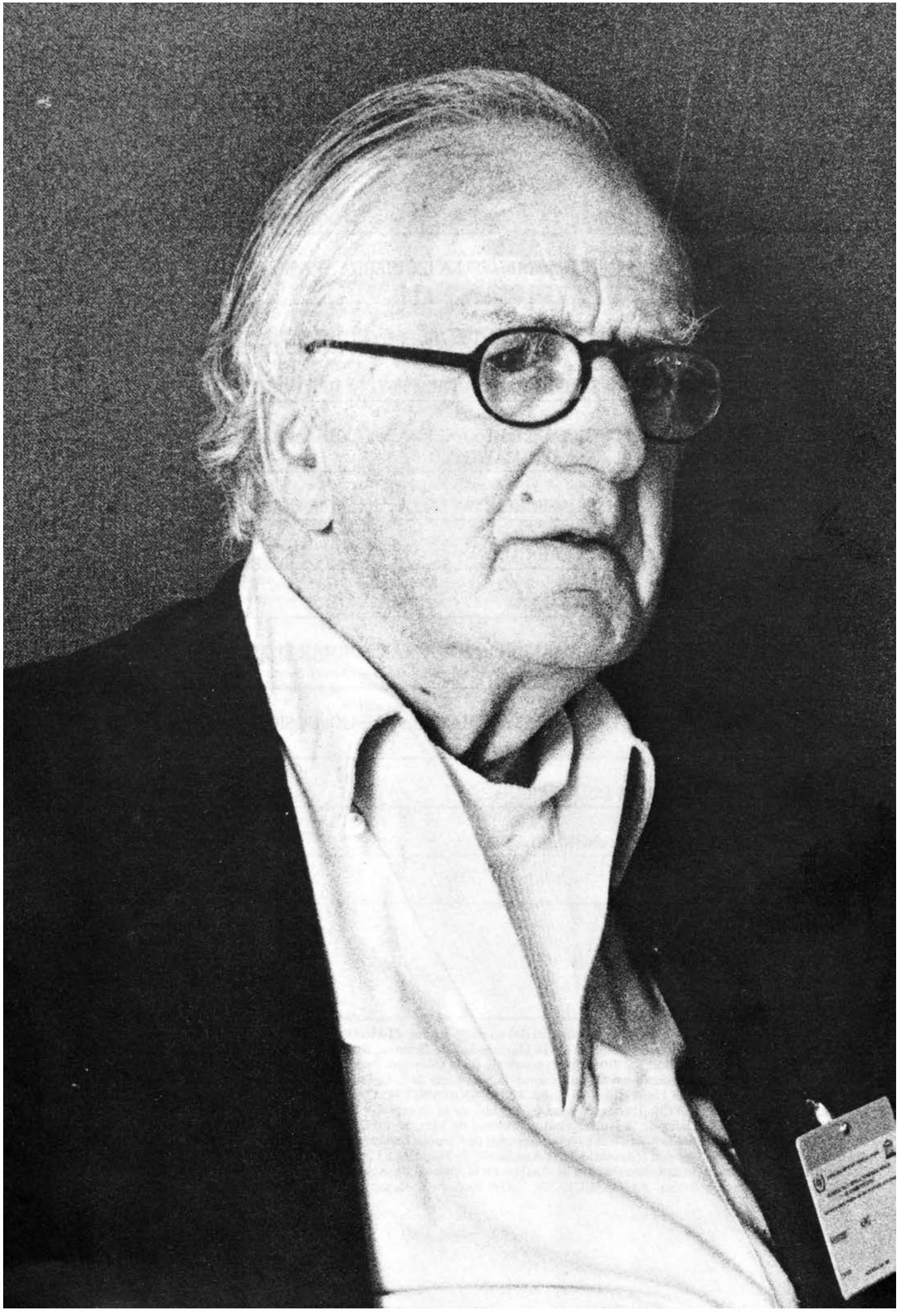
CLIVE JENKINS
LOS SINDICATOS Y EL FUTURO DEL TRABAJO 107

CHALMERS JOHNSON
JAPON EN BUSCA DE UN PAPEL «NORMAL» 113

RALPH MILIBAND
TOM BOTTOMORE 133

Colaboran en este número

ALEXANDER KING: Cofundador y Presidente Emérito del Club de Roma. **CLAUS OFFE:** Catedrático de Sociología y Politología en el Centro de Investigación Social y Política de la Universidad de Bremen. **NORMAN BIRNBAUM:** Catedrático en el Georgetown University Law Center. **PIERRE SCHORI:** Vicepresidente de la Comisión Permanente de Asuntos Exteriores del Parlamento Sueco. **VASSILIS FILIAS:** Presidente del Departamento de Sociología de la Universidad de Pantios-Atenas. **GÖRAN THERBORN:** Catedrático de Sociología de la Universidad de Lund. **BENJAMIN HUNNICUTT:** Catedrático de Estudios sobre el Ocio de la Universidad de Iowa. **COLIN CROUCH:** Tutor de Ciencias Políticas en el Trinity College de Oxford. **PABLO GONZALEZ CASANOVA:** Catedrático de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de México. **DOROTHY WEDDERBURN:** Miembro del Consejo de Investigación de la Managerial School en el Colegio Imperial de Ciencia Tecnológica y Medicina de la Universidad de Londres. **CLIVE JENKINS:** Secretario General Honorario de la Asociación de Finanzas y Ciencias de la Manufactura. **CHALMERS JOHNSON:** Catedrático de Relaciones Internacionales con el Pacífico en la Escuela de Relaciones Internacionales y Estudios del Pacífico de la Universidad de California. **RALPH MILIBAND:** Catedrático de Ciencias Sociales en el London School of Economics.



LA PRIMERA REVOLUCION GLOBAL. LA NECESIDAD DE UN ENFOQUE GENERACIONAL

Alexander King

Estamos convencidos de que nos encontramos en los albores de la formación de un nuevo tipo de sociedad mundial que será tan diferente de la actual como lo fue aquella en que nos introdujo la Revolución Industrial respecto del largo período agrario que la precedió. El elemento inicial, aunque en modo alguno el único, de la fuerza de cambio ha sido el surgimiento de un grupo de tecnologías avanzadas, especialmente las derivadas de la microelectrónica y los descubrimientos en materia de biología molecular. Todos estos elementos están creando lo que, de diverso modo, se denomina sociedad de la información, sociedad postindustrial o sociedades de servicios, en la cual el empleo, los estilos y las perspectivas de vida, los materiales y otras cosas serán muy diferente de lo que son hoy en día para todos los habitantes del planeta.

En un reciente informe del Club de Roma * se discuten los elementos contemporáneos más importantes del cambio. Aquí nos limitaremos a hacer una lista de ellos en un orden un poco aleatorio.

— Las continuas disparidades económicas, tecnológicas, etc., entre los países industrializados y los países en vías de desarrollo que amenazan la posibilidad de un desarrollo mundial armonioso.

— La explosión de la población mundial que se produce fundamentalmente en el Tercer Mundo y exacerba estas disparidades, deprimiendo el desarrollo, extendiendo la pobreza, el hambre y la enfermedad al tiempo que da lugar a oleadas de migraciones y conflictos étnicos.

— Aumento de la interdependencia de las naciones como consecuencia de las exigencias de una tecnología que se expande y que es intrínsecamente internacional; integración económica, comercio mundial, etc. La consiguiente erosión de la soberanía nacional nos lleva a pensar que el período histórico del predominio de la Nación Estado está empezando a desdibujarse mientras se progresa hacia una sociedad global. La exigencia de autonomía o independencia por parte de grupos étnicos o de otro tipo en todo el mundo es el otro extremo de la misma vara. Acontecimientos trágicos como los de Yugoslavia y los de algunas de las antiguas repúblicas soviéticas pueden surgir en otras partes.

— El surgimiento de poderosos bloques económicos e industriales en América del Norte, Europa y el lejano Oriente están cambiando brutalmente el modelo de la economía mundial. En conjunción con las empresas transnacionales que en su gran mayoría tienen su sede y su capital dentro de estos bloques, la situación económica de otras

* *The First Global Revolution,* de Alexander King y Bertrand Schneider, Londres, Simon and Schuster, 1991, y hasta el momento 16 ediciones en otras lenguas.

regiones, a las que con arrogancia denominamos países residuales, se torna difícil.

— La actual inarmonía en la economía mundial y la falta de confianza en la eficacia de las medidas económicas tradicionales de control indican un gran desgobierno internacional. Esto se demuestra por la acumulación de deudas y superávit exorbitantes. Resulta sorprendente que la única superpotencia política y militar que todavía subsiste sea el mayor deudor de todos los tiempos. Japón, la nueva superpotencia económica, todavía se siente bastante insegura de su papel de actor de la escena internacional. Las deudas de Argentina, Brasil y México han llegado a un nivel de estrangulamiento, mientras que para Africa, donde la deuda en términos absolutos es más baja que en Latinoamérica, el peso del servicio de la misma resulta paralizante. Al parecer, en estos países la situación se va deteriorando a medida que la atención mundial se vuelve hacia las necesidades de capital de las economías de la Europa oriental. Las ventajas del desarme que se han producido como consecuencia del final de la guerra fría han demostrado lo importantes que eran la fabricación y la exportación de armas para las economías de los países industrializados, entre ellos la antigua Unión Soviética. El desarme está contribuyendo a la prolongación de la presente recesión y al desempleo.

— El colapso del imperio marxista ha llevado a una aceptación general de que las fuerzas de mercado proporcionan la única base efectiva para la economía. La importancia del mercado como institución social para regir las energías productivas de los seres humanos y responder a las necesidades humanas es algo que hoy se reconoce casi universalmente. Sin embargo, como veremos más adelante, no es ninguna panacea, ya que a menudo se exageran sus virtudes para cubrir las apariencias.

— El fin de la guerra fría ha creado también un vacío ideológico con consecuencias difíciles no sólo para los anteriores países comunistas, sino también para las antiguas democracias.

— El desdibujamiento de la dicotomía ideológica, la pérdida de confianza pública en los partidos políticos y en las personalidades políticas, así como la pérdida de la fe en la religión está erosionando la disciplina pública en muchos lugares; las minorías cada vez están menos dispuestas a aceptar las decisiones de la mayoría, de ahí el aumento de la desobediencia, el crimen y la violencia.

— La complejidad, la incertidumbre y la rapidez de los cambios están haciendo cada vez más difícil la tarea de gobernar para unos gobiernos que tienen horizontes bastante limitados y estructuras rígidas. La elección de los líderes por su carisma en la televisión y la destrucción de los personajes llevada a cabo sin desmayo en los medios de comunicación cada vez disuaden más a las personas serias de entrar en la escena política. La centralización del control de gobierno es percibida por el público como una deshumanización y cada vez se enconan más los ánimos contra las burocracias, que no tiene rostro.

— El deterioro del medio ambiente se percibe cada vez más como una amenaza para el futuro de la sociedad y del planeta. Plantea pesadas limitaciones al crecimiento económico. Suscita cuestiones difíciles relativas a la provisión de suficiente energía limpia en el futuro y a la posibilidad de garantizar los alimentos necesarios para una población mundial en constante expansión. Incluso plantea dudas sobre si será posible mantener una economía basada en la estimulación del consumo.

— Como trasfondo de todas estas mentiras está el número cada vez mayor de ejemplos de las flaquezas humanas, entre ellas las de los barones de la droga y sus agentes, los blanqueadores de dinero, los políticos y hombres de negocio corruptos, la mafia y todos los demás horrores que los medios de comunicación ponen ante nuestros ojos.

Entonces, ¿por qué consideramos los desafíos y cambios contemporáneos como la Primera Revolución Global? Es posible que la difusión del cambio de la fase del hombre cazador y recolector a la del hombre agricultor haya tardado cientos de miles de años. La Revolución Industrial que empezó hace aproximadamente dos siglos en la Europa noroccidental dista mucho todavía de estar completa. Los actuales cambios brutales, sin embargo, se producen en todas partes al mismo tiempo, como resultado de causas igualmente ubicuas, provocando así el *Sturm und Drang* de una revolución universal. La importancia mundial de esta revolución adquiere proporciones aún mayores si reflexionamos sobre el hecho de que su desgobierno podía poner en peligro a toda la especie humana. La nueva sociedad, que está saliendo de la crisálida de las antiguas sociedades que a menudo son arcaicas y decadentes, carece de base ideológica. Está siendo configurada por una mezcla sin precedentes de terremotos geostáticos con elementos sociales, económicos, tecnológicos, culturales y éticos.

LA PROBLEMATICA MUNDIAL

En la revolución global, en la cual del caos tiene que salir un nuevo orden, la interacción entre los diversos elementos tiene una importancia especial. El Club de Roma ha acuñado el término «la problemática mundial» para describir la compleja maraña de problemas mundiales: políticos, económicos, sociales, culturales, psicológicos, tecnológicos, medioambientales y demás a los que hoy nos enfrentamos. Normalmente, cada área problemática es tratada como si fuera autónoma y se considera dentro de una unidad adecuada vertical o sectorial de gobierno, prestando poca atención a los impactos mutuos de unas áreas problemáticas sobre las otras. Los acontecimientos recientes hacen imposible ignorar estas interacciones. El final de la guerra fría, por ejemplo, no sólo está desembocando en cambios geopolíticos, sino que ya ha dado lugar a violentos conflictos, como el de Yugoslavia, a enormes oleadas de refugiados, a dificultades económicas debidas a la reducción en la producción de armas, al desvanecimiento del interés por el desarrollo del Tercer Mundo, entre otras innumerables repercusiones. De modo análogo, la explosión demográfica no sólo amenaza los planes de los países en vías de desarrollo, sino que está provocando migraciones masivas, presiones sobre la situación de la seguridad de la alimentación mundial, problemas de disponibilidad de aguas, entre ellos potenciales conflictos por lo que respecta a los ríos compartidos, la desertización y otros desastres ecológicos. Apenas empezamos a darnos cuenta de la enorme complejidad del sistema mundial, al tiempo que tomamos conciencia de la interdependencia básica de las naciones. Es evidente que esta situación de rápida evolución no puede abordarse de una manera útil mediante políticas de corto plazo. Requiere una visión y una comprensión mucho más profunda de las interacciones dentro de la complejidad de esta problemática.

LAS PERSPECTIVAS A CORTO Y A LARGO PLAZO

No es posible resumir los muchos argumentos de nuestro libro. Nos limitaremos a exponer aquí alguna de las reflexiones sobre la necesidad de estrategias y políticas a largo plazo para que pueda gobernarse la revolución global.

Suponemos que el animal humano es la única especie de la creación consciente de su propia mortalidad y con cierta concepción del futuro. Los seres humanos individuales se preocupan por el bienestar de la familia, la comunidad, la nación y, en mucha menor medida, del mundo. Invierten en el futuro, contratan pólizas de seguros, regulan la explotación ballenera de modo que sobrevivan especímenes suficientes que puedan ser sacrificados en los años sucesivos y se enzarzan en especulaciones sin límites sobre la vida en el próximo siglo.

Sin embargo, como seres humanos sufrimos una curiosa «enfermedad del mañana» que demasiado a menudo nos lleva a «dejar para mañana lo que debemos hacer hoy». Esta es una enfermedad a la cual son especialmente expuestos los políticos. También con demasiada frecuencia insistimos en la satisfacción inmediata de nuestros deseos, mientras nosotros y nuestros colectivos tratan de resolver problemas inmediatos de una manera que inevitablemente dará lugar a dificultades aún mayores en el futuro. Con mucha frecuencia vemos que los gobiernos toman decisiones basadas en razones presupuestarias o políticas de corto alcance que van claramente en contra de los intereses a largo plazo. Parece que mientras pensamos en el futuro con mentalidad racional actuamos con demasiada precipitación basándonos en nuestros instintos y en nuestra intuición; aunque somos conscientes de las necesidades de largo plazo actuamos muchas veces basándonos en consideraciones de corto plazo.

Donde más obvio resulta el predominio del corto plazo es en la maquinaria del Gobierno. Un reciente primer ministro británico admitía en sus memorias que mientras estuvo en su cargo pocas veces había podido pensar con más de dos semanas de perspectiva. Las crisis inesperadas, los escándalos, las luchas políticas, la necesidad de apagar algún fuego, los inesperados acontecimientos del extranjero, todos estos elementos distraen de la evolución armoniosa y de la puesta en práctica de las políticas. Pero hay aún otra causa endémica que hace que los gobiernos no miren hacia el futuro. El ciclo parlamentario normal de cuatro o cinco años entre una y otra elección es una característica del sistema democrático. El juego del poder que caracteriza a la política hace inevitable que tanto las administraciones como las oposiciones respondan rápidamente a cuestiones que suscitan las preocupaciones inmediatas del electorado para poder conservar o alcanzar el poder en las siguientes elecciones. Esto hace que problemas de mayor alcance y posiblemente mucho más fundamentales se pospongan hasta después de la elección. Como resultado de ello, la nueva administración hereda una bagaje de dificultades desatendidas que se han agudizado mientras tanto y que

hacen que el Gobierno sea proclive a caer en una crisis, avanzando con paso vacilante de una emergencia a la siguiente. Es preciso salir al encuentro de cada crisis con remedios que puedan suprimir los síntomas, pero que pocas veces van a las raíces de la dificultad. Puesto que las manifestaciones de muchos problemas contemporáneos son de evolución lenta, sus causas no son fáciles de identificar y sí fáciles de ignorar, de ahí que se caiga en la tentación de aplicar medidas cosméticas.

Resulta trágico asistir a los vaivenes de las elecciones presidenciales en los Estados Unidos. Un año de cada cuatro del ciclo presidencial se deja librado a las actividades electorales mientras el resto del mundo espera.

Una situación similar existe en muchas de las empresas industriales. Las más complejas, con sus importantes programas de investigación y desarrollo y sus equipos de estrategias empresariales están orientadas esencialmente hacia el futuro. Sin embargo, mientras los gobiernos funcionan bajo la tiranía de las próximas elecciones, muchas empresas funcionan bajo la tiranía del balance del año siguiente, procurando mediante fusiones y compras obtener una cuota aún mayor del mercado en lugar de invertir en innovaciones para responder a las nuevas demandas y crear otras más.

Aquí nos volvemos a topar con la nueva fe en el poder de las fuerzas del mercado. Por importantes que sean es poca la orientación segura que pueden dar en muchas áreas de la política. Reaccionan de manera esencial y exclusiva a señales a muy corto plazo y son incapaces de hacer frente a los problemas globales que requieren un enfoque estratégico a largo plazo o que implican cuestiones de distribución. Por tanto, son incapaces por sí mismas de resolver problemas relacionados con el medio ambiente, la energía, la investigación fundamental, la política social o la justicia. Sólo un grado de intervención pública, basado en el proceso político, que puede utilizar perfectamente el mecanismo del mercado como un instrumento de la política pública, puede abordarlos.

Las fuerzas del mercado pueden tener también peligrosos efectos colaterales si no se controlan. La especulación financiera internacional es un ejemplo elocuente de los excesos debidos a unas fuerzas de mercado movidas por la enloquecida búsqueda de beneficios. En esos casos la especulación se convierte en un juego desconectado totalmente de la realidad económica.

El conflicto entre los enfoques de Gobierno de corto y largo plazo tal vez haya tenido una importancia relativamente secundaria hasta época muy reciente. Pero las circunstancias de los próximos años cada vez serán más diferentes de las de aquellos días en los que los nuevos problemas iban surgiendo lentamente en el horizonte y su tratamiento no resultaba difícil. Ahora, en cambio, estamos en un período de cambios muy rápidos. El futuro no es lo que solía ser. Avanza de una manera rápida y errática. La confianza en la extrapolación de las tendencias se ha convertido en algo peligroso, porque la curva en evolución de un problema puede presentar discontinuidades inesperadas por el impacto de otras; nos enfrentamos constantemente a la contraintuición.

EL SINDROME DE «NECESIDAD DE UN ENEMIGO»

El fin de la guerra fría ha venido acompañado de una caída de la polarización ideológica que dividió a las naciones desde la finalización de la Segunda Guerra Mundial. Hemos entrado en un vacío ideológico. Se considera que han triunfado la democracia y el sistema de libre mercado; sin embargo, en lugar de un período relajado de reconstrucción parece que hubiéramos entrado en una época de descontentos, desórdenes y conflictos étnicos, y esto no se limita en modo alguno a los países liberados de los antiguos regímenes totalitarios. Se está generalizando en las democracias tradicionales donde la despolarización ideológica, aunque menos abrupta, está desdibujando la distinción entre las políticas e ideales de los partidos políticos, minando la credibilidad de los políticos y planteando cuestiones relativas al valor del sistema partidario como tal. En algunas recientes elecciones de Europa, por ejemplo, daba la impresión de que existían pocas diferencias fundamentales entre las políticas preconizadas por los diversos partidos. Las diferencias se han convertido fundamentalmente en diferencias de estilo, de énfasis y de personalidad. Subsiste la antigua confrontación, tan encarnizada como siempre, pero ante el público parece cada vez más hueca y superficial. Las teorías políticas y económicas que motivaban las acciones de algunos y suscitaban la oposición de otros parecen haberse agotado y al parecer avanzamos a tientas por un período dominado por objetivos materialistas y por las trivialidades vacías, seductoras del consumismo. Nos falta una visión común, no de lo que será el mundo del mañana, sino de lo que queremos que sea para poder inventarlo y darle forma. La falta de esta visión hace que carezcamos de una finalidad común y que se vaya debilitando la cohesión y la disciplina de la sociedad.

Qué fácil les resultó a los aliados occidentales, en la Segunda Guerra Mundial, movilizarse contra su enemigo común, el nazismo, con un espíritu muy elevado de motivación compartida. Durante el período de la guerra fría las naciones occidentales lograron un alto grado de cooperación y un objetivo común al oponerse al «imperio del mal», mientras que la Unión Soviética aparecía sólida en su oposición al «Imperialismo Americano». También en el Tercer Mundo los adalides de la libertad, por encima de las diferencias tribales e ideológicas, encontraban su unidad y exaltaban su patriotismo en la lucha contra el enemigo común: el poder colonial. Parecería que hombres y mujeres necesitan una motivación común, es decir, un enemigo común, para organizarse y actuar juntos con determinación.

Así pues, ¿podemos vivir sin enemigos? ¿Es urgente que identifiquemos y señalemos a un nuevo enemigo? De hecho, los nuevos enemigos existen. Su naturaleza y su localización han cambiado, pero no son menos reales y amenazan realmente a toda la especie humana. Sus nombres son la pobreza, las hambrunas, el hambre y la desnutrición, la enfermedad, el analfabetismo, el desempleo, la sobrepoblación, la contaminación, la desertización y la amenaza de desastrosos cambios climáticos. En la globalidad de sus interacciones, estos fenómenos constituyen una amenaza común que exige la solidaridad de todos los pueblos del planeta. Pero al señalar a éstos como enemigos caemos en una trampa. Todos estos peligros están causados por la intervención o por las deficiencias humanas y solamente un cambio de actitud y de conducta puede vencerlas. Tenemos que llegar, pues, a la conclusión de que EL ENEMIGO COMUN DE LA HUMANIDAD ES EL HOMBRE.

Esta hipótesis nos llevaría a pensar que la configuración de una sociedad equitativa y sostenible haría necesaria la remodelación fundamental de la conducta humana, la modificación de los estilos de vida de acuerdo con un conjunto de valores sociales e individuales que desemboquen en una vida armoniosa en este planeta. El materialismo de hoy, con sus satisfacciones superficiales, debería dejar lugar a una forma más rica de vida en la cual la realización individual y el desarrollo interior hicieran posible el surgimiento de un tipo mejor de sociedad. Una de sus finalidades sería poner a disposición de todos los ciudadanos del mundo una vida de modesta prosperidad y de auténtica dignidad humana. Se trata, sin duda, de una perspectiva a muy largo plazo y no existen esperanzas de que pueda realizarse a tiempo para evitar la catástrofe. Mientras tanto, sería necesario consolidarse en una posición.

UN ESCENARIO POSIBLE

Hemos dado a entender que como consecuencia de la polarización ideológica los gobiernos y los pueblos avanzan a tientas entre la falta de objetivos y la incertidumbre. Así pues, hay signos de una ideología naciente en la rápida comprensión de los peligros de la actual situación y ante el surgimiento de la conciencia ecológica. La aparición de los partidos verdes y de los activistas del medio ambiente es algo que se da en todas partes. Lo que hacen y dicen las fracciones más disparatadas de estos movimientos desalientan a muchas personas serias. Sin embargo, ya han ejercido gran influencia sobre los responsables políticos. Los preparativos para la Cumbre de la Tierra de Río en casi todos los países han ampliado y profundizado poderosamente la comprensión de la situación de la especie humana y posiblemente hayan ejercido una influencia mucho mayor que la de la propia conferencia. La percepción de la amenaza a largo plazo que constituyen fenómenos tales como el calentamiento de la tierra y el adelgazamiento de la capa de ozono han convencido a muchas personas de que serán necesarios cambios en los estilos de vida y en la conducta para que sus hijos y nietos puedan heredar una tierra en la cual todavía sea posible una vida digna.

Por otra parte, están empezando a elevarse poderosas voces contraecológicas, especialmente en los Estados Unidos, que denuncian enérgicamente el «fanatismo» medioambiental, exigiendo una explotación incontrolada de los recursos económicos, un alto crecimiento económico, y acusando a los medioambientalistas de fuerzas del mal y de falta de espíritu religioso al desafiar el mandato del primer capítulo del Génesis, según el cual el hombre debe multiplicarse, dominar la tierra y también a todas las demás especies vivientes. En los Estados Unidos están en marcha actualmente muchos juicios en los que se demanda por sumas astronómicas a los ecologistas en compensación por la demora y la oposición a algunos planes de desarrollo.

Así pues, nos encontramos en los comienzos de una nueva polarización, y es muy probable que asistamos en algunos países al surgimiento de partidos que, dicho sin ambages, son partidarios de la conservación, en el sentido más amplio de la palabra, mientras que otros abogan por la explotación. No se trataría de partidos construidos en tor-

no a un tema único, y, dicho de otra manera, la dicotomía ideológica se establecería entre los grupos que abogan por las políticas a largo plazo y los que se dedican a las ganancias a corto plazo. Los partidos del largo plazo serían partidarios de políticas generacionales; lucharían por el crecimiento económico, pero a un ritmo acorde con la sostenibilidad y con el énfasis en los objetivos de calidad del crecimiento; alentarían la conservación de la energía y los recursos naturales y la preservación del medio ambiente; su investigación científica y sus prioridades tecnológicas pondrían de relieve las necesidades sociales. Los partidos de «explotación», por el contrario, abogarían por un rápido crecimiento económico basado en la percepción de corto alcance de las necesidades y de la explotación plena de los recursos naturales, pero tratarían de contrarrestar el agotamiento de los recursos y el daño medioambiental mediante un desarrollo tecnológico. Por supuesto que esos partidos no se llamarían explícitamente «conservacionistas» y «partidarios de la explotación», respectivamente, sino que seguirían usando sus denominaciones tradicionales.

La transición hacia una dicotomía ideológica de este tipo sería gradual.

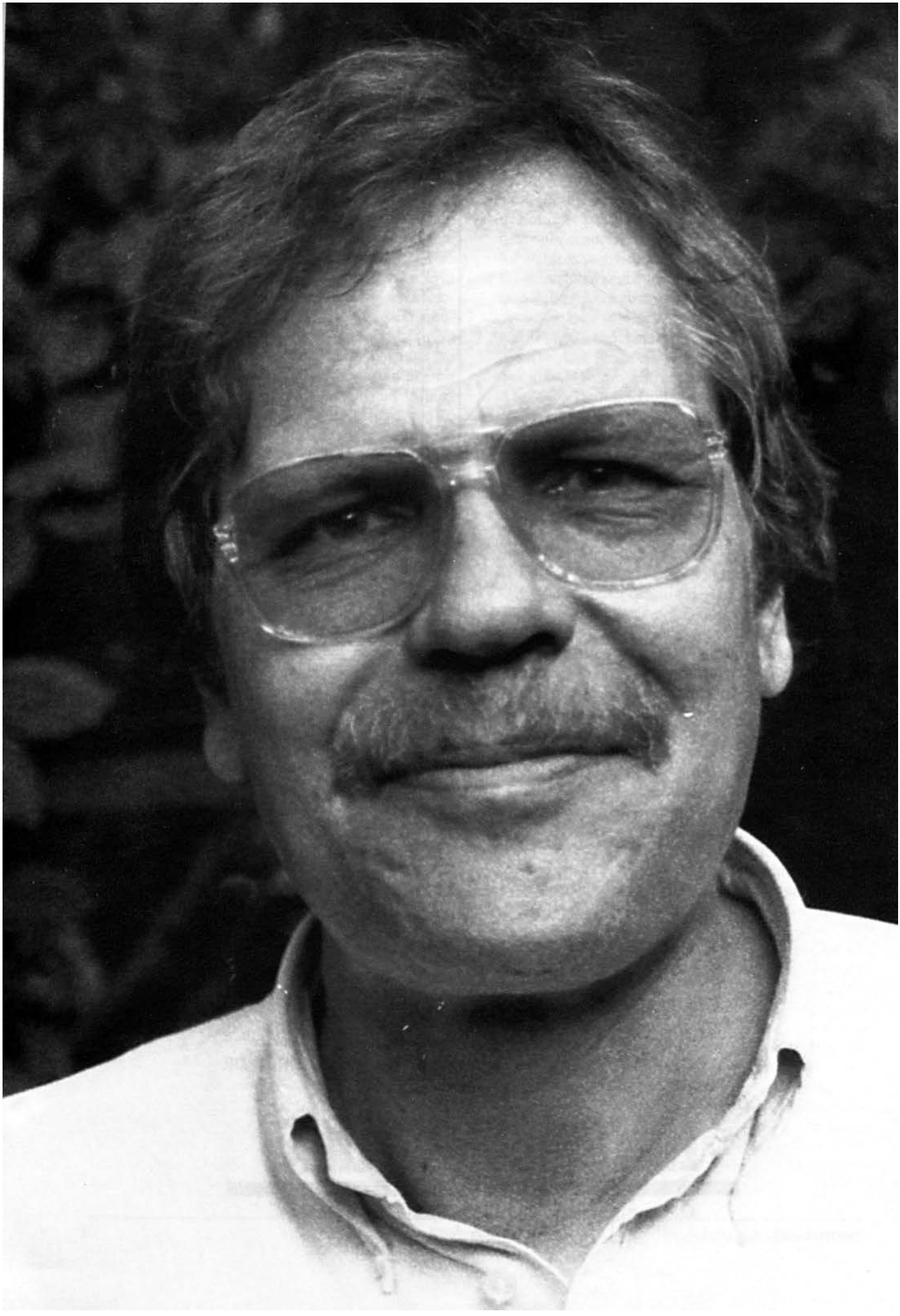
EPILOGO (del libro *La Primera Revolución Global)*

Viviendo como vivimos en los prolegómenos de la Primera Revolución Global, sobre un pequeño planeta que parecemos endiabladamente proclives a destruir, enfrentados a conflictos, en un vacío ideológico y político, enfrentados a problemas de dimensiones globales que unas Naciones Estado en decadencia son impotentes para resolver, con inmensas posibilidades científicas y tecnológicas para el mejoramiento de la condición humana, ricos en conocimientos pero pobres en sabiduría, buscamos las claves para la supervivencia y la sostenibilidad.

Al parecer, la única esperanza estaría en una acción común emprendida a la luz de la comprensión común de los peligros y del carácter común del interés propio de todo hombre y mujer. Hemos subrayado la importancia de la conducta y de los valores individuales que constituyen las células de este organismo al que llamamos sociedad, que determinan su funcionamiento y su ética. Es probable que sólo una evolución interna del individuo pueda provocar un rapto fundamental de sabiduría. Las grandes religiones, en sus aspiraciones más puras, han tratado de hacer posible esto a lo largo de los siglos, con pocos signos exteriores de éxito. Por tanto, no podemos esperar milagros y tenemos que consolidarnos en una situación. Esta sólo puede basarse en el cultivo mundial de un interés propio ilustrado y común por la supervivencia de la especie y de las sociedades humanas. Esto, a su vez, sólo puede lograrse mediante una comprensión universal de la situación humana, de sus peligros y sus promesas.

Para la creación de esta solidaridad nuestra biología y nuestro egoísmo pueden ser potentes aliados. Para la mayoría de la gente el egoísmo no se limita a su vida individual, sino que se extiende a la de sus hijos y nietos, con cuya existencia se identifica. Por tanto, debería ser posible luchar, de una manera egoísta si se quiere, para propiciar las circunstancias que harán posible una existencia digna y realmente humana para las generaciones futuras. Un esfuerzo de este tipo implicará muchos sacrificios materiales para la actual generación, pero también debería traer aparejados abundantes beneficios para los aspectos cualitativos de la vida.

Si queremos tener éxito en la inculcación de una solidaridad mundial como ética suprema de la supervivencia, el primer paso consiste en despertar la comprensión.



¿DEL *ANNUS MIRABILIS* AL *ANNUS MISERABILIS?*

LA IZQUIERDA TRAS EL CAMBIO Y MAASTRICHT

Claus Offe

Durante toda la postguerra han formado parte del repertorio normal de la política de la izquierda las quejas por los obstáculos y calumnias a los que había quedado sometida como consecuencia de la guerra fría. Tanto el éxito logrado por la CDU en las elecciones de 1953 en Alemania con el eslogan, imitado después por el NPD, de «Todos los caminos del socialismo llevan a Moscú», como la estúpida fórmula electoral de 1976, «Libertad o Socialismo», les pusieron las cosas difíciles a los socialistas y a los socialdemócratas. En todo caso en esto ha consistido hasta ahora el análisis un tanto lacrimógeno de la situación de la izquierda. En esta situación los acontecimientos que se han venido produciendo desde 1989 hacen necesarias algunas correcciones.

¿Qué es la izquierda? Desde luego ésta no es una pregunta que pueda responderse con categorías *orgánico-políticas*. A grandes rasgos, probablemente haya que relacionarla todavía con una parte de aquellas fuerzas procedentes del movimiento de los derechos civiles de la RDA, las cuales, ofuscadas por el «hundimiento de esta época» y decepcionadas por su papel exclusivamente marginal durante el período posterior, pretendían demostrar que la categoría de «izquierdas» era algo completamente obsoleto. Pero además es fácil enumerar las posturas *normativas* que hoy como ayer, en mi opinión, están irrenunciablemente unidas a la orientación política de «izquierdas». Se trata de aquellas posturas que persisten en el mantenimiento de los derechos humanos y civiles, que consideran la democracia social y política como un medio de control, necesariamente perfectible, del poder social y económico, que buscan materializar de una manera sociopolítica el valor de la igualdad, que no está en contradicción con el de la responsabilidad ni libertad de acción individuales, sino que está presidido por el principio de «amor por lo más lejano» en el espacio y en el tiempo (en lugar de un pálido amor por *lo más próximo);* dando de esta manera prioridad a la paz y a la distensión, a la solidaridad y al desarrollo internacionales, así como a la conservación para las generaciones futuras de unas condiciones ecológicas de vida.

El «derrumbamiento de esta época» desde 1989 («cambio») hasta 1992 («Maastricht») ha eliminado dos constantes que pertenecen a las condiciones básicas en las cuales se ha desarrollado la política de la izquierda en Europa occidental desde la Segunda Guerra Mundial. Se trata, por un lado, del condicionante de la *guerra fría,* al que se refería el lamento del principio, y por otro, del condicionante de la *soberanía del Estado nacional.* Ahora, visto con perspectiva, no parece, sin embargo, que ambos condicionantes hayan constituido sólo obstáculos para la realización de los citados principios de la política de la izquierda como siempre se había sostenido. Esto es válido sobre todo por lo que respecta a la competencia del sistema con el socialismo real que para las democra-

cias occidentales desempeñó el papel de un «Exoesqueleto»: su presencia les permitía demostrarse a sí mismas y a los demás que eran «mejores» en los aspectos económico, militar e incluso moral que el único contramodelo operativo de la sociedad industrial, es decir, el del socialismo de Estado.

De los efectos indirectos de la guerra fría la izquierda democrática ha obtenido también ventajas político-estratégicas. Y así la izquierda debe ciertamente parte de su éxito a la considerada complacencia y al, en ocasiones incluso, afán de superación sociopolítica con el cual sus oponentes liberales y conservadores se esforzaron tratando de impedir el intento de la izquierda de servir como cabeza de puente hacia «el otro lado».

También con el fin de inmunizar a los sindicatos y a los partidos socialistas y socialdemócratas frente a los avances conseguidos al otro lado del telón de acero, las fuerzas políticas no socialistas de occidente consideraron conveniente complacer a la izquierda política más de lo que en otro caso les hubiera parecido oportuno. Esta misma lógica de consideración «amplia» de los intereses es la que impulsó a los países occidentales industrializados del Club de la OCDE a prestar ayuda económica y para el desarrollo a los países del Tercer Mundo, protegiéndose así de antemano frente a los deseos de éstos de concertar una alianza militar y política con la Unión Soviética y sus aliados.

En segundo lugar, la existencia del régimen imperialista soviético preservó a todas las fuerzas políticas de las democracias occidentales, y en especial a la izquierda, de tener que enfrentarse con aquellos problemas que se quedaron encerrados tras la barrera física del telón de acero, es decir, con estos problemas que ahora están saliendo a la luz, de la emigración hacia Occidente y de los conflictos étnico-nacionalistas. A menudo se ha comparado el régimen del socialismo de Estado de la Unión Soviética con un congelador en el cual se habían quedado congeladas las energías conflictivas del nacionalismo étnico de Europa oriental, impidiendo así su manifestación (pero donde ¡también se habían quedado conservadas!). Al finalizar la guerra fría han vuelto a despertarse, manifestándose en las actuales y previsibles guerras civiles y en el movimiento migratorio provocado por ellas. Ambos sucesos han colocado ante una dura prueba, todavía no superada en absoluto, a la izquierda europea en sus tradicionales conceptos de «internacional» y «republicano», así como en su rechazo de la política nacionalista restringida.

Retrospectivamente, pues, la guerra fría y la soberanía del Estado nacional se nos presentan como factores beneficiosos para la tradicional política de la izquierda que ahora, ante requerimientos enteramente nuevos, se ha visto arrancada de su anterior rutina. Esta tesis se sustenta, a mi entender, en los seis puntos siguientes:

1) Los sucesos ocurridos desde 1989 han traído consigo en la Europa occidental continental un *marcado desplazamiento hacia la derecha* del espectro político. Mientras que hace diez años, poco después de la fundación de los «verdes» y en pleno auge del movimiento pacifista y ecológico, todavía se podía hablar de que habían perdido importancia los temas políticos «materialistas» orientados a los valores conductores del crecimiento y de la seguridad social y militar y, al contrario, soplaban irrevocablemente vientos favorables para aquellos objetivos «post-materialistas» dirigidos a conseguir autonomía, participación, ecología y el afianzamiento de la paz, hoy, sin embargo, esta concepción (ya antes expuesta) se considera una completa equivocación. Especialmente en la Alemania unificada los temas de política del crecimiento y de la distribución, con una progresiva falta de atención respecto de sus implicaciones ecológicas, ocupan un lugar clave en la agenda política, mientras que la cuestión del afianzamiento diplomático, económico e incluso militar de la paz se encuentra en una situación crítica y precaria como pocas veces antes en la época de la guerra fría; precisamente ésta había conseguido que acontecimientos como el de la guerra de los Balcanes nos resultaran desconocidos a todos no sólo como realidad, sino también como posibilidad remotamente imaginable. Las posturas socialistas o «terceras vías» se han convertido en una rareza en la Europa postsocialista central y oriental.

A los intelectuales de izquierdas la cuestión de una estrategia socialista para los países postsocialistas se les plantea mucho menos que la respuesta a la (en la práctica menos enigmática) versión actual de la pregunta de Sombart de por qué «no existe el socialismo en la Europa oriental».

Y desde luego en Europa oriental se encuentra en proceso de formación un capitalismo tan salvaje que la crítica socialista a este régimen postcomunista ha cobrado una inesperada actualidad. Se está desarrollando aquí una variante de aquel capitalismo que en el último tercio del siglo XIX provocó la crítica socialista, dio vida a los grandes partidos y movimientos socialistas y puso de manifiesto la legitimación económica y moral de la crítica socialista: un capitalismo no regulado,

acompañado de pobreza a gran escala y de una insuficiente seguridad social y que además probablemente ni siquiera consiga que las «fuerzas productivas» alcancen un desarrollo continuo. La función histórica (aunque de ningún modo el objetivo estratégicamente dominante) de los partidos socialistas y socialdemócratas a partir de la primera guerra mundial ha consistido precisamente en conducir hasta el Estado a la masa del electorado proletario, integrándolo en el sistema político; y a esta función «constructiva» y no sólo crítica estarían también hoy llamados en las sociedades postcomunistas. La contribución histórica de los partidos socialistas y socialdemócratas, así como la del movimiento sindical vinculado a ellos, ha consistido también fundamentalmente en esto, en enseñarles a los asalariados que como trabajadores y como electores tienen un lugar que ocupar activamente en la democracia competitiva del Estado del Bienestar. Pero lo que hoy, por el contrario, vemos en Europa central y oriental es una apatía masiva y la desintegración política. Por este motivo la necesidad «funcional» de temas de movilización y de partidos socialistas se hace patente en el Este, donde los avances de la economía de mercado y de las libertades democráticas, *sin* el concurso de los derechos civiles y de la protección social, sólo difícilmente han podido subsistir debido a los costes y turbulencias de este proceso de transformación.

2) Tanto las sombras que dejamos atrás del socialismo real como las proyectadas hacia delante de la unificación de Europa nos permiten apreciar que en gran medida el Estado social y del *bienestar,* así como las condiciones para su génesis y desarrollo se han producido en aquellos Estados *nacionales* cultural y étnicamente homogéneos. De manera que los Estados del Bienestar más desarrollados, como los *folkhemmets* escandinavos, son a la vez aquellos que evidencian en menor medida una heterogeneidad étnica, lingüística, confesional o de raza mientras que los Estados Unidos se encuentran en el polo opuesto de ambas escalas. Por otra parte, la izquierda está poco dispuesta a admitir —cosa por otro lado nada sorprendente— que una política forzada del Estado del Bienestar se base en su aspecto socio-moral en intuiciones de justicia además fraccionadas y referidas a las comunidades nacionales. Por consiguiente, los «esfuerzos morales» que se requieren son ahora mucho mayores, ya que los más necesitados de las prestaciones de redistribución no pertenecen «a nuestra clase de gente», a la que, en cambio, tales prestaciones se le ha concedido siempre de un modo mucho más solícito que a los «extraños». Dicho al contrario: cuanto más «extraño» hay, tanto más fracasa este relevante empeño moral socio-político —como claramente revelan los actuales síntomas de xenofobia populista y de «chauvinismo del bienestar» en la Alemania unificada—. La guerra fría y el Estado del Bienestar, no muy perjudicado en sus derechos de soberanía, le han ahorrado hasta ahora a las izquierdas el tener que ocuparse de este espinoso problema del agotamiento de los recursos morales en sus propias filas; problema que precisamente en el caso de la concesión de los derechos positivos de estatus a los «no-nacionales» deberían haber monopolizado de un modo irrenunciable.

3) La integración política de Europa occidental, como demuestran los Tratados de Maastricht, ha traído consigo para los habitantes de los Estados europeos una *merma de sus posibilidades de influencia y participación en los recursos político-democráticos.* La actuación del Ejecutivo resulta más difícil de controlar ahora a través de los Parlamentos, de las elecciones, de la competencia entre los partidos y también a través de la percepción de las tareas públicas por las asociaciones y los sindicatos, así como a través de las manifestaciones de la publicidad democrática, de lo que resultaba *en el marco de los Estados nacionales.* La expansión de los Estados nacionales hacia alianzas económicas transnacionales del tipo de la CE puede aportar grandes ventajas al desarrollo de *los recursos económicos,* pero a este efecto de bienestar se le contrapone cuando menos una probable merma de *los recursos políticos,* ya que los niveles de dirección de las organizaciones transnacionales están mucho más alejados de los intereses y posibilidades de influencia de los electorados nacionales, de sus partidos, Parlamentos y sindicatos, y son mucho más difíciles de alcanzar de lo que lo son para los gobiernos nacionales. Esperemos que este manifiesto déficit democrático logre ser superado política y constitucionalmente frente a toda resistencia. En el estado *actual* de los Tratados de Maastricht [cfr., p. e., los artículos 189.*b)* y 189.*c)* de su edición] queda fuera de toda duda que un Estado imaginario que poseyera las características político-constitucionales y las garantías democráticas de la Comunidad Europea no estaría legitimado como suficientemente democrático para ¡aspirar con éxito a convertirse en un miembro de la CE! La CE como tal entidad está muy por debajo del nivel de requisitos exigible que, en cambio, cada una de sus partes cumple escrupulosamente. Esta depreciación de los recursos políticos, originada en el marco de los regímenes políticos del Estado nacional, ha afectado tam-

bién y de un modo especial al movimiento sindical cuya «europeización» ha quedado hasta ahora muy por debajo de los esfuerzos análogos realizados por parte del capital para la integración transnacional.

4) Por lo que respecta al espectro de los temas y de las fuerzas políticas, de las legitimaciones socio-morales y de los recursos políticos, los drásticos acontecimientos de 1989 y 1992-1993 han representado un desafío para los principios de la política de la izquierda, desafío que esta misma política, amparada en las circunstancias favorables de la guerra fría y de la soberanía del Estado nacional, consideraba ya superado. Las convulsiones liberadoras de 1989 fueron consideradas con justicia por la izquierda europea como una sorprendente y agradable ruptura social y política, como un *annus mirabilis*. Los decepcionantes sucesos posteriores, visibles ya en 1992 en Europa oriental, y las incertidumbres que surgieron en torno a la integración de Europa occidental lograron que este año se alcanzara el grado más alto de pesimismo y desconcierto para las izquierdas, ¿un *annus miserabilis?*

Como reveló claramente el caso paradigmático de la unificación alemana, es imposible pretender que, sin la ayuda masiva de las democracias occidentales, el proceso de reconstrucción económica, de modernización política y de civilización cultural de las sociedades postcomunistas pueda obtener moderadas perspectivas de éxito y además permanecer invulnerable ante las regresiones. Las democracias occidentales a través de lentos procesos de aprendizaje institucional se han estado preocupando de *regular* su propia actuación de tal modo que han conseguido convertir en improbables las destructivas crisis económicas, los conflictos sociales no-institucionales y las guerras internacionales e internas. La *nueva* tarea que ahora tiene encomendada la democracia capitalista, esencial para la autorregulación ecológica y del Estado del Bienestar, consiste en contribuir a la *implantación* en otros lugares de las correspondientes estructuras institucionales. Esta tarea de la formación y consolidación duradera de Estados constitucionales democráticos sobre bases económicas independientes ya en parte la ha llevado a cabo el mundo occidental, durante la época posterior a la Segunda Guerra Mundial en el Tercer Mundo. Pero incluso en la zona más favorecida de este Tercer Mundo, es decir, en Latinoamérica, por medio de las robustas estructuras de sus Estados territoriales, ni siquiera aquí se puede hablar de que en todas partes se haya logrado clara y permanentemente la «exportación» de las estructuras liberales y democráticas y la de las instituciones económicas que las soportan. Entre ambas tareas, la de la regulación de las *propias* estructuras internas (es decir, en el campo hasta ahora abonado para el éxito de los partidos y movimientos de izquierda) y la de la «exportación» no-imperialista de las acreditadas instituciones occidentales a los países del Tercer Mundo (y ahora también a los del segundo) se observa una relación parecida a la que existe entre las tareas normales de conservación de un bosque y un gigantesco proyecto de repoblación forestal. Las democracias capitalistas del Estado del Bienestar se han mostrado, durante un período de tiempo históricamente largo, como inesperadamente capaces de hacer frente a la tarea de *regularse* a sí mismas, gracias también al apoyo que socialistas y socialdemócratas le han prestado a su «sistemática» capacidad de aprender; pero en cambio no es en absoluto cierta su capacidad de *autoclonación*.

El impulso en un tiempo récord de una modernización para Europa central y oriental que siguiera el modelo de desarrollo de Europa occidental es, desde luego, algo con lo que tradicionalmente los socialista nunca habrían soñado. Pero un programa de recuperación análogo es a la vez mucho más de lo que un crítico realista, ante las perspectivas de desarrollo de Europa oriental, consideraría hoy como prometedor, sopesando las probabilidades relativas, para una economía de mercado «social» (por oposición a un *Estado natural* de la sociedad, evocador del «lobo»). En cualquier caso, la existencia del Imperio Soviético le ha ahorrado hasta ahora a las izquierdas occidentales el hecho de tener que hacer frente teórica y políticamente a este crítico desafío actualmente dominante de cómo transformar el orden social derrumbado del «socialismo de Estado» en otro tan viable como justo y pacíficamente seguro.

Probablemente, ya no le corresponda más, en la actualidad, a la teoría ni a la política socialistas la agradable tarea de promover el *progreso* social de las sociedades industriales desarrolladas, sino que su éxito y radicalidad se medirá más bien con el criterio de en qué medida son capaces de impedir la *regresión* que acecha por todos los rincones y que tras el derrumbamiento del régimen del socialismo de Estado amenaza con invadir todas las conquistas morales, económicas y de civilización que se han alcanzado en este «siglo socialdemócrata».

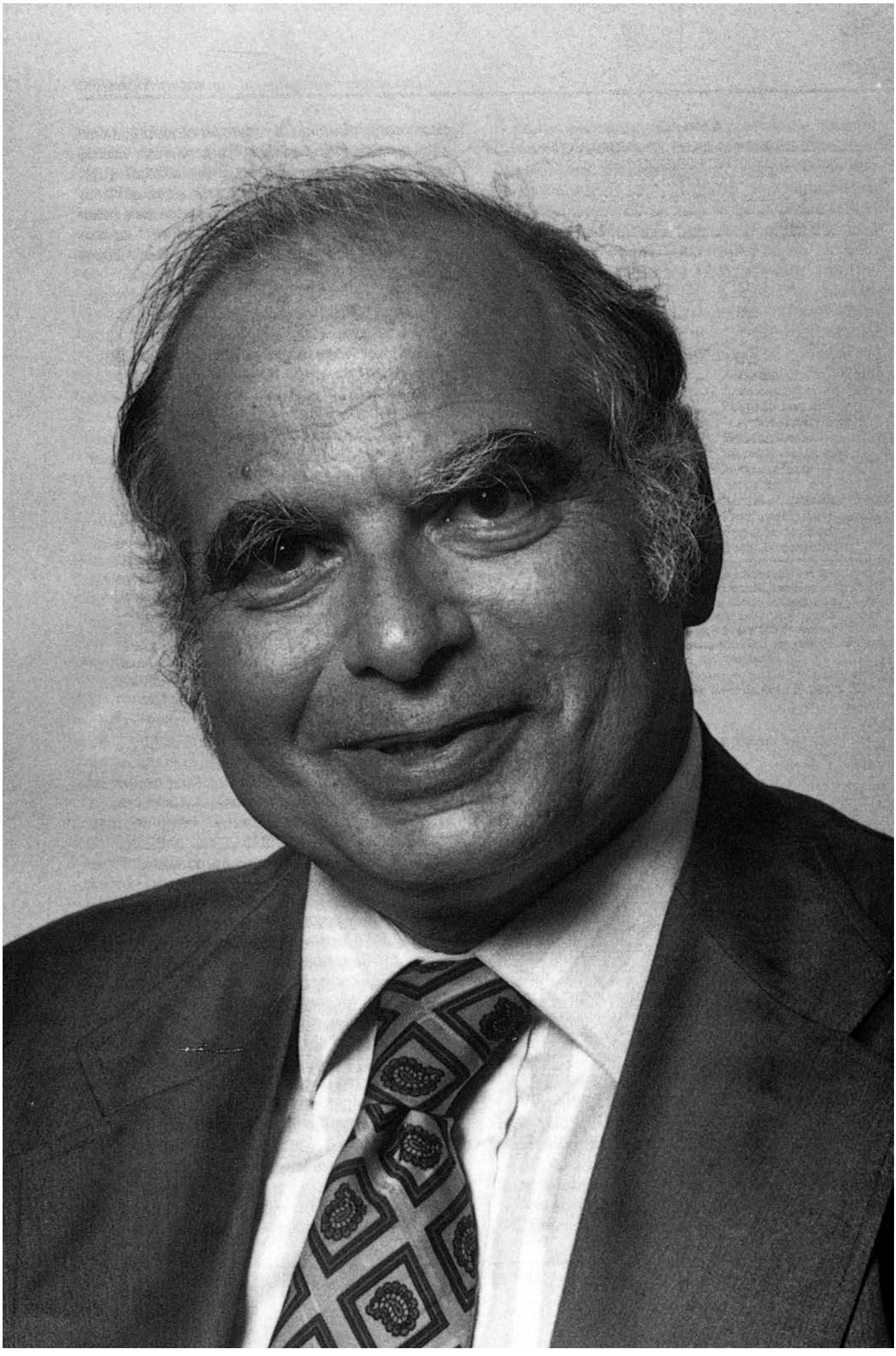
5) Las circunstancias favorables a una estabilidad interna y externa del sistema social occidental consistieron también en otra «contribución» del Imperio Soviético —naturalmente, de forma

involuntaria—. No sólo ha proporcionado a veces un moderado impulso para el progreso sociopolítico de Occidente. El Imperio Soviético, aunque de un modo muy distinto al que reclamaba para la Unión Soviética el eslogan de «potencia pacifista» y con una brutalidad digna por completo de rechazo, no ha contribuido tanto a lograr la paz entre los Bloques como a *un afianzamiento de la paz interior y entre los pueblos del Este y Centro de Europa,* que ahora, al finalizar el socialismo de Estado debe ser reconstruida políticamente con los medios y, en la medida de lo posible, con la intervención de una Autoridad internacional legítima de Occidente y de las Naciones Unidas. Por lo que respecta a la regulación de las relaciones internacionales en esta región, nos vemos hoy obligados a sustituir los pilotos automáticos estructurales, que ya no funcionan, de la guerra fría y de la oposición al sistema, por un dirigismo político manual y al mismo tiempo directo —todo esto, dentro de un sistema político internacional *multipolar* y ya no hegemónicamente organizado. Al núcleo esencial de una política de «izquierdas» le corresponde la reivindicación de una política pacifista, antimilitarista y preventiva frente a la guerra. Pero a esta reivindicación se le contrapone hoy en los Balcanes la realidad de la mayor barbarie que se ha producido en territorio europeo desde la Segunda Guerra Mundial— y (quizá se atrevería uno a decir que peor) la realidad de la falta total de identidad y desconcierto de la izquierda europea ante la cuestión de cómo esta *misma* realidad de las guerras actuales (y por lo demás, fáciles de prever) y de las guerras civiles puede ser transformada con medios económicos, diplomáticos, morales o incluso militares.

6) La desaparición de las estructuras de la soberanía del Estado nacional en favor de una política de integración de Europa occidental tiene como consecuencia previsible a la vez que contraintuitiva la de fomentar la formación de «pequeñas» unidades. Quienquiera participar de la terrible competencia europea debe desprenderse de todas sus obligaciones de redistribución y costes de regulación, que son considerados como inconvenientes para la competencia. Esta lógica de la «secesión interior» ha sido previamente puesta en práctica por la *Liga Lombarda* y remite a un modelo de *life boat economics* (tren de vida) insolidario, cuya sugerencia amenaza con paralizar no sólo a las regiones de Europa económicamente más pobres sino también, en la misma medida, a las más ricas. Frente a estos procesos de diferenciación previsible en pequeñas unidades y al agravamiento resultante de las diferencias de bienestar interregionales, se le presenta a la izquierda europea, que no quiere sacrificar su esencia política ni moral, la ocasión de defender a escala europea aquel nivel de igualdad y seguridad material que hasta ahora ha sido posible conseguir y garantizar en el marco de las políticas social, laboral, agraria e incluso sexual del Estado nacional.

De todo lo expuesto se pueden extraer dos conclusiones: en primer lugar, la soberanía del Estado nacional y la guerra fría le han proporcionado a las sociedades de Europa occidental en su conjunto y a las fuerzas político-sociales de izquierdas una «renta de normalidad» que ha beneficiado discretamente la promoción de un programa de progreso socio-político de un modo muy distinto al que muchos de nosotros hubiéramos nunca imaginado o siquiera afirmado. Para poder mantener los avances logrados y extenderlos a toda Europa se requieren esfuerzos redoblados, y sobre todo cualitativamente renovados en unas condiciones que ya no garantizan más esta *renta.* De esto se sigue la segunda conclusión de que el programa de la política social, constitucional e internacional de la izquierda está manifiestamente expuesto a un cambio de signo: en lugar de promover un progreso (cuyos objetivos son cada vez menos claros) en el interior de las sociedades avanzadas, tendría más bien que *impedir* el retroceso en un entorno en el que se consolidara fuertemente el *statu quo* de la sociedad nacional e internacional.

Un «final del socialismo» pretendido por muchos podría tener su origen en dos circunstancias: en la falta de oferta y en la de demanda. Pero ciertamente, como nos muestra un rápido examen de los problemas de desintegración de Europa oriental y de los de integración de Europa occidental, no se trata de escasez de la *demanda,* aunque también la oferta *for the time being* (por el momento) evidencia difíciles carencias, ya que los objetivos y estrategias socialistas no han encontrado todavía ninguna fórmula nueva que responda satisfactoriamente a los nuevos retos. La propia naturaleza de estos desafíos conseguirá sin duda que en el futuro el pensamiento político se siga dividiendo en izquierdas y derechas.



¿QUE PODEMOS APRENDER DE LOS MOVIMIENTOS DE 1968?

Norman Birnbaum

Fue 1968 un año de grandes movimientos sociales en todo el mundo. Hubo movimientos de protesta en Europa Occidental y en los Estados Unidos, en varias naciones del bloque soviético, en Japón, en México y en España. Los estudiantes (y los profesores universitarios) tuvieron una gran participación en estos movimientos, pero en modo alguno fueron los únicos grupos sociales que participaron. Aunque en muchos países 1968 representó el momento álgido, por lo general los movimientos tuvieron mayor duración, expresaron profundos conflictos y cambios sociales y tuvieron unas resonancias que llegan hasta nuestros días. ¿Qué enseñanza podemos sacar de estos movimientos después de vinticinco años?

El carácter internacional de los movimientos fue, sin duda, su rasgo externo más sorprendente. Como en 1848 (y 1989) en Europa, o durante el auge inicial del bolchevismo o el jacobismo en otros períodos, las ideas y los impulsos, las aspiraciones y las sensibilidades, traspasaron las fronteras nacionales, pasaron de un continente a otro, en lo que a todas luces parecía un movimiento de solidaridad mundial. En realidad, cada uno de los movimientos representó combinaciones y síntesis particulares de cuestiones culturales y sociales, su composición fue diferente e incorporaron elementos contemporáneos generales de protesta a tradiciones históricas específicas. La simultaneidad de los movimientos no consiguió ocultar el hecho de que los diferentes procesos históricos estaban sólo temporalmente unidos.

En gran medida el apasionamiento, el sentido de ruptura mundial, lo aportaron los medios de comunicación, especialmente la televisión con sus imágenes dramáticas e instantáneas, pero también con la proliferación de análisis, entrevistas y manifiestos que aparecían en las publicaciones diarias, semanales y mensuales y en los libros. El hecho de que en muchos lugares fuera un movimiento o revolución de la gente culta fue la causa de que tuviese una repercusión especial en los medios de comunicación, cuyos directores y trabajadores tenían, las más de las veces, una cultura común con los grupos que participaban en la protesta. Otro factor fueron los viajes y residencias prolongadas de bastante gente en otros países. Muchos estudiantes europeos estaban en los Estados Unidos cuando se iniciaron el movimiento por los derechos civiles y la protesta contra la guerra de Vietnam, y algunos americanos habían recibido, a comienzos de la década de los sesenta, la influencia de la Nueva Izquierda Europea. Los trabajadores de Italia, Portugal y España tenían en muchos casos conocimiento de primera mano de Francia, Alemania y otros países del norte de Europa. Polonia y España se encontraban bajo regímenes autoritarios, pero sus ciudadanos viajaban (y España contaba con una importante industria turística, lo cual implicaba la presencia constante de norteamericanos y europeos).

En otras palabras, los canales de comunicación estaban abiertos. ¿Cuáles eran los mensajes que transmitían? Sería exagerado decir que la nueva cultura del consumo, posibilitada por las necesidades de economías basadas en el poder adquisitivo masivo, creó valores de disfrute, elección personal y un erotismo parcialmente sublimado que a su vez fue minando las rémoras protestantes de una anterior ética de capitalismo productivo. Sin embargo, no cabe duda de que el análisis de Marcuse en *Eros y Civilización* (su teoría de la desublimación represiva) parecía más convincente que las ideas muy anteriores de Wilhelm Reich sobre la represión sexual de la clase trabajadora. El hecho de que muchos de los que formaban parte de la vanguardia del nuevo movimiento fuesen jóvenes indicó claramente que estaban en juego nuevas sensibilidades (así como la proverbial libertad de las nuevas generaciones para participar, en determinadas condiciones, en experimentos culturales y sociales).

Unos fenómenos más inmediatos y visibles, de ámbito mundial, contribuyeron también a dar la impresión de un movimiento internacional. En todas partes se deslegitimó a las élites. El mundo estaba entonces dominado por las superpotencias, y el declive vertiginoso de la influencia (y en cierto modo, el poder) tanto de los Estados Unidos como de la Unión Soviética tuvo un efecto contagioso sobre aquellos que, tanto en el Este como en el Oeste, se habían enganchado al carro de la una o de la otra. El movimiento negro por los derechos civiles representó un drástico rechazo de la pretensión americana de presentar una imagen de sociedad moralmente avanzada. La guerra de Vietnam y sus evidentes horrores produjo un rechazo profundísimo contra la mojigata hipocresía de quienes la defendían. (Si algún prestigio tuvieron los Estados Unidos durante la década de los sesenta, tras las muertes de King y de los hermanos Kennedy, se debió a la atención y el respeto que suscitaron los movimientos de protesta, tanto de los negros como de los blancos.)

La Unión Soviética de la época de Brezhnev era considerada por la mayoría como una sociedad represiva, regresiva y esclerotizada. Se tachaba a sus líderes, con razón, de mediocridades supremas a las que había asustado la incipiente discusión del estalinismo puesta en marcha por Kruschev. Los significativos juicios contra los disidentes, la aparición de Sajarov, el fermento literario, precedieron a la invasión de Checoslovaquia por las fuerzas del Pacto de Varsovia para poner fin al proyecto de «un socialismo con rostro humano».

En un grado considerable, otras élites (la curiosa unión de los viejos falangistas con los nuevos tecnócratas del Opus Dei en España, el corrupto Partido Revolucionario Institucional en México, la mezcla de nacionalismo y administrativismo de De Gaulle, los partidos que firmaron el contrato social de posguerra en Alemania, la intocable alianza entre el capital y la mafia en Japón) contribuyeron, cada una a su modo, a su propia vulnerabilidad moral.

Por un momento pareció que John F. Kennedy, Kruschev y el Papa Juan XXIII podrían constituir una alianza para el cambio. Las consecuencias positivas que tuvo el Vaticano II para el catolicismo de izquierdas se mantuvieron, pero las superpotencias retrocedieron hacia una situación en la cual sus regímenes ya no eran más que sus propias caricaturas. El atractivo del malogrado Che Guevara y de Fidel Castro, del maoísmo y de la Revolución Cultural, de las doctrinas de Fanon, fue enorme. Es preciso decir que estas influencias actuaron de la manera más inequívoca cuando la distancia respecto de Cuba, China y el Tercer Mundo eran mayores: se instalaron unos mitos exagerados allí donde el análisis tendría que haber inducido a la sobriedad. (Baste recordar la estupenda película italiana *La Cina e lontana.)*

Había cuestiones comunes. Por todas partes se respiraba un antiautoritarismo, había una exigencia constante de autonomía, de participación y de autodeterminación. No siempre se pedía la desaparición de la autoridad (para muchos de los que estaban en el poder equivalía a una sentencia de muerte espiritual), pero se pedía que se explicase. Los llamados valores del «post-materialismo» hicieron su aparición a gran escala, junto con la creencia de que los procesos de producción, el progreso definido en función de la acumulación material, tenían que ser examinados a la luz de criterios humanos diferentes. Dichos procesos ponían el acento en el disfrute, en la realización personal, es decir, en unas formas de individualismo que los liberales clásicos, con sus nociones formalizadas de los derechos, encontraban difíciles o incluso imposibles de comprender. El igualitarismo radical tuvo un resurgimiento muy visible, ya que se empezó a considerar a las jerarquías grandes y pequeñas como engorrosas, antieconómicas (por el derroche de las energías humanas potenciales) y represivas. En las etapas más escatológicas de estos movimientos, las energías morales se concretaron en aspiraciones de experiencia inmediata —se adhirieron a las ideas de un nuevo comienzo, a una trascendencia secular—. Los que insistieron en un nuevo sustrato religioso para los mo-

vimientos, o en su función como equivalentes seculares de los movimientos religiosos, estaban evidentemente en lo cierto. Uno de los mayores estudiosos de la religión de nuestro siglo, Ernst Troeltsch, sostuvo que al menos una parte considerable de la cristiandad podía ser entendida en función de las categorías socio-religiosas de Iglesia, secta y misticismo. Las Iglesias tenían un alcance universal, exigiendo por lo menos niveles mínimos de creencias y de conductas a todos los miembros de la sociedad y pretendiendo un monopolio sobre las verdades últimas. Las sectas eran capillitas de elegidos, un intento de redimir un mundo irredento —alternando entre los asaltos frontales a su pecaminosidad y las retiradas hacia un área protegida en la cual esperar la transformación última—. Los grupos místicos eran en muchos casos anti-nominalistas (como muchas sectas): se consideraba que las instituciones y las leyes por las que se regían eran rutinas establecidas para escapar a la posibilidad de contacto con las verdades primordiales y últimas. Se pretendía que el acceso inmediato y privilegiado a esas verdades era el rasgo distintivo de la experiencia mística y que la experiencia estaba —lo cual no es tan paradójico— institucionalizada en agrupaciones de elegidos.

Los movimientos seculares de protesta de la década de los sesenta presentaban todos estos aspectos. Esto equivale a decir que muchas veces estaban más próximos a profundos procesos de creatividad social, a la irrupción en la historia de demandas psicológicas y sociales que venían acumulándose desde hacía mucho tiempo, que a esas modalidades aceptadas de creencia y de conducta a las que por lo general les damos el nombre de política.

Sin embargo, todos estos fenómenos tenían conexión con la política rutinizada que los movimientos rechazaban. En realidad, los movimientos a menudo se definían por lo que no eran: no eran autoritarios, burocratizados, centralizados, dependientes de lo que los había precedido ni de la tradición. Por supuesto, rechazaban el chauvinismo y el etnocentrismo y ponían el acento en la solidaridad. Lo sorprendente es el uso relativamente escaso que hicieron de la retórica tomada por los movimientos americanos y europeos en pro de la reforma social de las tradiciones del Iluminismo y el Progreso. Refiriéndose a los acontecimientos de Francia, Edgar Morin y Claude Lefort llamaron a la revolución de 1968 *La Brêche,* la ruptura, y de hecho fue una ruptura con una tradición que concebía a la historia como un despliegue (una tradición que se hace evidente en una obra que es la negación de su propio título, *La revolución permanente* de Trotsky, un título que hacía albergar esperanzas de algo dinámico y nuevo, pero que en realidad se quedó en el tratamiento de los reiterados conflictos internos de la coalición, de las relaciones entre campesinos y trabajadores, entre reforma y revolución, en Rusia). La única excepción abiertamente manifiesta tuvo lugar en el bloque soviético, donde buena parte de los movimientos de protesta consistieron en proyectos reformistas o revisionistas con miras a un marxismo purificado. Se basaban al pie de la letra en los principios del marxismo, presentándose como más fieles a las intenciones de la doctrina que los estalinistas y neoestalinistas deformados a los que se oponían. Llegamos con esto a un aspecto central de los movimientos de 1968, su inserción (no sería preciso utilizar el término integración) dentro de las respectivas historias nacionales. Si bien algunos de los movimientos empezaban a emplear ideas distintas de aquellas de la progresión lineal, de todos modos eran en sí mismos los resultados de secuencias históricas que ahora, con mirada retrospectiva, podemos ver con mucha mayor claridad.

Los movimientos se definían por lo que no eran. Esto implicaba su definición por oposición a las fuerzas establecidas para la reforma, a los partidos y sindicatos organizados. Nunca fue más evidente el conflicto generacional: los jóvenes acusaban a los viejos, o a los que eran más viejos que ellos, de haber puesto en peligro, incluso de haber traicionado, sus valores originales, de haber llegado a un compromiso, cínico o meramente resignado, con los sistemas de poder existentes, de los cuales habían llegado a convertirse en pilares indispensables.

En los Estados Unidos, el movimiento fue una rebelión contra el Partido Demócrata encarnado por Johnson y descendiente directo del compromiso voluntario de Roosevelt con el capitalismo en el New Deal. Durante la Guerra Fría, los impulsos reformistas se habían transmutado en una síntesis imperial en la cual el capital, los sindicatos y la élite tecnocrática —liderados por dirigentes imperiales en las relaciones exteriores y por negociadores políticos en los asuntos internos— fraguaron un consenso nacional. Los Estados Unidos se habían convertido en un consumidor plebiscitario de la democracia, con alternancia política, pero con un conflicto social mucho menos coherente y organizado que en el período del New Deal. La sublevación de los negros del Sur contra las humillaciones de la segregación, seguida por la sublevación de los negros del Norte contra un es-

tatus económico y social permanentemente inferior (a pesar de la igualdad formal), demostró a los blancos, especialmente a los jóvenes universitarios, que las conquistas de su país estaban muy lejos de cumplir las promesas retóricas de su ideología igualitaria. La guerra de Vietnam amenazaba, con su reclutamiento obligatorio, las propias vidas de los jóvenes, y se la veía no como un accidente o como un error, sino como una consecuencia ineluctable de una civilización construida sobre la dominación interna. Los esfuerzos de Johnson por integrar a los negros, y a los empobrecidos en general, en la economía y en la sociedad mediante un programa de reforma social enormemente ambicioso representaba sin lugar a dudas el intento más serio desde Roosevelt de aumentar el Estado de Bienestar americano, pero también fue interpretado por los nuevos rebeldes como una confirmación de sus peores sospechas: los Estados Unidos no eran una sociedad justa. Las modalidades mismas de la reforma, la utilización del sistema político ordinario para conseguir un aumento en la redistribución, no tardaron en despertar su oposición. Las reformas de Johnson fueron interpretadas como un reforzamiento de lo que por entonces se denominaba el Estado de Bienestar de la guerra, y esto era lo que rechazaba el movimiento. La frase doctrinaria era «liberalismo corporativo», donde el término «liberalismo» se usaba en el sentido americano de progresismo y reforma social. Era «corporativo» por cuanto implicaba negociación entre —y control de— los sindicatos que pretendían el compromiso social, el capital que trataba de expandir los mercados pero conservando su poder, y una tecnoburocracia desprovista de moralidad o de toda concepción de una sociedad justa. La dificultad estaba en que gran parte del resto del pueblo sentía apego por el Estado. Llevados por el chauvinismo y por el racismo llegaron incluso a movilizarse en contra del movimiento de protesta que, por otra parte, jamás llegó a hacer mella de una manera seria y permanente en el movimiento sindical. Engañado por la simpatía inicial de los blancos hacia los negros y por una gran corriente de dudas populares sobre la guerra de Vietnam, el movimiento supuso que podría cambiar fundamentalmente la cultura y la estructura de la vida americana. El triunfo de Nixon en 1968, con el voto de la clase trabajadora demócrata dividido entre el vicepresidente de Johnson, Humphrey, el racista gobernador sureño Wallace y el propio Nixon, pusieron fin a las oportunidades de que el movimiento modificase el equilibrio del poder nacional.

El movimiento americano estaba formado por estudiantes universitarios, por los integrantes más jóvenes de la población activa (sobre todo de empleos indeterminados o de cuello blanco) y por aquellas agrupaciones de la *intelligentsia* a la que inquietaba su integración en la élite tecnocrática, o como los profesores universitarios de las ramas de humanidades y ciencias sociales y ciencias naturales puras, y los escritores, no integrados en él. Tenía una conexión escasa o inexistente con el Partido Demócrata y con el resto de la Izquierda americana (el Partido Comunista, diversas formaciones socialistas, y sobre todo sectas). Su principal conquista fue negativa, ya que consistió en evitar que Johnson, Kissinger y Nixon intensificaran la guerra de Vietnam. En realidad fue una rebelión contra el que antes había sido el partido de la reforma, el de los Demócratas, instalado en el Gobierno, en los medios de comunicación, en las universidades. Con la elección de Nixon en 1968, el movimiento se disgregó rápidamente en sus diversos componentes. Los que habían perseguido la liberación instintiva, las nuevas experiencias internas y las nuevas dimensiones de la existencia personal se retiraron a enclaves bohemios de las ciudades o a las universidades, o se entregaron a la experimentación con drogas o a unas efímeras experiencias en comunas. Los negros mismos emprendieron la desesperada y fútil persecución del «poder negro», una verdadera ilusión en una sociedad en la que eran, y todavía son, el 12 por 100 de la población. Las mujeres, descontentas con el patriarcado de los líderes masculinos del movimiento, revitalizaron el feminismo americano. Algunas agrupaciones políticas se hundieron en el sectarismo e incluso en el terror, justificándolo en la idea de que la mayoría americana (incluida la clase trabajadora) estaba integrada en el aparato de la dominación imperial, lo cual los llevaba a la conclusión de que la tarea de los políticos era aliarse con pueblos del Tercer Mundo, de fuera de los Estados Unidos, y con las minorías de dentro para atacar a la mayoría. Algunos seguían aferrados a los objetivos originales del movimiento, y en 1970 organizaron una huelga de ámbito nacional contra la invasión de Camboya, pero tarde o temprano volvieron al redil del Partido Demócrata para seguir a los fracasados líderes de su Izquierda: George McGovern, Edward Kennedy y Jesse Jackson.

La política americana y la de Europa Occidental son diferentes, pero si comparamos los partidos socialistas y socialdemócratas de la Europa Occidental, o incluso los partidos comunistas, con el Partido Demócrata americano como partido de

la reforma institucionalizada, surge el mismo modelo. Las revueltas de los estudiantes franceses no fueron organizadas por las secciones estudiantiles del Partido Comunista ni por las organizaciones estudiantiles tradicionales. Las iniciaron en realidad los situacionistas, representantes modernos de una política dadaísta o surrealista, ayudados por los trotskistas y otros sectarios. La enorme expansión del número de universitarios había dado lugar a un nuevo proletariado académico inquieto por el futuro y consciente de que no estaba destinado a los empleos más altos. Cuando las protestas universitarias provocaron absurdamente tácticas represivas por parte de las autoridades universitarias, el conflicto cobró un carácter de revuelta general contra el Estado gaullista. El propio De Gaulle había dicho en su discurso de año nuevo que Francia estaba aburrida, pero ni siquiera él (con toda su perspicacia) fue capaz de anticipar cuán violenta podría llegar a ser la respuesta al aburrimiento. El único pensador que vio realmente lo que estaba sucediendo fue Alain Touraine, quien en dos notables artículos, publicados en *Le Monde* en el mes de abril, predijo la Revolución de Mayo. La revuelta estudiantil actuó como detonante para la explosión de múltiples descontentos. Cuando los estudiantes se enfrentaron a la policía en el Barrio Latino, se les unieron los trabajadores más jóvenes de los suburbios industriales. Estos jóvenes trabajadores fueron los promotores de la ocupación de las fábricas, para asombro de los líderes sindicales y, sobre todo, de los comunistas. Cuando una huelga general barrió Francia y los trabajadores de los sectores público y privado ocuparon las empresas y las oficinas del gobierno, la autoridad del Estado se vio momentáneamente reducida a mandar sobre la policía que protegía a De Gaulle en el Elíseo. Toda Francia parecía una *kermesse,* un festival popular. En la Sorbona arreciaban los debates y se extendían a toda la sociedad. Lemas tales como «la imaginación al poder» o «está prohibido prohibir» expresaban el fuerte anti-nominalismo del movimiento. Mientras tanto en Nantes, los sindicatos católicos llegaron realmente a organizar un autogobierno económico de la ciudad durante un breve período. No debemos olvidar que Francia, bajo el gobierno de De Gaulle, no estaba gobernada por la derecha tradicional, sino por una élite tecnocrática que administraba un Estado de Bienestar en expansión. Los comunistas (a través de sus sindicatos) eran parte del acuerdo, tanto más cuanto que a la Unión Soviética le interesaba, desde todos los puntos de vista, que De Gaulle siguiera indefinidamente en el poder. En un primer momento, De Gaulle y su gobierno observaron con desconcierto y estupor el colapso del Estado, pero inmediatamente idearon una estrategia para recuperar el poder. Restauraron la soberanía del consumo (con ayuda del Ejército) tomando las medidas necesarias para abastecer de gasolina las estaciones de servicio del país. Negociaron acuerdos salariales con los sindicatos, a cuya cabeza estaban los comunistas. Por último, De Gaulle dejó bien claro que no dudaría en hacer intervenir al Ejército si fuere necesario, amedrentando así a un partido jacobino que había anunciado su disposición a asumir el poder (Mendes France, Miterrand y Rocard), pero observó con estupor que casi nadie lo escuchaba. Al final, la revolución se desmoronó casi con tanta rapidez como había parecido (engañosamente) que se disolvería la sociedad, y De Gaulle tuvo una gran victoria electoral en junio. A diferencia del movimiento americano, el francés había conseguido establecer temporalmente una alianza entre estudiantes y trabajadores, pero resultó decididamente temporal. El movimiento francés también presentaba cierta continuidad con las tradiciones de la izquierda en Francia, y el papel que desempeñaron en él los veteranos algo más viejos de las protestas masivas contra la Guerra de Argel (1954-62) fue considerable. Sin embargo, los objetivos y las aspiraciones expresadas por gran parte de la protesta (autonomía personal, disfrute estético, experiencia directa de la solidaridad) eran muy diferentes del jacobinismo de la izquierda francesa con su gran insistencia en la organización política, el control del Estado y su noción abstracta de ciudadanía.

Este mismo contraste marcó la relación del movimiento de protesta alemán con el Partido Socialdemócrata. La República Federal de Alemania había sido escenario de muchas protestas a comienzos de la década de los sesenta: el movimiento contra el rearme y contra las armas nucleares; las exigencias de que se expulsase a los nazis que ocupaban altos cargos; las turbulencias desatadas por la ocupación de las oficinas del *Spiegel* por el gobierno de Adenauer. El rasgo peculiar de la década de los sesenta fue el carácter generacional de la protesta. Una vez más comenzó un movimiento contra las restricciones en las universidades (una institución especialmente no reformada durante el período de posguerra, muchos de cuyos profesores más antiguos habían servido al Kaiser, a la República de Weimer, a los nazis, a la ocupación aliada y ahora a la República Federal sin el menor conflicto de conciencia). Se difundió una crítica encarnizada de lo que se denominó la restauración, es decir, la consolidación del poder bur-

gués y capitalista dentro de un Estado alemán occidental restaurado. Las teorías de la restauración eran demasiado simples, pasaban por alto el papel importante que les cabía a los socialdemócratas en lo relativo a garantizar una democracia y una honestidad mínimas en la vida pública alemana, pero también golpeaban a los socialdemócratas y a los sindicatos en su punto más vulnerable: su aceptación de una clase y de un compromiso político dentro de una Alemania integrada en el Bloque Atlántico. Así pues, había una continuidad directa entre el movimiento contra el rearme, la protesta de los sesenta y los movimientos más recientes de las postrimerías de los setenta y los ochenta contra los misiles nucleares. La élite alemana de Adenauer había cantado las loas de los Estados Unidos como modelo, y quedó perpleja al ver que un considerable segmento de la población americana servía de modelo a los alemanes más jóvenes para su disensión sistemática. El movimiento de protesta (la «Oposición Extraparlamentaria») no estaba compuesto exclusivamente por estudiantes. También había en su seno miembros de la *intelligentsia,* tanto viejos como jóvenes (como los escritores Boell y Grass), socialdemócratas de la rama crítica y sindicalistas, un número cada vez mayor de teólogos protestantes y un grupo más reducido de católicos. Por aquel entonces, Habermas señaló que las técnicas de la protesta (la burla y la sátira) no eran «generacionalmente neutrales». Sin embargo, como en el caso francés, el movimiento de protesta se definió como una oposición contra un grupo importante y tradicional que, en el caso alemán, eran los socialdemócratas. Indudablemente, una proporción importante de la energía psicológica del movimiento alemán provenía del intento de distanciarse críticamente de la complicidad con el nazismo que caracterizaba a la generación más vieja. Incluso una figura de la resistencia, Willy Brandt (que más tarde habría de contribuir tanto a la integración de la generación de la protesta en la sociedad alemana), había desempeñado el cargo de ministro de Relaciones Exteriores con un Canciller, Kiesinger, que había sido nazi.

En cualquier caso, al igual que sucedió con los Estados Unidos y con Francia, gran parte de la clase trabajadora estaba lo suficientemente vinculada con el orden social existente y con el Estado como para hacer causa común con los movimientos de protesta. Sin embargo, en Italia (en 1969 y durante el «otoño caliente») hubo un elemento independiente dentro de la clase trabajadora: la campaña en pro de la igualdad salarial dentro de las relaciones contractuales, que organizaron unos trabajadores que en muchos casos eran inmigrantes del Sur que trabajaban en las grandes fábricas del Norte y que surgieron como un reto para las organizaciones sindicales oficiales. El Partido Comunista Italiano, cada vez más abierto y, en cualquier caso, casi sin rémoras de estalinismo, trató de integrar las nuevas cuestiones culturales, las ideas de participación y de democracia de las bases, expresadas por el grupo del *Manifesto.* Estas chocaban con la organización leninista del Partido, pero todavía más con su determinación (su lema electoral de entonces era «Partito di governo») de presentarse como una fuerza de estabilidad para el país. En determinado momento de la década de los setenta, los comunistas fueron capaces de utilizar las energías de lo que había sido la *Contestazione* en su proyecto de integración de los elementos de vanguardia de la cultura italiana. El hecho de que hubiesen tratado de integrarlos en un proyecto político basado en una alianza con un partido católico, que sólo de una manera parcial y desganada había aceptado las reformas del Vaticano II, da la pauta de las contradicciones que aportarían al partido una tercera parte del voto del país en 1975, para iniciar a continuación un descenso imparable.

En el Bloque Soviético, los movimientos de protesta tuvieron unos objetivos notoriamente más simples, por contraste con las doctrinas difusas de transformación total de Europa Occidental y de los Estados Unidos. Se aferraban a la idea de reformar el sistema desde dentro y trataron de movilizar partes significativas de la sociedad en torno a un programa de modificación de algo que, en un sentido u otro, era un neoestalinismo. Los acontecimientos de Checoslovaquia antes de la invasión del Pacto de Varsovia, en agosto de 1968, demostraron el gran potencial que aparentemente había en los propios partidos comunistas para unas reformas que aportasen una mayor autonomía nacional, menos dogmatismo y el comienzo de una nueva cultura política. Los movimientos de protesta tanto de la República Democrática Alemana como de Polonia no estaban inspirados en los modelos occidentales —a pesar de la profunda influencia de Occidente sobre ambas sociedades—, sino en el movimiento checo. Los reformistas del comunismo checo realmente lograron unir, durante algunos meses, a la *intelligentsia* y a los trabajadores, algo que ni los alemanes del Este ni los polacos pudieron conseguir en aquel momento. El brutal aplastamiento del experimento checo y la nueva represión en la República Democrática Alemana y en Polonia tuvieron consecuencias opuestas. En Alemania del Este, los reformistas

internos se instalaron en la pasividad y la resignación. Al parecer no había posibilidad de movilizar a una clase trabajadora poco dipuesta a correr riesgos. Los que sí se volvieron hacia Occidente —hacia las nuevas sensibilidades de los movimientos de protesta— fueron los grupos más pequeños de disidentes de la Iglesia Protestante y de parte de la *intelligentsia*. Más tarde, estas tendencias se condensarían en lo que se llamó el Nuevo Foro— mucho más tarde. En Polonia, la *intelligentsia* llegó a la conclusión de que no podía hacerse nada sin la clase trabajadora, y empezó un arduo proceso de acercamiento que desembocaría en *Solidaridad*. En la Unión Soviética, en cambio, al parecer no había esperanza de oposición popular a un régimen que se había identificado con la nación. Los pocos que protestaron en la Plaza Roja contra la invasión de Checoslovaquia fueron atacados, primero, por la policía, y después por simples ciudadanos soviéticos. Sajarov y los escritores disidentes, los defensores de los derechos humanos, empezaron su lucha larga y terriblemente aislada, mientras que en los institutos de investigación de la Academia de Ciencias y en el Partido, la *intelligentsia* leal daba los primeros pasos vacilantes por la senda de la reforma.

Tanto en los regímenes totalitarios como en Occidente, los acontecimientos de 1968 fueron el resultado de largos procesos de crecimiento y acumulación. En España, como era de esperar, 1968 trajo consigo una intensificación de la alianza entre estudiantes y trabajadores que ya se había formado antes. Los tecnócratas de Franco habían supuesto que ampliando la Universidad y alineando la economía con el capitalismo europeo pondrían la simiente de una generación de arribistas satisfechos. Sin embargo, los estudiantes insistieron en algo que los países de la Europa Occidental daban por sentado: los derechos de la ciudadanía. Y en su oposición al conformismo y estrechez de miras de sus padres, encontraron aliados en una clase trabajadora que se afanaba por conseguir los niveles mínimos de existencia material y los niveles máximos de dignidad. Mientras tanto, la concentración del catolicismo español en un código especialmente estrecho de moralidad represiva sirvió para que los estudiantes unificaran los temas de libertad personal y política de maneras muy concretas. (Por supuesto que había una parte de la Iglesia que hacía suya la célebre frase de un cardenal crítico que dijo que en una España que se modernizaba se producía más de todo, excepto de justicia.) A medias dentro y a medias fuera de la Europa Occidental, España fue, en 1968, un modelo de combatividad para el resto de los europeos, y no una mera provincia que ensayaba dramas metropolitanos. Los provincianos eran los que suponían que Barcelona, Madrid y Sevilla podrían existir indefinidamente dentro de unas estructuras basadas en unos modelos de sociedad del siglo XIX, mientras Frankfurt, Milán y París se estaban preparando ya para el siglo XXI.

¿Fueron realmente los movimientos de 1968 (o para ser más precisos, de la década de los sesenta) unos ensayos para la política del futuro? Existe una literatura abundante e internacional de denigración sistemática de esos movimientos. Raymond Aron llamó a los acontecimientos de Francia «La Revolution introuvable», pero André Malraux, al reflexionar sobre la alianza temporal entre estudiantes y trabajadores, declaró que representaba el fin de un modelo de civilización. En un momento dado la llamó «la huelga anticipada de la clase trabajadora del mañana». En las políticas occidentales de las últimas décadas hay algunas continuidades obvias que nos dan a entender que los años sesenta no se perdieron por lo que, en algún momento, se llamó el «agujero de la memoria» —a pesar de la autoabrogación de muchos de los que participaron en ellos. Las oleadas de políticos alemanes aglutinadas en torno al Partido Verde, la protesta sistemática de la década de los ochenta contra los misiles nucleares, incluso las demostraciones inicialmente aisladas de los disidentes de esa década en la República Democrática Alemana, son evidencias de la integración del movimiento de los años sesenta en otros más nuevos y perdurables. En Francia, las políticas culturales de Jack Lang, las *lois Auroux* sobre la participación del trabajador, incluso una medida tan jacobina como las nuevas estructuras regionales de gobierno, fueron consecuencias de las ideas de 1968. En los Estados Unidos, el nuevo feminismo, las redefiniciones multiculturales, multiétnicas y multiraciales del país fueron consecuencias directas de la década de los sesenta. Desgraciadamente, la opinión según la cual esto es una política superestructural que sigue manteniendo a todos los americanos bajo el yugo del mercado —una cuestión a la que volveré a referirme— es correcta. En el bloque soviético, *Solidaridad* y la revolución de 1989 en Checoslovaquia fueron influenciados innegablemente por las reminiscencias del 68, aunque las continuidades estructurales tal vez hayan sido menos importantes que en Occidente.

Examinemos ordenadamente los elementos del 68. Ya me he referido al antiautoritarismo del movimiento. Dicho de otra manera, se exigía que los que estaban en el poder se sometiesen a unas

elecciones, se ganasen su legitimación, o sea, que se estableciese un nuevo tipo de relaciones con aquellos en cuyo nombre ostensiblemente gobernaban. La idea iba mucho más allá de las fronteras de la política convencional (elecciones y representación). Habermas ha descrito un sistemático «des-autoritarismo» en el conjunto de la sociedad alemana como resultado de las ideas de los años sesenta. En este sentido, los procesos de redefinición y redistribución social todavía continúan —como en las relaciones entre uno y otro sexo, en el interior de las familias y entre generaciones—. Una de las formas principales que asumió el anti-autoritarismo fue un anti-nominalismo sistemático (Scheuch escribió en Alemania sobre los «Anabaptistas de la Sociedad Opulenta»). Ese anti-nominalismo hizo que resultase difícil, cuando no imposible, cualquier forma de organización estable, cualquier delegación de autoridad o función representativa. (Los Verdes alemanes, tras haber conseguido crear algunas figuras significativas capaces de transmitir su mensaje al público en general, no tardaron en desautorizarlas porque destacaban demasiado, y con ello cometieron su suicidio electoral en 1990.) No importa cuáles fueran los límites de las formas tradicionales de organización de la clase trabajadora, un siglo y medio de experiencia había enseñado a buena parte de la clase trabajadora europea que, frente al capital, sus intereses sólo podían ser defendidos (aunque fuese mínimamente) mediante formas de organización resistentes y permanentes. En cambio, el movimiento de los años sesenta miraba con una desconfianza profunda estas formas, independientemente de donde surgiesen. El origen de su desconfianza debe buscarse en la doctrina y en la práctica del modo de expresión del movimiento. «The future is now» es un resumen del filósofo americano Dick Howard de una versión estética del marxismo, que trataba de reemplazar la doctrina del progreso mediante etapas por el logro inmediato de la liberación. Este sentido de instantaneidad tuvo múltiples fuentes: el alejamiento de la historia cultural de la sociedad en una época de considerable movilidad social, la psicología de los medios de comunicación, una aminoración de los controles del superego como consecuencia de unos hábitos más flexibles en la educación de los hijos.

Es indudable que la evidencia de la opulencia tuvo también sus efectos psíquicos. ¿Es posible que no sólo en los Estados Unidos, sino también en la totalidad de Europa Occidental, a pesar de sus tradiciones socialistas y sindicalistas, a pesar del jacobinismo y de su énfasis en la organización y la conquista del Estado como condición previa indispensable para la transformación de la sociedad, los movimientos de los años sesenta se hayan amalgamado en una revolución superestructural? ¿Acaso no sea, después de todo, que lo sorprendente de ellos es que, a pesar de su rechazo explícito de los valores de una sociedad de consumo, del mercado de masas («post materialismo» en terminología de los científicos sociales), han estado festejando constantemente esos valores, demandando un consumo ilimitado, traducido a ideas de instantaneidad en la gratificación, franqueza en todas las relaciones humanas y sociales y el fin de las cortapisas institucionales? Esta idea es exagerada, pero debemos tomarla en un sentido metafórico. La derecha ha respondido a la crisis de la idea de progreso, a la concepción de la historia como el despliegue de la razón, con la defensa cínica de los logros mínimos de la civilización y encogiéndose olímpicamente de hombros ante la brutalidad, la explotación y la falta de soberanía humana. Los movimientos de la década de los sesenta respondieron exigiendo que se quemaran etapas o se llegara al colapso, que el progreso fuera inmediato —lo que suponía una negación de toda visión de la historia en la cual los movimientos no desempeñasen un papel central e inmediato—.

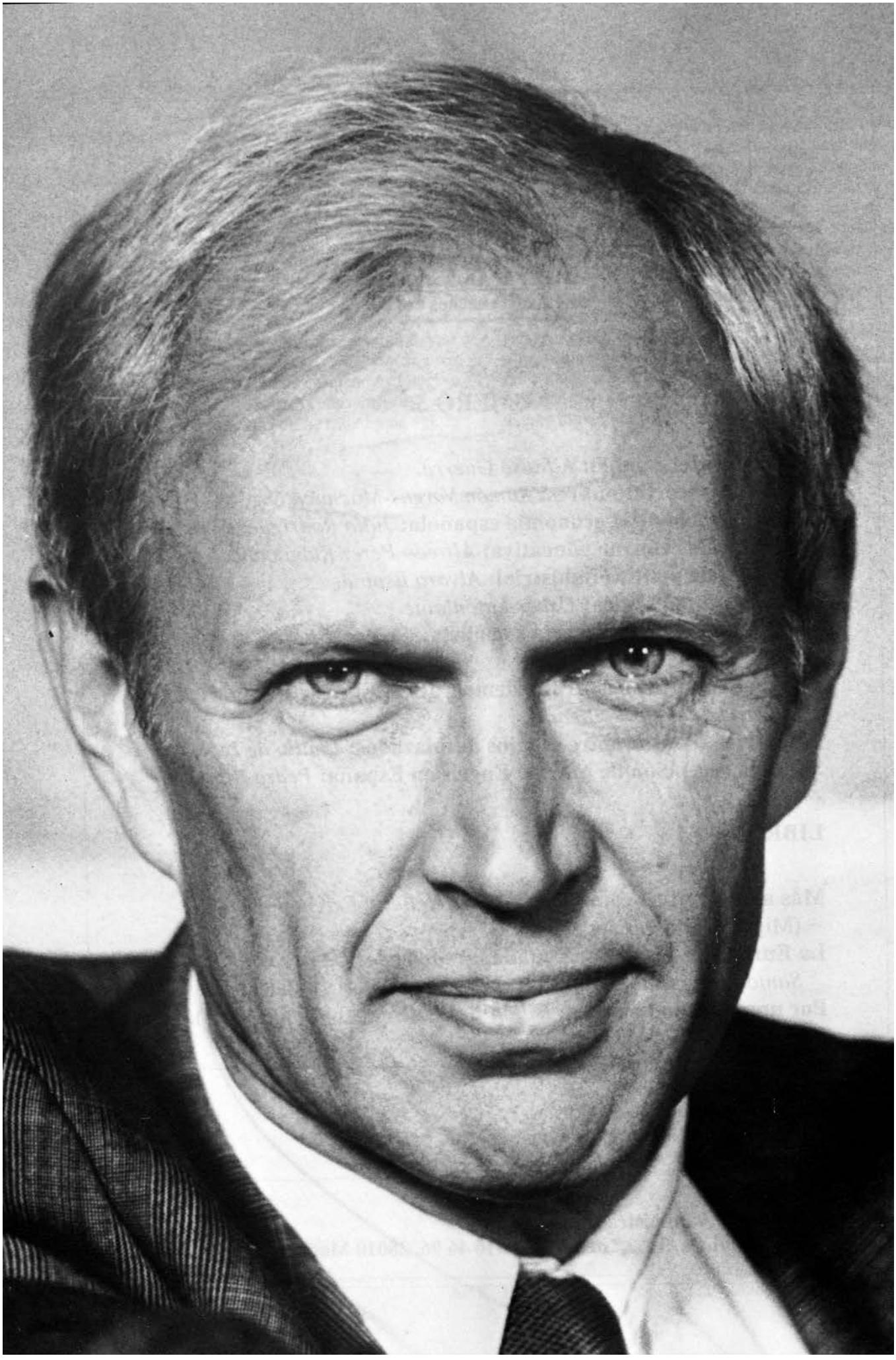
Estas exploraciones psico-culturales serían precisamente eso, a no ser por una cuestión central. Los movimientos de los años sesenta atacaron al Estado, a las instituciones culturales, a las estructuras de autoridad de toda la sociedad, pero a excepción de algunos episodios y alianzas significativos, prestaron muy poca atención sistemática al mercado como tal. Los componentes emancipadores y libertarios del marxismo fueron extraídos de su medio natural, el mundo del trabajo, y generalizados. Era como si el reino de la libertad estuviese al alcance de la mano, como si el reino de la necesidad hubiese sido trascendido de una vez para siempre. Podemos decir que durante un siglo y medio el movimiento inspirado por Marx había perseguido una profunda transformación de la naturaleza humana y de la sociedad apoderándose del mercado y modificándolo, y sólo para ser derrotado una y otra vez por el chauvinismo, la ignorancia, el afán de posesión y el servilismo, así como por el provincialismo. El movimiento de los años sesenta representó un esfuerzo por difundir valores cosmopolitas y universales a toda la sociedad, y ello con el fin de prepararse para un último asalto al mercado. (Por supuesto que estoy pensando en Gramsci.) Supongamos, sin embargo, que los que controlan el mercado sean perfectamente conscientes de la importancia de la su-

perestructura. La derecha aprendió mucho de la década de los sesenta: pensemos si no en Thatcher y Reagan y su cohorte de ávidos especuladores, de implacables dirigentes políticos y de *gángsters* ideológicos. Crearon una estructura de facticidad, un sistema darwinista y a continuación lo presentaron como evidencia de que las ideas de un orden social justo y cooperativo no eran más que fantasías infantiles. (El bosquejo de estas nociones darwinistas por los ganadores del Premio Nobel de economía no las hace más sublimes.) Actualmente nos enfrentamos a una crisis profunda y cada vez mayor del capitalismo. La combinación de la globalización del mercado de trabajo y la automatización de la producción implica un aumento del desempleo en los países industrializados avanzados. Además, los que tienen trabajo muchas veces se encuentran desempeñando labores que quedan muy por debajo de su nivel de preparación. Los ingresos, o los salarios medios, también van disminuyendo. Las instituciones de solidaridad creadas por los Estados occidentales de Bienestar, en una alianza cristiano-liberal-socialista después de la guerra, se ven seriamente amenazadas. Desde este punto de vista, la demanda de la década de los sesenta de que se restaurase el sentido al trabajo o se le diese uno nuevo, parece absolutamente irrelevante. *Die arbeit geht die Arbeitsgesellschaft aus.* El trabajo está desapareciendo de la sociedad del trabajo. Desde otra perspectiva, los valores de los años sesenta son muy relevantes. Si el trabajo es limitado, harán falta nuevas ideas acerca de los ingresos y de la gratificación psicológica (renta psíquica), nuevas concepciones del autogobierno, nuevas solidaridades. No fue Gorz el único que insistió en la búsqueda sistemática de proyectos para compartir el trabajo, de reducción de la jornada laboral. Será preciso repensar la vinculación entre trabajo e ingresos, entre ingresos y estatus social. Mientras prevalezca el *ethos* protestante productivista del gran capitalismo, junto con un individualismo darwiniano disfrazado de realización del liberalismo filosófico, esa reconsideración será imposible. En este sentido la década de los sesenta (pensamos en Marcuse y en sus ideas acerca de la sobreacumulación de la represión) engendró ideas para cuya materialización serían necesarias nuevas instituciones políticas y sociales, una institucionalización impensable en los años sesenta, dado el anti-nominalismo del movimiento, pero que se plantea como una tarea para las décadas venideras. Ya es suficientemente difícil crear unas solidaridades duraderas dentro de un país. El veterano de los años sesenta, Bill Clinton, se está dando cuenta de lo difícil que es modificar en lo más mínimo el egoísmo patológico de la sociedad que preside, un egoísmo incorporado en la mentalidad de muchos de sus miembros por las férreas condiciones de lucha en las cuales se encuentran. ¿Hasta qué punto es más difícil concebir esto en una escala mundial? Pensemos en las perspectivas sumamente inciertas de la Carta Social Europea de Delors dentro del marco relativamente homogeneizado de la Europa Occidental. Los movimientos de los sesenta tienen múltiples relaciones con el Tercer Mundo. Desgraciadamente convirtieron en mitos a sus líderes políticos leninistas (el Che, Castro, Ho Chu Ming y Mao). Al protestar contra la guerra de Vietnam, lo mismo que antes contra el conflicto de Argel, expresaron una solidaridad política concreta con luchas elementales por la liberación nacional. Los movimientos engendraron o dieron auge a ideas de solidaridad económica de larga duración con las sociedades sumidas en la enfermedad, el hambre, la pobreza y, por supuesto, la explotación (por sus propias élites y también por el capital occidental o del hemisferio Norte). También puede pensarse que el informe de la Comisión Brandt es un producto de la década de los sesenta, pero hay otras aportaciones más sutiles. Para que los países más ricos contribuyan al desarrollo de los más pobres, habrá que inventar nuevos modelos de desarrollo (que imposibilitarían la producción de unos cientos de miles de automóviles en China). Las nociones imperantes en los años sesenta sobre unos hábitos modificados de consumo, aunque rudimentarios y esquemáticos, podrían ser indispensables tanto para los países avanzados como para los países en vías de desarrollo. La conexión entre el movimiento medioambiental y los años sesenta es compleja, pero sólo tenemos que pensar en una figura significativa, Erhard Eppler, para recordar que la nueva política tendrá que ser medioambiental, ética y participativa al mismo tiempo.

Todavía quedan pendientes y muy poco claras cuestiones importantes. Las ideas liberales y jacobinas de autonomía y ciudadanía presuponían estructuras modernas del Estado. Los movimientos de los años sesenta fueron considerados experimentos sobre nuevas formas de participación, pero casi nunca engendraron proyectos coherentes y de largo alcance para unas instituciones que hiciesen justicia a la escala extraordinariamente amplia de las relaciones de poder en la sociedad moderna —y a la demanda de autonomía de aquellos que de lo contrario serían aplastados o igno-

rados por las instancias del poder. Parte de la reciente discusión sobre la *sociedad civil* tiene elementos de conjuro: la *sociedad civil* no es ya una entidad con mayor independencia o conciencia de sí que la *clase trabajadora* de la cruda jerga marxista. El problema consiste menos en permitir que la *sociedad civil* exprese su libertad que en crear áreas de libertad dentro de una *sociedad civil* que en demasiados aspectos se confunde con el mercado. Es significativo que muchos que desempeñaron un papel activo en los años sesenta hayan asumido las ideas de la *sociedad civil,* pero es preciso preguntarles si no están cosificando y legitimando el funcionamiento de unas instituciones cada vez más desprovistas de finalidad y de valor.

Así pues, tenemos mucho que aprender de los movimientos de los años sesenta, especialmente de sus fracasos. Su carácter religioso (por secularizada que estuviera su expresión) no debe ser ni subestimado ni menospreciado. No cabe duda de que sin una constante inyección de energía moral, cualquier proyecto de transformación está llamado a convertirse en rutina y a corromperse. Los años sesenta fueron precedidos, posibilitados, por décadas de paciente y penoso trabajo intelectual y espiritual en las fronteras de lo que parecía posible. Una condición previa para cualquier otro salto hacia adelante de la esperanza y de la imaginación moral es volver a examinar el legado de dichos movimientos.



SEGURIDAD EN TIEMPOS DE INSEGURIDAD. UNA PERSPECTIVA DEL NORTE

Pierre Schori

TRAS EL MURO, ¿NUEVOS TELONES DE ACERO?

«Desde Stettin, en el mar Báltico, hasta Trieste, en el mar Adriático, se ha bajado un telón de acero sobre nuestro continente.»

Las famosas palabras de Winston Churchill del discurso en Fulton en 1946 marcaron el inicio de una era excepcional en la historia milenaria de Europa. Nuestro continente nunca había sido partido en dos partes de una manera tan brutal.

La separación artificial duró algo más de cincuenta años y llegó a envenenar la política internacional.

Ahora ya no existe la camisa de fuerza de la guerra fría. Podemos andar y actuar con más libertad.

Pero como todos hemos tenido que experimentar con dolor, el comunismo y la caída del muro no implicaron la llegada del reino de la paz. Mucho de lo que sucede actualmente está, en vez de ello, más relacionado con los demonios del pasado que con los anunciadores de luz del futuro. La historia toma en cierto modo su revancha. En Europa tenemos en Bosnia el ejemplo más cruel. Y otros conflictos pueden estar acechando. Sabemos que el 25 por 100 de las personas que están entre el mar Báltico y el mar Negro viven como minorías en el lado «desfavorable» de la frontera.

Partes del anterior bloque del Este están al mismo tiempo amenazadas por una implosión social, debido a que nosotros, los europeos, no somos capaces de manejar el tránsito de la economía centralmente planificada. La ceguera de las terapias de *shock* fomenta más bien el capitalismo de casino que la economía social de mercado.

Se traza una nueva línea divisoria. El Churchill de hoy en día podría decir: «El tiempo del postcomunismo se oscurece desde Rostock en el mar Báltico hasta Sarajevo en los Balcanes por el paro y la desesperación, la intolerancia y el nacionalismo, el terror y la muerte.»

En otras palabras, tenemos, poco después de entrar en los años de 1990, una Europa totalmente nueva e imprevisible.

¿Qué tipo de comunidad europea podemos esperar en el tiempo del postcomunismo y post-Maastricht?

A pesar de la inseguridad, podemos partir de determinadas circunstancias que forman los pilares de la nueva Europa.

La primera circunstancia es la amenaza de nuevos telones de acero en Europa. Tras la implosión política de la Unión Soviética existe un riesgo de explosión social en algunas partes de Europa oriental. Pienso, en primer lugar, en la misma Rusia, la ex-Yugoslavia y Rumania.

La mayoría de los Estados del Este han elegido el camino más difícil tras el comunismo: imitan a las instituciones políticas y económicas de las democracias occidentales, en las cuales los pueblos viven bajo estrés y tienen tendencia a considerar a sus dirigentes políticos o bien como canallas o como hombres milagrosos. Estos políticos

no tienen una tarea fácil. La política y el lenguaje político han sido manchados por las mentiras y propaganda de los anteriores regímenes comunistas.

Se pierde la capacidad del Estado de mantener un estándar mínimo. La opresión y el poder mafioso amenazan al mismo tiempo en el vacío que ha quedado tras el inevitable fracaso de las economías de planificación central y donde las fuerzas del mercado han podido expandirse con demasiada libertad.

La consecuencia puede ser, en el peor de los casos, que la Europa occidental se convierta en un país rico, y la Europa oriental en un país pobre, con migración de pueblos hacia el Oeste, de parados y personas que buscan el bienestar. El militar y el policía que el Occidente organizó contra la amenaza comunista se moviliza ahora en las fronteras para impedir la llamada inmigración ilegal.

¿Quo vadis Rusia? es, sin duda, una cuestión primordial para todo el mundo occidental. Boris Yeltsin ganó en el referéndum de finales de abril de 1993 la primera vuelta importante en la lucha por el poder. Pero ¿quién se atreve a vaticinar con respecto al futuro?

Un primer indicio del colapso inminente del imperio fue, a mi juicio, la siguiente noticia de Novosti, publicada por la agencia de prensa en Estocolmo en septiembre de 1990:

«La empresa de Orjol, situada en la parte suroeste de Rusia, que ha de cubrir el suministro de ataúdes se ha visto obligada a parar dicha producción por falta de tablas de madera. Antes de 1990, hubo que reducir el reparto centralizado de mercancías de madera cortada a la empresa, y ahora ya no hay tablas. Incluso la cooperativa Ritual, habitualmente muy ingeniosa, sólo puede hacer ataúdes si los familiares del fallecido proporcionan sus propias tablas.

La situación de carencia ha dado lugar a que los colectivos de varias empresas de la ciudad hayan introducido una cláusula según la cual la administración se compromete a suministrar la cantidad necesaria de tablas si algún empleado fallece. Para el que no tenga un acuerdo que contenga una cláusula de esta índole sólo le queda aplazar su defunción hasta el fin de año.»

La situación era la siguiente dos años más tarde: la inflación de la Rusia de Yeltsin alcanzó el 3.000 por 100 en 1992, hubo un descenso general de la producción del 20 por 100 aproximadamente, deudas crecientes y un paro desmesurado. El pueblo vive en la miseria. La tercera parte tiene ingresos por debajo del mínimo de supervivencia (3.000 rublos), el 60-80 por 100 del sueldo se emplea para la alimentación. La perspectiva para 1993 no es mejor: el índice de inflación alcanzó el 1.200 por 100 en el primer trimestre.

El ex-ministro americano de Asuntos Exteriores Kissinger advirtió, además, a Occidente que no apoyara exclusivamente a Yeltsin, tal como fue el caso con Gorbachov. Kissinger señala que es el proceso de reforma lo más importante, no importa quién la dirija. Puede que Yeltsin se merezca todo el apoyo posible —continúa—, pero el presidente de Rusia debe ser capaz de gobernar por su propio poder, no por el apoyo extranjero. El pueblo ruso ha aguantado hasta ahora la inseguridad y el nivel de vida, que sigue bajando. Boris Yeltsin obtuvo afortunadamente un claro mandato en el referendum para que siga la política de reforma. Lo peor son los conflictos étnicos, en los cuales el ejército está metido.

Cuatro o cinco guerras tienen lugar en la antigua URSS: Nagorno-Karabaj, Tadzhikistán, Georgia y el norte del Caúcaso. Algunas se han podido dominar mediante acuerdos políticos, tal vez casualmente, tal como en Transnistria y el Sur de Osetia. La tercera parte de los centenares de conflictos territoriales y étnicos que se pueden contar en la ex-Unión Soviética puede degenerar en conflictos armados de mayor importancia.

La pesadilla de Moscú es asimismo la disolución de Rusia. Las fronteras de la Federación Rusa son casi igual de largas que las de la ex-Unión Soviética, y la mayor parte de las mismas no están marcadas y están sin vigilancia. Existen hoy alrededor de 20 repúblicas con un grado variado de ambiciones nacionales e independencia real. Veintitrés territorios/repúblicas han introducido sus propias restricciones en cuanto a la exportación de mercancías fuera de sus «fronteras». Disponen de sus propias autoridades de aduana y sus propias tropas locales y voluntarios. Las repúblicas de Karelia, Komi, Jakutia, Gorno-Altaj y las regiones de Irkutsk y Tjumen han convencido a Moscú para que les sean concedidas cuotas especiales para la exportación de materias primas. Un arreglo similar se hará para Bachkortostan, Burjatia, Udmurtia, Keliningrad, Murmansk, Jekaterinburg, Tjaliabinsk y otras. Hemos sabido muy poco sobre la existencia de las mencionadas repúblicas. ¿Cuántos de nosotros, por ejemplo, sabíamos que Jakutia es igual de grande que Europa occidental y que posee la mayor parte de la existencia de oro y diamantes de Rusia?

Fuerzas poderosas empujan en distintas direcciones a Rusia y la CEI. Ucrania y St. Petersbur-

go aspiran a la integración con el Occidente, las aspiraciones asiáticas se acrecientan en Siberia y la presión del Islam aumenta en el Sur. El enemigo histórico, China, representa para algunos un ideal atractivo.

Algunos abogan, en esta situación, por una doctrina Monroe rusa para la ex-Unión Soviética, donde Rusia tenga una esfera de intereses vitales en todo el anterior territorio soviético. Los mismos círculos dicen que es preciso buscar cosas comunes con otros eslavos y ortodoxos (como Serbia), no con el decadente Occidente, que se presta poco al apoyo.

La cuestión de defender a las fuertes minorías rusas en las demás repúblicas, que los rusos llaman «el extranjero cercano», es una señal amenazadora en esta relación. Fuerzas rusas de «pacificación» luchan en la guerra civil de Tadzhikistán contra rebeldes musulmanes. Es, como dice el comentarista finlandés Max Jacobson, como si la guerra de Afganistán hubiera dado un paso más hacia el Norte.

Aunque el miedo a un creciente bonapartismo sea seguramente exagerado, es, sin embargo, un hecho que 600.000 oficiales y soldados profesionales se hicieron superfluos en el Ejército rojo en 1992.

Hay que añadir a eso la información de que existen alrededor de 500 grupos militarizados ilegales independientes en todo el territorio de la CEI.

Muchos de ellos viven de la venta de armas y contrabando.

Los militares no se entremeten en la lucha por el poder político en Moscú, pero ¿cómo reaccionarían si Rusia empezara a disolverse? No lo sabemos, pero aunque un militar encolerizado junto con nacionalistas militantes no llegaran a ser un peligro para la *política exterior,* no podemos olvidar, en mi opinión, que en Suecia vivimos como vecinos del caos, al lado de un gigante armado de armas nucleares y con un futuro inseguro.

LOS PAISES BALTICOS, SOLOS

Estonia, Letonia y Lituania han recuperado su independencia tras alrededor de medio siglo de dominio ruso. Les espera ahora la enorme tarea de construir una democracia y reformar su sociedad. Los Estados bálticos comparten la experiencia del pasado soviético, pero es al mismo tiempo cada vez más evidente que se trata de tres países distintos que podrían elegir cada uno su camino.

La transformación económica, la liberación de la dependencia exclusiva de la economía rusa van a ser muy complicadas. Los tres países podrán, a largo plazo, perfectamente reanudar su tradición milenaria como naciones comerciales en el mar Báltico y desarrollar una fuerte vida económica. Las dificultades, sin embargo, son enormes a corto y medio plazo. La producción ha bajado sustancialmente. Un amplio grupo de personas viven en la penuria, a pesar de que las reformas hayan abierto nuevas posibilidades: parados, pensionistas y otros. Los estonios, sin duda, han llegado más lejos bajo la dirección de un amplio gobierno de coalición. Una reforma monetaria, mediante la cual la corona estonia ha sido introducida, ha logrado estabilizar la economía. Un alto grado de apertura ha permitido el comercio con el Occidente, que aumenta rápidamente, aunque sigue siendo escaso. También Lituania ha comenzado un trabajo radical de reformas que se supone va a continuar, aunque el nuevo gobierno obrero no ha presentado un programa completo de su política. El trabajo de reformas se ha atrasado en Letonia debido a la situación política poco clara, y la cuestión de la ciudadanía, es decir, la relación con los de habla rusa, no ha sido resuelta todavía. Letonia, seguramente, igual que Estonia y Lituania serán admitidas en el Consejo de Europa como países independientes y democráticos de Europa. Se ha observado un factor preocupante en relación con las negociaciones CE de Suecia. Los acuerdos sobre el comercio libre que Suecia y los demás países nórdicos han concluido con los Estados bálticos se ven amenazados. No está claro si dichos acuerdos, de escasa importancia económica para la CE, van a seguir vigentes, pero si no fuera así, significaría un quebranto muy grave para el poco progreso económico en los tres países.

LA PESADILLA EN BOSNIA

En nuestro debate sobre Europa existen muchas imágenes distintas. Esperanza y desesperación, visiones y pesadillas, se mezclan en nuestra mente y en nuestros discursos.

Lo más difícil de comprender son las atrocidades en la antigua Yugoslavia. Nombres como Srebrenica, Zepa y Sarajevo se añaden ahora a los numerosos nombres en la historia del museo del terror: Guernica, Treblinka, el *ghetto* en Varsovia, Katyn, Gulag, Sharpeville, My Lai, Sabra y Chatila...

¿Qué ha sido del nuevo orden mundial, la nueva Europa?

La llamada a la acción, a la intervención militar, aumenta, incluso por parte de los grupos que

siempre se han considerado como pacifistas. La neutralidad y pasividad son actitudes que no se pueden dar ante la existencia de violaciones masivas y niños mutilados.

¿Cómo se puede comprender y qué se puede hacer? El papel del mundo sobre este tema ha sido insuficiente hasta hora y al comienzo directamente perjudicial.

Los entendidos en la materia nos advierten ahora de que las medidas no meditadas pueden desencadenar horrores aún mayores. «La historia ha creado las condiciones para una tercera guerra en los Balcanes con consecuencias imprevisibles.» Oí estas palabras de mis anfitriones eslovenos durante una visita en la Semana Santa de este año a Ljubljana.

«Sin conocimientos de la historia no se puede entender ni explicar el nacionalismo serbio ni lo que está sucediendo.»

«Es importante comprender que la política de Milosevic tiene el apoyo del pueblo en Serbia», subrayó el presidente de Eslovenia, Milan Kucan, durante nuestra conversación.

«Milosevic empezó su carrera en 1989 —dijo otro consejero— persiguiendo a los albaneses durante la celebración en memoria de seiscientos años de la batalla de Kosovo, la derrota que causó que los serbios se convirtieran en esclavos bajo el reino otomano durante siglos.»

El mensaje de Milosevic es que los serbios están de nuevo en peligro, y se dirige a grupos enormes.

La minoría serbia de 600.000 que vive en Croacia es otro resultado de la historia. Los serbios se establecieron allí como un parachoque humano de distintos emperadores habsburgos en los años 1600 con el fin de hacer frente a la amenaza musulmana procedente del Sur.

El gobierno de Croacia resultó trescientos años más tarde incapaz de controlar la inquietud de los serbios ante la declaración de independencia de Croacia. El recuerdo de la política de exterminio del movimiento fascista croata *Ustacha* queda grabado en la mente. Cuando los serbios en Croacia, hacia el final de 1991, proclamaron su propia república, Krajina, fue en gran parte por temor a que el régimen del presidente Tudjman pudiera significar la vuelta al fascismo *Ustacha*.

«Otra clave decisiva para la tragedia en los Balcanes ha sido el fracaso del comunismo», continuaba el presidente Kucan. «Con la caída del muro desapareció también la argamasa que unía Yugoslavia.»

Eso fue para los dirigentes de Belgrado un aviso para mantener con otros medios el control serbio sobre el desarrollo de los acontecimientos.

El eslogan rezaba: «Los serbios no volverán jamás a ser un pueblo en minoría.» Se convirtió para Milosevic en la frase que atraía en la lucha interna por el poder.

El periodista británico de la BBC y experto en asuntos de los Balcanes, Misha Glenny, censura en su brillante libro *The Fall of Yugoslavia* (Penguin Books, 1992) a Alemania y sus aliados por haber cometido, con su reconocimiento, el pecado cardinal de ignorar la cuestión primordial de la minoría serbia en Croacia y las consecuencias irremisibles para Bosnia y Macedonia. EE.UU. e Inglaterra, al igual que el mediador de la CE, Lord Carrington, insistieron durante mucho tiempo en que el reconocimiento no debía tener lugar hasta que se encontrara una solución solidaria para toda Yugoslavia.

No ha sido fácil, naturalmente, para ningún país actuar adecuadamente ante la política de poder serbia, intencionada y sin escrúpulos. El régimen de Belgrado ha aprovechado las negociaciones de paz para legitimarse a sí mismo y a sus marionetas, y para ganar tiempo y ventajas. La intención no ha sido nunca terminar amistosamente.

¿Cómo debemos, entonces, contestar cuando el presidente de Bosnia, Izetbegovic, nos instaba: ¡defiéndannos o dennos armas para que podamos hacerlo nosotros!?

La guerra no resuelve ninguna guerra en los conflictos que se basan en discrepancias que han durado siglos. Los serbios han estado expuestos a una propaganda sistemática, nacionalista, a través de los años. Alrededor de la cuarta parte de todos los serbios viven fuera del Estado serbio. Suficientes para favorecer la intención de Milosevic y creer que su nación está en peligro. El ejército yugoslavo JNA, que fue el cuarto-quinto de Europa, ha creído durante todo el tiempo de la postguerra que Yugoslavia era la solución a los conflictos étnicos que acechaban. Lo que fuese interpretado como un ataque militar a Serbia debería, por supuesto, desencadenar una guerra de defensa serbia larga y «patriótica» contra los agresores con una cantidad incomprensible de víctimas. Por eso, la indecisión es tan grande en EE.UU. y los demás Estados, que por lo demás tienen recursos para tomar medidas militares.

La crisis de Yugoslavia está en la encrucijada entre Maastricht y la Unión Soviética, entre los procesos de integración y desintegración. Todo el mundo ha hecho demasiado poco y demasiado tarde.

La socialdemocracia sueca mantiene desde hace muchos años contactos y colaboración con

los disidentes yugoslavos. Comenzó con el grupo PRAXIS en los años setenta. Hace unos años que apoyamos a la red de resistencia política-sindical contra el nacionalismo y la guerra, que, entre otros, el socialista croata americano Bogdan Denitch ha creado. Los contactos mencionados nos han enseñado en el transcurso de los años que no todos los serbios son nacionalistas agresivos y que no todos los croatas son poderosos *ustachafascistas*. Hemos aprendido que la idea de paz está muy extendida por todas las repúblicas, que el principio de independencia nacional tiene que ser basado en la ciudadanía, no en el origen étnico, y que los serbios, croatas y musulmanes pueden vivir en armonía en la pequeña ciudad Tuzla y la capital Sarajevo.

Pero incluso nuestra colaboración ha sido esporádica e insuficiente. Tendríamos que haber hecho mucho más y mucho antes. Las propuestas concretas de índole política y militar han salido de nuestros amigos dentro de estos círculos. Los socialdemócratas eslovenos quieren establecer un número de zonas protegidas en Bosnia, en espera de una declaración de paz estable. Las zonas protegidas tendrían que estar bajo protección militar de la organización mundial, mediante la presencia masiva de la ONU. Debería haber «corredores» protegidos entre las zonas, y el espacio aéreo debería ser mantenido eficazmente limpio. Bosnia, que es miembro de la ONU, tiene, según el reglamento de la ONU, derecho a solicitar ayuda contra la agresión croata-serbia. La protección de las zonas en Bosnia es una acción únicamente humanitaria, sin fines agresivos ni carácter provocador. Las fuerzas nórdicas de la ONU en Macedonia deberían, al mismo tiempo que se realiza esta cooperación de la ONU, ser reforzadas con tropas de otros países.

El mundo puede y debe asimismo tomar una iniciativa en la cuestión relacionada con Kosovo. Es evidente que el régimen de Belgrado tiene dominado al pueblo de Albania. La fuerza de ocupación ha sido aumentada a 40.000 soldados de élite, que trabajan en connivencia con la policía y la banda de malhechores bajo el renombrado Arkan. Llegará un momento en que los kosovo-albaneses tendrán derecho a decidir su futuro ellos mismos. Ahora está viviendo bajo opresión y están muy afectados por las sanciones.

Es evidente que todas las naciones europeas como miembros de la ONU, y según lo que exige el artículo 42 del Reglamento de la ONU, tenemos le obligación de impedir la guerra, y la responsabilidad moral y política de ayudar y proteger de forma activa a los pueblos y naciones que están amenazados por el exterminio.

Otra circunstancia desafortunada, para los Estados reformistas de Europa Oriental, fue que después de la caída del comunismo también el capitalismo ha entrado en crisis en Occidente.

Las tres grandes economías, EE.UU., Alemania y Japón, no generan crecimiento y no pueden, por tanto, prestar la ayuda necesaria para el resto del mundo occidental. En lugar de ello, experimentamos el otoño pasado cómo las fuerzas económicas dieron origen a turbulencias y crisis en la economía y en la política. Los gobiernos, parlamentos y partidos no han tenido oportunidad alguna de actuar contra los inversores, especuladores y estafadores que han especulado con las múltiples cuantías de miles de millones que se mueven diariamente en las bolsas y en el mercado de divisas.

Se puede observar al mismo tiempo que Karl Marx tuvo, en cierto sentido, la razón.

Me refiero a su vaticinio, en 1848, según el cual el capitalismo «por haberse apoderado del mercado mundial ha causado que la producción y el consumo sean globales en todos los países y obliga a todas las naciones a utilizar el mismo método de producción si no quieren fracasar».

Marx llegó a la conclusión de que «el capitalismo crea su propio mundo de acuerdo con su propia imagen». El diplomático finlandés Max Jacobson señala que es, sin duda, una ironía del destino que la consecuencia haya sido que el país que juró en nombre de Marx hubiese fracasado, y que estamos ahora ante la crisis capitalista, es decir, la crisis del sistema occidental, a la cual la Unión Soviética estuvo esperando con perseverancia, y el sistema competitivo está destruido.

Ante esta circunstancia, me parece evidente que es preciso establecer un equilibrio mejor entre capital y trabajo, entre economía y política. Una de las ideas básicas e intentar recuperar con la unión económica y monetaria de Europa, justamente a través de esfuerzos comunes, parte de la influencia que todos y cada uno de los gobiernos han perdido a consecuencia de la internacionalización económica. Nadie sabe hoy qué será de eso. Es preciso, sin embargo, que exista algún tipo de unión.

La tercera circunstancia es la búsqueda de muchos años de seguridad común.

Un par de generaciones de europeos han sido marcadas en nuestro tiempo por dos guerras mundiales devastadoras, las cuales han marcado asimismo su política. Cuando, por ejemplo, el ex-Ministro francés de Defensa Pierre Joxe, que tie-

ne la misma edad que yo, habla de su infancia, se acuerda perfectamente que llevaba constantemente consigo la máscara de gas.

En Suecia nos hemos librado de este trauma y hemos vivido durante mucho tiempo en una especie de idilio aislado. La idea de Europa se ha convertido para los políticos del continente en un proyecto vital. Cuando les preguntamos por qué justo ellos, dentro de los países de la CE, tienen el derecho de interpretar la futura construcción de Europa igual, contestan: «Tenemos una legitimidad por haber sido tanto víctima como actor en los años en que se desarrollaba el drama europeo.»

El sueño de la paz duradera era primordial para Aristide Briand, el ministro francés de Asuntos Exteriores, cuando lanzó su plan en 1930 de una «unión federativa europea». En Suecia la idea fue apoyada por el redactor-jefe de *Socialdemokraten,* Arthur Engberg. Algo más de un decenio después, en plena guerra mundial, Jean Monnet expuso su idea sobre una unión europea con el mismo fin: impedir un nacionalismo agresivo y fomentar el crecimiento y cooperación reuniendo pueblos y naciones. Willy Brandt desarrolló la idea durante la guerra fría mediante su política de apertura hacia el Este. Olof Palme seguía la misma forma de pensar mediante su doctrina sobre la seguridad común. Mijail Gorbachov pudo aprovechar las ideas de Brandt y Palme para abrir camino a la *perestroika* y el desarme.

Yo mismo considero la propuesta actual de Jacques Delors y la unión europea de la CE como una continuación de la aspiración europea desde hace muchos años: crear un mosaico de naciones independientes que coordinan sus esfuerzos para el beneficio mutuo en los campos que ellos mismos acuerdan.

La cuarta circunstancia parece ser que la oleada internacional de la derecha ha disminuido en el país tradicional de los conservadores.

La derrota de Bush marca el fin de una era conservadora, en la que la derecha intentó cambiar el mundo mediante la economía de mercado, principios tradicionales y superioridad militar.

La herencia de la era Reagan/Bush dejó en EE.UU. una gigantesca deuda estatal de 4.000 millones de dólares, una carencia enorme en la capacidad competitiva del país y un importante descenso de los sueldos reales. Además de eso, creció alarmantemente: el número de personas sin hogar, la especulación en la economía, las relaciones conflictivas entre las razas, los problemas con el presupuesto, el empobrecimiento de los sectores públicos y las distancias sociales en general. Los años ochenta fueron un decenio perdido para la mayoría de los americanos, pero un decenio de triunfo para los ricos. El capitalismo enloqueció, mientras que cada vez más personas vivían en la pobreza.

El programa de Bill Clinton se parece mucho al de la Europa occidental: lucha contra el paro, estímulo de las demandas internas mediante intervenciones públicas adecuadas en la infraestructura, solidaridad social mediante la reforma del sistema educativo y la sanidad pública, reducción del sector militar, prioridad al medio ambiente e igualdad.

Podemos tener distintas opiniones sobre lo que eso va a significar para la política europea y su adaptación. Estamos todos, seguramente, de acuerdo en que Europa en el futuro tendrá que seguir y dejarse influir por el desarrollo americano. Clinton ha presentado hace poco en forma resumida, a través de su ministro de Asuntos Exteriores, su política exterior, basada en tres pilares: el primero es *el fomento de la seguridad económica de EE.UU.;* el segundo es *la modernización del poder militar* (EE.UU., sin embargo, no se debe convertir en un policía mundial, sino trabajar más con la ONU y, a través de ella, hacer más diplomacia preventiva); el tercer pilar es el fomento de *la lucha por la democracia y los derechos humanos.*

Esto no nos dice mucho y apenas es una política exterior completa para una superpotencia. EE.UU. no puede evitar responsabilizarse de los acontecimientos mundiales y reaccionar ante los mismos. El problema de Rusia es un ejemplo, Bosnia otro.

La quinta circunstancia es que no podemos construir nada de valor ni nada estable en Europa si los pueblos de Africa, Asia y América Latina no tienen la posibilidad de llevar una vida soportable.

Los países del Tercer Mundo pierden cada año 500.000 millones de dólares debido a los obstáculos comerciales puestos por parte de los países ricos. Eso supone 10 veces más que la ayuda anual o 25 veces más que la ayuda libre.

Si no disminuimos las diferencias económicas y las injusticias sociales entre el Norte y el Sur en el mundo, viviremos constantemente bajo la amenaza de conflictos, guerras y desafíos morales insoportables. La conclusión es que si no abrimos nuestros mercados a las mercancías del Este y del Sur, nos veremos obligados a abrir nuestras fronteras a las personas hambrientas del Este y del Sur, que buscan el bienestar.

El número de los que huyen en barco desde Africa del Norte hasta España y otras partes de

Europa meridional está aumentando cada vez más y puede que hayamos visto nada más que el principio del mismo problema en el mar Báltico.

¿QUE PODEMOS HACER?

El Occidente debe establecer una política del Este.

Un general inglés señaló tras la victoria sobre el nazismo en la Segunda Guerra Mundial que ahora se trataba de ganar la primera también. Estaba ya entonces claro que los imperios habsburgos habían dejado una serie de problemas con su solución atrasada y grandes fuerzas explosivas.

La cuestión ahora, igual que entonces, es cómo deben los países vencedores tratar a la gran potencia perdedora.

En aquel tiempo, Churchill, De Gaulle y Roosevelt preferían desindustrializar a Alemania o, por lo menos, poner a la poderosa industria del Ruhr bajo control de los aliados. Jean Monnet introdujo contra estos pensamientos del pasado sobre el poder político, que volverían a originar resistencias y ganas de revancha, el control mutuo democrático del futuro a través de instituciones. Las ideas de Monnet vencieron. Había que reanimar a Alemania para que reconstruyera su industria, pero dentro del marco de una Europa Occidental unida y democrática. Era preciso introducir el país en un sistema de ventajas y obligaciones mutuas.

¿No habría que hacer algo parecido con Rusia y las demás repúblicas del Este? Habría que acelerar los procesos democráticos y consolidar los Estados reformistas mediante una cooperación europea general a todos los niveles.

UNA NUEVA POLITICA DEL ESTE

El principal problema de seguridad durante la guerra fría fue la carrera armamentista de armas nucleares. La apocalipsis nuclear no está encima de nosotros como antes, pero quedan aún armas nucleares en grandes cantidades, a pesar de acuerdos importantes y amplios sobre el desarme. La advertencia de la comisión Palme sobre el riesgo relacionado con grandes cantidades de armas nucleares tácticas y que puedan llegar a manos de irresponsables sigue siendo muy actual.

Lo más importante ahora es llevar una política cuyo fin es establecer la irrevocabilidad del desarme de armas nucleares y, con el tiempo, conseguir la supresión total de este arma, que pertenece al día del juicio final, y de las armas químicas y biológicas. El desarme no debe ser una tarea ignorada por la política de seguridad en los años noventa. Es ahora más que nunca cuando hay que limitar la libre posesión de armas nucleares. El primer paso sería la prohibición total y permanente de ensayos con armas nucleares.

Las amenazas a largo plazo contra la seguridad general europea son hoy, sin embargo, de otro carácter, no militar.

El primer ministro húngaro, Antall, lo ha expresado diciendo que el Occidente siempre ha estado dispuesto a enfrentarse a la amenaza militar proveniente del Este, pero que no estaba en absoluto preparado para conducir la liberación del Este. El Occidente, incluso Suecia, está ocupado con sus propios problemas internos y no tiene sencillamente estrategia alguna comparada con el Este.

Jacques Delors ha criticado repetidas veces al mundo occidental por su falta de competencia y esfuerzos insuficientes.

Existen, sin embargo, motivos para que el mundo occidental no actúe con el espíritu de un nuevo Marshall. La caída del comunismo en el Este ha coincidido, en líneas generales, con la crisis del capitalismo occidental. Ningún país occidental ha sido capaz de proporcionar los recursos suficientes, particularmente cuando esto ha supuesto medidas polémicas de política interior.

Alemania es la única excepción, porque tenía que intentar resolver los enormes gastos relacionados con la reunificación de la Alemania Oriental con la República Federal, una ayuda al Este que supera el total de la de la CE, así como una política hasta ahora muy generosa con los refugiados y los que solicitan asilo. Bonn ha invertido, desde la disolución de la República Democrática Alemana, hace cuatro años, 250.000 millones de dólares en los nuevos Estados alemanes.

Lo que hace falta, tanto en el Este como en el Oeste, es una economía social de mercado que funcione y no un capitalismo de casino, dicho en palabras de Keynes. Si se desea especificarlo, se puede expresar de la siguiente manera: si «ese camino» no funciona en los países ricos, como Suecia, Inglaterra y EE.UU., ¿de qué serviría exponer a los Estados del Este al mismo fracaso?

El jefe del Banco de Europa, el socialista francés Jacques Attali, ha señalado tres iniciativas adecuadas para encarar las amenazas sociales y económicas de seguridad procedentes del Este. Se propone establecer un *mercado común europeo,* una zona de libre comercio más allá de los acuer-

dos bilaterales de la CE y EFTA y que incluye a Rusia, una acción institucional general europea que da a los Estados reformistas la oportunidad de desarrollarse de nuevo tras la caída del comunismo, junto con un *programa general europeo de inversión y trabajo.*

El plan de Attali merece nuestro apoyo. Es obvio que hace falta acelerar el proceso democrático en el Este y consolidar los Estados reformistas mediante una cooperación general europea muy amplia, que vaya más de prisa y que sea más profunda de lo que los arquitectos en Bruselas habían previsto en un principio.

Personalmente opino que las circunstancias en el Este deben contener mucha más esperanza que una integración política y una integración económica gradual. La idea del presidente Mitterrand de una confederación para toda Europa para el año 2000 es un síntoma positivo.

A la espera de que la seguridad común se haga más estable, debemos al mismo tiempo intentar reforzar la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE).

La CSCE es, con su círculo de miembros europeos más EE.UU., Canadá y su amplia agenda, el marco ideal de una discusión sobre el acuerdo y las condiciones para la paz en el continente.

Pero los cambios vertiginosos, particularmente la disolución de la Unión Soviética y de Yugoslavia, han debilitado y atrasado esa posibilidad.

Eso no implica, sin embargo, que no puedan surgir pensamientos e iniciativas para establecer la CSCE del mañana.

Algunos ejemplos:

— Conforme al reglamento de París, y que todas las naciones en Europa se comprometen a observar, la CSCE debería gozar de una protección más sistemática realizada por un órgano especial de vigilancia. A eso se podría vincular la representación especial de los derechos humanos, que debe trabajar estrechamente unida al Consejo de Europa. Se debería elaborar un informe anual sobre la situación de los derechos humanos en todos y cada uno de los Estados miembros. Las infracciones graves del reglamento —tal como las violaciones graves de los derechos humanos, así como la amenaza o la violencia en relación con los conflictos fronterizos— deberían poder ser castigadas con distintos grados de sanciones y la exclusión o amenaza de exclusión de las instituciones europeas.

El Centro de la Prevención de la Crisis de la CSCE debería ser reforzado considerablemente. Las naciones europeas podrían aquí coordinar las tareas y la información con el fin de identificar los conflictos y otras amenazas contra la seguridad europea en una fase poco avanzada. La estrecha coordinación que ya se ha establecido entre los Ministerios de Asuntos Exteriores de la CE podría formar la base de un sistema que, a su vez, podría ser ampliado para llegar a ser una Interpol para la seguridad política.

— Una red similar de intercambio coordinado de información sobre distintas amenazas al medio ambiente, como, por ejemplo, residuos atómicos, escapes tóxicos y desechos químicos, así como información sobre los riesgos relacionados con el desmontaje o destrucción de armas nucleares o armas químicas o biológicas, también debería ser vinculada a la CSCE, en una especie de Interpol para el medio ambiente. Debería existir una coordinación de un proyecto global europeo para el medio ambiente. La Convención del Mar Báltico, que pretende limitar la emisión de residuos al 50 por 100 hasta 1995, lo más tarde, es un buen ejemplo de un trabajo de esta índole.

— Se debería establecer una comisión europea para los refugiados para poder coordinar mejor los esfuerzos humanitarios, junto con UNPROFOR. Las naciones europeas podrían de esta manera facilitar la tarea de la comisión para refugiados de la ONU, que necesita concentrar sus recursos en los problemas de los refugiados en las partes más pobres del mundo.

Y tal vez lo más importante:

— La coordinación de los esfuerzos para reforzar el proceso democrático debería ser aumentada considerablemente en forma de un Plan Marshall para la democracia.

Se trata asimismo de encontrar un papel más claro para Europa dentro de la política mundial.

La victoria para la libertad y la democracia terminó paradójicamente durante la paz de la postguerra de Europa.

Los ejemplos de Somalia y Bosnia muestran que debemos examinar el concepto tradicional de soberanía.

La cuestión es si utilizaríamos la fuerza legal y política recién adquirida de la ONU para intervenir cuando los derechos humanos y democráticos están amenazados o perjudicados. ¿Debemos permitir que la violencia masiva y los asesinatos tengan lugar impunemente u observar el principio de no intervención en los asuntos internos de otros Estados? ¿Podemos en Europa occidental, desde un punto de vista moral, permitir que eso suceda, mientras que sigamos asiduamente trabajando por nuestro propio desarrollo de bienestar e integra-

ción? ¿Cómo debemos considerar el principio del reglamento de la ONU de abstenernos de intervenir en los asuntos de otros Estados y la obligación moral de intervenir con el fin de proteger y salvar vidas humanas?

* * *

Se trata, por lo que respecta a Suecia, en estos tiempos de cambios, de buscar su papel en las tres relaciones que he mencionado anteriormente: en relación con la tendencia de disolución de Europa oriental, en relación con el proceso occidental de integración y en relación con el desarrollo europeo general y global.

Voy a empezar por la *problemática del Este*.

En este caso no estamos mejor preparados que los demás países europeos occidentales. La propuesta presupuestaria presentada por el Gobierno no contiene una estrategia para la Europa del Este. Necesitamos, por tanto, en mi opinión, formular una nueva política hacia el Este, por encima de los límites de los partidos, una política que necesita del apoyo de empresarios que tengan el coraje de arriesgarse y que esté encaminada hacia el futuro.

Dentro de esta nueva perspectiva es importante que elaboremos en nuestra parte de Europa una estrategia para una Europa del Norte nacida de nuevo, desde el mar del Norte, el mar Barents y la península Kola, por Carelia, St. Petersburgo y Rusia Occidental, por el mar Báltico y Polonia, el Norte de Alemania y la desembocadura del río Elba y hacia el Oeste, como una región dinámica dentro de la cooperación general europea.

El fundamento de este punto de vista se encuentra en el Consejo del Mar Báltico y la Cooperación en la Región del Mar Barents.

La integración occidental no es igual tras Edimburgo y los referendos en Francia y Dinamarca, pero sigue su desarrollo hacia adelante.

Una meta que todavía queda por determinar es la llamada arquitectura europea, es decir, el tipo de sistema de seguridad que Europa debe tener en el futuro.

La política sueca de no alianzas militares permanece inalterable y fue comunicada por el Gobierno al iniciar las negociaciones con la CE en febrero del año en curso.

El cambio revolucionario en la política de seguridad y global afecta, sin duda, a nuestra línea tradicional de política de neutralidad, que nunca ha sido un dogma ni un fin en sí mismo, sino un instrumento autoelegido para nuestra independencia. Ya no estamos obligados por las circunstancias de la guerra fría, ni por la política de bloque, y podemos y queremos participar plenamente en la creación de las nuevas estructuras de seguridad en Europa. Eso implicará, si damos nuestro apoyo al concepto de seguridad común, tal como fue lanzado por Olof Palme, en serio, que estaremos dispuestos a renunciar a partes de nuestra soberanía, incluso en cuestiones referentes a la política de seguridad.

Hemos hecho eso haciéndonos miembros de la ONU, y hemos continuado a través de nuestra colaboración con la CSCE. Y tenemos que estar dispuestos a probar nuevos caminos que correspondan al desarrollo de las nuevas estructuras de paz y colaboración en Europa.

Expresado en otras palabras: si ha habido una revolución en la política europea y global, eso debería, por lo menos, originar una reforma de la política sueca de seguridad, en cuanto a la manera de pensar sobre la política y lo militar.

Entre paréntesis se puede comentar que el ser miembro de la ONU implica obligaciones más estrictas con respecto a la política de seguridad que ser miembro de la CE/UE.

«UNA BRIGADA DE PAZ» SUECA

Un factor inevitable relacionado con el esfuerzo para conseguir la seguridad común y global sería reforzar el Consejo de Seguridad de la ONU y la postura del Secretario General, reduciendo las ambiciones de poder de todas y cada una de las naciones. Es preciso, asimismo, proporcionar al Secretario General los recursos suficientes para que pueda realizar las intenciones del reglamento de establecer la paz y la seguridad. Eso fue también un punto primordial en la propuesta de la Comisión Palme de seguridad común sobre una base global. Las operaciones de la ONU para conservar la paz serán de suma importancia en este aspecto.

Las fuerzas de la ONU fueron en tiempos de la postguerra las innovaciones más importantes. Alrededor de 530.000 soldados, policías y personal civil han servido hasta ahora bajo la bandera de la ONU.

El secretario general, Butros Ghali, presentó en junio de 1992 la propuesta más elaborada y detallada hasta ahora de operaciones para conservar la paz en una nueva era, «orden del día para la paz». Pudo constatar que la voluntad de los Estados miembros de participar en este tipo de operaciones era muy grande. Pero faltaba la preparación para presentarse con la rapidez requerida y

con los tipos especiales y variables de unidades que pueden ser requeridos en distintas situaciones. Butros Ghali propuso por eso que los países miembros adoptasen medidas para aumentar la capacidad de responder rápidamente a las solicitudes de esfuerzos para conservar la paz. La respuesta ha sido hasta ahora, salvo pocas excepciones, un desengaño.

Los socialdemócratas han solicitado en una moción al Parlamento, en primavera, un proyecto para una «brigada sueca de paz» en respuesta a la advertencia de Butros Ghali. Dinamarca y Noruega ya han decidido establecer un cuerpo de este tipo. El propósito es poner fuerzas a la disposición de la ONU. Pero deberían también poder ser puestas a la disposición de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), según el deseo del secretario general de que incluso las organizaciones regionales europeas asuman tareas para conservar la paz, de acuerdo con el artículo 7 del reglamento de la ONU.

Suecia mostraría con una «brigada de paz» de esta índole que asume su responsabilidad plenamente en una nueva era con nuevas necesidades.

Dicho en otras palabras, la responsabilidad de la seguridad europea y colectiva, no debería ser asumida sólo por ser miembro de la VEU o de la OTAN.

* * *

Los temas referentes a la seguridad de Suecia en el futuro —la política de la ONU, esfuerzos relacionados con la paz, la ayuda, la cooperación con el Este, los refugiados y las migraciones de los pueblos, el medio ambiente, la internacionalización de la economía y muchos otros aspectos— originan cuestiones que no son fáciles de resolver. Suecia, igual que otros países en Europa Occidental, va a tener que enfrentar difíciles órdenes de prioridad en cuanto a la política que queremos llevar y por lo que respecta a los recursos que estamos dispuestos a asignar.

Se trata ahora de lograr una comprensión más profunda de la internacionalización que está teniendo lugar. Se trata de comprender los intereses que compartimos con los demás y de movilizar un nuevo sentimiento de solidaridad más allá de las fronteras. Debemos formular una política y manifestar un compromiso que corresponda a los desafíos internacionales. Supone un problema para la industria y la economía de Suecia. Por eso hemos propuesto en el Parlamento que se constituya una comisión nacional para examinar y proponer cambios con el fin de reforzar la responsabilidad internacional de Suecia.

* * *

Lo primordial para nosotros en esta problemática es, naturalmente, nuestra relación con la CE/UE.

El proceso de negociación entre las Comunidades y Suecia se inició el 1 de febrero.

Cuando presentamos la solicitud de ser miembros en 1991, la CE era la que vimos delante de nosotros. Hoy, tras Maastricht y Edimburgo, sabemos que las negociaciones giran en torno a la adhesión a la unión europea.

La UE no es lo mismo que la CE. Pero la UE sería asimismo distinta con Suecia, Finlandia, Noruega y Austria como miembros. Implicaría, por ejemplo, el mayor cambio geográfico en la historia de las comunidades: la superficie se aumentaría en un 50 por 100. La adhesión de los países de la EFTA a la CE/UE implicaría además un aumento de los ingresos medios, por la aportación de ayuda neta de los países, que las regiones subárticas y árticas se conviertan en parte de la UE, y que las comunidades tengan una larga frontera común con la enorme e inestable Rusia. Cuando presentamos la solicitud en 1991 fue a través de un ministro socialdemócrata. Las negociaciones se llevan a cabo hoy por un gobierno burgués. (Quién sabe, puede que sean terminadas por un gobierno socialdemócrata.)

Con todo eso quiero decir que es un refuerzo para nosotros, de cara a nuestra negociación en Bruselas, poder mostrar que tenemos un amplio acuerdo parlamentario tras la solicitud de ser miembro.

El discurso que el ministro sueco para Asuntos Europeos pronunció en la apertura de las negociaciones correspondía también a lo que opinamos dentro de la socialdemocracia sobre los extremos más importantes.

Cuando Ingvar Carlsson entregó la solicitud, sabíamos todos que la postura sueca hacia la adhesión era positiva.

Hoy es lo contrario.

Por lo que a mí respecta, creo que un motivo decisivo de la actual postura negativa es el temor e inquietud de las personas ante el creciente paro y la inseguridad social en nuestro propio ambiente. Esta sensación de inseguridad se produce asimismo en los pensamientos relacionados con la adhesión a la CE/UE. En tiempos de inseguridad

se hace uno escéptico ante un paso hacia lo desconocido.

Creo, por tanto, que el debate y la información, el cuidado y la humildad y, naturalmente, ante todo, un buen resultado de las negociaciones, serán, para los intereses suecos, los factores esenciales para romper con la tendencia negativa.

Existe en este sentido una coordinación clara entre la política interior y exterior, entre lo que hacemos y pensamos en casa y lo que queremos llevar a cabo allí fuera.

O dicho en otras palabras: dime lo que quieres de la sociedad sueca, de Suecia, y te diré lo que quieres de la cooperación europea.

Se trata, al fin y al cabo, de qué idea tienes de la sociedad, qué Suecia y qué Europa deseas.

CONCLUSION

Se acabó el tiempo en que podíamos desarrollar nuestra sociedad y planear nuestro futuro sin contar con el mundo que nos rodea. La Suecia moderna es, sin duda, una sociedad de muchas culturas, forma parte natural de una cooperación europea viva y de una economía mundial cada vez más relacionada.

En cuanto a mí, estoy convencido de que cuando nosotros, los suecos, que hemos vivido tanto tiempo en un idilio aislado, buscamos nuestro papel en una comunidad europea, tendríamos que unir una identidad nacional clara con la voluntad de realizar una cooperación regional y solidaridad global.

EL DECLIVE IDEOLOGICO Y POLITICO DE LA IZQUIERDA Y LA DINAMICA DE LA RECUPERACION

EN DEFENSA DEL MARXISMO

Vassilis Filias

El hecho de que la gigantesca quiebra causada por el colapso de un número de regímenes de cuño socialista de la Europa del Este, que culminó en el verano de 1991 con la agitación en la Unión Soviética tras el fallido golpe, la hayan explicado, por lo general, los amigos del modelo socialista poniendo el acento en cualquiera de los aspectos o parámetros de otras cuestiones más que en la ideológica, no es ni accidental ni difícil de explicar. No hay duda alguna, en mi opinión, de que esta subestimación oculta un profundo desconcierto de los partidarios del socialismo de todas las tendencias que no son responsables en absoluto ni de que el ideal socialista se haya reducido a un lema, dejándose de lado su contenido esencial, ni de su distorsión y alteración en puntos tan básicos y centrales que parecieran deberse a un fallo tanto en cuanto a la práctica como en cuanto a la concepción. Esta postura y el culpable silencio de sus partidarios claramente da a los enemigos del socialismo un arma más para «confirmar» su posición con respecto al «fin de las ideologías» que ha constituido el núcleo permanente y principal del contraataque de los conservadores durante por lo menos los últimos cincuenta años. Esta posición, por supuesto, no está orientada contra una tendencia o corriente del socialismo y sus aplicaciones particulares, sino contra el socialismo «por excelencia». Y precisamente por esta razón la terrible crisis del socialismo debe ser abordada centrándose en su auténtica distorsión ideológica y analizando el contenido y el entramado de los propósitos de la conservadora y reaccionaria antiideología. Esto es de suma importancia en cualquiera de los realineamientos que puedan allanar el camino para el socialismo del futuro.

Siguiendo este razonamiento, la aproximación debe hacerse en tres niveles básicos: el primero se refiere a las premisas ideológicas básicas para la transformación socialista que fueron ignoradas y eliminadas tanto por el socialismo como por la social-democracia. El segundo tiene que ver con los enfoques político-ideológicos de la antiideología, que el socialismo de todas las tendencias no enfrentó adecuadamente, precisamente porque sus premisas ideológicas básicas fueron violadas. El tercer nivel de referencia es el del *impasse* ideológico, político y social de la sociedad capitalista burguesa. Y el cuarto guarda relación con los modos y maneras de una revitalización ideológica y de un contraataque del socialismo.

A) PREMISAS IDEOLOGICAS PARA LA TRANSFORMACION SOCIALISTA

I. LA REALIZACIÓN DE LA SOCIEDAD CIVIL

La quintaesencia de la concepción de Marx, cuyas raíces pueden encontrarse en el socialismo utópico del siglo XIX, es una sociedad de ciudada-

nos libres que se autogobierna y en la cual la administración del pueblo por parte de los hombres será reemplazada por la gestión de las cosas. Esta concepción es analizada de una manera magistral por Gramsci, que la lleva hasta sus conclusiones lógicas.

El enfoque leninista del fenómeno revolucionario y las experiencias de la revolución rusa fueron decisivas para configurar el pensamiento de Antonio Gramsci. El proceso y las condiciones en que tiene lugar la desintegración de la hegemonía de la clase gobernante y la posibilidad de reemplazarla por un nuevo sistema de liderazgo basado en una nueva alianza histórica de las fuerzas sociales, constituyó el punto central de su pensamiento, pero también el eje en torno al cual giró su acción política. Pensador del siglo XX en el sentido de que tuvo conciencia plena tanto de los hechos subsiguientes como de las tendencias en la evolución del capitalismo en este siglo como función del surgimiento del movimiento fascista, Gramsci intentó un análisis marxista del sistema social y de la dinámica que permitiría sobrepasarlo, otorgando un peso especial a los elementos de la superestructura (políticos, culturales, ideológicos). De ahí que su yuxtaposición de los conceptos de «sociedad civil» *(societa civile)* y «sociedad política» *(societa politica)* sea de tan vital importancia en su análisis.

El concepto de «sociedad civil», de origen hegeliano, se convierte en objeto de intenso análisis por parte de Marx *(die burgerliche Gesellschaft),* especialmente en su obra *Contribución a la crítica de la economía política.* Según Marx, las relaciones legales y por extensión las estructuras del Estado no parten de «constructos» mentales, sino que más bien hunden sus raíces en las condiciones materiales que se concentran y expresan en la forma y estructura de la sociedad civil. El resultado inevitable de esta postura es que la anatomía de la sociedad civil sólo puede intentarse dentro del marco y como una función de la economía política, una postura que también lleva a la concepción de Marx (en *La ideología alemana* y en otras obras) de que el escenario y el foco real de la historia es la sociedad; el Estado (orden político) está sometido a ella y depende de ella. Gramsci, sin apartarse un ápice de este punto de vista, como afirman algunos comentaristas, diferencia su concepción en la medida en que considera útil que la sociedad civil incorpore la función de la hegemonía ejercida por el grupo dominante sobre la sociedad en su conjunto. Esta hegemonía no se extiende sólo a los parámetros económicos, sino que es a un tiempo hegemonía cultural y hegemonía política y se expresa como el «contenido moral del Estado». La diferenciación no implica cuestiones esenciales, porque Marx repetidamente identificó con exactitud los mismos elementos de la superestructura como elementos decisivos para la sociedad civil, en frases análogas o variaciones de ellas, pero con un énfasis y una intensidad diferentes, lo cual no hace sino distinguir el particularísimo interés investigador de Gramsci.

Este interés particular desembocó sin duda en el análisis sumamente detallado y esclarecedor que hizo Gramsci de la sociedad civil. Los tres posibles enfoques analíticos de la sociedad civil, que expresan campos interdependientes y complementarios, son, de acuerdo con las observaciones salpicadas en su obra *Cartas desde la cárcel,* las siguientes: 1.ª La ideología de la clase gobernante que no es entendida sólo como política, sino que se extiende a todos los sectores sin excepción, incluida la economía, la justicia, las artes y las ciencias, etc. 2.ª La concepción del mundo, tal como se expresa en niveles cualitativamente diferentes —religión, filosofía, «sentido común», folklore, estilo de vida, etc.—, dentro de los cuales se hace posible adaptar la concepción prevaleciente del mundo a todas las clases, estratos sociales y grupos. 3.ª La propia ideología prevaleciente como una ideología social, política y de poder en conjunción con los mecanismos ideológicos por medio de los cuales se propaga (Iglesia, sistema educacional, medios de difusión, etc.). La clase gobernante utiliza todos estos elementos para configurar la realidad precedente, lo que significa la historia y la filosofía que corresponden a un período determinado de la historia. Por esto precisamente es por lo que Gramsci llega a la conclusión de que la historia y la filosofía de un período histórico particular son inseparables. La clase gobernante (clase dirigente, tal como la llama Gramsci) está obligada a organizarse y unirse con la sociedad civil de tal modo que su ideología se difunda y al mismo tiempo quede protegido su «frente teórico e ideológico».

La sociedad política o el Estado, en contraste con la sociedad civil, no dirige la maquinaria ideológico-política de la sociedad. De acuerdo con la teoría marxista clásica, Gramsci sostiene que la sociedad política justifica la soberanía de la clase gobernante mediante el gobierno, la maquinaria represiva, la administración pública y el marco jurídico. El marco jurídico garantiza la legalidad formal a todas las expresiones de la sociedad política; de esta manera legitima todas las medidas que aseguran la disciplina social entre personas y grupos, en todos los momentos y lugares donde el

consenso espontáneo creado por la maquinaria ideológica es inadecuado o no se realiza.

La funcionalidad y la fuerza impregnan las actividades globales de la sociedad política de tal manera que completan el sistema que perpetúa la hegemonía de una clase mediante su control de toda la sociedad. Está claro que el control económico e ideológico en el ámbito de la sociedad civil se ve complementado por el control político (la sociedad política), pero es inconcebible sin un dominio económico e ideológico. En consecuencia, la sociedad civil es más temprana y primaria, mientras que la sociedad política es más tardía y secundaria, porque la base para el dominio de la «clase fundamental» (un término básico en el análisis gramsciano), es decir, la clase principal y más importante dentro de toda formación social hegemónica, está en la sociedad civil. Gramsci identifica la misión de la sociedad política en dos niveles de acuerdo con las circunstancias:

1.º La misión ordinaria, cotidiana, que consiste en controlar a grupos sociales «salvajes» no sometidos a la dirección de la clase fundamental. Las contradicciones socioeconómicas de nuestros días y las tensiones concomitantes en las relaciones sociales causan conflictos con la clase fundamental, a las que, sin embargo, es posible hacer frente activando la maquinaria institucionalizada y legalizada.

2.º La misión especial, que es más o menos temporal, consiste en la confrontación dinámica de las crisis en el sistema. Gramsci llama a estas crisis «orgánicas» e implican casos en los cuales la clase gobernante pierde levemente el control de la sociedad civil y está obligada a confiar en la imposición directa de la maquinaria coercitiva de la sociedad política para no perder su posición predominante.

Sólo cuando estas dos expresiones del control político parecen incapaces o inadecuadas para asegurar la dominación de la clase gobernante pierde temporalmente la sociedad política su exclusividad y el monopolio de la coerción social, por lo que crea la maquinaria paraestatal de tipo político-militar.

En todos los casos, la relación entre consenso y coerción en cualquier realidad social es de naturaleza dialéctica, lo cual significa que la sociedad civil y la sociedad política se complementan entre sí y que ni una ni otra pueden ser consideradas como la base única y exclusiva de la hegemonía de la clase dominante. Gramsci considera que la maquinaria encargada de configurar la opinión pública tiene una importancia decisiva, y que es el punto donde la unidad dialéctica de los dos niveles en la sociedad democrática moderna se vuelve evidente. Por una parte, la sociedad civil, con los medios de comunicación, la propaganda política y todos los mecanismos ideológicos controlados por la clase gobernante, organiza el «clima» más generalizado que da lugar a la opinión pública y que es transmitido auténticamente en el Parlamento. Sin embargo, el procedimiento de aprobación de las leyes está en manos del Parlamento, que es la espuela básica que activa el funcionamiento de la maquinaria coercitiva y, consecuentemente, de la sociedad política. En este punto es evidente que la naturaleza privada de las pautas de la sociedad civil y la naturaleza público-coercitiva de las de la sociedad política están implícitas en la gestión de la sociedad por parte de la clase gobernante.

Al mismo tiempo, Gramsci observa una tendencia a poner a la sociedad civil bajo el control del Estado burgués-capitalista, tendencia que se expresa a través del fortalecimiento del control directo del Estado. En un análisis muy clarividente de esta tendencia hacia el control del Estado, Gramsci percibe que la Iglesia, los partidos políticos tradicionales, los responsables de la educación independiente e incluso los sindicatos quedan debilitados como factores independientes en la configuración de la opinión pública. En particular con respecto al control de la educación por parte del Estado, Gramsci señala:

— El monopolio estatal de la educación so pretexto de la necesidad de elevar el nivel técnico y cultural de las masas a fin de satisfacer las demandas de crecimiento de las fuerzas de producción.

— El reemplazo de la antigua clase de intelectuales independientes, que tenían una educación general y una orientación humanista (formados dentro de la Iglesia y más tarde por la Ilustración), por tecnócratas, gestores y portavoces especializados de la ideología gobernante, asociados directamente con el Estado.

— La tendencia hacia la concentración y unificación de la ideología dominante, pero también de la maquinaria ideológica, por iniciativa de la sociedad política, es decir, mediante la intervención del Estado.

La primera cuestión que hay que plantear, y que es preciso responder, con respecto a los regímenes del «socialismo real», es si se movieron en la dirección de promover la realización y el perfeccionamiento de la sociedad civil o si, por el contrario, favorecieron su declive o su marasmo absoluto, y el correspondiente crecimiento de la ma-

quinaria del poder político en una escala que llevó incluso a la completa desaparición de aquellos elementos de automotivación y autoexpresión de la sociedad que funcionaban en el sistema democrático parlamentario, aunque sólo fuera de una manera superficial e incompleta.

II. El problema de la hegemonía ideológica

Marx no entró en detalles sobre su pensamiento en lo que respecta a la cuestión de la hegemonía ideológica y del papel de la superestructura. La persona que desarrolló el tema y estableció las dimensiones completas de la cuestión fue Gramsci.

El concepto de hegemonía es decisivo en el enfoque analítico de Gramsci. Se basa en la precedencia de la sociedad civil sobre la sociedad política. Consiste en el predominio ideológico y el control ejercidos por la clase «dirigente», que se expresan en una forma de «monopolio» mental ejercido por esta clase a través de sus intelectuales. El monopolio se configura como un poder de atracción y de asimilación a nivel mental que se ejerce sobre la *inteligentsia* en su conjunto y, en consecuencia, sobre los intelectuales y sobre otras clases y estratos sociales. En la práctica, esta atracción adopta la forma de sometimiento al pivote ideológico constituido por los intelectuales de la clase «dirigente», un sometimiento que se justifica con miras a la creación de un espíritu de solidaridad entre todos los intelectuales, e incluso de una manera más específica, mediante el desarrollo de toda una visión de «casta» o sindicalista (por ejemplo de los tecnócratas, juristas, etc.). En este punto habría que señalar que Gramsci hace una clara distinción entre la «clase fundamental», que está determinada por su lugar preponderante y decisivo en la economía (cimientos materiales) y el concepto «clase hegemónica», que se refiere al nivel de control dentro de la superestructura. También está claro que, para Gramsci, la clase que expresa la dinámica del progreso socio-histórico ejerce la hegemonía ideológica en el sentido amplio de la palabra, incluso antes de asumir el poder y de asumir un papel dominante. Por este motivo se refiere también a su papel como «clase dirigente» y opta por no usar la palabra «gobernante». Dentro de la lógica de Gramsci, desempeñar un papel decisivo en la economía, aunque indudablemente es una condición necesaria, no es suficiente para que una clase controle a una sociedad si su hegemonía sobre los intelectuales no está garantizada. Esta hegemonía intelectual también se comunica a la teoría, filosofía, percepción y dirección pedagógica, modelos culturales, etc., del mundo.

De una manera similar, según Gramsci, la supremacía de la sociedad política sobre la sociedad civil se manifiesta en las sociedades subdesarrolladas, en las cuales la segunda funciona a media máquina, con el resultado de que la confrontación social se produce en condiciones políticas muy crudas; es decir, en el nivel del Estado y del control del poder. Este es el caso al que se refiere Gramsci cuando habla de *estatolatría,* que considera que es la expresión de una patología y un desequilibrio, teniendo en cuenta que, como ya se ha subrayado, el elemento preponderante y decisivo del enfoque gramsciano es la sociedad civil. Sin embargo, este estatalismo, es decir, la prevalencia del Estado sobre el elemento socio-ideológico más amplio, se convierte en algo virtualmente inevitable, no sólo cuando la sociedad es primitiva e invertebrada, sino también en las etapas de la transición revolucionaria, en las cuales las fuerzas atrapadas en las estructuras sociales previamente existentes no han sido neutralizadas, ni ha sido vencido su potencial ideológico y político, que es peligroso para la revolución. Sin embargo, a pesar de esto, Gramsci se muestra sumamente desconfiado ante la «estatolatría» revolucionaria, que se perpetúa porque, como él señala de una manera característica, no acabamos desembocando simplemente en un «gobierno de burócratas», sino que la propia movilización e iniciativa de los individuos y de los grupos sociales, incluso cuando no son promovidas por la burocracia, adoptan rasgos estatalistas. Según una de las posturas básicas de Marx y su reformulación por parte de Lenin, el primer objetivo directo de la revolución proletaria es el desarrollo y la independencia de la sociedad civil y su objetivo supremo a largo plazo es la absorción de la sociedad política por parte de la sociedad civil. La sociedad política, como mecanismo de fuerza y de coerción, ya no tiene razón de ser desde el momento en que la división de la sociedad en clases ha sido superada y se ha establecido una sociedad sin clases.

Es obvio que el enfoque gramsciano es diametralmente opuesto al economismo, pero también lo es que tiene unas gradaciones diferentes que el de Lenin, que puso el acento sobre la sociedad política y, en consecuencia, sobre los elementos del predominio político-militar (por ejemplo, la dictadura del proletariado), desplazando hacia una posición secundaria las reflexiones sobre la hegemonía de la sociedad civil. Esta hegemonía actúa

de una manera decisiva, tal como ya hemos explicado, dentro del propio entramado del poder (el Estado) y, por supuesto, condena al fracaso cualquier forma de «estatolatría». En este sentido, Gramsci complementa la teoría leninista sobre el Estado, que él establece muy claramente como una expresión de la combinación de la sociedad civil y la sociedad política, otorgando una enorme significación a la dimensión ideológica y cultural y a la correspondiente base moral y civil del poder. Es precisamente por esta razón por la que en su análisis de la dictadura del proletariado Gramsci rechaza su naturaleza exclusiva como fuerza externa que actúa sobre la sociedad mediante el uso de mecanismos coercitivos garantizados por la maquinaria del Estado e insiste sobre el liderazgo-hegemonía ideológico como elemento inseparable y entrelazado con el poder del proletario. La dualidad del enfoque de Gramsci reside en el hecho de que él ve la fuerza como un arma contra las clases sociales que se oponen; pero percibe la tutela ideológica de la clase «fundamental» como un medio para controlar y unir a las clases sociales secundarias y «auxiliares» con las cuales forma alianza.

En consecuencia, la capacidad de una clase para conducir a la sociedad está determinada en dos niveles: por un lado, su lugar decisivo en la economía (clase fundamental), y por otra, su hegemonía ideológica por encima de la superestructura. La dualidad de esta concepción gramsciana es de suma importancia para comprender el concepto del bloque histórico en su análisis. El «bloque histórico», como alianza de las fuerzas sociales en torno a una clase fundamental, presupone que en el nivel material (la economía) hay una convergencia de intereses, pero al mismo tiempo que en el nivel ideológico hay un potencial para asimilar a los intelectuales —ya sea en el sentido de absorber o de adaptar— de las clases sociales secundarias al liderazgo intelectual de la clase fundamental. Este hecho presupone que los intelectuales de estas clases «auxiliares» han conseguido sus intereses y ambiciones especiales dentro del bloque histórico.

Con la observación de que, en el análisis gramsciano, un intelectual es considerado generalmente como una persona que tiene una educación sistemática de un nivel superior —y no sólo una persona de la esfera de las letras o de la cultura— los rasgos distintivos del papel de los intelectuales dentro del bloque histórico quedan identificados. Evidentemente, los intelectuales no constituyen una clase aparte, sino más bien un grupo social asociado con una clase. En consecuencia, en todas las clases se crea o se tiende a crear un estrato de intelectuales, pero la conciencia de clase de los intelectuales de los grupos sociales más bajos y dependientes de la clase fundamental está menos desarrollada y es menos independiente, amén de que presenta fluctuaciones e inseguridades, y por lo tanto, es «vulnerable». Esto puede explicarse por el hecho de que el potencial ideológico de la clase fundamental, que se basa en la necesidad histórica, la lleva a la monopolización de las grandes ideas y de los grandes intelectuales, con el resultado de que los intelectuales de las clases sociales controladas toman sus puntos de referencia, sobre todo, de los intelectuales de la otra clase. Gramsci usa profusamente el término «históricamente orgánico» para describir una superestructura ideológica que considera necesaria para cierta estructura social. También describe como «orgánico» el vínculo entre el intelectual y la clase social a la que representa, así como su papel en el funcionamiento total de la superestructura. Esta concepción de la naturaleza orgánica de los intelectuales excluye, como es natural, toda posibilidad de que se los considere como una categoría social autónoma ajena a los conflictos sociales. Por el contrario, Gramsci los describe como «funcionarios de la superestructura» en el sentido de que ellos avanzan y difunden los elementos de la tutela ideológica de la clase fundamental sobre las clases sociales «inferiores» y controladas. Gramsci no considera que la naturaleza orgánica de las relaciones entre los intelectuales y la clase a la que representan sea de naturaleza mecanicista, dado que el intelectual no es un agente pasivo, ni la superestructura un mero reflejo de una estructura material. Precisamente por este motivo son posibles las inarmonías entre la base socio-económica y la superestructura del bloque histórico que podrían retrasar la evolución de esta misma estructura. Por otra parte, la flexibilidad relativa de la relación entre los intelectuales y su clase les permite hacer ajustes sucesivos respecto de la dirección ideológica y política de un bloque histórico que son necesarios para asegurar que la dirección y las fuerzas que las componen son uniformes.

Gramsci distingue tres categorías graduales de intelectuales: los creadores, los organizadores y los educadores. Sin subestimar el papel de los intelectuales «de menor categoría», fundamentalmente como «funcionarios de la superestructura», cree que la lucha ideológica se juzga por el nivel de los creadores de ideología, los «grandes intelectuales», como él los llama, que en un bloque histórico revolucionario emergente proporcionan

las armas ideológicas para combatir a la clase dominante.

Coherente con estas posturas, Gramsci cree que la crisis orgánica de un bloque histórico dominante que permite la creación de un nuevo bloque histórico es una crisis que está expresada sin duda por una grieta entre la base material y la superestructura. Esta grieta se debe a contradicciones en el funcionamiento del sistema y se pone en evidencia en la «falta de paralelismo» entre la evolución de la base material y la superestructura ideológica. En consecuencia, existe una crisis cuando la clase dirigente dominante deja de realizar satisfactoriamente su misión económica y su misión ideológico-cultural, de modo que ya no puede garantizarse el progreso para la sociedad en su conjunto. El resultado y la manifestación de la crisis es que el consenso social se ve sacudido por dos repercusiones muy graves: el aumento gradual de la indisciplina entre las clases sociales sojuzgadas y el endurecimiento de los mecanismos de coerción y de fuerza del Estado (es decir, de la sociedad política). Es característico que Gramsci hable de una «crisis de autoridad» de la clase dirigente, que entonces se ve obligada a recurrir a la imposición cruda y dura del poder, dado que existe simultáneamente un distanciamiento de los intelectuales de las clases dominadas con respecto a la ideología predominante. En épocas de crisis como ésta es posible, según Gramsci, que las clases sociales más bajas puedan incluso crear situaciones «espontáneas» «no orgánicas». Se trata de incidentes en los que, sin la intervención de los intelectuales y, por consiguiente, sin que la cuestión se vuelva ideológica, las demandas de naturaleza económica y sindical planteadas por las fuerzas sociales dominadas adquieren una naturaleza política en el sentido de que encienden la chispa y proporcionan la base para una derrota política de mayores proporciones. Sin embargo, en ningún caso es posible para las clases sociales dominadas llegar a un nuevo sistema de hegemonía si no se han organizado —incluso antes del estallido de la crisis— en un bloque histórico con una dirección política e ideológica particularmente clara. La tarea de la clase fundamental del futuro dentro de este nuevo bloque histórico es crear los elementos ideológicos necesarios para favorecer la toma de conciencia de un «perfil histórico» especial por parte de las masas, que se cuentan entre las fuerzas sociales que crean la dinámica para un nuevo bloque histórico.

La segunda cuestión planteada es si en el «socialismo real» el partido ganó y mantuvo la hegemonía ideológica del proletariado o si, por el contrario, el partido funcionó sólo de una manera superficial como expresión ideológica de la clase trabajadora y fue identificado en última instancia con un punto de vista de estatalismo no adulterado, que destruyó las condiciones necesarias para la ideología de la hegemonía.

III. El individuo y la sociedad y el problema de la libertad

La actitud y la conducta del individuo son, según Marx, productos sociales. El individuo se configura como tal dentro de la realidad de un ámbito social determinado. Esta postura de Marx excluye por definición: *a)* la concepción del individuo como algo abstracto y al mismo tiempo su consideración como una unidad, como un ser «aislado», y *b)* el planteamiento del problema de la existencia individual en el nivel de las relaciones interpersonales sin considerar la totalidad de las relaciones sociales. Sobre esta base, Marx rechazó cualquier enfoque subjetivista del problema del hombre, o cualquier enfoque caracterizado por el existencialismo, y partió de las condiciones histórico-sociales de la existencia individual. Por este motivo, precisamente, no está de acuerdo en que el problema de la alienación pueda resolverse o que la demanda de libertad pueda plantearse, y mucho menos que pueda atenderse, a menos que se reforme radicalmente la sociedad. El significado central de esta postura de Marx fue muy bien entendido por los llamados *chair socialists* alemanes, que caracterizaron a Marx como un «colectivista con raíces individualistas», es decir, como un reformista social que pretendía un tipo de sociedad capaz de garantizar la realización y la felicidad del individuo. En consecuencia, para Marx la desesperación, la desesperanza y la soledad eran la función y el resultado de una realidad social particular y no constituían el «destino» o la condición irresistible e inevitable de la existencia humana. Existen en un tipo de sociedad que aliena y objetiviza al hombre. Está, pues, perfectamente claro que Marx plantea un conflicto diametral e irreconciliable con el existencialismo, lo cual significa que el argumento de un «complemento» existencialista del marxismo (Sartre), es imposible porque las teorías del mundo y los presupuestos sociológicos de los dos enfoques son irreconciliables. Pero además de eso, se plantea la cuestión de si el marxismo de Marx necesita algún complemento humanista. La cuestión nos obliga a tratar de una forma sistemática la concepción que tiene Marx del hombre, que por extensión nos pone

ante el problema de la libertad y de la dinámica de las interdependencias históricas y sociales en relación con el individuo. Partiendo de la concepción existencialista se podría desglosar esta cuestión en varias subcuestiones, tales como: *a)* ¿Hasta qué punto puede el individuo, según Marx, ser el «artífice» de su propio destino? *b)* ¿Cuál es la relación entre necesidad y libertad en la concepción marxista, es decir, hasta qué punto el hombre crea la historia y la vida social o es creado por ellas? *c)* ¿Cómo pueden interpretarse las contradicciones e irracionalidades de la conducta humana y, en particular, los conflictos morales que ponen al hombre cara a cara ante el dilema de tomar una decisión?

Marx niega la posibilidad de una «voluntad libre» que esté fuera de toda determinación social. También niega el determinismo que destruye al individuo y lo transforma en un instrumento. La necesidad histórica indudablemente se mueve dentro de leyes creadas objetivamente, pero según Marx: 1.º, esta necesidad no existe ni opera fuera de las personas de una manera mecanicista, sino a través de las personas que actúan. Y actuar significa que pueden moverse de acuerdo con la necesidad del movimiento histórico o contra éste, según sus propios intereses. El «imperativo» histórico, según Marx, no significa que todas las personas operen sobre la base de algunas especificaciones deterministas, sino que el resultado final de un vasto campo de decisiones individuales y colectivas, de conflictos y de elecciones, se encontrará en la dirección de las leyes del movimiento configuradas por la propia realidad socio-histórica. 2.º, Marx nunca sostuvo que todas las decisiones humanas, incluso las más personales, estuviesen determinadas por la necesidad histórica y social. Pero insistió en que indudablemente están influidas por el clima general creado por esta necesidad y, por cierto, parten básicamente de algunos parámetros sociales, positivos o negativos, de la realidad multidimensional y contradictoria en la cual vive el individuo. Incluso el hecho de que estas decisiones puedan ser irrelevantes, o contrarias a la necesidad establecida por un objetivo, y que puedan ser interpretadas sociológicamente no puede reducirse a ningún tipo de libertad abstracta y absoluta de voluntad individual, porque los individuos están más allá de la realidad y de la sociedad. Así pues, según Marx, los individuos tienen el derecho a elegir, pero esta elección es, por una parte, susceptible de interpretación sociológica, y por la otra, nunca conduce a la posibilidad de una derrota voluntarista y arbitraria de las leyes del movimiento de la sociedad configuradas objetivamente, ni, por supuesto, a ninguna configuración de la misma «a voluntad». La libertad individual de elección y decisión, en consecuencia, no la concibe Marx como algo abstracto, sino como parte del individuo social existente y específico, cuyas circunstancias personales, cualesquiera que sean, son fundamentalmente de origen y de determinación social, es decir, referencias a una realidad y a una necesidad sociales más amplias. Sobre esta base es evidente que las contradicciones en la realidad social crean el campo para conflictos internos y choques de personalidad, que le toca al individuo decidir y elegir —de manera correcta o equivocada desde un punto de vista objetivo—, y en esto reside su libertad. Además, esta libertad es confirmada por el hecho de que el individuo puede hacer una elección opuesta a los intereses determinados por su clase. Sin embargo, una vez más son las circunstancias sociales generales y especiales, y no ciertos «rasgos» «psicologizantes» indeterminados, y otros no identificables, confusos e hipotéticos de la persona, las que siempre dan la clave para interpretar sus acciones.

Mediante este razonamiento Marx desemboca en un organismo radical que sitúa el problema de la libertad sobre un plano sustancial no formal. ¿En qué sentido? En el sentido de que no pueden garantizarse las condiciones sociales que liberarían al individuo de la coerción económica y social directa o indirecta, la libertad política no es posible, pero tampoco es posible activar al individuo liberado, hasta el punto de permitirle decidir, de ser libre. Precisamente por este motivo, Marx no considera la libertad —política o individual— como algo negociable dentro del marco de las sociedades de clase, donde cualquier garantía constitucional-legal de la libertad queda rescindida por la propia función social, que se crea sobre la base de una disparidad económica y social reflejada como diferencia de poder político entre unas y otras clases sociales.

Pero por lo que respecta al problema del papel de la personalidad en la historia, la postura de Marx es clara. La idea de que él sostiene que todos los problemas sociales están, de un modo mecanicista, abiertos a una solución única, constituye una falsificación de sus ideas. Por el contrario, Marx admitió que se crean las tendencias e inclinaciones que indican una dirección, pero que no funcionan de una manera unidimensional. La actividad humana, cuando tiene que tomar una decisión, divide el problema y llega a la solución. Pero es una solución que nunca puede ir más allá de las posibilidades de la propia realidad; no puede ser arbitraria ni estar fuera de la realidad. Por

supuesto, siempre existe la posibilidad de error, pero el error no puede crear una situación de larga duración, es rechazado por la propia dinámica social. La historia no tiene prisa, pero tampoco puede fabricarse a voluntad. La libertad de la personalidad histórica es la libertad dentro del marco y de las eventualidades de la necesidad creada objetivamente. Esto es precisamente lo que Hegel quiso decir cuando subrayó que la libertad es una comprensión de la necesidad.

La oposición fundamental del enfoque marxista al positivismo y sus diversas expresiones —desde Comte y Durkheim hasta el funcionalismo y el estructuralismo— parte de la postura clave de que la sociedad no es algo dado, sino algo que se construye. Como señala Swingewood correctamente, desde un punto de vista epistemológico, esto significa que la teoría social no puede ser comprendida meramente como algo que complementa y completa la estructura existente de la sociedad, sino como algo que concibe el proceso mismo de la creación social. Este es un concepto que sólo puede basarse en dos parámetros críticos: el análisis de la naturaleza humana y la historia de la sociedad humana, de tal modo que la dinámica de lo social se vuelva inteligible. La dinámica —en contraste con el enfoque positivista, estático— sólo puede ser concebida como un proceso dialéctico. La noción misma del proceso dialéctico se basa en dos premisas fundamentales: *a)* la interdependencia e influencia recíproca de los acontecimientos sociales, que impide examinarlos como hechos aislados, y *b)* la transformación social como resultado del conflicto entre opuestos en la sociedad y de la lucha entre ellos, que a partir de un punto se convierten en contradicciones insuperables dentro del propio sistema social.

Más allá de la conocida formulación hegeliana del movimiento dialéctico de la sociedad y de la historia, tesis-antítesis-síntesis, sobre la base del cual se explica que la escala de cambios cuantitativos lleve a la transformación cualitativa, así como a la refundición de elementos de lo antiguo y superado en la nueva síntesis, la dialéctica interpreta la relación entre objeto y sujeto en el proceso histórico y social. Este último punto es de fundamental importancia y a menudo se ha presentado de una manera distorsionada, debido a las sobresimplificaciones de Engels en *El Anti-Dühring* y *La dialéctica de la naturaleza*. Estas sobresimplificaciones funcionaron de una manera errónea tanto en los subsiguientes pensadores marxistas como en los teóricos no marxistas. Esto se debió al hecho de que Engels acerca tanto el análisis del progreso dialéctico en la naturaleza al análisis del movimiento dialéctico de la historia que se ve llevado a formulaciones que hacen que el hombre aparezca completamente determinado por condiciones sociales objetivas (determinismo). Estas formulaciones subestiman la operación y la significación de la conciencia y con frecuencia nos traen a la memoria el materialismo mecanicista del siglo XIX. No cabe duda de que Marx considera que el «ser» social, es decir, las condiciones sociales de la existencia, determina la conciencia, pero señala un hecho fundamental que lo distancia completamente del determinismo mecanicista. Este elemento está mencionado en la definición que da Marx de un ambiente social objetivo, que él no reconoce como una entidad separada (objeto) del individuo (sujeto). Por el contrario, Marx sostiene que incluidos en el ambiente objetivo están no sólo las condiciones configuradas objetivamente, sino también, junto con ellas, un elemento al que denomina «activación consciente», es decir, acción consciente por parte de los individuos y de los grupos. Sólo sobre esta base, que explica la capacidad del hombre para actuar, es posible la historia humana. Si el hombre fuera simplemente un producto y reflejo de las condiciones externas, no habría historia humana, sino simplemente una crónica descriptiva de la sucesión y cambio de las condiciones objetivas. En consecuencia, según Marx, la persona «reúne» y se vuelve activamente, en lugar de pasivamente, consciente de las condiciones objetivas, y de esta manera, estas últimas se convierten en incentivos para la acción. Son las «personas reales» (no abstracciones) «en el proceso perceptivo empírico real del desarrollo en ciertas condiciones» (K. Marx: *La ideología alemana)*, es decir, dentro de un contexto histórico particular, quienes hacen avanzar la historia más allá de su presente fijo hacia el futuro. Esto explica también el trascendentalismo en la historia y, como consecuencia, también la revolución. También explica por qué Marx ni desde el punto de vista teórico ni en un nivel de análisis histórico particular, sostuvo la inevitabilidad del progreso histórico, de lo cual se le suele acusar con frecuencia y erróneamente (el ejemplo clásico es Popper). Por el contrario, Marx considera que la regresión es tan posible como el progreso.

No hay duda de que Marx niega enfáticamente el concepto burgués del individuo como ser aislado e independiente y fuera de la colectividad. Pero esto no significa que Marx se haya visto llevado a un historicismo mecanicista, como querría creer Popper, porque la historia para Marx no existe fuera del pueblo que, participando en colectivida-

des (clases, grupos) de acuerdo con las condiciones sociales reales, cambia el curso mediante la acción consciente, que está determinada por los objetivos y ambiciones en conflicto de diversas agrupaciones sociales. Mediante su acción, el hombre interviene en el proceso histórico, no de una manera independiente, sino como parte del mismo proceso que lo determina a él, pero que simultáneamente determina él mismo mediante su acción. Esta perspectiva de Marx sobre la relación entre la persona que actúa y las condiciones objetivas está registrada con absoluta claridad en las reflexiones de Marx sobre la alienación, la objetivación y la realización. El hombre es el único ser en la naturaleza que tiene conciencia y a esto se debe que sólo él sea capaz de establecer objetivos.

Incluido en esto está la «esencia autoconfirmadora» del hombre *(Das Wesen des Menschen,* de acuerdo con la formulación hegeliana). Esta esencia de la existencia humana es destruida en el momento en que el hombre se transforma en «materia inerte» que, según Marx, ocurre en la modalidad capitalista de producción que convierte el trabajo en una «cosa externa», en una «actividad compulsiva» que ni lo satisface ni promueve sus capacidades naturales, sino que, por el contrario, lo transforma en un esclavo de la naturaleza, llevándolo a la nada intelectual. A través de la producción, el hombre se externaliza en la naturaleza y en la sociedad, entretejida con la esencia misma del hombre, que según se mencionó, incluye la capacidad para llevar adelante actividades liberadas, y así por encima de todo la capacidad para producir. La objetivación existe desde el momento en que, dentro de un contexto particular de relaciones sociales, el hombre se convierte en instrumento, es decir, es usado por otros como un objeto. Desde ese momento, la externalización del yo, que es el elemento fundamental del entramado humano, se vuelve contra su propia «esencia», funcionando como una «cosa externa» que lo tiraniza. El punto crucial no es la objetivación en sí misma, es decir, la externalización del hombre desde la producción, que transforma la naturaleza en su expresión, sino la objetivación por otro, a través de un sistema de relaciones productivas que lo aliena como persona alienando su trabajo. La transformación de todas las energías y productos en valores-bienes alternativos en el capitalismo, donde los objetos llegan al punto de «dominar a sus creadores en lugar de ser dominados por ellos» (el producto se convierte en un fetiche), está por detrás del proceso alineador. En este proceso, las relaciones sociales se revierten totalmente y las relaciones entre las personas se convierten en relaciones con las cosas —con el resultado de que los hombres ahora entienden el producto de su trabajo fuera de su actividad— como categorías objetivadas e independientes. Marx no acepta que este apresamiento del hombre desemboque en una conciencia definitivamente alienada y «anestesiada». Las necesidades de producción, que se mueven en la dirección de una moderna distribución que dictamina el uso múltiple del hombre, crean las condiciones para esta liberación, esto se debe a que estas necesidades tienden a acelerar la conciencia de su alienación mediante las contradicciones en el sistema y el desarrollo de las condiciones objetivas para la organización colectiva y la acción política, dentro del marco del cual la acción humana consciente reacciona contra la asimilación y la objetivización, contra el agotamiento alienador y el quietismo erosivo de la mente, dentro de un proceso institucionalizado y petrificado de deshumanización.

* * *

La categoría de totalidad en la metodología marxista tiene una importancia fundamental para comprender el análisis que hace Marx de la sociedad. Como un principio filosófico teórico, surge de Hegel, pero Marx lo utiliza profusamente como medio preeminente para llevar a cabo el análisis sociológico. En una revisión total del enfoque metodológico burgués de la sociedad, que parte de la noción del individuo aislado y egoísta que busca de una manera utilitaria elevar al máximo su gratificación y su felicidad, Marx sostiene que el todo —la sociedad— existe antes que el individuo, con el resultado de que no sólo el individuo está determinado por ella, sino que no puede ni siquiera ser concebido fuera de ella, es decir, independientemente de sus relaciones con otros individuos y con el todo social. Precisamente por esta razón, para Marx, una descripción de las partes, por más detallada y precisa que sea, no puede conducir a una explicación o comprensión de la sociedad en su conjunto, ni a las leyes reales de su movimiento, sino a constructos arbitrarios y a generalizaciones abstractas. Según Marx, las condiciones materiales de la existencia —el medio ambiente natural, la naturaleza de la producción, la forma y estructura de la mano de obra, etc.— limitan la realidad de la supervivencia del hombre, y sobre esta base la sociedad humana se genera y estructura como una entidad completa compuesta de familias, grupos ocupacionales y clases sociales, que no pueden ser entendidas como partes separadas e independientes, sino sólo en referencia a una

correlación absoluta con el todo. De ahí que el ser individual, la persona, se llegue a socializar como miembro de grupos sociales y dentro del marco de las relaciones sociales más particulares, pero también más amplias que lo determinan. En consecuencia, no hay individualidad independiente de la naturaleza social del hombre. El punto de vista opuesto, que intenta concebir al individuo fuera de su dimensión social, constituye no sólo una fabricación abstracta, sino que es también irracional, según Marx, de ahí que rechace el individualismo social.

Tomando como base este enfoque, es posible percibir la significación decisiva de los movimientos materiales de la existencia en la configuración de la conciencia humana y en la identificación que hace Marx de la acción humana como la fuerza impulsora de la historia. Los acontecimientos sociales que configuran el devenir social pueden ser entendidos fuera de su dependencia de la realidad social total; no constituyen incidentes «externos» independientes del todo social, sino que cobran toda su significación sólo en relación con él. Si fueran «externos» entonces tendrían que estar divididos en «hechos» (positivismo), tal como sostuvo Durkheim, una postura que Marx rechaza absolutamente porque se niega a tratar a la sociedad estáticamente, considerando que constituye una totalidad en la cual existe un estado constante de tensión entre las partes de que se compone, tanto de unas con otras como en relación con la totalidad. Los acontecimientos sociales ocurren dentro del marco de estas tensiones, que también pueden llevar a la divergencia entre la conciencia y la estructura social. Esta última divergencia se convierte así en un elemento objetivo de la realidad social, en un producto de las contradicciones inherentes a la sociedad. En consecuencia, la conciencia social no puede ser para Marx la suma de deseos accidentales, arbitrarios y subjetivos, ni tampoco el conflicto social y la confrontación entre sí de «grupos» de esos deseos, porque esto constituiría una vuelta indirecta al individualismo y dejaría de lado la totalidad y su antítesis dialéctica que llevan al proceso del cambio social. El cambio social y la revolución sólo pueden ser un fin consciente y, por tanto, intencional por parte de los grupos sociales y no las consecuencias no intencionales de acciones individuales, según sostienen las concepciones liberales del siglo XIX (Adam Smith). El acto revolucionario como negación de las instituciones y estructuras económicas, políticas y culturales no depende para Marx de egoístas intereses individuales, que son agrupados y convertidos en intereses generales de una manera más o menos fortuita, sino de la conciencia causada por las propias contradicciones sociales que llevan a la gente a una acción deliberada.

Sobre la base de esta evidencia, queda claro que los críticos de Marx, como Popper y Hayek, que afirman que Marx elaboró una teoría de la totalidad en detrimento del individuo, no han comprendido suficientemente la teoría de Marx sobre la conciencia y su teoría de la praxis. Marx niega «el individualismo metodológico», es decir, el acercamiento al todo a través de actividades individualizadas y «libres» privadas, no porque niegue al individuo, sino porque cree que cualquier acción individual (praxis) no puede ser sino una acción social también, y en consecuencia, es configurada y explicada en relación con las especificaciones, limitaciones, contradicciones y antítesis de la realidad social total que existe objetivamente.

Las cuestiones aquí planteadas son: *a)* si el «socialismo real» respetó o no el contenido humanista de las enseñanzas de Marx; *b)* si captó la teoría del mundo marxista o la filosofía de la praxis (praxiología), garantizando las libertades individuales y colectivas necesarias para ello, y *c)* si el «socialismo real» comprendió o malinterpretó la postura básica de Marx de que la historia no puede fabricarse.

B) LA CRISIS POLITICO-IDEOLOGICA DEL SOCIALISMO

I. La crisis en los países socialistas

Ideológicamente, la reducción del marxismo al economicismo en la Unión Soviética y en los demás países socialistas durante los períodos estalinista y postestalinista puede compararse con una forma de desideologización de proporciones gigantescas que no sólo distanció a las masas de su contenido esencial sino que en gran medida fue responsable de ponerlas en contra del sistema.

En un enfoque inicial debemos responder a las preguntas que se plantean a continuación:

— *Con respecto a la primera cuestión,* sobre si la «sociedad civil» fue realizada dentro de un marco socialista, la respuesta es negativa por las siguientes razones:

1) No sólo no se garantizaron las condiciones para la participación de los individuos o grupos en el proceso social, sino que la plena neutralización de las masas fue impuesta usando todos los medios del control y la coerción del Estado sobre los niveles social y político. De esta manera, el requi-

sito previo fundamental para la fundación de una sociedad civil, que es la educación del individuo como un ciudadano responsable y participador, y no como un mero *Untertan* o sujeto (Marx), no se puso en práctica.

2) Toda forma de acción de autopropulsión por parte de la sociedad, en un nivel colectivo o individual, no sólo se consideró sospechosa y peligrosa, sino que fue perseguida o suprimida hasta que se desvaneció, y eso por no hablar de las ejecuciones masivas y de los *gulags* del período estalinista.

3) Muy temprano el partido dejó de ser una expresión de la sociedad; en cambio, se identificó con la maquinaria de poder transformándose en un instrumento del Estado, un hecho con enorme carga negativa, dada la ausencia de cualquier otra forma de expresión social independiente o cualquier «organismo intermediario» que, en la medida en que sobrevivieron, fueron conservados como meros elementos decorativos (sindicatos, organismos sociales de todo tipo, etc.).

4) El poder fue deificado y se presentó al Estado como un objeto de culto (lo que Gramsci llamó *estatolatría)* con la excusa de que era el Estado de la clase trabajadora. De esta manera, la sociedad política (el Estado) absorbió y neutralizó a la sociedad civil *(Burgergesellschaft).*

— *Con respecto a la segunda cuestión,* sobre si el partido comunista conservó su hegemonía ideológica en los países socialistas, la respuesta es una vez más negativa, por las siguientes razones:

1) La total «disecación» del contenido esencial del marxismo y su conversión en una «ideología normativa» *(Zitatenideologie).* La palpitante ideología de la búsqueda, que es la idea más grandiosa de los Tiempos Modernos (Sartre), fue reemplazada por un discurso rígido e inflexible con ocultos accesorios ideológicos, que destruyó el significado del marxismo y proporcionó a los adversarios argumentos sobre lo que se dio en llamar su naturaleza acientífica, su mesianismo y su supuesta naturaleza latente de «fe desnuda».

2) La conversión de los intelectuales orgánicos (Gramsci) de la clase trabajadora en funcionarios del Estado, desprendidos de su base, que fue reemplazada como una categoría independiente y descontrolada en el nivel del liderazgo. Por lo que a esto respecta, es preciso llamar la atención sobre las observaciones excepcionalmente interesantes de los húngaros G. Konrad y Selenyi en su libro *The course of intellectuals toward power - The case of the Eastern countries,* París, 1979.

3) El distanciamiento gradual de los intelectuales «improductivos» por parte de los tecnócratas y los gestores basado en un punto de vista de pura conveniencia económica que, sin embargo, era insuficiente para hacer que la economía funcionase efectivamente y para desvincular las decisiones económicas de criterios ideológicos confusos y abstractos.

4) El estancamiento ideológico de las organizaciones de base de los partidos comunistas que dio como resultado, por un lado, el desarrollo de una actitud corrupta entre los miembros y los cuadros, que consideraban su pertenencia al partido fundamentalmente en función de las ventajas que representaba, y, por otro, en la vertiginosa declinación de las actividades del partido en todas las categorías (véase Radovan Richta: *La civilisation au carrefour,* París, 1968).

— *Con respecto a la tercera pregunta,* sobre si el socialismo respetó el contenido humanista de las enseñanzas de Marx, la respuesta también es negativa, no sólo por los crímenes cometidos durante la época estalinista, sino también porque:

1) El individuo fue suprimido por el Estado y se cultivó una concepción abstracta del interés social totalmente opuesta a la postura de Marx sobre el tipo de sociedad en el cual se garantizaba el desarrollo y la realización de la individualidad y la personalidad.

2) Las personas que no eran miembros del partido quedaron excluidas de la participación activa en los procesos sociales, fueron dirigidas por otros y activadas por el poder del Estado, como consecuencia de lo cual se convirtieron en individuos completamente pasivos, desde el punto de vista tanto político como social.

3) Las libertades individuales y colectivas no contaron con salvaguardas suficientes ni siquiera durante el período postestalinista, lo cual significó el predominio de un clima envolvente de miedo en el cual el individuo se socializaba como una persona carente de libertad.

4) Así pues, no se realizó el ideal más importante del socialismo, la humanización del ser humano, precisamente porque los regímenes del Este no demostraron confianza en el hombre y, como era natural, la «imagen del hombre» no cambió, con la trágica consecuencia de que el hombre en el socialismo fue vulnerable a los cantos de sirena del consumismo, del «sueño americano», etc.

— *Con respecto a la cuarta pregunta,* sobre si el socialismo comprendió el marxismo como la

praxiología en el nivel individual y colectivo, la respuesta es un rotundo no. Por el contrario, y además de lo que se ha dicho ya:

1) Proporcionó una burda explicación seudomarxista de la necesidad histórica en la cual el ser humano actuante desaparece en el seno de la colectividad abstracta que a continuación se convierte en «sujeto» de la historia.

2) Corrompió el «centralismo democrático» cambiándolo de práctica revolucionaria en un mecanismo para excluir a las bases del partido de cualquier tipo de influencia sobre el nivel ejecutivo, una temible maquinaria que establecía la «línea» desde arriba, sin posibilidad alguna de intervención de las bases en su configuración.

3) Dio una imagen unidimensional del hombre y contenidos unidimensionales acordes a su vida cotidiana, lo cual dio como resultado una represión sin precedentes de las inclinaciones y capacidades creativas del hombre dentro del sistema.

4) El liderazgo no sólo no logró confirmarse de una manera positiva mediante la evidencia de una superioridad esencial, sino que, en cuanto «nomenclatura», proporcionó un modelo social negativo al tiempo que, por su actitud y sus escandalosos privilegios, hizo que los seres pensantes se distanciaran y se pasasen al campo de los enemigos del sistema.

5) La estéril actitud economicista, además de situar la confrontación con el capitalismo sobre una base muy estrecha y peligrosa, como más tarde se comprobó, llevó a los partidos comunistas de occidente a un populismo de izquierda que sólo hizo hincapié en las demandas económicas del día a día y que: 1.º, se descarriló, relegando el eje del cambio político a una posición secundaria, y 2.º, quedó sin objeto, al menos durante el período de aplicación de la «cura keynesiana» como marco para la supervivencia y el crecimiento del capitalismo después de la crisis de 1930.

6) La inercia política e ideológica de las masas en los países del este se produjo al tiempo que, como era natural, se las relevaba de toda responsabilidad en el nivel social, con el resultado de que *en primer lugar,* las importantes seguridades que daba el sistema (empleo, salud pública, educación y oferta virtualmente gratuita de todos los servicios sociales) no sólo se daban por sentadas, sino que además no eran sustancialmente apreciadas, mientras que, *en segundo lugar,* se propiciaba una actitud parasitaria e improductiva que hacía declinar de forma sostenida la productividad y llevó a la economía toda a un estancamiento.

II. La crisis de la socialdemocracia

La socialdemocracia europea siguió una trayectoria desigual tanto en el plano ideológico como en el de la práctica política. Ernest Mandel hizo la crónica de sus responsabilidades en el primer volumen de *El Socialismo del Futuro*, y no la vamos a repetir aquí.

Hay quienes creen que el colapso del comunismo justifica la socialdemocracia *post facto*. Esto es un error, porque el colapso del socialismo no elimina ni las debilidades ni los callejones sin salida a los cuales ha conducido la vacilación ideológica y política de los partidos socialdemócratas. ¿Dónde están los elementos de esta vacilación? Pueden encontrarse en:

1) La vaguedad ideológica y el reemplazo de la ideología por un pragmatismo político centrado en el «Estado social». La socialdemocracia europea no sólo abandonó gradualmente el marxismo, sino que, además, en lugar de procurar su auténtica satisfacción, oponiendo esto a la aberración estalinista, se fue identificando cada vez más con el razonamiento del «Estado del Bienestar y Benefactor». Bismarck ya había incluido esto en su razonamiento acerca de los efectos sobre el Estado alemán paternalista y autocrático. Había constituido prácticamente el antídoto contra el *crack* de 1929-1930 y sus repercusiones. El resultado de esta identificación fue: *a)* que la competitividad de la socialdemocracia frente a los países conservadores quedó confinada al nivel de las «demandas», es decir, al mayor grado de reclamaciones contra la Administración y el Estado. Pero ésta era una competencia de naturaleza marginal, porque el propio sistema capitalista estaba promoviendo la «cura keynesiana» como medio para combatir los *impasses* del sistema; *b)* la socialdemocracia fue concebida sobre la base de la posibilidad de alternar dentro del sistema capitalista y dejó de proponer cualquier transición hacia «otro tipo» de sistema social, hacia otro sistema social mejor y más humano; *c)* la socialdemocracia se encontró absolutamente desprovista de preparación ideológica y práctica para hacer frente al contraataque liberal una vez que se puso fin a la «cura keynesiana». Ni siquiera estaba preparada (siendo Suecia el ejemplo clásico) para mantener su posición ventajosa y para contraponer soluciones al ser acusada de que su política de beneficios sociales y nacionalizaciones era responsable del estancamiento económico y de la caída de la productividad y competitividad de las economías nacionales.

2) En la mayoría de los países, la política socialdemócrata era dirigida, en lugar de dirigir a los estratos pequeñoburgueses en la dirección de una auténtica transformación social. Esto se expresó de una manera práctica en lo siguiente: *a)* en la protección de —y la identificación con— los intereses de los pequeños propietarios y de sus ambiciones específicas a expensas de los intereses sociales colectivos; *b)* en la naturaleza marcadamente desclasada y la correspondiente pérdida de identidad que han caracterizado a los partidos socialdemócratas desde la guerra; *c)* en la aceptación acrítica de la filosofía individualista pura del liberalismo que gradualmente socavó los cimientos de la responsabilidad social colectiva y distorsionó la naturaleza de la lucha de las organizaciones sociales de masa y, en particular, de los sindicatos; *d)* en la aceptación *de facto* de un tipo de desarrollo económico que aumenta la renta individual inmediata, pero reduce la inversión social a largo plazo y la correspondiente futura infraestructura social.

3) La socialdemocracia mundial no logró crear su propia teoría y propuesta de un mercado abierto de naturaleza socialista, sino que aceptó tácitamente las especificaciones conservadoras-liberales del «mercado libre» y de la «economía de la libre empresa», que en realidad no existen, sino que operan como mecanismos perpetuadores del sistema al que se supone que el socialismo debe tratar de reemplazar.

4) Durante mucho tiempo los partidos socialdemócratas —y también los comunistas— pasaron por alto la enorme importancia del problema de la calidad de vida, y sólo cobraron conciencia de él hace relativamente poco. Se identificaron totalmente con la «ideología» feliz del capitalismo tardío, como resultado de lo cual contribuyeron a crear un tipo de persona que funciona sobre la base de la ganancia material directa descuidando todos los demás parámetros, por críticos que puedan ser, para la auténtica humanización del hombre y para el futuro de la especie humana.

5) En los países donde prevaleció el capitalismo subdesarrollado o distorsionado, por lo general los partidos socialdemócratas, por razones puramente electoralistas (siendo Grecia un ejemplo clásico), apoyaron los intereses del medio rural en detrimento de los habitantes asalariados de la ciudad, lo que trajo aparejada la creación de graves disparidades sociales y la degradación de la dinámica del movimiento obrero, tanto en el plano social como en el del desarrollo económico.

6) La socialdemocracia no proporcionó un modelo desarrollista específico al Tercer Mundo subdesarrollado, y en consecuencia, en estos países no hay conciencia de ningún tipo de tercera vía entre el «mercado libre» y el «socialismo real» y la alternativa socialdemócrata parece ser una «cuestión europea».

7) La perspectiva socialdemócrata ha reducido la naturaleza planetaria del movimiento por el cambio social y actúa dentro del marco de las opciones y soluciones nacionales. La forma más correcta de hacer frente a los problemas aplicando el criterio de lo histórico-revolucionario y las características actuales más importantes de cada país se ha expandido en la dirección errónea, o bien hacia el aislamiento nacional o en el sentido de cubrir una serie de países con el mismo nivel de desarrollo. De esta manera no se tomaron en cuenta ni las dimensiones mundiales del desarrollo-subdesarrollo ni las dimensiones europeas de Norte-Sur, Oeste-Este.

Este razonamiento todavía presenta peor aspecto cuando se lo mira: *a)* desde el punto de vista de la consecución de los intereses económicos nacionales, a la cual están abocados los partidos socialdemócratas, y *b)* desde el punto de vista que presenta a los partidos socialdemócratas siguiendo una política puramente nacionalista en el sentido de ensanchar la esfera nacional de influencia, de anexar territorios, etc. Un ejemplo actual obvio de esta última perspectiva es el comportamiento de muchos partidos socialdemócratas en la crisis yugoslava.

Los partidos socialdemócratas italiano y austriaco, entre otros, han adoptado una política a favor de la disolución de Yugoslavia, con intenciones claramente nacionalistas, y desgraciadamente también hay ejemplos de intervención abierta y directa para coartar las iniciativas pacificadoras del propio pueblo balcánico que, por supuesto, no obedece a ninguna ambición nacionalista.

C) EL COLAPSO DE LA SOCIEDAD CIVIL BAJO EL CAPITALISMO

La propaganda organizada y la llamada pseudoliteratura científica están tratando de aprovechar la confusión de los antiguos países comunistas de Europa para «reivindicar» el capitalismo y, al mismo tiempo, ocultar los callejones sin salida y el colapso manifiesto de la sociedad civil bajo el capitalismo. Los siguientes puntos son indicativos y en modo alguno agotan el tema:

1.º El debilitamiento del Parlamento y la constante expansión de la jurisdicción de la autoridad ejecutiva con un aumento concomitante y

abrupto de su poder frente al de la autoridad legislativa. No me refiero aquí al Estado legislativo *(Forsthof)* que actualmente es una realidad en la moderna democracia parlamentaria burguesa, sino al hecho de procedimientos no abiertos sobre los niveles ejecutivos en todos los sectores de la vida pública, sin excepción, y sobre todas las cuestiones críticas, de tal modo que la tarea del Parlamento debe quedar muy reducida a un proceso de ratificación de las decisiones tomadas por la maquinaria administrativa y el Gobierno. Al mismo tiempo, el conocimiento y la capacidad tecnocráticos de los ejecutivos administrativos unido al pleno control de la información, asegurado por la moderna informatización de la gestión, han impuesto grandes restricciones a la posibilidad de un control parlamentario importante. Y no sólo eso: la moderna maquinaria del Estado, dada la inconcebible complejidad de los problemas, puede, a través de la Administración, gobernar al pueblo y dirigir a la sociedad. Jamás había sido posible controlar al pueblo de forma tan efectiva y refinada mediante la administración de las cosas como lo es con el moderno capitalismo.

2.º La idea de que las salvaguardas constitucionales son adecuadas porque protegen al ciudadano y a las actividades sociales colectivas del Estado y de cualquier arbitrariedad de éste, ha quedado obsoleta en todos los frentes. No sólo por las razones aquí mencionadas, sino sobre todo porque actualmente el cuerpo social, bajo el capitalismo, es invadido por «terceras partes» *(Nipperday)* muy poderosas, enormes conglomerados, por lo general de naturaleza transnacional, contra los cuales tanto el individuo como la sociedad están indefensos. Estas «terceras partes» no sólo configuran las condiciones del juego económico, sino que también controlan los mecanismos que moldean la opinión pública al tiempo que, a través de sus poderosos grupos de presión, ejercen una marcada influencia sobre las decisiones políticas y corrompen profundamente a los líderes sindicales. Esto no es simplemente lo que se ha dado en llamar complejo industrial militar, sino algo mucho más amplio y universal: mecanismos invisibles para controlar y dirigir la sociedad, que funcionan conjuntamente con el Estado, el Gobierno y la Administración y se alían con ellos. En vista de esta realidad, la idea constitucional prevaleciente en otra época parece totalmente desfasada y, por supuesto, ineficaz, especialmente si tenemos en cuenta que:

3.º Estas poderosas fuerzas socio-económicas han eliminado a los «organismos intermedios» —Iglesia, Universidades, sindicatos, etc.— por su influencia y capacidad para intervenir en el devenir social. Cuando D. Riessman habló del hombre «dirigido por otros» de nuestra época, indudablemente todavía no había captado hasta qué punto la prensa y los medios de comunicación en general son controlados por estas fuerzas, ni la enormidad de la información tergiversada que proporcionan. Ya nadie está por la labor de hacer públicos los hechos; en cambio, la información es distorsionada y «adornada», minando el principio de la libertad de prensa y la libertad de expresión, elementos fundamentales en la democracia parlamentaria de corte burgués. La importancia de esta observación sólo puede entenderse en toda su significación cuando se es consciente de hasta qué punto los medios de comunicación —desde la «inocente» prensa comercial hasta la información falsificada que socava la capacidad crítica del individuo y su posibilidad de ser un ser pensante como propugnaban la Ilustración y las grandes revoluciones burguesas— promueven la falta de criterio de la persona media.

4.º El hecho de que el llamado «mercado libre» se haya convertido en un mito y en una ideología en el capitalismo maduro oculta la verdad de que tanto la producción como la determinación de los precios están siendo más dirigidos que nunca por los gigantes financieros de naturaleza transnacional. La legislación antimonopolio es completamente incapaz de evitar el difundido proceso de las fusiones tanto en el ámbito nacional como internacional; además, ya se ha producido una internacionalización del capital sin precedentes en la historia del capitalismo. Este es un proceso que no sólo abarca a la esfera de la producción, sino también a las ventas, al transporte y a la prestación de todas las categorías de servicios. El poder de estos supergigantes financieros es tal que puede dar por tierra con cualquier política económica nacional que intente resistirse a ellos, poniendo en marcha la intervención del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial.

También se han asegurado el control de las materias primas y los productos primarios a escala mundial y han dispuesto su compra a precios tan bajos que bloquean cualquier posibilidad de crecimiento de las fuerzas productivas en vastas áreas del mundo moderno. Esta capacidad de infiltración para controlar los recursos productivos ya se está desarrollando sistemáticamente en la Unión Soviética, que está corriendo un riesgo directo al pedir ayuda para recuperarse de su crisis económica, una ayuda por la que pagará el alto precio de la pérdida del control nacional de sus recursos productivos.

Este hecho en particular no sólo provoca un debilitamiento cada vez mayor de la sociedad civil, sino también un gradual reemplazo de la sociedad política por invisibles centros transnacionales donde se toman las decisiones de carácter económico.

5.º El fin de la cura keynesiana, señalado por la expansión de la actividad económica del Estado y su crecimiento como «Estado de Bienestar y Benefactor» en correlación con el correspondiente auge de un liberalismo puro y duro, tendría un efecto catalítico sobre las sociedades capitalistas desarrolladas. La cuenta atrás ya ha comenzado para las clases bajas y medias, la llamada *Wirtschaftsdemokratie* pertenece al pasado. La contracción de la renta y del poder adquisitivo de la pequeña burguesía es ahora una realidad en la mayoría de los países del capitalismo desarrollado, y todavía lo es más en el capitalismo subdesarrollado. La marginalización socioeconómica de masas cada vez mayores de personas que entran en el desempleo y la pobreza y la economía sumergida que, a la larga, tiene efectos seriamente adversos sobre la totalidad del proceso económico.

Si se piensa que después de la guerra, dentro del marco de la *Wirtschaftsdemokratie,* los estratos pequeño-burgués y medio han constituido el factor fundamental de la estabilidad social y política de Occidente, no es nada difícil darse cuenta de que estamos en los umbrales de una era de malestar social, con unas consecuencias de intensidad y alcance imprevisibles.

6.º No sería excesivo hablar de la *Burgerlichegesellschaft* en el moderno capitalismo. Esto no es sólo una «dejación de todos los valores» (Scheler), ni la permisividad que ha llevado a una confusión de la distinción entre libertad y libertinaje. Se trata de una desintegración gradual del entramado social que parte de la falta total de responsabilidad para el comportamiento individual y colectivo y llega hasta extremos tales como el inquietante crecimiento de los fenómenos de patología social. El espíritu de gremio en la persecución de intereses colectivos dejando de lado con total indiferencia el interés social total es un aspecto de la cuestión. Otro es la extensión alarmante de fenómenos de agresividad social y violencia, entre ellos el *hooliganismo* y la violencia del espectador, la gran anarquía en los distritos de la clase obrera de las ciudades modernas y un aumento pronunciado de la criminalidad entre los adolescentes y los niños. Un tercer síntoma es la degradación de lo erótico, que culmina en la colosal industria del sexo y en la prostitución de jóvenes de ambos sexos. Un cuarto aspecto es la lacra que representan las drogas y la incidencia cada vez mayor del alcoholismo en todos los países desarrollados.

7.º Un requisito previo para el funcionamiento del *Burgergesellschaft* es la participación. En el mundo capitalista moderno hemos asistido a una constante declinación en la participación política y social y el correspondiente arraigo de la privacidad. La pasividad sociopolítica es uno de los rasgos más importantes de las sociedades capitalistas modernas, especialmente si se la considera en conjunción con el enfado y negativismo ciegos y sin sentido que caracteriza a un número cada vez mayor de gente joven. El estado de *impasse* y la falta de un significado en la vida o de fe en el futuro están por detrás de todo esto.

8.º La difusión de los sustitutos ideológicos, que por supuesto constituyen mecanismos de control social y también contribuyen claramente a la destrucción de la razón bajo el moderno capitalismo, es también un aspecto crucial de la caída del *Burgergesellschaft.* La aparición masiva de seudoprofetas en los Estados Unidos, la moda de los horóscopos, los médiums, etc., es otro aspecto del fenómeno, lo mismo que el culto que se rinde a los «héroes» del mundo del espectáculo y de los deportes. Una tercera vía de escape de la realidad, expresado a través de la ciencia ficción, las novelas policiales y toda la literatura barata de romance y de terror «contribuyen» a minar la razón y a establecer el absurdo y lo irracional.

D) LA DINAMICA DE LA RECUPERACION

Como una extensión de los pensamientos básicos expresados por Adam Schaff en su libro *Where the road leads?,* que se refiere a las consecuencias del uso generalizado de los ordenadores, me gustaría proponer algunas ideas que expresan un punto de vista económico más estricto. En particular:

1.º En el campo del capitalismo desarrollado se tiene ya la certidumbre de que habrá problemas de proletarización generalizada y parasitismo entre la mayor parte de la clase trabajadora, pero también entre una parte importante de los trabajadores asalariados del sector servicios. Este desarrollo no se diferenciará de un país a otro dentro del capitalismo desarrollado, porque la competencia significa que cualquiera que desee un lugar en el control del mercado mundial no puede permitirse el lujo de no aplicar microelectrónica y robots.

2.º En los países del capitalismo periférico las consecuencias serán todavía más marcadas. El único tipo de desarrollo industrial posible para estos países está asociado con la explotación de las materias primas y productos alimenticios locales, que ya son controlados por los centros capitalistas y lo serán más en el futuro o, por supuesto, sobre la base de la tecnología avanzada importada. El desarrollo de la tecnología electrónica hace que cualquier inversión basada en los costes más bajos de la mano de obra sea poco provechosa y, en consecuencia, para estos países habrá un declive gradual de su «recuperación» basado en que los centros capitalistas envían industrias con utilización intensiva de la mano de obra a la periferia. La experiencia de Chile es prueba irrefutable de esta nueva concepción, que ya previó la escuela monetarista de Chicago bajo Pinochet y que resultó en un desempleo masivo en el sector industrial. En consecuencia, para los países capitalistas de la periferia, en las nuevas condiciones, la prolongación del subdesarrollo industrial con la existencia paralela de «islas» de industrias altamente desarrolladas con uso intensivo de capital controladas por los países desarrollados es algo que se da por sentado. Lo mismo puede decirse, por supuesto, de la relación entre Norte y Sur dentro de Europa. Pero la economía sumergida y el parasitismo intermediario que constituyen la vía de supervivencia para las economías del capitalismo periférico, también se verá fuertemente golpeada porque la nueva tecnología impondrá una modernización y un centralismo de mayores proporciones en todos los sectores que inevitablemente restringen las «salidas» tradicionales en estas economías.

3.º Con respecto al llamado Tercer Mundo, es obvio que los avances en el campo de la microelectrónica eliminarán completamente la ventaja comparativa de la mano de obra barata al tiempo que su introducción en el sector primario hará, por una parte, que las economías desarrolladas sean en gran parte autosuficientes en productos alimenticios básicos, mientras que, por otra, dará lugar a una brusca declinación de la necesidad de mano de obra en los otros bienes primarios y al mismo tiempo ejercerá una presión todavía mayor sobre sus precios, dando lugar al «movimiento de tenaza» (Prebish) contra los productos primarios e industriales cada vez más en detrimento de los primeros. La explotación feroz de las materias primas y los recursos materiales como medio principal de supervivencia se incrementará en lugar de reducirse, de modo que la destrucción ecológica del planeta no sólo se mantendrá sino que aumentará. El espectro no sólo del desempleo, sino también de hambrunas de proporciones similares a las de Etiopía llegará a ser incluso más frecuente y amenazador.

4.º La cuestión de los países que recientemente se han separado del bloque del Este se convierte en algo particularmente complejo. Estos países fueron básicamente agrícolas antes de la Segunda Guerra Mundial y alcanzaron su desarrollo industrial bajo un régimen comunista sobre la base de la industria pesada tradicional que se caracteriza por su uso intensivo de mano de obra. Entre el 40 y el 74 por 100 de su población económicamente activa se ha convertido en trabajadores. La modernización de sus economías, incluso sin tomar en cuenta los efectos de informatización y automatización, ha significado una reducción de este porcentaje al menos a la mitad. La experiencia de Alemania del Este, con sus ya 3.000.000 de parados, nos da la medida. ¿Cómo sobrevivirán los demás, que indudablemente no estarán de acuerdo con el precio que hay que pagar por la modernización? Por otra parte, los aumentos en los precios de los alimentos que satisfacen a los agricultores y en gran medida son necesarios para aumentar la producción agrícola, tienden a polarizar la relación entre el campo y las ciudades, en las cuales la población urbana está sometida a una rápida reducción de poder adquisitivo y a la correspondiente caída en el nivel de vida.

Así pues, las enormes posibilidades que se le presentan a la humanidad de verse liberada de los trabajos manuales, del trabajo como trabajo duro y como «dolor» y del trabajo como esclavitud se asocian con enormes complicaciones que podrían desembocar en un período de regresión social, política y cultural de incalculables dimensiones. En particular:

— *En el ámbito social,* el desempleo estructural de cientos de millones y puede que incluso miles de millones de personas, aparte de los obvios efectos adversos de naturaleza puramente económica sobre la gran mayoría de la población de la tierra, convertirá inevitablemente en parásitos a grandes masas de habitantes que a duras penas llevarán una existencia precaria en la periferia de los procesos económicos. En realidad, manteniendo las proporciones volveremos al estado de la economía que prevaleció en las antiguas Grecia y Roma, donde la posición y el papel del esclavo en la producción serán desempeñados por los modernos ordenadores. Los fenómenos de patología social indudablemente aumentarán y cobrarán una intensidad extrema. El crimen, la violencia y las

drogas serán el concomitante natural de una realidad social que alberga grandes tensiones internas, privadas de cualquier perspectiva o significado en la vida. La deshumanización y la «barbarie interna», tal como la llamó Toynbee, será su resultado natural.

— *En el ámbito político* habrá un aumento rápido de los movimientos de tipo fascista y al mismo tiempo un agravamiento de los conflictos sociales en una escala nunca vista en la historia humana. Ya tenemos una muestra en la experiencia de la antigua Alemania del Este. La actual pasividad política que se advierte en todo el mundo, especialmente en los antiguos países comunistas, se convertirá en su opuesto, y por último, aflorará con la proliferación de movimientos extremistas de todas las categorías. El sistema de una «democracia» presidencial con evidentes tintes fascistas ha empezado ya a mostrar grandes posibilidades de prevalecer en los anteriores países comunistas de Europa, donde la disgregación en muchos partidos lleva a la anarquía total en la vida política. Por otra parte, el auge del nacionalismo precede al anuncio de la reclamación de todos los grupos nacionales de los recursos naturales, lo cual no sólo no facilitará el progreso hacia una sociedad universal, sino que, por el contrario, lo retrasará y lo obstaculizará, al tiempo que surgirán cada vez más posibilidades de penetración y explotación económica por una subsiguiente dependencia de los poderosos centros capitalistas en la Europa Central y del Este.

— *En el ámbito cultural,* es evidente que con estos cambios la mano de obra pierde la importancia que tiene hoy como determinante del significado de la vida para el ser humano. El aumento del tiempo libre es decisivo. Si no se transforma ese tiempo en tiempo creativo, permitiendo que una persona termine de configurar su personalidad a través de actividades libres que le den el significado y el contenido que otrora encontraba en su trabajo, el vacío psicológico para el hombre medio será enorme, con efectos trágicos sobre su equilibrio y, por supuesto, con tendencias cada vez mayores hacia el escapismo —por medio de los narcóticos e incluso del suicidio— y de la violencia como escape psicológico.

Así pues, es obvio que esta enorme desorientación plantea preguntas oportunas y cruciales con respecto al papel de los medios de comunicación y la llamada industria del ocio, que en este momento funciona negativamente y no sólo no humaniza, sino que brutaliza activamente.

No cabe duda alguna de que la humanidad ha entrado en el período más negro de la Edad Moderna, puede que incluso más negro que lo que describieron Proudhon, Landauer y otros socialistas utópicos. Está claro que la lógica del capitalismo no puede sacar a la humanidad de este callejón sin salida. Por el contrario, llevará las cosas al extremo, como ya puede verse claramente durante este período de debilitamiento del movimiento socialista mundial y el desbaratamiento de los contrapesos que hasta ahora garantizaban un equilibrio mundial elemental.

La pretensión de que el capitalismo sigue siendo el único sistema social efectivo no puede probarse y es profundamente errónea, simplemente porque no puede resolver los problemas cada vez más acuciantes del planeta, sino que, por el contrario, los hace cada vez más profundos y agudos. Aun cuando nos pusiéramos de acuerdo en que el sujeto histórico del cambio social ya no es, o dejará de ser, la clase trabajadora, los parámetros básicos del pensamiento de Marx siguen intactos. Una «penetración en la necesidad» (Hegel) de hoy nos permite ver que se está formando un frente de confrontación mundial que sigue el eje rico-pobre y avanza a través de las fronteras nacionales y de las divisiones tradicionales de clase. Precisamente ésta es la razón por la cual las reflexiones sobre la pobreza *per se* han empezado a preocupar tanto a las ciencias sociales y a los que diseñan la política de los países tradicionalmente ricos. Ya empieza a surgir un nuevo radicalismo socio-político, mucho antes de lo que hubiéramos supuesto hace dos o tres años. Por supuesto que este radicalismo sólo puede ser genuinamente socialista y humanista, en el sentido más profundo del término, no simplemente «filantrópico» dentro de la lógica del «Estado de Bienestar y Benefactor». Pero esto significa que la Izquierda, en su totalidad, tiene que redescubrir su identidad, lo cual implica, sobre todo, que debe reformular la demanda de un cambio a «otro tipo» de organización social por encima y más allá del capitalismo. La función suplementaria que ha caracterizado a la socialdemocracia dentro de un contexto capitalista durante los últimos cincuenta años ya no tendrá significado tras el colapso de los regímenes de un falso socialismo. No tendrá ni significado ni justificación en un mundo en el cual una nueva mitología surge rápidamente y tiende a aplaudir el equilibrio de miseria que impera en el planeta. El hecho de que el socialismo haya fracasado no significa que los problemas que el capitalismo no haya resuelto, usando su arsenal de me-

dios y métodos creados a lo largo de los cien últimos años en los países del capitalismo periférico y del Tercer Mundo, los vaya a resolver en los antiguos países «socialistas». Estos pueblos ya han empezado a darse cuenta de estas cosas, lo cual es sorprendente en tan poco tiempo. Así pues, sólo un socialismo genuino y profundamente renovado puede proporcionar una solución a los problemas de la humanidad. Esto significa que sus dos antiguas alas deben estudiar sus errores y unirse en un nuevo consenso socialista en lugar de tratar desesperadamente de «descubrir el socialismo» basándose en las premisas centrales del capitalismo, lo cual es matemáticamente imposible.

Yo personalmente no tengo ni la más leve duda de que se instaurará el «socialismo del futuro», porque es lo único que puede dar nueva vida a lo individual y a lo colectivo con el criterio de la humanidad del hombre. La alternativa no es el capitalismo, sino la destrucción del planeta. Si, por supuesto, las fuerzas de la Izquierda siguen evolucionando en la superficie de los acontecimientos y vacilan en el camino hacia la total confusión por el cual marchan hoy, la trayectoria será más larga y sumamente contradictoria y dolorosa. El socialismo del futuro nacerá en otra cuna y sus protagonistas serán ajenos a Europa; nacerá donde los problemas son tan agudos y tangibles que toda palabrería hueca se considera un crimen capital.

EL FUTURO DEL TRABAJO Y LAS CONSECUENCIAS DE LA AUSENCIA DE TRABAJO

Göran Therborn

Al referirnos al «futuro del trabajo» deberíamos referirnos a los mercados de trabajo y a las divisiones entre trabajo y ausencia de trabajo, así como a los tipos de puestos de trabajo que es dado esperar. Este texto se refiere sólo al primer aspecto, no sólo como consecuencia de las experiencias reunidas en trabajos anteriores, sino también como elección de un tema importante que a menudo solemos pasar por alto dentro del contexto.

En un futuro previsible, lo más probable es que la cuestión de la combinación de trabajo y desempleo se agudice en lugar de perder vigencia. Tras un prolongado *boom* de siete años que tuvo lugar entre 1984 y 1990, la tasa de desempleo normalizada en el área de la OCDE seguía en un 6,1 por 100, siendo en el interior de la Europa central y occidental el 6,9 por 100, y en la Europa sudoccidental, considerada como región, del 11,4 por 100 [1]. Estas cifras superan a las de cualquier momento de la recesión que tuvo lugar en la década de los setenta. Debemos destacar que es el resultado de un impacto considerable de la «flexibilización» del mercado liberal del trabajo, de la degradación de los sindicatos, del debilitamiento de la legislación protectora del trabajo y de las medidas del «mercado único». Un país caracterizado anteriormente por el pleno empleo, Suecia, que se sumó a la corriente de la política económica neoliberal hace un par de años, tiene actualmente, en el verano de 1992, una tasa de desempleo más elevada y una inflación más baja que Alemania.

Los seres humanos y su capacidad de trabajo no son meras mercancías. Por tanto, los mercados de trabajo no operan como los mercados corrientes. Están profundamente enraizados en contextos sociales que son específicos desde el punto de vista nacional —y en parte también regional— e históricos [2]. Así pues, el desempleo no es sólo una cuestión del precio y del proceso de fijación de precios de la mano de obra y del coste del desempleo para los trabajadores potenciales. El desempleo debe considerarse también dentro de un contexto social mucho más amplio.

Una forma sociológica general de abordar el fenómeno social, ya se trate de sociedades o de otros sistemas sociales o de los factores sociales, consiste en centrarse en la estructura y en la cultura y en la interacción entre ambas. Así pues, por «estructuras» entendemos una distribución de recursos y de limitaciones, y por «cultura» un universo de aprendizaje compartido. Una sociedad, o de

[1] OCDE, *Employment Outlook,* julio 1992, pág. 284.

[2] Cf. R. Solow, *The Labor Market as a Social Institution,* Oxford, Basil Blackwell, 1990. Sin embargo, sociológicamente, todos los mercados se consideran dentro de algún contexto especial; cf. M. Granovetter, «Economic Institutions as Social Constructions: A Framework for Analysis», *Acta Sociológica,* 35 (1992): 3-11.

manera más general un sistema social, es en este sentido la concreción de cierta estructura y de cierta cultura. Los actores sociales, los individuos, los grupos y las organizaciones actúan sobre la base de su cultura en una estructura dada de recursos y limitaciones. Pertenecer a cierta cultura significa, por encima de todo, tres cosas: tener una identidad particular y un sentido de sí mismo y de nosotros, conocer el código de la cultura, en otras palabras, tener cierto tipo de conocimiento y de capacidad para comunicarse, y por último, compartir cierto conjunto de valores y de normas sobre las cuales basar nuestra conducta. Aquí termina la introducción a la sociología analítica [3].

MODELOS DE EMPLEO Y DESEMPLEO

Adoptar una perspectiva estructural más amplia para examinar el trabajo y la falta de trabajo significa, en primer lugar, atender a las relaciones entre desempleo, empleo y nivel de vida o producto social. Puede que la forma más directa de trasladar la importancia de la configuración del empleo a una comprensión del desempleo sea señalar que el porcentaje de la población comprendida en la fuerza de trabajo en 1980 es uno de los mejores factores de predicción aislados de la tasa de desempleo en 1990, y que la relación entre la tasa de desempleo y las proporciones de la fuerza de trabajo es marcadamente negativa. En otras palabras, *cuanto mayor sea la proporción de la población (de edades comprendidas entre quince y sesenta y cuatro años) que hayan expresado el deseo de tener un trabajo remunerado, tanto más baja será la cantidad del desempleo.*

La correlación negativa entre la proporción de la población comprendida en la fuerza de trabajo y la tasa de desempleo es muy fuerte. Conociendo la tasa de la participación de la fuerza de trabajo en 1980, puedo predecir el 61 por 100 de la variación en la tasa de desempleo entre 17 países de la OCDE (todos aquellos para los cuales se dispone de cifras) en 1990 ($r = -0{,}78$; $r\,2 = 0{,}61$). El crecimiento económico apenas si añade algo. Por sí misma, la tasa de crecimiento correspondiente a 1980-1990 no explica nada, y si se añade a las proporciones de la fuerza de trabajo en 1980 la variación internacional explicada, aumenta del 61 a 62 por 100. Los costes unitarios del trabajo entre 1980-1990 tampoco aportan ayuda de ningún tipo para captar la variación en el desempleo en 1990 (R2=0,05). Por otra parte, tomando como base las proporciones relativas de la fuerza de trabajo en 1974-1979, puede explicarse el 56 por 100 de la variacion del desempleo en 1990. Partiendo del conocimiento de la proporción de la población comprendida en la fuerza de trabajo en 1968-1973, puede explicarse el 42 por 100 de la variación internacional del desempleo en 1990 [4].

Las proporciones relativas de la fuerza de trabajo son uno de los pocos factores de predicción que captan muy bien el hasta hace muy poco exitoso caso sueco, que en realidad es tangencial respecto de la línea de regresión del desempleo en 1990 sobre la fuerza de trabajo relativa en 1980. España e Irlanda tienen un desempleo considerablemente más elevado que el que se predijo, y Holanda lo tiene más bajo.

El hecho de que cuanta más gente desea un puesto de trabajo remunerado tanto menor es el desempleo registrado, contradice toda la sabiduría popular. En este sentido se trata de algo que debería despertar la curiosidad científica, pero hasta el momento esto casi no ha sucedido [5].

La correlación marcadamente negativa entre las proporciones de la fuerza de trabajo y el desempleo significa, en lo más inmediato, que la variación en la cantidad de empleo entre los países desarrollados es muy superior a la de la tasa de desempleo.

Las tasas habituales de desempleo, calculadas por relación con la fuerza de trabajo, sólo indican una parte menor de la configuración del empleo/desempleo. En el cuadro 1 se ha relacionado el desempleo con la población (de edades comprendidas entre quince y sesenta y cuatro años) para obtener una cifra de magnitud más comparable. Entre los países de la OCDE la tasa de desempleo en este sentido va del 0,4 por 100 en Suiza al 9,4 por 100 en España. Pero la tasa de empleo varía entre 49,5 por 100 en España y 81,9 por 100 en Suecia. La proporción de personas que quedan al margen de la fuerza de trabajo va del 41,6 por 100 en Grecia al 14,9 por 100 en Dinamarca, ambos países miembros de la CE.

En función de la importancia de la fuerza de trabajo para la población activa podemos distinguir cuatro grupos de países desarrollados:

[3] Véase, también, G. Therborn: «Cultural Belonging, Structural Location and Human Action», *Acta Sociológica,* 34 (1991): 177-191.

[4] Los cálculos se hicieron sobre datos proporcionados por la OCDE, *Historical Statistics 1960-1990,* París, OCDE, 1992.

[5] Un buen ejemplo reciente de esta negligencia se encuentra en el tratado de 500 páginas de R. Layard *et al.: Unemployment,* Oxford, Oxford University Press, 1991.

CUADRO 1

LAS TASAS DE EMPLEO Y DE DESEMPLEO EN LOS PAISES DE LA OCDE EN 1990
(Porcentaje de la población de edades comprendidas entre 15 y 64 años)

País	*Empleados*	*Desemple.*	*Fuerza de trabajo que queda al margen*
EE.UU.	72,4	4,2	23,4
Japón	72,6	1,6	25,8
Alemania	64,5	4,3	31,2
Francia	60,0	5,9	34,1
Reino Unido	71,7	4,1	24,2
Italia	54,5	6,6	38,9
Canadá	70,4	6,2	23,4
Austria	65,5	2,2	32,3
Bélgica	57,1	5,5	37,4
Dinamarca	77,1	7,0	14,9
Finlandia	74,1	2,6	23,3
Grecia	54,2	4,2	41,6
Irlanda	52,4	8,3	39,3
Holanda	61,5	5,0	33,5
Noruega	73,9	4,1	22,0
Portugal	69,8	3,3	28,9
España	49,5	9,4	41,1
Suecia	81,9	1,3	16,8
Suiza	76,3	0,4	23,3
Turquía	58,2	4,3	37,3
Australia	69,2	5,2	25,6
Nueva Zelanda	65,9	5,6	28,5

Fuente: Cálculos de la OCDE, *Historical Statistics 1960-1990,* París, OCDE, 1992, págs. 22 y 42.

1. Sociedades abrumadoramente estructuradas en torno al trabajo regular remunerado, que tienen una proporción muy elevada de fuerza de trabajo relativa: Dinamarca y Suecia (población que queda al margen de la fuerza de trabajo, 14,9-16,8 por 100).

2. Sociedades claramente estructuradas en torno al trabajo remunerado: los países anglosajones, Finlandia, Noruega, Portugal, Suiza (población que queda al margen de la fuerza del trabajo, 22,0-28,9 por 100).

3. Sociedades orientadas sin la menor ambigüedad en torno al trabajo formalmente remunerado: la mayor parte de la Europa continental y de Turquía (fuera de la fuerza de trabajo, 31,2-39,3 por 100).

4. Sociedades orientadas de una forma relativamente débil en torno al trabajo formal, lícito, remunerado: Grecia y España (41,4-41,6 por 100 fuera de la fuerza de trabajo).

Esta agrupación de países, al margen de las divisiones socioeconómicas habituales, requiere, por supuesto, una explicación. En este trabajo nos limitaremos a una explicación descriptiva, pero es evidente que las relaciones diferentes entre sexos son un factor causal importante.

El PNB de las poblaciones guarda una relación nada directa con la tasa de empleo, incluso entre países que son bastante similares en muchos aspectos. Portugal es aproximadamente un 30 por 100 más pobre que España a pesar de un esfuerzo laboral mucho mayor. Los daneses disfrutan de un PNB por habitante un par de puntos más altos que los belgas y los holandeses, con un 35 y un 25 por 100 más de empleo, respectivamente [6]. Volveremos a las relaciones entre trabajo y producto nacional más adelante.

Debe tenerse en cuenta que nos hemos devanado los sesos antes para emplear etiquetas del tipo de «regular», «formal», «lícito», así como «remunerado», a fin de poner de relieve el tipo de trabajo al que se refieren las cifras de la fuerza de trabajo, el empleo y el desempleo. No debe olvidarse que hay muchos otros tipos de trabajo, remunerado y no remunerado.

A partir del cuadro 1 anterior podemos hacernos también una idea del grado de éxito o de fracaso con el que una sociedad adjudica puestos de trabajo remunerados y lícitos a su población. Así pues, es preferible relacionar el «fracaso» con el «éxito» en la provisión de empleo, es decir, el número de desempleo registrado con respecto al número de personas en el empleo registrado.

Comparado con las tasas de desempleo de la fuerza de trabajo habituales en la OCDE [7], la *ratio* de fracaso surge en primer lugar de la variación, poniendo de relieve aún más el funcionamiento problemático del mercado de trabajo en España, Irlanda e Italia. Entre los principales países, la *ratio* de fracaso proporciona un cuadro más positivo del Reino Unido y un cuadro más negativo de Alemania. Entre los países más pequeños, Bélgica y Holanda intercambian su posición.

Si examinamos la relación entre la población activa que queda al margen de la fuerza de trabajo (cuadro 1, columna 4) y la *ratio* de fracaso del empleo, surgen un par de discrepancias espectaculares. Los casos extremos son Dinamarca, marcadamente orientada hacia el trabajo lícito remunerado, pero con una tasa elevada de fracaso, y Grecia, con una orientación relativamente baja respecto del trabajo remunerado, pero con una *ratio* de fracaso más o menos media. Por lo que res-

[6] Los datos sobre el PIB están tomados de la OCDE, *National Accounts 1960-1990,* París, OCDE, 1992, vol. 1, pág. 147.
[7] OCDE, *Historical Statistics 1960-1990, op. cit.,* pág. 45.

pecta al trabajo remunerado formal y al funcionamiento del mercado de trabajo combinados, Suecia y España —en 1990 gobernados ambos por partidos socialdemócratas— constituyen los dos casos más extremos entre los países de la OCDE, mucho más que, por ejemplo, Turquía y los Estados Unidos.

CUADRO 2

VARIACIONES DEL GRADO DE FRACASO EN LA PROVISION DE EMPLEO
(La *ratio* de desempleo y empleo medida en relación con la población activa. 1990, porcentaje)

País	*Desempleo/ empleo*
EE.UU.	5,8
Japón	2,2
Alemania	6,7
Francia	9,8
Reino Unido	5,7
Italia	12,1
Canadá	8,8
Austria	3,4
Bélgica	9,6
Dinamarca	9,1
Finlandia	3,5
Grecia	7,7
Irlanda	15,8
Holanda	8,1
Noruega	5,5
Portugal	4,7
España	19,0
Suecia	1,6
Suiza	0,5
Turquía	7,4
Australia	7,5
Nueva Zelanda	8,5
Promedio	7,4

Fuente: Cálculos del cuadro 1.

TRABAJO, PRODUCTIVIDAD Y NIVEL DE VIDA

Podemos distinguir configuraciones específicamente nacionales del empleo, la productividad y el desempleo que actúan en el efecto marcadamente diferente de las mismas coyunturas internacionales, las agudas recesiones de mediados de la década de los setenta y comienzos de la de los ochenta y el *boom* del resto de la de los ochenta, sobre la cantidad de trabajo remunerado o el volumen del empleo total en países estrechamente vinculados.

CUADRO 3

LA EVOLUCION DEL TRABAJO REMUNERADO, 1973-1989. EL VOLUMEN DE HORAS EN 1989 EN RELACION CON 1973
(Porcentaje o evaluación cualitativa *)

País	*Cambio*
Canadá	+32,9
EE.UU.	+30,7
Japón (1988)	+10,8
Finlandia	+ 6,0
Francia	− 9,0
Alemania	− 8,2
Noruega	+ 4,0
Suecia	+10,3
Australia	Aumento
Nueva Zelanda	Aumento
Austria	Pequeño aumento
Bélgica	Marcada declinación
Dinamarca	Estancamiento
Irlanda	Marcada declinación
Italia	Estancamiento
Holanda	Aumento
Portugal	Pequeño aumento
España	Declinación muy marcada
Suiza	Pequeña declinación
Reino Unido	Pequeña declinación

* Para los países que no proporcionan datos sobre el número medio de horas por persona empleada, la evaluación se basa en la evolución del número de personas empleadas. Como la declinación promedio del promedio de horas por persona empleada y año para el período es de 8,7 por 100, se considera que un 8-10 por 100 de aumento del número de empleados es estancamiento; una cifra por encima del 10 es un aumento y una por debajo de 8 una declinación.

Fuente: OCDE, *Employment Outlook,* julio 1991 (París, 1991), págs. 254, 257, 258; OCDE, *Labour Force Statistics 1965-1985* (París, 1987), cuadro 2.

El Nuevo Mundo, caracterizado por sus históricas inmigraciones masivas, sigue siendo muy peculiar por lo que respecta a su generación de empleo. También se produjeron aumentos significativos del trabajo remunerado después de 1973 en Japón, en los países nórdicos, a excepción de Dinamarca, caracterizada por su estancamiento, y en Holanda. En los tres países nórdicos y en Austria los acontecimientos ocurridos después de 1973 representaron una vuelta a las tendencias de postguerra, *de volúmenes decrecientes a volúmenes crecientes en el crecimiento del empleo.* Una razón importante para ello es la expansión del sector público, los efectos cuya primera etapa se vieron contrarrestados por la prevalencia de los empleos a tiempo parcial y por una reducción general de la jornada de trabajo. En Suiza, el punto de inflexión de 1973 significó una inversión de una dirección más esperada del crecimiento del empleo a la declinación del desempleo. Después de la crisis, el desempleo en los demás países ha seguido en gran medida la tendencia de 1950-1973 [8].

[8] La conexión histórica está basada en G. Therborn: «Tar arbetet slut?-och postfordismens problem», en U. Björnberg e I. Hellberg (eds.), *Sociologer ser på arbete,* Estocolmo, Arbetslivscentrum, págs. 112-117.

Entre la oferta de puestos de trabajo, la demanda de puestos de trabajo y la productividad del trabajo existen unas relaciones complejas y una variación internacional que todavía se conocen bastante poco. En el caso de algunos países podemos computar el volumen total de trabajo formal, remunerado, de un año relacionándolo a continuación con la población.

CUADRO 4

TRABAJO REMUNERADO *PER CAPITA* EN 1989
(Número de horas)

País	*Horas de trabajo remunerado*
Canadá	830-40
EE.UU.	855-65
Japón (1988)	1.035-45
Finlandia	885-95
Francia	660-70
Alemania	715-25
Italia (1983)	660-70
Noruega	690-700
Suecia	780-90

Fuentes: Cálculos de la OCDE, *Employment Outlook,* julio 1991, págs. 254-58 (promedio de horas y número de personas empleadas); OCDE, *Historical Statistics, 1960-1989,* París, OCDE, 1991 (población).

El trabajo remunerado tiene una importancia muy diferente no sólo para el modelo de vida de las actividades de la población en los diferentes países. También tiene una relación muy variable con respecto al nivel de vida. La cantidad de trabajo remunerado expresado en relación *per capita* y año en Francia y en Italia es apenas dos terceras partes de la aportación japonesa. Pero el PNB *per capita,* medido en paridades de poder adquisitivo, es 2-3 por 100 superior en Francia y sólo 4-6 por 100 menor en Italia. Con un PNB *per capita* aproximadamente igual al de los franceses, los suecos aportan 16-20 por 100 más de trabajo. O bien, observando nuevamente a los japoneses, desde el otro lado, trabajan entre un 50 y un 60 por 100 más que los franceses para tener un nivel de vida similar (en términos monetarios) [9].

En este caso, el punto de relevancia más directo es que al parecer habría unas relaciones de evolución históricas, específicas, de cada país y quizá mutuamente interactivas entre el empleo y la productividad laboral, que fundamentan unas pautas de empleo y desempleo bastante diferentes.

CUADRO 5

LA PRODUCTIVIDAD LABORAL DE LA ECONOMIA TOTAL
(PNB por hora de trabajo, en dólares de curso legal a igualdad de poder adquisitivo. 1989)

País	*Dólares/hora*
Canadá	22
EE.UU.	24
Japón (1988)	14
Finlandia	18
Francia	25
Alemania	24
Noruega	22
Suecia	21

Fuente: Cálculos de las fuentes del cuadro 4 anterior y de la OCDE, *National Accounts, 1960-1990,* París, OCDE, 1992, vol. 1, pág. 147.

Las implicaciones prácticas que tiene el examen del desempleo dentro de su contexto social son, en primer lugar, las siguientes: los responsables políticos deberían estar alertas al hecho de que lo que puede observarse del desempleo y el empleo es resultado de una configuración compleja de factores, irreductibles a unas cuantas variables, tales como el crecimiento, los costes de trabajo y la inflación. Estas configuraciones son en gran medida específicas de cada país, lo cual significa que la importación o exportación de recetas políticas singulares muy probablemente tendrá consecuencias diferentes de las que tuvo en su medio original. Las instituciones y los contextos institucionales son más estables que las políticas, pero también están sujetos a cambios. Pueden ser erosionados, reproducidos o reforzados. Sacarlos a la luz implica la posibilidad de tomar decisiones políticas y administrativas mejor informadas y más racionales.

Los optimistas tal vez encuentren esperanzas para una nueva distribución del trabajo en la relación bastante variable entre la cantidad de trabajo formal remunerado y los recursos monetarizados producidos, entre países con recursos naturales comparables y en niveles aproximadamente similares de evolución tecnológica y social. Un problema importante en este aspecto es, sin embargo, que los mecanismos causales que han producido la variación todavía son desconocidos en gran medida y, por tanto, no es fácil que puedan enfrentarse a ellos los que redactan los programas y los que formulan las políticas.

En la actualidad existen signos muy marcados de que el contexto internacional de postguerra de los mercados laborales nórdicos se está erosionando o se está destruyendo rápidamente. Una parte

[9] Véase la nota 6.

del proceso son los golpes externos provenientes de la economía mundial, otra parte es el cambio político electoralmente sancionado. Sin embargo, gran parte de lo que está sucediendo no tiene una razón democrática. No ha resultado elegido ningún gobierno en cuyo programa electoral figurase la promesa de dejar que aumentase el desempleo para lograr otros objetivos. Y gran parte del debate político, tanto por parte del gobierno como de la oposición, parece producirse en condiciones de ignorancia institucional o de tranquilidad sin causa aparente.

Por ejemplo, nadie, ni siquiera los partidos que se dicen partidarios del pleno empleo, discute la posibilidad de que Suecia y Finlandia o cualquier otro país vuelvan al pleno empleo dentro de la CE y de acuerdo con las condiciones del Tratado de Maastricht. En términos generales, el movimiento sindical europeo, de manera muy notable, por lo general, ha guardado silencio o ha tratado de evadir los efectos sociales y laborales de la unión monetarista propiciada en Maastricht. Hasta el momento, ningún país de la CE ha logrado volver al pleno empleo, ni siquiera con las restricciones monetarias menos rígidas que han prevalecido hasta el momento [10].

SIGNIFICADOS DEL DESEMPLEO

Si el contexto del desempleo señala hacia la estructuración del trabajo remunerado, lo mejor es buscar su significado desde el punto de vista de las culturas de las sociedades y de sus mercados de trabajo. Sobre el (des)empleo actúan tres conjuntos importantes de actores, empleadores, trabajadores y políticos (que también abarcan a los bancos centrales y a los administradores políticos). La forma en que éstos actúan, dentro de determinadas limitaciones estructurales, varía junto con su cultura.

Uno de los tres aspectos clave de una cultura, tal como antes dijimos, es la identidad, el concepto que tiene de sí misma. Al parecer, la identidad es un rasgo cultural importante que influye sobre el desempleo. Más adelante observaremos las cuestiones de la identidad entre los desempleados y los buscadores de empleo. Pero antes de examinar la identidad de los formuladores de políticas deberemos considerar la de los formuladores de las políticas en materia de empleo, las de los empresarios y las de los políticos.

Los desempleados reales o potenciales constituyen una minoría en las sociedades que funcionan razonablemente. Por lo general, en un momento dado, sólo una proporción del 5 al 10 por 100 de los empleados. (Promedio de la OCDE de 1990, 7,4 por 100, cuadro 2 anterior.) A lo largo de un período más extenso, son mucho más numerosas las personas en situación de riesgo. Una encuesta de la fuerza de trabajo de la CE llegó a la conclusión de que en la CE, en el curso de la década de 1980, el 30 por 100 de la fuerza de trabajo había experimentado un período de al menos cuatro semanas de desempleo [11]. Pero los desempleados no son sólo una minoría. En materia de recursos, de características, no suelen coincidir con aquellos que toman decisiones. Es poco probable que los ejecutivos empresariales, los ministros de finanzas, los banqueros centrales tengan muchos desempleados, o potencialmente desempleados, entre sus familiares, amigos y vecinos.

Ser desempleado significa quedar excluido de (ciertos aspectos de) la economía normal, la sociedad normal. En términos sociales, entonces, *el desempleo es un indicador de la cohesividad o la división de una sociedad.* Cuanto mayor sea la cohesión social, tanto más es dado esperar que los formuladores de políticas se identifiquen también con los potencialmente desempleados, a pesar de la distancia personal, y viceversa, cuanto menor sea la cohesión mayor será el desempleo. Un examen de los cinco países de la OCDE que mantuvieron un empleo más o menos pleno durante las crisis internacionales de 1970 y comienzos de 1980 respaldan esta hipótesis. También ponen en evidencia que existen diferentes tipos de cohesión social.

Existe un tipo de cohesión social generalmente igualitaria, ejemplificada en las décadas de los setenta y de los ochenta por Noruega y Suecia. Otro tipo es una fuerte cohesión étnica, no necesariamente muy igualitaria en cuanto a la jerarquía o a la renta. Japón y Suiza tienen estas características, y las aplicaron durante las recesiones. El quinto país con pleno empleo no es ni muy igualitario ni particularmente integrado desde el punto de

[10] Debería hacerse una distinción entre la cuestión de la posibilidad del restablecimiento de las instituciones nacionales dentro del marco de la CE y la posibilidad de mantener unas instituciones nacionales en buenas condiciones de funcionamiento dentro de ésta. Es mucho más plausible que un país que ingresa en la CE con un mercado laboral caracterizado por el pleno empleo pueda seguir manteniéndolo.

[11] *European Economy*, núm. 47 (marzo 1991), pág. 157.

vista étnico, pero en los debates políticos del período la memoria traumática de las consecuencias fatales para el país de la división social (la nazi *Anschluss)* fueron objeto de constantes invocaciones y recuerdos [12].

Existe un importante aspecto *dinámico* en la relación entre desempleo y división social que es preciso subrayar. Las decisiones de los ejecutivos no toman en consideración el empleo, las de los políticos no dan prioridad a otros objetivos que no sean el pleno empleo y tienden a la autoperpetuación. Una vez excluidos a causa de que son diferentes, es previsible que muchos desempleados se vuelvan todavía más diferentes mientras estén desempleados, lo que a su vez en un segundo momento hace que sea aún más improbable que los que toman las decisiones importantes se identifiquen con los desempleados y sus necesidades, y así sucesivamente. La América blanca ha llevado muy lejos esta espiral por lo que respecta a los negros pobres.

La competencia cognitiva-comunicativa de los factores sociales guarda, por supuesto, una gran relación con su actuación en los mercados de trabajo, pero esta visión a vuelo de pájaro de las cuestiones la dejaremos al margen.

Sin embargo, la ambigüedad de los sistemas de valores predominantes, por lo que respecta al desempleo, es algo que debemos poner de relieve. Para muchos formuladores de políticas, la cantidad de desempleo creada es un criterio de éxito, o al menos un indicador de éxito. En muchas culturas empresariales la capacidad, el impulso, la potencia, la resolución, etc., de un ejecutivo se miden por el número de trabajadores que éste (muy raramente una mujer) puede despedir en un momento dado. De modo análogo, los colegas y los admiradores de los ministros de finanzas o de los presidentes de los bancos centrales suelen juzgar la calidad de éstos por la magnitud del recorte del gasto público y del empleo o por las restricciones monetarias o por la deflación que han producido, con sus efectos regulares sobre el desempleo.

También puede evaluarse a los ejecutivos por el número de subordinados y a los políticos por sus logros en materia de crecimiento. De lo que se trata es de la ambigüedad de los valores y de los posibles conflictos de intereses, no de un conflicto irreconciliable. El desempleo de los demás puede ser una recompensa para los poderosos. Esta posibilidad añade otro aspecto a la importancia de la cohesión social/división social.

LA AUSENCIA DE TRABAJO: TRES CULTURAS DEL DESEMPLEO

El significado ambiguo del desempleo alcanza también a los formuladores de políticas. La experiencia del desempleo se vive de formas diferentes, con efectos diferentes sobre la autoimagen y la ética del trabajo. La investigación empírica puede identificar al menos tres categorías principales de culturas del desempleo.

Una tiene que ver con la cultura de la mayoría, por lo menos en su aspecto externo. Se suele considerar que una identidad social normal implica un puesto de trabajo regular remunerado. El estatus del desempleo se ve como algo claramente indeseable, se vive como una experiencia negativa. Un desempleado debe estar siempre buscando un puesto de trabajo. Entre estos conformistas existen personas que han perdido total o casi totalmente la confianza de encontrar un trabajo normal, pero que siguen considerando al empleado como una identidad normal para sí mismos.

Hay otra cultura que abarca a aquellos que han renunciado a identificarse con un puesto de trabajo y que dejan de buscar uno. Estas personas se apartan de la cultura mayoritaria de la población activa, de sus objetivos de dinero y de éxito y también de sus medios de esfuerzo laboral, para incluirse en una cultura de la falta de trabajo más o menos similar a la de los jubilados. El factor más característico de su concepción del desempleo es la indiferencia.

En tercer lugar, existe una cultura desviada en la cual los objetivos de realización se mantienen, pero se procura satisfacerlos por medios que no son los habituales. Tener un puesto de trabajo habitual no forma parte de la identidad personal, es más una opción alternativa que una expresión de resignación. Estar desempleado no se percibe como una privación. Esta desviación abarca a subculturas muy diferentes, desde los artistas y los políticos hasta los criminales y los drogadictos. También incluye a personas que participan del sistema de subsidios.

Por lo que respecta a los determinantes y a las proporciones relativas de estas culturas del desempleo no se tiene hasta ahora un conocimiento muy sistemático. Sin embargo, los desempleados confomistas parecen estar más ampliamente represen-

[12] Véase también G. Therborn, *Why Some Peoples are More Unemployed Than Others,* Londres, Verso, 1986.

tados entre las personas que se encuentran en la flor de la vida y que han tenido una experiencia previa de trabajo. Entre los que optan por retirarse parecen estar los de edad avanzada y los más enfermos. En ambos casos, la duración del desempleo, el nivel de educación y el sexo tienen sus efectos. En términos generales, cuantos más recursos se tengan en el mercado laboral, tanto más se tiende a ser conformista, a igualdad de otras cosas. Los desviados suelen pertenecer a los jóvenes en medios sociales especiales. Los desviados políticos y artísticos se cuentan entre los jóvenes con una mayor educación y provienen de la clase media.

Puede que los estudios más extensos acerca de las culturas del desempleo se hayan hecho en Holanda. Allí, en la década de 1980, se hicieron estimaciones de lo que podríamos llamar, independientemente de las etiquetas utilizadas, desempleados «conformistas», entre un 45 y un 60 por 100; los «aislacionistas», entre un 25 y un 30 por 100, y los «desviados», entre un 10 y un 20 por 100 [13]. Al parecer existe una tendencia generalizada de orden descendente en las proporciones de estos grupos. Sin embargo, es muy probable que su proporción relativa varíe de un país a otro, de un período a otro [14].

Debemos destacar cierta paradoja en la relación de las culturas del desempleo con la cultura socioeconómica oficial. Las personas más perjudicadas por el hacer y el no hacer de los responsables políticos son las más leales a la cultura predominante. La pequeña minoría de los desempleados que no son negativamente afectados son las personas culturalmente distantes de la mayoría y de los responsables políticos.

Entre los jóvenes, las proporciones potenciales de los grupos de desviados sin trabajo o de la población aislacionista es bastante significativo.

Los jóvenes que pertenecen a la cultura de los que no trabajan son en su mayor parte mujeres. También está más difundida entre las mujeres del sur de Europa, aunque el thatcherismo parece haber eliminado a gran número de mujeres británicas del mundo del trabajo y de la educación, o al menos haberlas mantenido alejadas.

CUADRO 6

JOVENES SIN TRABAJO Y QUE NO ASISTEN A CENTROS EDUCACIONALES

(Porcentaje del grupo de edades comprendidas entre 20 y 24 años en 1989)

Países	*Todos los no empleados*	*No comprendidos en la fuerza de trabajo* [a]
Bélgica (1988)		
Varones	11,1	3,3
Mujeres	24,0	10,2
Dinamarca		
Varones	12,8	2,1
Mujeres	17,7	6,2
Francia		
Varones	13,6	2,8
Mujeres	25,8	11,2
Alemania		
Varones	8,1	4,3
Mujeres	16,8	12,5
Grecia		
Varones	16,9	3,8
Mujeres	42,7	25,4
Irlanda		
Varones	21,7	2,1
Mujeres	23,4	10,2
Italia		
Varones	21,0	4,2
Mujeres	40,8	18,0
Holanda		
Varones	9,8	1,8
Mujeres	17,9	9,9
Portugal		
Varones	9,3	3,2
Mujeres	24,5	13,7
España		
Varones	21,4	3,0
Mujeres	40,0	14,5
Reino Unido		
Varones	12,0	2,1
Mujeres	25,3	18,3

Nota a: Es decir, que no buscan trabajo o registrados como desempleados.

Fuentes: Eurostat Labour Force Survey, citado aquí de la OCDE; *Employment Outlook,* julio 1992, pág. 54.

[13] Se da una idea general en el *Social and Cultural Report,* 1990, de la Oficina de Planificación Cultural y Social, Rijswijk, 1991, págs. 92 y ss. Véase también H. Kroft *et al., Een tijd zonder werk,* Leiden/Amberes, Stenfert Kroese, 1989.

[14] K. ten Have y G. Jehoel-Gijsbers, *Werkloze jongeren: een verlorene generatie?,* La Haya, OSA, 1985, observaron, por ejemplo, una desviación cultural muy escasa entre los jóvenes desempleados holandeses, pero una insatisfacción generalizada. Un amplio estudio danés de 1979 observó que el 14 por 100 de los desempleados afirmaban no experimentar su desempleo de una forma negativa. H. Mørkerber, *Sociala og helbredsmaessige konsekvenser af arbejdslöshet,* København, Socialforskningsinstitutet, 1985, pág. 24.

CONSECUENCIAS: LA MORBILIDAD Y LA MORTALIDAD DEL DESEMPLEO

Aunque por lo general no coinciden con los que toman las decisiones en la sociedad, los desempleados son un grupo heterogéneo, tal como arriba hemos dado a entender, y los efectos del desempleo sobre las personas son variables. Sin embargo, hay ciertas evidencias indiscutibles. Las conclusiones globales de los estudios de los efectos *psicológicos* del desempleo son casi unánimes. El desempleo tiene efectos evidentes, fuertemente negativos, sobre el bienestar psíquico de la gran mayoría de los desempleados. Ser víctima del desempleo es, pues, lo mismo que ser víctima de la violencia psíquica.

Por lo general, los desempleados son menos felices/más infelices, están menos satisfechos de la vida, se sienten más desalentados, más deprimidos, más ansiosos, se sienten más solos, y tienen una autoestima más baja que las personas empleadas, en especial por comparación con las personas que tienen un empleo seguro [15]. Una encuesta global sobre los valores y actitudes europeos descubrió que el desempleo sobrepasaba al divorcio/separación en cuanto a efectos negativos, mientras que la viudez se experimentaba con mayor tristeza que el desempleo [16].

Los desempleados de largo plazo tienden a crear diversas estrategias para hacer frente a su situación, pero los efectos psíquicos negativos subsisten e incluso pueden agravarse. La vuelta al empleo, por el contrario, tiene efectos claramente positivos [17]. Los más golpeados psicológicamente por el desempleo son los hombres de mediana edad dedicados a su trabajo y que tienen familias.

Partiendo de la obra clásica de Marie Jahoda sobre la década de los treinta en Austria, el psicólogo británico Peter Warr ha propuesto un modelo de nueve factores para los efectos del desempleo sobre la salud mental. El desempleo tiene efectos perjudiciales, aunque no lineales, sobre el bienestar psíquico de las personas o sobre la salud mental, porque tiende a establecer valores bajos de la situación de desempleo por lo que respecta a: oportunidad de control; oportunidad para la aplicación de las destrezas; metas generadas desde fuera (es decir, inducción para una actividad con un fin); variedad (de la experiencia); claridad medioambiental (es decir, posibilidad de predecir el futuro); disponibilidad monetaria; seguridad física (con lo cual Warr se refiere a la calidad de la vivienda); oportunidad de contactos interpersonales; posición social valorada [18]. Por lo que respecta a los efectos de la duración del desempleo, Warr formula la hipótesis de una nivelación después de un período, posiblemente con cierta disminución de los efectos después de una duración muy larga.

Los efectos psicológicamente perdurables han sido objeto de las teorías de las etapas diversas de los efectos del desempleo. La más frecuente es una variante u otra de: choque o trauma inicial, seguido de una etapa de negación o de optimismo, que a su vez da lugar a pesimismo/depresión/autoculpabilización, y por último, a un fatalismo/adaptación/inercia [19].

Por así decirlo, la evidencia empírica es fluctuante. Puede que la conclusión más firme sea la del amplio estudio longitudinal hecho en Holanda por Harry Verkleij: el efecto principal es el de la pérdida del puesto de trabajo *per se,* que es un efecto perdurable. Puede haber algún efecto extra perjudicial del desempleo prolongado, pero las reacciones al desempleo suelen fluctuar mientras éste se mantiene [20].

El desempleo no sólo afecta a los individuos, sino también a las *familias.* Por lo que respecta a las relaciones conyugales, el efecto suele ser polarizador. Unas relaciones buenas y estables entre los cónyuges tienden a fortalecerse aún más, mientras que unas relaciones débiles y tensas tienden a empeorar [21]. Estudios de carácter más cualitativo indican efectos más difusos de perturbaciones del sueño, ansiedad, etc., en el cónyuge de la persona desempleada [22].

---

[15] Dos buenos resúmenes son: P. Warr, *Work, Unemployment and Mental Health,* Oxford, Clarendon Press, 1987, caps. 11 y 12, y S. Kurella, *Arbeitslosigkeit und Gesundheit. Literaturstudie für die Jahre 1985-1991,* Berlín, informe del Wissenschaftszentrum, cap. 3.2.2, págs. 92-202, 1992.

[16] S. Harding *et al., Contrasting Values in Western Europe,* Basingstoke, Macmillan, 1986, cuadros 6.2 y 6.3.

[17] Dos estudios especialmente interesantes, a gran escala y longitudinales, son: H. Verkleij, «Vulnerabilities of very longterm unemployed in the Netherlands: results of a longitudinal study», y E. Lahemal y R. Kangas, «Unemployment, Re-employment, and Psychic Well-Being in Finland», ambos en el muy valioso volumen editado por B. Starrin *et. al., Unemployment, Poverty and Quality of Working Life*, Berlín, Sigma, 1989.

[18] Warr, *op. cit.,* caps. 1 y 12.

[19] Para un resumen de esas teorías de etapa, véase, por ejemplo, A. Furnham y A. Lewis, *The Economic Mind,* Wheatsheaf Books, 1986, págs. 128-129.

[20] Verkleij, *op. cit.,* págs, 93-94.

[21] Kurella, *op. cit.,* pág. 65.

[22] Por ejemplo, K. Sokou, «Careers in Chronic Unemployment in Greece», en B. Starrin *et. al., op. cit.,* págs. 121-122.

Los efectos sobre los niños de los desempleados suelen ser más claramente negativos. Trastornos nerviosos, síntomas depresivos, dificultades de concentración y de contacto social son algunos de los efectos que el desempleo tiene sobre los *hijos*. Se ha observado que las niñas sufren efectos considerablemente mayores y más duraderos que los varones. Se ha hablado de problemas especiales para los niños pequeños, demasiado pequeños como para comprender lo que sucede. El número de personas afectadas también es importante, aproximadamente 2 millones de niños en la República Federal de Alemania en 1987, 1,2 millones en Gran Bretaña (con padres que tenían derecho a los subsidios de desempleo, lo cual es una cifra real demasiado baja) [23].

Como no es muy probable que se quede uno desempleado porque se sea desdichado y se esté deprimido, el tipo de estudios arriba mencionados sobre los efectos que tiene sobre el bienestar psíquico pocas veces tiene que enfrentarse a un problema importante al que se enfrentan muchos otros estudios de efectos: la selección. O, dicho en un lenguaje más cotidiano, el problema de distinguir entre causa, efecto y accidente.

Existe, por ejemplo, cierta evidencia sobre una conexión entre el desempleo y el *suicidio*. Pero el tipo de asociación dista mucho de estar claro [24]. ¿Es el desempleo un factor desencadenante, un factor precipitador o un factor que predispone? ¿O acaso tanto el desempleo como el suicidio son efectos de enfermedades psíquicas o del consumo de drogas? ¿O existe alguna otra relación?

Existe un enorme *corpus* de datos que demuestra que los desempleados tienen una salud física peor que las personas empleadas. En este caso, la cadena causal puede funcionar, evidentemente, en ambos sentidos. Un reciente estudio longitudinal realizado en Alemania para el período comprendido entre 1984 y 1988 encontró diferencias significativas en el estado de salud manifestado entre los empleados y los desempleados, pero ningún efecto causal del estatus del desempleo, siendo el número de desempleados bastante reducido, sin embargo [25].

Son más pertinentes los estudios que combinan mediciones médicas con diseños de investigación sociológica y muestras amplias. Un reciente ejemplo de ello es una disertación de medicina social sueca realiazada por Urban Janlert. Los resultados de Janlert, expresados con precaución, indican claramente unos efectos importantes, perjudiciales, del desempleo sobre la salud física. En consonancia con varios estudios previos, Janlert descubrió, por ejemplo, que las personas con una experiencia de desempleo de largo alcance alcanzaban cotas mucho más altas en numerosos indicadores de riesgo de morbilidad y mortalidad por causa cardiovascular: niveles más elevados de colesterol en sangre, mayor consumo de tabaco, niveles más altos de tensión sanguínea sistólica (entre los hombres), aumento del peso corporal [26].

Por último, cada vez hay más evidencia de que el desempleo puede ser fatal, literalmente hablando. La relación entre *mortalidad* y desempleo ha sido estudiada con énfasis particular en la época moderna por el científico social americano Harvey Brenner, valiéndose para ello de datos agregados y métodos econométricos de cálculo a lo largo de períodos prolongados para Gran Bretaña, Estados Unidos y otros países [27]. Las asociaciones encontradas por Brenner han sido objeto de considerables controversias, por lo que respecta tanto al método como a la interpretación, pero han dado lugar a un torrente de estudios centrados con más precisión que utilizaron datos del registro longitudinal [28]. Por lo que a mí respecta, considero que el mejor de los estudios realizados hasta ahora dentro de este género ha sido el llevado a cabo por otro investigador sueco, Claes-Göran Stefansson, sobre datos del registro sueco.

La población del estudio está formada por 28.896 hombres y mujeres que habían estado desempleados durante tanto tiempo que habían perdido su seguro de desempleo. Su mortalidad a lo largo del período 1980-1986 fue comparada con

[23] Kurella, *op. cit.,* págs. 68 y ss.; B. Starrin y P.-G. Svensson, «Vulnerability in the Labour Market-Unemployment in Europe», en P.-G. Svensson y B. Starrin (eds.), *Health Policy Development for Disadvantaged Groups,* Estocolmo, Scandinavian University Press, en imprenta, págs. 96 y ss.

[24] S. Platt, «Unemployment and Suicidal Behaviour: A Review of the Literature», *Social Science and Medicine* 19 (1984), págs. 93-115; Kurella, *op. cit.,* págs. 19 y ss.

[25] Elkeles y W. Seifert, *Arbeislose und ihre Gesundheit, Empirishce Langzeitsanalysen,* Berlín, Informe del Wissenschaftszentrum, 1992, págs. 92-201.

[26] U. Janlert, *Work Deprivation and Health,* Sundyberg, Karolinska Institutet, 1991, cap. III: «The differences between employed and unemployed held after controlling for age, class, marital status».

[27] Por ejemplo, H. Brenner, «Mortality and Economic Instability: Detailed Analyses for Britain and Comparative Analyses for Selected Industrialized Countries», *International Journal of Health Services,* 13 (1983).

[28] Un resumen valioso, acompañado de exposición es el de L. Iversen, «Unemployment and Mortality», *Stress Medicine,* 5 (1989).

una muestra de personas empleadas de 18.885 individuos. El problema de la selección se redujo al mínimo por la experiencia de trabajo necesaria para haber tenido acceso al seguro del desempleo, y ha sido controlada además mediante una comprobación de la pauta de bajas por enfermedad durante los dos años anteriores al desempleo. El resultado es un exceso significativo de mortalidad normalizada por edad para los hombres desempleados. (Para las mujeres la mortalidad también fue más elevada, pero se trata de un hallazgo no significativo, es decir, fiable, desde el punto de vista estadístico.) El riesgo de muerte entre los hombres desempleados era un 61 por 100 superior que para los hombres empleados. La eliminación de los suicidios y las muertes por «razones relacionadas con el alcohol» rebajó el efecto mortal del desempleo en cierta medida, pero sólo al 40 por 100 [29].

Tomando como base los datos de Stefansson podemos calcular *cuántas personas fueron víctimas mortales* (de un modo u otro) *por el desempleo de larga duración en Suecia entre 1980 y 1986:* entre 185 y 356 personas [30]. Este fue el resultado de lo que por ese entonces tal vez haya sido la batalla más resuelta del mundo occidental contra el desempleo. Por lo que está sucediendo actualmente en Suecia, podemos estar bastante seguros que muchos más morirán por desempleo en 1990-1996.

LA FUTURA DIVISION ENTRE TRABAJO Y AUSENCIA DE TRABAJO

El futuro más probable parece que tendrá una brecha más ancha y más profunda entre las situaciones estructurales de empleo y de ausencia de empleo entre los jóvenes y los adultos en la flor de la edad. A dónde puede llevarnos una liberalización mayor de los mercados de trabajo es algo que puede verse por la experiencia de los Estados Unidos en las últimas décadas. El desempleo se ha mantenido por encima del 5 por 100 incluso durante los años de auge. La marginalización, el empobrecimiento y el desempleo de los *ghettos* han aumentado en la década de los años ochenta. Al mismo tiempo, la actual semana laboral y el actual año laboral de los que tienen pleno empleo han aumentado. En 1969, los americanos varones con pleno empleo trabajan una media de 43 horas semanales y 47,1 semanas al año. En 1987 su semana laboral ha aumentado a 43,8 horas y el número anual de semanas a 48,5 [31]. Menos sorprendente resulta que el trabajo remunerado de las mujeres haya aumentado también. Las cifras, calculadas por la economista de Harvard Juliet Schor a partir de encuestas de población, se derivan de datos individuales agregados que incluyen horas extras, «pluriempleo», reducción de las vacaciones, etc.

Hasta qué punto pueden difundirse estas tendencias en Europa es algo que no tenemos nada claro. Los datos recientes americanos, sin embargo, demuestran de una manera especialmente dramática lo que también está sucediendo en Europa: una división entre los que tienen éxitos, que pueden trabajar duro pero durante períodos más breves, las personas que trabajan durante mucho tiempo y duro (por una retribución limitada) y un sector permanente de no trabajadores, algunos de ellos que tratan de conformarse, otros que se aíslan, otros más que se desvían de la cultura de la sociedad existente, pero más inclinados a negociar, a pelear y a armar albotoro que a rebelarse.

Pocos podrían decir que éste es un panorama atractivo. Pero no se puede culpar al pintor aun cuando este cuadro parezca un poco duro o inacabado.

[29] C. G. Stefansson, «Long-term unemployment and Mortality in Sweden, 1980-1986», *Social Science and Medicine,* 12 (1991), págs. 419-423.

[30] Es decir, el intervalo de confianza del 95 por 100 de la tasa de mortalidad excesiva, reunida, normalizada, aplicada al número de muertes reales entre los desempleados de larga duración.

[31] J. Schor, *The Overworked American,* Nueva York, Basic Books, 1991, pág. 30.

LA IZQUIERDA Y EL FUTURO DEL TRABAJO

Benjamin Hunnicutt

Soy más escéptico sobre el «futuro del trabajo» que los organizadores de este Encuentro internacional (Encuentro sobre «El futuro del trabajo», celebrado en septiembre de 1992 en Sevilla), y estoy en desacuerdo con el primer «hecho» que incluyen en el prospecto para que los «autores lo utilicen como base para sus reflexiones». Para mí no está nada claro que «la reducción (desaparición futura) del trabajo en el sentido tradicional de la palabra» sea un «hecho» y que la automatización y la robotización sean automáticamente «destructores de empleo» en lugar de creadores de empleo. Por más que pueda ser cierto, como afirman algunos ponentes, que en algunos países de Europa, «entre 1960 y 1990... el número global de horas trabajadas en la economía (es decir, el volumen de la mano de obra) haya disminuido en un 28 por 100», indudablemente esto no es lo que sucede en todo el mundo y a duras penas puede considerárselo como una tendencia internacional. Estos «hechos» no representan una amenaza creíble para lo que yo considero que es la hegemonía mundial del trabajo.

La historia reciente de los Estados Unidos y varias otras de las principales naciones industrializadas del mundo, incluido el Japón, revelan una contratendencia que es discutiblemente la ola del futuro, destinada a empantanar el avance hacia una reducción del trabajo. La creación y la expansión del trabajo han sido durante años las realidades económicas predominantes en el lado del Atlántico en el que yo vivo. Ha predominado más la cultura del trabajo que una «ética del ocio», mientras que la política de «EMPLEOS, EMPLEOS, EMPLEOS» ha ahogado todas las sugerencias de que tal vez fuera posible o deseable una reducción adicional del trabajo.

Los historiadores de los Estados Unidos ya han descubierto «el fin de la reducción de la jornada de trabajo» y llevan ya algunos años escribiendo sobre las causas de este fenómeno. Han determinado que aunque la reducción del trabajo fue una tendencia histórica poderosa, que duró más de un siglo, y aunque promovió una amplia especulación sobre la «futura desaparición del trabajo», esa tendencia aparentemente irresistible llegó a un final abrupto hace cincuenta años, cuando el «volumen del trabajo» interrumpió su prolongada deflación en los Estados Unidos. Los historiadores han sostenido que en lugar de la reducción de la jornada de trabajo, lo que aparecía como política del Gobierno en el *New Deal,* era la creación de trabajo, y que lejos de reducirse, en realidad, el «volumen del trabajo» ha crecido en los últimos años a medida que las mujeres iban integrándose a la fuerza de trabajo.

Además, los encuestadores y los economistas han mostrado recientemente que las horas de trabajo han aumentado espectacularmente a lo largo de los últimos veinte años en los Estados Unidos. Según Louis Harris and Associates, el americano medio trabaja hoy un 20 por 100 más que en 1973

(habiendo pasado de 40,6 horas a 48,8 horas) y tiene un 32 por 100 menos de tiempo libre por semana (bajó de 17,7 horas por semana a 8,5). La economista de Harvard Juliet Schor acaba de escribir *The Overworked American: The Unexpected Decline of Leisure,* un libro que ha suscitado un gran interés en los Estados Unidos porque en él afirma que el «ciudadano medio» trabaja todo un mes más en la actualidad que a comienzos de la década de 1970.

Además, la creación de puestos de trabajo ha sido la base de una coalición política notable y perdurable entre la derecha y la izquierda en los Estados Unidos, y según todos los indicios es probable que se intensifique en el futuro. En este año electoral toda suerte de políticos en los Estados Unidos compiten entre sí, afirmando que sus políticas y sus planes son mejores porque van a crear más puestos de trabajo. En todo el mundo del trabajo se repite el grito y el coro de «EMPLEOS, EMPLEOS, EMPLEOS» se difunde en el aire.

Allí donde los liberales se manifiestan partidarios de estimular la economía y proporcionar formación en el puesto de trabajo o puestos de trabajo gubernamentales, los conservadores ponen sus esperanzas en la expansión espontánea de una economía desregulada, con menos impuestos, para proporcionar más trabajo para más gente. La expansión del trabajo, apoyada o bien por la confianza de la derecha en la disminución de los impuestos para los ricos y la expansión a toda costa, o basada en la confianza de la izquierda en un gobierno capaz de crear puestos de trabajo está en la base de numerosos dilemas modernos. Por parte de la derecha, los delitos medioambientales se justifican por la necesidad de crear «EMPLEOS» por encima de todo. Entre la izquierda se acepta que la creación de puestos de trabajo es preferible al desempleo, sin pensar demasiado en el derroche y la humillación humanas de hacer «el trabajo» que hacen los burócratas. Incluso en este Encuentro oímos el clamor a favor de una mayor creación y expansión del trabajo, de las «del trabajo bueno, por supuesto», no de los tipos destructivos que prefiere la derecha. La capacidad de las empresas para sacar nuevos productos y hacer publicidad de los mismos a fin de transformarlos en necesidades de la noche a la mañana, así como la capacidad de los burócratas para crear «trabajo» vacío de significado, son infinitas. Entre ambos no tendrán dificultades para hacer que el «trabajo sin fin» sea una realidad, a pesar de la expansión enorme y exponencial de la mecanización, informatización y robotización.

Tanto la izquierda como la derecha aceptan el crecimiento de los puestos de trabajo en el sector servicios y vacilan ante lo que André Gorz ha descrito como la terrible regresión social que esto implica. Por deferencia al lema de «EMPLEOS, EMPLEOS, EMPLEOS» la izquierda y la derecha han aceptado la necesidad de comercializar cada vez más la vida humana, reduciendo sin cesar las actividades libres. Poco queda de la vida que no se compre o se venda (en los Estados Unidos cada vez somos menos capaces de concebir «actividades libres» que tengan un valor al margen del comercio). La familia, la comunidad y la Iglesia quedan cada vez más expresadas en el *Cash Nexus* y el ocio es trivializado como algo que no vale nada a menos que haya dinero de por medio.

La idea de que «cuanto más trabajo, mejor» ha pasado a ser uno de los supuestos más ampliamente compartidos por lo que respecta a las economías modernas. Su corolario —que una de las responsabilidades mayores del Gobierno es ayudar a crear más puestos de trabajo para más personas y a reemplazar los puestos de trabajo perdidos como consecuencia de los avances tecnológicos— cuenta con numerosísimos partidarios a lo largo de todo el espectro político. En lugar de considerar el progreso como algo que trasciende el trabajo, la necesidad y las preocupaciones económicas, lejos de creer que la liberación cada vez mayor del esfuerzo es un constituyente del progreso humano, gran parte del mundo industrial comparte la idea de que el trabajo es un fin en sí mismo, la medida última del progreso y la definición de la prosperidad. Los capitalistas, los directivos y los líderes sindicales han dejado de soñar con una mayor reducción del trabajo y con la «obsolescencia de la necesidad», pugnando en cambio por un mundo lleno de trabajo suficiente para todos o cavilando sombríamente sobre la «hambruna de trabajo» que se avecina.

Por tanto, considero que en mi país el trabajo cobra mayor fuerza en lugar de declinar. Veo que disminuye el ocio, hundiéndose en la más pura trivialidad y corriendo el peligro de desaparecer totalmente. El trabajo, y no el ocio, es el que gobierna la política, domina la cultura, determina la economía y esclaviza con mano férrea los corazones y las mentes de las personas. Incluso en esta Conferencia Internacional seguimos oyendo la voz de algunos que se aferran y no se atreven a cuestionar la fe en la expansión del trabajo por encima de todo.

Sostengo que sin oposición, organización y acción política concertadas las tendencias europeas pronto seguirán la senda del precedente america-

no. Me atrevo a predecir que la reducción del trabajo que los patrocinadores de este Encuentro consideran un signo positivo para las naciones europeas acabará pronto y cambiará la tendencia cuando el trabajo empiece a expandirse en todo el mundo: incluso ahora, las naciones del mundo están cerradas en una competencia desesperada por «puestos de trabajo», y se considerará como triunfador internacional al país capaz de sacar mejor partido al trabajo del mundo.

Sin una oposición decidida es poco probable que la hegemonía del trabajo ceda por su propia voluntad o sucumba ante el auge de la automatización. Tal como señaló Stephan Linder hace algún tiempo en *The Harried Leisure Class,* la sociedad de consumo está tan firmemente atrincherada que un cambio que implique más ocio en vez de más lujos podría significar una modificación drástica en la cultura europea y una redefinición del progreso de «proporciones históricas». Herbert Marcuse insistió también sobre el mismo aspecto en el prefacio de *Eros y civilización:*

> «La automatización amenaza con hacer posible la reversión de la relación entre tiempo libre y tiempo de trabajo: la posibilidad de que el tiempo de trabajo se convierta en algo marginal y el tiempo libre se convierta en un tiempo pleno. El resultado sería una transvaloración radical de los valores y un modo de existencia incompatible con la cultura tradicional. La sociedad industrial avanzada está en permanente movilización contra esta posibilidad.»

Hasta que la coalición de izquierda y derecha que ha apoyado la creación del trabajo durante la mayor parte de este siglo salga a la luz y se vea desafiada, es poco probable que aumente el ocio. La única posibilidad de abordar los problemas de alcance mundial creados por la creación de puestos de trabajo en las naciones industrializadas es la renovación de la antigua política de menor cantidad de horas. Sin un poderoso liderazgo con ideas nuevas y con una atractiva agenda política el trabajo seguirá su expansión con resultados temibles. Considerando el dominio político de los conservadores en mi país y en Europa, insisto una vez más en que es esencial formar una nueva coalición de la izquierda y la derecha que respalde una reducción del trabajo similar a la coalición que durante tanto tiempo ha apoyado la creación de puestos de trabajo y tan poderosa como aquélla.

LOS TRAGICOS RESULTADOS DE LA CREACION DE PUESTOS DE TRABAJO

Sin embargo, queda un escaso margen para la esperanza. En la izquierda están apareciendo signos claros de transformación. Escritores y políticos destacados de la izquierda han desenterrado recientemente «la reducción progresiva de las horas de trabajo» de medio siglo de olvido, e importantes grupos europeos, tales como el SPD (Sozialdemokratische Partei Deutschlands) y los sindicatos de Alemania, el PCI (Partito Communista Italiano) y los sindicatos de Italia y los Países Bajos han apoyado la antigua causa del trabajo.

Al respaldar el resurgimiento de la reducción del trabajo los teóricos de la política han empezado a sostener que la antigua cuestión podría ayudar a restablecer un centro ideológico y un elemento aglutinador del cual la izquierda ha carecido durante años. Escritores tales como André Gorz en Europa y los senadores Eugene McCarthy y William McGaughey en los Estados Unidos llegan a la conclusión de que la izquierda debe arrebatar a la derecha el feudo de la libertad, redirigir sus ataques sobre la irracionalidad básica del capitalismo, el despilfarro, la explotación humana y medioambiental y los valores materiales y mostrar el camino hacia un nivel de vida superior que el consumismo y a una cultura que no esté basada en la avaricia. Varios teóricos recientes ven en la cuestión de la reducción progresiva del trabajo una manera práctica de reconciliar y llevar a cabo esos objetivos fundamentales.

Uno de los ataques más efectivos lanzados sobre la creación de puestos de trabajo ha sido la demostración de los catastróficos resultados de la política de «EMPLEOS, EMPLEOS, EMPLEOS». Por ejemplo, en *Metamorphoses du Travail* (traducido al inglés como *Critique of Economic Reason)* Gorz ataca uno de los últimos bastiones de la «razón pura», la racionalidad del libre mercado, insistiendo en que la razón económica, basada en el funcionamiento «lógico» de libre mercado, por sí misma es incompleta o contradictoria. Sostiene que existen dos errores fundamentales en la nueva encarnación del positivismo económico, el «thatcherismo» y la *reaganomics:* la creencia de que todos los valores humanos pueden ser representados por la economía y el imperativo de expandir la «esfera económica» indefinidamente, invadiendo el terreno de lo que antiguamente eran actividades libres del ser humano. (Una de las metáforas centrales de Gorz es la prostitución como

comercialización y destrucción de valores humanos.)

Citando profusamente a Jürgen Habermas, observa que un capitalismo sin restricciones es siempre un imperialismo. Pero incluso más peligroso que su agresión tradicional contra las naciones es la difusión reciente, tumoral, sobre la naturaleza, la cultura tradicional y los valores libres, no pecuniarios (lo que Habermas denominó la «colonización de las aspiraciones no económicas»).

Apoyando la teoría de Gorz, los historiadores de los Estados Unidos han demostrado que una de las causas principales de la metástasis del capitalismo fue la moderna noción de que el trabajo es un fin en sí mismo (lo que Félix Cohen denominó en una ocasión «trabajo sin fin»). Durante el siglo XIX y comienzos del XX pocos trabajadores estaban convencidos de que la recompensa por trabajar duro era tener más trabajo que hacer, y así para siempre. Más bien se consideraba que el trabajo era la vía hacia mejores cosas, hacia «actividades libres» fuera de lo que Karl Marx llamó la «esfera de la necesidad». De acuerdo con lo que su buen sentido común les decía, «trabajad para vivir, no viváis para trabajar», generaciones de trabajadores lucharon por conseguir jornadas de trabajo más cortas. Pero la idea de que el trabajo era simplemente un medio para obtener mejores cosas fue superada por la definición que da el capitalismo del progreso como el crecimiento económico infinito a través de una renovación eterna del trabajo, y la política de «EMPLEOS, EMPLEOS, EMPLEOS» fue ganando mayor ascendiente.

Así, la hipótesis básica de Gorz de que el trabajo se había transformado, a lo largo del último siglo, de medio humano en fin capitalista ha sido apoyada por la evidencia histórica vivida en los Estados Unidos.

Pero en teoría (Habermas) el capitalismo en modo alguno es capaz de responder a la cuestión última de la libertad: «¿Qué actividad o valor lo es por sí mismo?», porque por definición la lógica económica tiene que ver con los medios y los valores de intercambio, nunca con fines o valores que trasciendan el mercado. Lo único que puede hacer el capitalismo es crear jaulas para ardillas cada vez más espléndidas y llamarlas libertad y progreso.

Históricamente se ha demostrado que en la noción de que el trabajo es por sí mismo una recompensa estaba implícito el supuesto de que los aumentos en la productividad siempre deben redundar en niveles de vida cada vez más altos (consumismo) y que el esfuerzo humano «ahorrado» por las máquinas debería siempre ser «reempleado» en un trabajo nuevo y mejor. Tal como predijo Habermas, se ha demostrado históricamente en los Estados Unidos que a medida que el trabajo se expandía, difundía los valores económicos contagiosos y homogéneos del mercado («el hombre unidimensional») y el imperativo de crecimiento hacia áreas de la vida que antiguamente habían estado libres del mercado, dejando fuera una cultura humana sana y compleja.

Además, los historiadores de los Estados Unidos han demostrado también que la encarnación de «trabajo sin fin» en las políticas gubernamentales diseñadas para crear más trabajo para más personas y la aquiescencia de la izquierda y de los movimientos laborales fueron victorias para el capitalismo e hicieron que el movimiento de reducción del trabajo llegase a su fin hace casi cincuenta años. Y como Juliet Schor demostró, esas políticas también desempeñaron un papel vital en el aumento del trabajo a lo largo de las dos últimas décadas. Las políticas de creación de trabajo fueron conseguidas naturalmente en la sociedad americana por la difusión de la irracionalidad fundamental del capitalismo y el control sobre formas rivales de la razón, la cultura y los valores. Y el mundo canceroso del «trabajo total» sigue ampliándose.

Entre los resultados trágicos (incluida la distribución indebida y burda de la riqueza y la explotación humana y medioambiental masiva) de la metamorfosis del trabajo está la segmentación de los trabajadores en una minoría con «buenos empleos» y una mayoría cada vez más extendida de «trabajadores marginalizados», que están en los límites de la economía. Los trabajadores se fueron «polarizando entre los "que poseen" y los "desposeídos"» de acuerdo con el trabajo que realizaban. Los trabajadores lo suficientemente afortunados como para tener buenos empleos, prosperan. Otros quedan «congelados» porque ni el Gobierno ni la libre economía pueden proporcionarles los «buenos empleos» que los liberales y los conservadores vienen prometiendo desde hace cincuenta años. Las economías modernas no son capaces de vivir de acuerdo con los mitos del trabajo que perpetúan; la mayoría de los nuevos puestos de trabajos son galaxias separadas de la utopía del trabajo que los socialistas siguen imaginando y de los «buenos empleos» que prometen los capitalistas. El credo de que «el resultado natural de la automatización es un trabajo nuevo y mejor» queda desmentido por la proliferación de puestos de trabajo domésticos y «serviles» y los teóricos empiezan a sugerir que está resurgiendo una clase servil

que rivaliza con la subclase de comienzos del siglo XIX.

Como Juliet Schor y otros han demostrado, la creación de puestos de trabajo y el crecimiento económico eterno también ejercen presión sobre los individuos, las familias, las comunidades y el medio ambiente, moviendo a otros escritores a proclamar que el imperativo del crecimiento del capitalismo da lugar a la mayoría de los problemas que los Estados de Bienestar tratan de abordar. «La redes de seguridad» fallan en un nivel fundamental, porque dependen del crecimiento del capitalismo. En consecuencia, los sistemas de bienestar y las burocracias están diseñados para apoyar la política de imperativo de crecimiento del capitalismo. Se ha instaurado un círculo vicioso donde la expansión económica crea los problemas que el Estado de Bienestar trata de solucionar confiando en una expansión económica adicional.

Varios escritores de los Estados Unidos han concentrado su atención y sus críticas en el «derroche». Por ejemplo, en su libro *Nonfinancial Economics* McCarthy/McGaughey observaron que «el crecimiento económico se vuelve contraproducente por lo que respecta al esfuerzo humano [cuando] trabajamos más duro para volvernos más pobres: si nos paramos a pensar en esto, puede que la oferta de más tiempo libre empiece a tener más sentido». Proporcionando numerosos ejemplos de cómo la creación de puestos de trabajo implica gastos sin sentido de tiempo y de recursos (intermediarios financieros que «mueven» cuentas, burócratas que intercambian papel, administradores académicos que diligentemente inventan nuevo trabajo para que lo hagan los demás) McCarthy/McGaughey llegan a la conclusión de que «el crecimiento económico [sólo para inventar más trabajo] tal vez no sea real, sino que represente simplemente la adjudicación de dólares a actividades que solían hacerse gratuitamente». La moderna creencia simplista en «buenos puestos de trabajo» apenas se tiene en pie en presencia de la opinión de la antigua opinión Medioccidental-Populista de que muchos de los puestos de trabajo nuevos, fantasiosos, creados por la vida moderna y por los burócratas son meras imitaciones que desvirtúan el esfuerzo real, productivo.

Pero puede que uno de los argumentos más convincentes contra el imperativo del crecimiento del capitalismo y los políticos de los «EMPLEOS» esté por resurgir todavía. Hace más de un siglo John Stuart Mill predijo que si el mundo occidental tomaba el camino que en realidad ha tomado, el medio ambiente se destruiría irremediablemente: «La tierra debe perder todos esos aspectos gratos que debe a cosas de las cuales sería despojada por un crecimiento ilimitado de la riqueza... Confío sinceramente, por el bien de la posteridad, en que la gente se conforme con parar mucho antes de que la necesidad la obligue a hacerlo.»

Mill escribió que el mundo natural será el precio que deberemos pagar en última instancia por «consumir [más] cosas que proporcionan un placer escaso o nulo como si fuesen representantes de la opulencia... se saca [poca] satisfacción de la contemplación de un mundo donde no queda nada librado a la actividad espontánea de la naturaleza...». Mill lo expresó de una manera rotundamente clara: unos aumentos ilimitados del trabajo y de la riqueza en un mundo limitado son simplemente imposibles. Tarde o temprano los seres humanos tendremos que enfrentarnos al hecho de quedar liberados del trabajo: o bien aceptando los límites inevitables y tomando voluntariamente vacaciones, o bien rechazando cualquier imposición de límites, lanzándose a un erial de naturaleza agotada donde hará estragos una epidemia de desempleo forzado. Tal como dijo una vez William Green, anterior jefe de la Federación Americana del Trabajo, la liberación del trabajo llegará; sólo hay una opción: «ocio o desempleo».

Mill se dio cuenta de que los responsables de una posible destrucción del medio ambiente no serán los industriales ávidos ni los que contaminan irreflexivamente, sino la moderna dedicación al imperativo del crecimiento y a la creación infinita de trabajo. Es hora de que el Movimiento Verde de Europa y los conservacionistas de los Estados Unidos reconozcan la conexión que existe entre la economía y la política de la creación de puestos de trabajo y la destrucción del mundo natural y se unan a la clase trabajadora para reducir un trabajo humano innecesario.

SOLUCIONES: BASES TEORICAS Y PRACTICAS DE UNA RENOVACION DE LA REDUCCION DE LA JORNADA DE TRABAJO

Dado que la política de creación de trabajo está fracasando a ojos vista y dando lugar a «nuevas barbaridades técnicas», es hora de que reconsideremos la economía y la política de la reducción del trabajo y el valor de un aumento del tiempo libre. McCarthy/McGaughey sostienen que «... los horarios de trabajo no se modificarán en los Estados Unidos a menos que intervenga el Gobierno Federal... el factor crucial es político». Proponen como modelo el proyecto de Ley de la Semana de

Trabajo de treinta y dos horas presentado por el republicano John Conyers ante la Cámara de Representantes de los Estados Unidos y sugieren que se modifique la Fair Labor Standards Act en 1938 a fin de establecer una base factible para poner nuevamente en marcha la política de reducción de la jornada de trabajo.

Además, Schor ofrece varias soluciones prácticas para «exigir tiempo libre»; por ejemplo, limitar las horas de trabajo de los empleados asalariados, promover «un tiempo compensatorio» (compensar a los trabajadores con tiempo libre en lugar de recompensar a los que trabajan horas extraordinarias), hacer que el trabajo a tiempo parcial sea más atractivo, sometiendo a «votación» de los trabajadores si prefieren que sus aumentos sean en dinero o en tiempo libre, y promoviendo leyes para desvincular del empleo subsidios sociales básicos como el seguro de salud.

Pero antes de que sea posible una acción política práctica, detallada, como la que hemos señalado, es posible que la izquierda deba reorientarse reconsiderando la antigua causa de la reducción de la jornada de trabajo. Tal como lo demuestra Gorz, esto implica contradecir un principio socialista aceptado durante más de sesenta años, es decir, que antes de que el ocio sea posible o deseable, el trabajo debe ser reformado y perfeccionado por un Estado socialista. Pero tal como lo demuestra Gorz, «para la masa de los trabajadores ya no es el poder de los trabajadores» lo que constituye la utopía orientadora, sino la posibilidad de dejar de funcionar como trabajadores; se pone menos el acento en la liberación por el trabajo que en la liberación del trabajo, garantizándose unos ingresos plenos».

Para reinstaurar una solidaridad de clase, Gorz recomienda una «ruptura con la utopía del trabajo» que ha sido profundamente «thatcherizada» y una vuelta a la política de compartir el trabajo que existe. Sostiene que la clase trabajadora debe «formular una política para una amplia... reducción de las horas de trabajo». Esto haría que el elemento aglutinante de la cultura fuese el ocio, no el consumismo; que el bienestar humano básico quedase separado del imperativo de crecimiento categórico del capitalismo y que se aislasen del mercado los valores no pecuniarios, ya no contaminados por el valor de cambio. Sólo entonces recuperará la izquierda el feudo de la libertad.

En franca contradicción con la mayoría de los escritos socialistas de este siglo, Gorz llega a la conclusión de que una reducción progresiva del trabajo es una condición histórica previa necesaria para el perfeccionamiento del trabajo: «La liberación del trabajo habrá producido una liberación dentro del trabajo, sin... transformar el trabajo (como predijo Marx) en una actividad independiente remunerada por honorarios». Y tal como lo señaló Peter Glotz, los trabajadores se convertirían entonces en «dueños soberanos de sus propias vidas (y de su tiempo) sin tener que pasar primero por el sangriento proceso de la revolución». Es así que la reducción del trabajo lleva a Gorz a un socialismo agudo y simplificado:

> «En el futuro, la izquierda se distinguirá fundamentalmente de la derecha por los objetivos emancipadores hacia los cuales trata de encauzar el campo técnico..., por su voluntad de aplicar los ahorros en tiempo de trabajo a fines sociales y culturales, que devuelvan los objetivos económicos al segundo plano. Llegamos aquí a la esencia del socialismo, tal como lo hemos definido siguiendo a Karl Polanyi: la subordinación de las actividades económicas a fines y valores sociales..., la subordinación de la racionalidad económica a los fines sociales.»

UNA NUEVA COALICION DE LA IZQUIERDA Y LA DERECHA EN APOYO DE LA REDUCCION DEL TRABAJO

La historia de la reducción de la jornada de trabajo en los Estados Unidos revela la breve existencia de una coalición de la izquierda y la derecha para respaldar una reducción continua de la jornada de trabajo. Esta coalición se basó en la convicción de que la reducción de la jornada de trabajo permitiría abordar el problema del desempleo (compartiendo el trabajo existente) y reorientaría el capital de una industria del derroche hacia la industria básica.

Numerosos hombres de negocios y los «capitalistas del bienestar» se unieron a la cruzada de compartir el trabajo existente en las décadas de 1920 y 1930 en los Estados Unidos, creyendo que una reducción de la jornada de trabajo ofrecería una solución permanente al desempleo tecnológico basado en «la eliminación del trabajo, no del trabajador». Varios teóricos conservadores afirman que entonces se reveló el auténtico milagro del capitalismo del bienestar: el ocio. Bajo la dirección de industriales ilustrados, tales como W. K. Kellogg, Paul Litchfield y Henry Ford, y según teóricos tales como A. O. Dahlberg, el libre intercambio de bienes, servicios y mano de

obra en el libre mercado no tendría que desembocar inevitablemente en un consumismo inescrupuloso o en la explotación eterna de las personas y recursos por un capitalismo respaldado por el Gobierno. El destino del capitalismo se revelaba más bien como una nueva liberación del trabajo para un número de personas cada vez mayor, logrado a través del mercado. Los trabajadores quedarían liberados mediante sueldos cada vez más altos y cada vez menos horas de trabajo hasta lograr la libertad final que les prometió la Declaración de Independencia: la Búsqueda de la Felicidad.

Pero esta liberación se basaría en la libertad; en la libre elección del capitalista para reducir la jornada de trabajo (que era una decisión sensata de los directivos) y la libre elección de los trabajadores de cooperar y aceptar menos horas como un beneficio, o como un «bien normal», a la par que salarios más altos. Tanto los trabajadores como los capitalistas harían elecciones libres, sensatas, dentro del libre mercado, por su propio beneficio. El resultado sería un desplazamiento del centro de la vida americana de la necesidad hacia la libertad.

La efímera coalición en pro de la idea de compartir el trabajo existente proporciona un modelo para la formación de una moderna alternativa política que se enfrente a la tan apoyada creación de trabajo. A menos que se forme una coalición de la izquierda y la derecha para dar su apoyo a la reducción de la jornada de trabajo, prevalecerá la coalición existente que apoya la creación de trabajo. A menos que elementos de la derecha, abandonando la fe en el eterno crecimiento económico y encontrando en el libre mercado la posibilidad de una salida libre del mercado, se unan a elementos de la izquierda que dejen de lado la fe en el «perfeccionamiento del trabajo» a través de la intervención del Estado y se pasen a las filas de la «liberación del trabajo» en lugar de la «transformación del trabajo», seguirán campando por sus respetos la creación de trabajo y el imperativo de crecimiento del capitalismo.

UNA NUEVA ORIENTACION PARA LA IZQUIERDA

Al comprometerse con la creación de trabajo, con el «trabajo sin fin», la izquierda y la derecha se han unido para respaldar una cultura dominada por la nueva ética del trabajo del capitalismo y del socialismo, según la cual parece que el trabajo es lo único que tiene valor y lo determina. La distinción entre los marxistas materialistas y los capitalistas materialistas se pierde porque ambos niegan el ocio y aceptan el trabajo como algo absoluto.

Como consecuencia de ese acuerdo es fundamental que la izquierda adquiera una nueva visión política para sobrevivir y ofrecer un programa de reforma. En un nivel teórico es necesario reestructurar los fundamentos ideológicos, adoptando la idea de la reducción de la jornada de trabajo y dejando de lado el crecimiento económico permanente, la creación infinita de trabajo y los «buenos puestos de trabajo» para siempre. Lo que se necesita es una concepción alternativa, una concepción más antigua de la libertad; la liberación del trabajo y de los patronos: tiempo libre para actividades más importantes que conseguir y gastar. Gorz describió esas cosas como «el trabajo... autodirigido..., una dedicación más plena a la consecución de los propios sueños en el tiempo que otrora se dedicaba a servir a la agenda institucional, así como la renovación espiritual necesaria de un auténtico tiempo de ocio...».

Lo que se necesita es la reafirmación del antiguo principio socialista de que el ocio es riqueza y que debe contar como parte de la prosperidad y el progreso de un país. La renovación de una idea como ésta alteraría fundamentalmente la razón económica y revolucionaría la política.

Observando los dramáticos acontecimientos que tuvieron lugar en Europa, el apoyo cada vez mayor que concita la reducción de la jornada de trabajo y el desmoronamiento de los regímenes comunistas que abren nuevas posibilidades para el socialismo democrático nos queda un resquicio para la esperanza.

Durante el Encuentro de septiembre sobre «El futuro del trabajo» varios de los ponentes hablaron de la importancia de reducir la jornada de trabajo y aumentar el tiempo de ocio. Adam Schaff dijo que la reducción de la jornada de trabajo era una de las dos cuestiones más importantes a las que se enfrentaba el futuro del socialismo. Pero este escritor insistió en aquella ocasión en que la reducción de la jornada de trabajo era algo especial. Junto con Gorz y McCarthy, este escritor consideraba que la reducción de la jornada de trabajo podría ayudar a restablecer un centro ideológico y un factor aglutinante del que la izquierda ha carecido durante años.

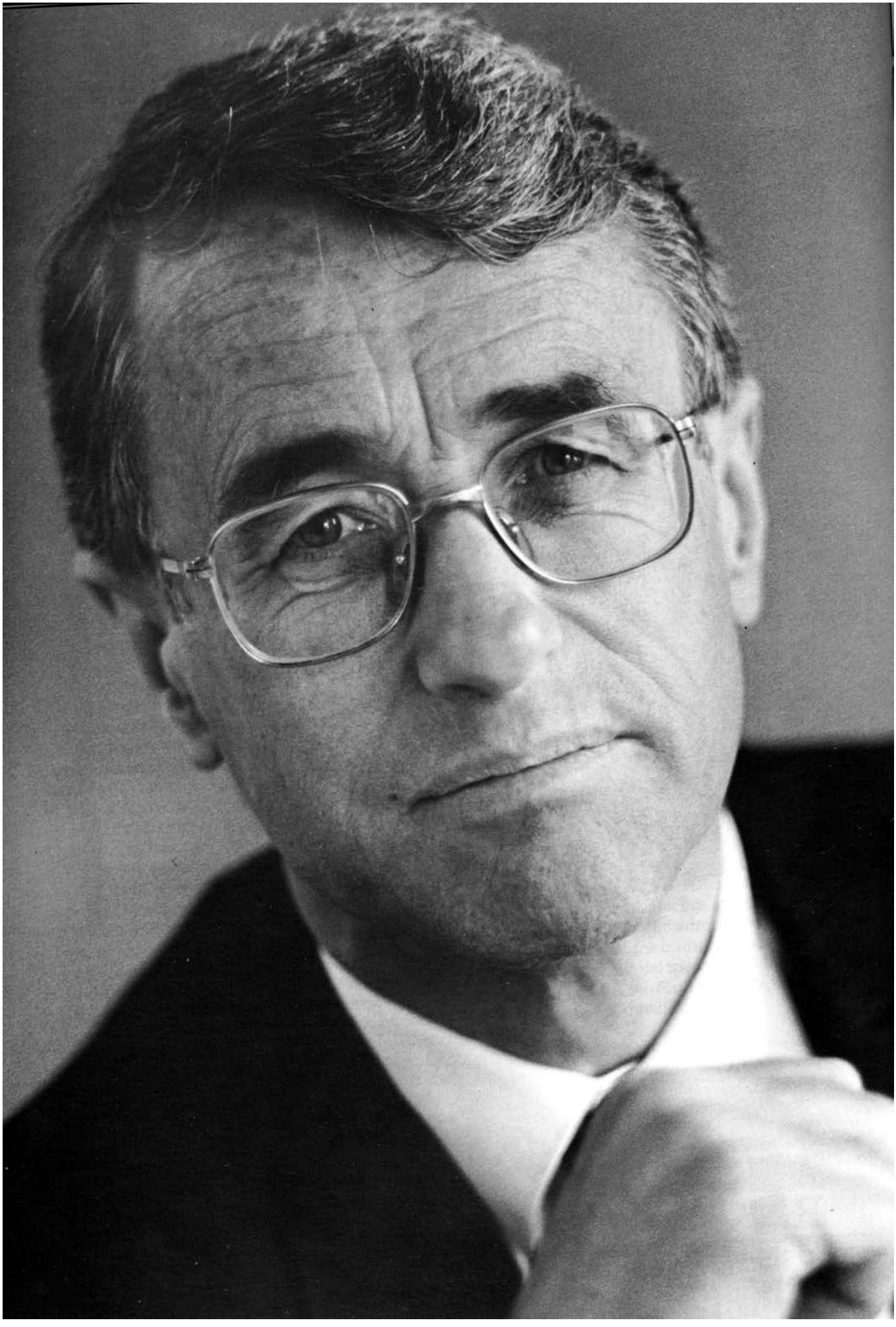
El aumento del ocio fue una preocupación básica de los primeros escritores socialistas, destacándose entre ellos Karl Marx, quien consideraba al ocio como la transformación final del trabajo en libertad. Además, la reducción de la jornada

de trabajo es revolucionaria en el sentido de que los trabajadores individuales pueden asumir el control de sus propias vidas apartándose del mercado y de la esclavitud voluntaria de la eterna creación de trabajo. Una perspectiva como ésta es apabullantemente simple. Con todo, ya fue vislumbrada por los trabajadores del siglo XIX y por los primeros socialistas.

Además, tal como escribe Gorz, la reducción de la jornada de trabajo es una condición previa y necesaria para el perfeccionamiento del trabajo: el trabajo nunca será «intrínsecamente motivado» ni «autotélico» hasta que no llegue un momento en que la vida se centre más en la libertad que en «ganar y gastar». Por otra parte, si trabajador y empresario coinciden sobre la importancia fundamental del trabajo y la creación de trabajo y están unidos por esta causa común fundamental, entonces «adiós para siempre a las clases trabajadoras». Sólo en la medida en que la reducción de la jornada de trabajo establezca una división entre los trabajadores y aquellos que pretenden fabricar más trabajo y crear más necesidad para los demás (tanto capitalistas como socialistas), habrá una base o una razón para la división de clases en el futuro.

Por último, la reducción de la jornada de trabajo ofrece la posibilidad de una solidaridad internacional de los trabajadores. Como elocuentemente demuestra Gorz, los salarios más elevados han dividido a los trabajadores en un grupo privilegiado con buenos puestos de trabajo y una mayoría de trabajadores marginalizados, situados en la región fronteriza de la economía. Y tal como indicó Ulf Himmelstrand en el Encuentro sobre «El futuro del trabajo», la creación de empleos es un proceso desigual en el plano internacional; las naciones industriales ricas tienen la mayor parte de los puestos de trabajo y los trabajadores privilegiados, mientras que los países en vías de desarrollo tienen la mayoría de los puestos de trabajo y los trabajadores «marginalizados». Puesto que la reducción de la jornada de trabajo tiene la capacidad de redistribuir el trabajo constituye una nueva base para la solidaridad de los trabajadores. A medida que los trabajadores más pudientes de los países industrializados empiecen a elegir el ocio en lugar de sueldos más altos y niveles cada vez más elevados de consumo, el trabajo y el empleo empezarán a fluir automáticamente hacia los trabajadores más pobres y los países en vías de desarrollo. La cuestión de compartir el trabajo en el plano internacional es practicable en este mismo momento. Además, tal como lo señaló hace algún tiempo el teórico de la economía monseñor John Ryan, la reducción de la jornada de trabajo ayudará a redistribuir la riqueza cuando los que tienen mucho cedan trabajo a los que tienen poco. Cuando los trabajadores de los países avanzados trabajen menos para que puedan trabajar más los de los países en vías de desarrollo, se habrá cambiado la dirección del desarrollo económico internacional. Cuando los trabajadores más pobres tengan más trabajo podrán exigir que se produzcan más bienes básicos; cuando los ricos trabajen menos, la demanda de artículos suntuarios se debilitará. Cuando el ocio empiece a reemplazar en los países industrializados a los artículos suntuarios como auténtica riqueza humana traerá aparejada la redistribución del trabajo y los salarios en el orden internacional.

Así pues, la reducción de la jornada de trabajo proporciona a la izquierda un nuevo y completo programa de actuación. Ofrece un acercamiento legítimo a la derecha, reemplazando a la larga y mortífera alianza sobre la que se basa la creación de trabajo. Es evidente que la reducción de la jornada de trabajo se inserta en la tradición de los albores del socialismo; brinda la oportunidad de un auténtico perfeccionamiento del trabajo; ofrece una forma práctica de redistribuir tanto el trabajo como la riqueza y la solidaridad para reemplazar a las divisiones acarreadas por unos pagos salariales desiguales, y nos presenta una revolución no violenta: una forma práctica que permita a la gente corriente asumir el control de sus propias vidas y crear comunidades e instituciones libres y actividades al margen del mercado, del capitalismo y del sueño de los burócratas que es la renovación permanente del trabajo.



¿UNA NUEVA REVOLUCION GERENCIAL?

Colin Crouch

Una consecuencia importante y muy notoria de la desconcertante serie de cambios tecnológicos y organizativos que están afectando al trabajo humano en las sociedades industriales avanzadas es la descomposición de la identidad de clase. Tanto la naturaleza de los cambios mismos como la velocidad con que se producen inhiben el desarrollo de identidades ocupacionales de base amplia y profundamente arraigadas. La mayoría de los miembros de la población trabajadora dan cada vez más la impresión de carecer absolutamente de identidad ocupacional o, al menos, de tener una identidad sumamente segmentada, basada en categorías de cualificación estrictamente definidas o *profesiones*. Hay importantes excepciones. La residual clase trabajadora manual, con escasa cualificación, se diferencia cada vez más como grupo con un nivel de vida relativamente bajo. Está apenas por encima, y constantemente corre el riesgo de pasar a engrosar las filas de los que no pueden acceder con seguridad a un empleo estable, de los que van de un trabajo precario a otro (a menudo en la economía sumergida), alternando con períodos de desempleo. Este grupo tal vez esté constituyendo una nueva subclase dentro de las sociedades opulentas. Pero con claridad cada vez mayor surge también un grupo al final de la escala: la nueva élite de directivos.

Se impone una investigación concienzuda de la trayectoria de todos estos grupos mediante los oportunos estudios empíricos. Existe un amplio acuerdo en cuanto a la necesidad de hacer lo propio con los nuevos pobres. Lo que me propongo aquí es exponer las razones para que se preste atención a los directivos. Gran parte de lo que sigue está basado en la situación británica, que, aunque reconozco que muy bien puede ser un ejemplo extremo, no por ello deja de ser válido, porque los casos extremos a menudo resultan útiles para llamar nuestra atención sobre tendencias más generales aunque por lo general menos obvias. También reconozco que gran parte de mi argumentación es especulativa; lo que aquí me propongo es alentar la investigación, no presentar sus resultados.

Para muchos observadores, las sociedades industriales modernas se dirigen claramente hacia la desaparición de las clases sociales. La economía nos ofrece una miríada de cargos, niveles de renta y tipos de trabajo diferentes, un enorme continuum de puestos de trabajo, cargos, carreras y ocupaciones, en lugar de un conjunto de clases. La clase de los trabajadores manuales, por mucho que siempre haya estado dividida internamente, aparecía en el pasado como una especie de monolito en el que se plasmaba la idea de una clase relativamente sólida, pero en la actualidad ha quedado reducida a una categoría claramente minoritaria, y muchísimos de sus hijos la han dejado atrás para convertirse en profesionales, directivos y trabajadores administrativos. La composición de la clase trabajadora ya no parece tener la identi-

dad casi perpetua que la gente una vez le atribuyó. Además, no existe una clase gobernante clara, ya que, dentro de la economía, no existe ninguna clase patronal clara, más bien un conjunto heterogéneo de gerentes y administradores que comoquiera que sea carecen de la preeminencia política de una clase gobernante. Y la jerarquía directiva, a la par que se extiende hacia las cumbres del control económico y se une sin que se note demasiado a las filas de los principales detentadores de la propiedad, también desciende claramente a los niveles de supervisión, que son de fácil acceso para muchos empleados sin cualificación.

La idea de los estilos de vida y culturas de clase parece estar desapareciendo rápidamente. No sólo los medios de comunicación populares, especialmente la televisión, unen a naciones enteras bajo símbolos culturales comunes, sino que se ha producido una auténtica apertura de los cargos superiores a personas de diferentes extracciones. El acento y la forma de vestir ya no son las claves que antes eran, y la movilidad social masiva ha despojado a la clase de su ingrediente crucial de transmisión intergeneracional.

Pero toda esta explicación acerca del aumento del desclasamiento es sumamente engañosa, y el eslabón más débil de esta cadena de razonamiento es precisamente el aspecto que más suele subrayarse para hacer esa afirmación: que la movilidad social masiva ha llevado a la aparente falta de una cultura de clase gobernante y, por tanto, a un sentimiento general de desclasamiento. La movilidad social individual tiene que ver, por definición, con ascender, dejando atrás a otros, y es así exactamente como lo utiliza la retórica de la nueva derecha que ha difundido la idea de la ausencia de clases.

Los individuos sólo pueden subir si hay una escalera, una sensación de subir y bajar, una sensación de que se va dejando atrás a otros que no se superan. El concepto de ausencia de clases de la nueva derecha no es igualitario; el éxito en cuanto a la movilidad se considera, y así se elogia, como una actividad esencialmente minoritaria, que confiere ventajas. A esto se debe que su logro sea tan apreciado. Lo que realmente se quiere decir es que en una sociedad con altas tasas de movilidad las capas más altas de la sociedad llegarán a estar habitadas por personas provenientes de los más diversos orígenes. Y lo que es más importante, no habrá una cultura clara de la clase superior. A nadie se le mirará por encima del hombro por el hecho de haber estado en el tipo inadecuado de colegio o por no haber tenido un padre con una ocupación adecuada, por más que ellos mismos esperen y se espere de ellos que tengan hijos (y actualmente incluso hijas) que actúen correctamente al respecto.

No niego que estos cambios tengan una importancia social. También en esto hay una ventaja evidente: la vida es mucho más relajada en una sociedad donde las rígidas etiquetas y las cuestiones de origen ya no se usan como armas sociales. Pero todo es más bien trivial dentro del gran abanico de las cuestiones humanas. Sólo tendrá una importancia real si atañe a un cambio social importante. Y precisamente es en esto donde cobran claridad las limitaciones extremas de la ausencia de clases contemporánea, y en particular, la movilidad entre clases. En las sociedades industriales avanzadas se ha producido en las últimas décadas un crecimiento notable de los puestos directivos, profesionales, administrativos y otros bien remunerados o más o menos importantes, así como en las filas administrativas y ejecutivas de menor categoría que se encuentran inmediatamente por debajo de ellas. Esto ha venido acompañado de una gran contracción en el trabajo manual.

Esta movilidad *tenía* que producirse, porque las familias que ya ocupaban puestos de dirección y profesionales desde una generación atrás no tuvieron hijos suficientes como para cubrir los nuevos puestos con individuos de sus propias filas. Estas tendencias tal vez se perciban más claramente en Gran Bretaña que en muchas otras sociedades, en parte debido a los sutiles símbolos de clase que en el pasado fueron tan importantes para la cultura del país, y en parte por una razón bastante paradójica. Las oportunidades de educación superior, que en Gran Bretaña se desarrollaron más lentamente que las oportunidades de hacer carrera en puestos directivos, hicieron necesaria una considerable promoción interna, que hizo posible que los empleados sin cualificar ocuparan los nuevos puestos directivos y administrativos. Estas personas que no habían tenido una preparación formal para el proceso aportaron una diversidad cultural excepcionalmente sorprendente a sus nuevas capas sociales. Esto era menos probable que se aplicase a las profesiones, donde la necesidad de una formación académica formal o bien limitó el acceso a las personas provenientes de clases inferiores o bien las socializó culturalmente como parte del proceso educacional. El desclasamiento cultural ha sido, pues, una característica especialmente *gerencial*.

Así pues, no hubo ningún cambio político de envergadura por detrás de la nueva movilidad. Ninguna de las clases que antiguamente detentaban los privilegios fueron arrojadas de su posición.

Los ricos tradicionales no se han ido en ningún sentido. Siguen estando allí, viviendo su vida habitual, a veces irritados por los comportamientos inadecuados de los advenedizos, pero la mayor parte de las veces agradecidos por poder esconderse detrás de su cara, que resulta más aceptable en una época que se está volviendo intolerante con los estilos de clase de antiguo cuño. De una manera similar, no fue preciso gran nivelación ni igualdad de oportunidades para producir el cambio; ni siquiera una ampliación de las oportunidades educacionales. Los nuevos puestos de trabajo estaban allí y todo lo que había que hacer era ocuparlos. En las sociedades más occidentales, el aumento en la movilidad social fue casi exclusivamente una movilidad *absoluta;* el aumento en la movilidad *relativa* fue escaso o directamente nulo. Esta parte inicial central de mi tesis sobre la naturaleza de la movilidad reciente *está* bien investigada (Erikson y Goldthorpe, 1992). Un proceso de cambio como éste da la impresión de que se hubiese producido una enorme nivelación de las barreras de clase, pero es una impresión bastante errónea.

El surgimiento de lo que se ha dado en llamar nuevo desclasamiento ha sido un cambio que no necesitó de ningún cambio y, por tanto, un cambio que trajo consigo satisfacción y complacencia. Así pues, estuvo asociado no con un desplazamiento hacia la izquierda política, como hubiera sido de esperar de una disminución de la identidad de clase fuerte, sino con un desplazamiento hacia la derecha. Por supuesto que no fue la derecha tradicional, conservadora, la que hubiera necesitado una reafirmación de la identidad de clase para resurgir, sino la nueva derecha del libre mercado. Esta es la tendencia política que ha dominado al mundo occidental desde los albores de la década de 1980.

Dentro de lo que se ha dado en llamar el creciente desclasamiento, los privilegios de los ricos, ya fuesen antiguos o nuevos, realmente aumentaron ya que supieron sacar provecho del clima político y económico para aumentar sus rentas en mayor medida que las familias de la clase media y baja, a la par que también se aseguraban reducciones amplias en los impuestos de las rentas altas. La evidencia de ello es visible en muchas sociedades.

En realidad, tras el camuflaje del cambio que no es realmente un cambio, se han producido cambios reales exactamente con el significado opuesto. La reducción numérica de la antigua clase trabajadora y la indeterminación de los diversos nuevos grupos medios que han surgido, han significado un importante debilitamiento de cualquier representación política de los intereses de estos grupos. Por culturalmente heterogéneos y plagados de advenedizos que estuviesen, a los grupos de los puestos directivos más altos se les regaló una extraordinaria oportunidad durante la década de 1980. Los acontecimientos que dieron lugar a esto están bien documentados.

En primer lugar, el fin del período del pleno empleo de la postguerra y del consenso sobre el Estado de Bienestar, y el descrédito y debilitamiento de la socialdemocracia y del keynesianismo, eliminaron lo que anteriormente había constituido una limitación importante a su poder en aquellas sociedades occidentales que habían experimentado una democracia liberal sin interrupción por lo menos desde 1945. Se volvió mucho más fácil ordenar a los empleados que se tenía alrededor y con menos limitaciones que en cualquier momento del período entre guerras. Esto sucedió precisamente en el momento en que se estaba produciendo una importante reestructuración del trabajo. Los gerentes, a los que ahora les ponen muy pocas limitaciones los sindicatos y otros grupos sociales, controlan y planifican el proceso de reestructuración y determinan las identidades y roles futuros del resto de la población trabajadora.

En segundo lugar, la vulnerabilidad económica de los últimos años tuvo una consecuencia paradójica. Los intereses empresariales suelen tener más fuerza política cuando económicamente no marchan bien. Mientras que en las épocas de prosperidad no se los aprecia como es debido, cuando pasan por malas rachas se los trata como a gallinas enfermas capaces de poner huevos de oro si se les dispensan los debidos cuidados; se tendrán en cuenta sus clamores acerca de lo que necesitan para recuperarse. A los gobiernos les ha resultado fácil darles gran parte de lo que querían: recortes fiscales, reducciones en los derechos de los trabajadores, desregulación.

En tercer lugar, la vulnerabilidad económica y el miedo a los costes excesivos, tanto en la industria privada como en los servicios públicos, han difundido una preocupación comprensible por obtener la máxima eficiencia en la utilización de la mano de obra. Dentro de todas las organizaciones se ha dado una prioridad excepcional al papel de la capacidad directiva puramente contable para reducir los costes. Esto ha fortalecido el poder de los gerentes, no sólo sobre los trabajadores manuales y sobre el personal que realiza las rutinas administrativas, sino también sobre los profesionales, cuya experiencia puede verse amenaza si se

parte del supuesto de que sus necesidades no conducen a una buena relación coste-eficacia.

Los ingenieros, los químicos industriales, los médicos, los profesores, todos pasan a ocupar un lugar secundario ante unos expertos directivos de renovada agresividad. El número de los que practican la gerencia basada en principios contables ha crecido tanto en prestigio como en número mientras que las filas de las demás profesiones se han estancado o incluso reducido.

Durante mucho tiempo las profesiones han figurado, y en muchos aspectos todavía figuran, junto a la clase directiva, entre la burguesía más alta de la sociedad moderna, la que gana rentas altas, la que disfruta de un respeto social y un estatus considerable por el hecho de que sus diversos corpus de conocimiento eran reales y útiles, y estaban protegidas de la competencia en el mercado del trabajo por la necesidad de tener, y la dificultad de conseguir, esos conocimientos. Pero precisamente esto ha hecho que se los llegase a considerar obstáculos a las fuerzas puras del mercado, haciéndolas así vulnerables a los ataques de los gerentes especialistas en recortar costes. Además, los resultados a corto plazo tienen poca paciencia con las cualificaciones cuya adquisición requiere muchos años y una considerable inversión, especialmente si se tienen en cuenta que para la labor directiva a veces no se requiere tanta preparación. Ha sido un choque para los médicos y personas de rango similar encontrarse con tales ataques de sus vecinos y asociados directivos de los barrios residenciales y los clubes de golf. Siempre habían estado preparados para los ataque de la izquierda política. El cuchillo que les clavaron por la espalda ha sido una sorpresa desagradable, y no supieron dar una respuesta política.

Además, las profesiones son identificables, tienen límites precisos; uno no puede ingresar en sus filas a menos que pase por una formación más o menos formal, y la pertenencia o no a ellas se determina con facilidad. No puede decirse lo mismo de la gerencia. Si bien hay diplomas profesionales y programas educacionales reconocidos dentro de la ocupación, la posesión de ellos no es necesaria para obtener y llevar a cabo con éxito un cargo directivo.

Además, la línea que delimita por abajo a la capa directiva es bastante poco clara. Como ya hemos indicado, la ocupación por lo general abarca una amplia jerarquía de rangos, cuyos niveles más bajos se mezclan imperceptiblemente con la fuerza de trabajo que no ocupa puestos de gerencia. A diferencia de las profesiones, la gerencia no puede convertirse fácilmente en el blanco del resentimiento causado por sentirse excluido de sus filas y por el mantenimiento de las fronteras.

En cuarto lugar, las circunstancias particulares de la economía de fines del siglo XX hacen que la compañía, la empresa de negocios, se haya convertido en una institución fundamental. Como se ha dado en considerar a Japón como la economía de mayor éxito, y como se considera a Japón un país donde la identidad de empresa y la cultura de empresa son los secretos del éxito, las empresas de todas partes han tratado de crear sus propias identidades y culturas. Así pues, ser considerado ejecutivo de una de estas instituciones ha sido como adquirir una sensación distinta de impulso e importancia. Durante la década de 1980 la palabra «ejecutivo», que significa literalmente alguien que ejecuta o cumple órdenes, pero que, por derivación, identifica a los principales directivos de las empresas, empezó a usarse como adjetivo principal para denotar algo de calidad y prestigio supremos en muchas áreas de la vida.

Al pasarse a considerar a las empresas como instituciones claves dentro de la sociedad, otras instituciones empezaron a cambiar su propia terminología y la propia concepción de su actividad, prefiriendo verse no como instituciones *sui generis,* sino como organizaciones análogas de la empresa. (Y cuando no lo hacían por propia voluntad, en un momento dado los gobiernos las forzaban a hacerlo.) La educación pasó a convertirse en la industria de la educación y los cursos de las instituciones educacionales eran sus productos; el fútbol se convirtió en la industria del fútbol. Los pasajeros, los clientes y los diversos usuarios de los servicios más dispares —en Gran Bretaña, incluso los presos— pasaron a ser «clientes». Toda organización, sea cual sea su campo de actividad, tiene que tener un plan empresarial, una declaración de cuál es su misión. Todos los que ocupan los puestos de más alta categoría dentro de las organizaciones, ya sean universidades, iglesias o teatros de la ópera, tienen que ser percibidos como una «gerencia». Esta difusión absurda de la nomenclatura de los negocios puede ser considerada razonable y burlonamente como una mera trivialidad, pero por detrás de ella existe una afirmación seria.

Con esta terminología se comunica reiteradamente a las personas de otros ámbitos de la vida que sólo en la medida en que se asimilen a su campo de actividad, al de la empresa de negocios directivos, no pertenecerán al mundo real, a la única categoría social que cuenta.

Los símbolos del «gerencialismo» han pasado a ser los símbolos culturales de nuestra sociedad; y

por definición son símbolos que denotan desigualdad y jerarquía. Los propios gerentes forman siempre parte de las jerarquías, y por debajo de los que dirigen deben estar los dirigidos. En el pasado, los símbolos culturales de las sociedades fueron tratados muy seriamente como distintivos de clases; y precisamente del centro de lo que se ha dado en llamar la nueva sociedad sin clases surgen estos mismos símbolos. Un símbolo social, por descarado y nuevo que sea, no deja de ser un símbolo cultural.

Por último, como parte del nuevo equilibrio político surgido después del asalto de la nueva derecha a los servicios públicos, la financiación del gobierno para la educación, las artes, el deporte, la medicina y muchas otras actividades no comerciales o, por lo menos, no altamente rentables, pasaron a ser muy escasos. Al mismo tiempo las empresas, enfrentadas todavía a mercados renovadamente turbulentos, andaban a la búsqueda de salidas cada vez más nuevas para la publicidad, al tiempo que los nuevos regímenes fiscales y las consecuencias de la economía de absorción habían producido nuevas y extraordinarias concentraciones de fortuna. Los representantes del sector sin fines de lucro empezaron pasar el sombrero por los centros de la riqueza, en busca de publicidad, patrocinio, financiación, donaciones. Prácticamente todas las organizaciones, de cualquier tamaño que fuesen, del sector no lucrativo, emplean actualmente una cantidad considerable de personal que se pasa el tiempo averiguando qué condiciones habrá que ofrecer para atraer fondos de las corporaciones e individuos adinerados.

En la actualidad apenas hay una actividad pública que no aparezca adornada con los nombres de patrocinadores y anunciantes. Son cada vez más numerosas las compañías de ópera, las salas de los hospitales, los clubes de fútbol de jóvenes, las cátedras universitarias, que llevan el nombre de empresas o individuos con dinero, del mismo modo que los artistas que pretendían salir adelante en siglos anteriores se humillaban para poder dedicar su obra a los mecenas. Zonas enteras de butacas en los teatros y en los campos deportivos han quedado fuera del alcance del público y se dedican al mecenazgo ocasional de los patrocinadores empresariales —como no podía ser menos, se las llama «palcos de ejecutivos»— del mismo modo que las aristocracias de antaño tenían sus propios palcos privados en cualquier acontecimiento de primera línea.

Una vez más, todo esto es cultura, símbolo; pero eso no significa que se lo deba dejar de lado por superficial, por su calidad de *mero* símbolo. Los cambios en la cultura y en la simbología, por lo general acompañan a desplazamientos en la ubicación del poder dentro de la economía y la política. Además, como la evidencia del proclamado nuevo desclasamiento se encuentra fundamentalmente en el descenso de los símbolos culturales tradicionales, resulta adecuado que las dudas sobre la realidad del desclasamiento deban identificar el ascenso de nuevos símbolos culturales. Un nuevo mundo de simbolismo está surgiendo en torno a grupos que por lo demás son socialmente heterogéneos y que son los nuevos detentadores de los puestos gerenciales y con poder de decisión. Se están reuniendo los avíos de una nueva clase gobernante. Y la mayor parte de la evidencia con que contamos en la actualidad sobre este proceso es en su gran mayoría anecdótica, cuando sería al mismo tiempo posible y valioso contar con documentación empírica.

UNA NUEVA VERSION DE LA CLASE DIRIGENTE

Sin embargo, no deberíamos hablar de una «nueva» clase dirigente, porque todo los más se trata de una revisión, una actualización del capitalismo gerencial que ha dominado el mundo occidental durante la mayor parte de este siglo. Como ya hemos señalado, la característica más sobresaliente de los «nuevos» gerentes es que su movilidad se produjo gracias a una expansión de los puestos y no fue necesario ningún reto serio a las élites existentes ni a los grupos acaudalados, que en ningún sentido se han visto despojados o expulsados de la escena.

Las antiguas élites han tenido que compartir el espacio social con los recién llegados, pero se trata de un espacio ampliado. No obstante, tal como señaló Fred Hirsch (1977) hace algunos años en su teoría de los bienes posicionales, en muchos contextos la ampliación del espacio social (también literal) no resuelve todos los problemas de la competencia por conseguirlo. Si demasiada gente quiere ir al teatro, el problema puede resolverse construyendo un teatro más grande; pero no es posible resolver la competencia por conseguir la mejor ubicación en el teatro de la misma manera. Unas rentas cada vez mayores permitirán a más gente pasar sus vacaciones en la riviera francesa, pero el número de personas que busquen un lugar tranquilo, sin aglomeraciones en la riviera no puede aumentar de la misma manera. El bien de estar por delante de la multitud no es, por definición, un bien que pueda disfrutar la mayoría.

Claro que la cuestión no es tan desesperada como daba a entender Hirsch. Cualquier ubicación social en especial sólo puede tener un número limitado de lugares privilegiados, pero todos podemos procurar un aumento en el número de lugares privilegiados aumentando el número de plazas: construir un segundo teatro, crear nuevos lugares deseables para pasar las vacaciones (Ellis y Heath, 1983).

El aumento de las proporciones de la clase directiva trajo aparejada, por tanto, una enorme expansión de las oportunidades de privilegio. Los recién llegados no tratan de desalojar a las élites existentes. No tuvieron necesidad de hacerlo para adquirir sus lugares en primera fila; ese tipo de lucha resulta duro, y en cualquier caso hoy tiene muchas ventajas ser aceptado en las élites existentes y compartir parte de su prestigio. Es así que la élite ampliada, combinada, procura una ampliación de las oportunidades de privilegio. Esto explica los palcos de ejecutivos, las tiendas y pabellones de patrocinadores, en los principales acontecimientos culturales y deportivos, las salas para ejecutivos de los aeropuertos y el constante incremento en los grados de privilegio acordados a los ocupantes de los asientos de la clase de negocios en los aviones, las formas privilegiadas de tarjetas de crédito, etc. En conjunto, todos ellos conforman una miríada de medios, algunos menores pero otros también bastante importantes, mediante los cuales las formas privilegiadas de acceso a los servicios se ofrecen a algunos dentro de un mundo donde, debido al crecimiento de la fortuna global, el acceso general a estos servicios se ha visto cada vez más asediado. A veces, se trata, simplemente de comprar estos privilegios, estableciendo así una sencilla diferencia entre los que tienen dinero y todos los demás; a veces el acceso a los mismos está controlado por «cancerberos» corporativos, y sólo se permite la entrada a los directivos corporativos y a los invitados corporativos.

Buena parte de esto es sociológicamente interesante, pero tiene dos implicaciones importantes para la estructura de clases. En primer lugar, lo que sucede muchas veces es que, en lugar de pelear entre ellos por la prioridad, los miembros de la nueva élite expanden su espacio compartido a expensas del resto de nosotros: más plazas para ejecutivos significan menos oportunidades de acceso para el público en general. En el caso de algunos acontecimientos importantes, como pueden ser las finales del campeonato de tenis de Wimbledon, se puede decir que sólo los contemplan directamente los miembros de la élite, y que todos los demás los ven por televisión. Esos fenómenos van en constante aumento. En segundo lugar, y como consecuencia de esto, el significado social y cultural de ser miembro de la élite adquiere cada vez más importancia a medida que ésta procura oportunidades cada vez más amplias para el disfrute y la demostración de acceso privilegiado. Dado que nuestras sociedades permanecen relativamente abiertas y que las fronteras ocupacionales en torno a los nuevos «gerencialistas» son difusas y poco claras, muchas personas tienen la oportunidad de aparecer ante sus propios ojos y ante los ojos de los demás como personas que tienen acceso —al menos ocasionalmente, o para determinadas actividades.

Para aumentar sus oportunidades de hacerlo, las personas tienen que unirse a la pelea incesante por acceder a esas oportunidades. Puesto que en muchos casos son, por definición, bienes posicionales, el deseo de ellos no puede satisfacerse simplemente mediante un aumento gradual de la riqueza, sino venciendo a otros en la competencia. En la sociedad moderna, una de las formas más evidente y personalmente menos costosa de hacerlo es retener la mayor parte posible de la renta y de la fortuna personal para el progreso personal, asegurándose de que los impuestos se mantengan bajos y, por tanto, la provisión colectiva de recursos también se mantenga a un nivel bajo o reducido. Así pues, el mundo del nuevo gerencialismo es un mundo de impuestos bajos y escasa provisión de bienes colectivos.

Resumiendo, las filas de las clases directivas han aumentado mucho, crecimiento que trae aparejado una mayor facilidad de acceso a las mismas. Comprenden una agrupación amplia y poco definida, siendo muchos los que, con realismo, pueden albergar esperanzas de ingresar en ella, aunque incluso con una expansión continuada las filas de todo lo que no sean los niveles más bajos seguirán siendo reducidas. Las aspiraciones de la mayoría se verán defraudadas. Al mismo tiempo, el hecho de que las filas superiores se mezclen imperceptiblemente con la media y, por tanto, con las clases inferiores, da pie a la esperanza. El crecimiento de nuevas técnicas directivas y su aplicación a prácticamente todos los demás sectores de la vida, a menudo por orden gubernamental, dan a la clase una mayor preponderancia e importancia.

En estrecha relación con esto, el desplazamiento político de la agenda de la nueva derecha que se produjo durante la década de 1980, incluso donde los gobiernos eran formalmente de izquierdas,

redujo, y en algunos países prácticamente abolió, los compromisos con otros intereses sociales que la clase directiva había tenido que aceptar, tanto en el trabajo como, de una manera más general, en el Estado, durante la mayor parte del período de postguerra. El Estado de Bienestar está siendo desmantelado, extendiendo el alcance de los privilegios que se pueden conseguir con el dinero; los impuestos a los ricos se han reducido drásticamente, al tiempo que ha aumentado su cuota de renta antes de impuestos; el retroceso del sindicalismo deja a la clase dirigente sin adversarios en el mundo del trabajo; la legitimidad extraordinaria que le han concedido a la gerencia el gobierno y la ubicuidad del patrocinio empresarial, muy destacado dentro de casi todas las áreas de actividad pública, la coloca prácticamente más allá de toda crítica y por encima de todas las demás formas de actividad humana.

Mientras tanto, a excepción de lo que queda de la antigua clase trabajadora y de una nueva subclase pobre, el resto de la población carece del sentido claro de identidad y del ímpetu del que disfrutan los «gerencialistas». Las profesiones se encuentran sumidas en una considerable confusión, compartiendo algunos de los intereses de riqueza de los grupos empresariales, pero expuestas a los constantes ataques que éstos lanzan sobre su campo de conocimiento. Los administrativos y técnicos jóvenes, así como diversos grupos de cuello blanco no tienen una identidad clara, pero, dada la poca claridad de la frontera que delimita por debajo a la clase directiva, es probable que traten de asociarse y de unir sus simpatías hacia ella para diferenciarse de la clase trabajadora tristemente residual y mantener abiertas sus perspectivas de ascenso. Por lo menos en el Reino Unido, una explicación como ésta se ve apoyada por los resultados de la investigación sobre la alianza partido-política de las clases: una clara clase conservadora formada por los empresarios y los directivos asalariados y los tecnócratas; una clase trabajadora que vota laborista, igualmente clara, pero en el medio, una masa cada vez mayor de identidad incierta (Heath, 1991).

La sociología del trabajo, la sociología de la política y la sociología de la cultura se beneficiarán todas de un programa de investigación sobre la coherencia interna creciente de esta nueva versión de la élite directiva.

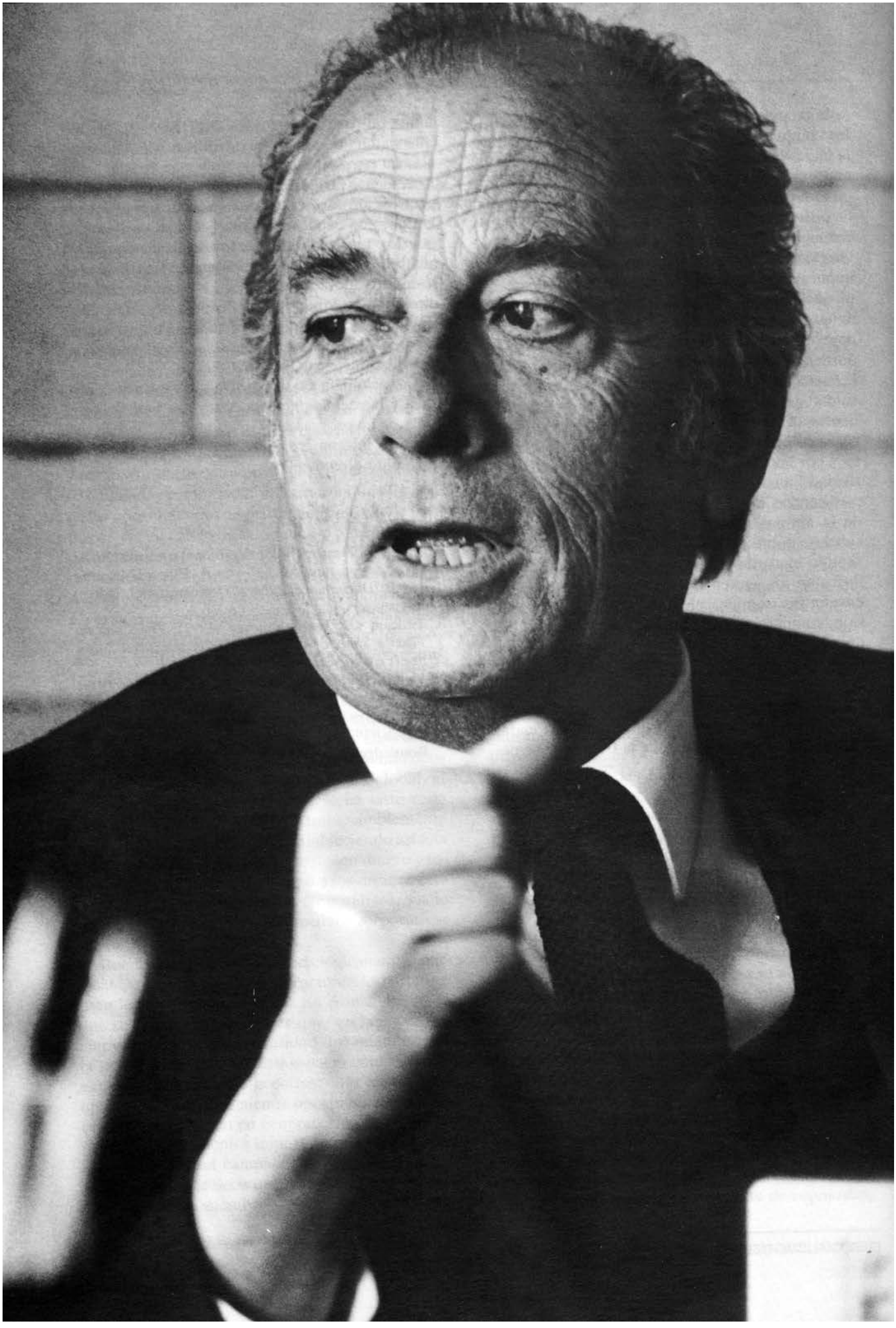
BIBLIOGRAFIA

A. Ellis y A. Heath (1983), «Positional competition, or an offer you can't refuse?», en A. Ellis y K. Kumar (eds.): *Dilemmas of Liberal Democracies* (Londres, Tavistock).

R. Erikson y J. H. Goldthorpe (1992), *The Constant Flux: a Study of Class Mobility in Industrial Societies* (Oxford: Clarendon Press).

A. Heath (1991), *Understanding Political Change: the British Voter 1964-1987* (Oxford: Pergamon), caps. 5-7.

F. Hirsch (1977), *Social Limits to Growth* (Londres: Routledge and Kegan Paul).



EL FUTURO DEL TRABAJO Y LA EDUCACION. ¿COMO TRANSFORMAR EL SISTEMA DE EDUCACION EN LA NUEVA EPOCA?

Pablo González Casanova

«El mundo se convertirá en un conjunto único y fuertemente interrelacionado y todos los problemas importantes serán de índole mundial.»

ADAM SCHAFF

Hay preguntas que se contestan con límites encubridores. Al estudiar el futuro del trabajo y la eduación podemos disparar hacia objetivos infinitos. ¿Cómo pensar en el problema del futuro del trabajo y la educación y, más aún, en la transformación del sistema de educación en la nueva época sin colocar ese problema al lado de otros muchos que parecen anunciar un quiebre histórico multidimensional? ¿Y cómo plantearnos esos problemas pensando sólo en algunas regiones del globo y no en el conjunto del mismo?

Para amarrar la pregunta, parece necesario, primero, colocar el trabajo y la educación en un racimo de problemas aguijoneantes. No se puede pensar en el futuro del trabajo y la educación con dimensiones puramente tecnológicas y sociales, de desempleo probable, de disminución de los trabajadores industriales, de automatización y robotización, e incluso de redefinición y «eliminación del trabajo». No basta con reconocer estos hechos que son un *lugar común*. En cualquier análisis de la situación y del futuro que busque alguna validez se necesita incluir otras dimensiones, otros problemas que van a determinar la respuesta en los conceptos y en los hechos. En especial se necesita pensar en términos de luchas y no sólo en tendencias. El futuro del trabajo y la educación también va a depender —como es obvio— de las características de la postguerra fría en materia de conflictos militares, tal vez con predominio del eje conflictivo Norte-Sur. También va a depender de la evolución de los grandes bloques de poder y de sus luchas por la dominación y apropiación del excedente. En ese sentido, a las luchas entre bloques y en el interior de los mismos se añadirá, como una de las principales, la lucha por el excedente de las regiones industriales y postindustriales sobre las menos desarrolladas y más dependientes. Esa lucha por el excedente no será sólo internacional sino intranacional y afectará a los propios «sectores medios»; el control estable y gobernable de los excluidos y explotados, de los empobrecidos y los miserables presentará problemas solubles para el «Sistema» —como los de Caracas o Los Angeles—, y otros muchos más violentos que no pueden ignorarse en el esbozo de hipótesis sobre el futuro del trabajo y la educación. La agudización de los problemas del medio ambiente, de los recursos naturales y energéticos —con los *peligros para la subsistencia de la especie*— constituirá, de acuerdo con casi todos los escenarios, un problema central de *luchas por la subsistencia de individuos y colectividades* que tenderán a agudizarse en los próximos diez, veinte y no se

diga ya cincuenta años. El futuro de la democracia electoral y la negociación colectiva o el de nuevos gobiernos y movimientos fascistas, racistas y militaristas tendrán también grandes repercusiones en la configuración de trabajo y educación. Las luchas por la democracia electoral, participativa, social, y en su contra serán luchas por la educación y el trabajo, o en su contra.

De mantenerse el predominio de la política neoliberal, la imposibilidad de generar una demanda agregada que contrarreste los efectos del desempleo tecnológico y del crecimiento exponencial de una población que carece de capacidad de compra, no sólo terminará con esa «Tercera Ola» de democracias triunfantes de que habla con entusiasmo Huntington [1], sino que sustituirá las «democracias limitadas» y excluyentes de la Trilateral con «dictaduras limitadas» y excluyentes al estilo tercermundista, que vivirán su «cuarta ola».

Pero si es obvio que para hablar del futuro del trabajo y la educación es necesario considerar con la evolución posible de los hechos las tendencias de las luchas y las negociaciones colectivas, también parece obvia la necesiad de incluir en el universo de que hablemos no sólo a los espacios *centrales* del mundo —como habitualmente ocurre—, sino a los *periféricos* industrializados y subindustrializados, y entre éstos no sólo a los NICS, sino los que pertenecen al Cuarto Mundo, con todos los intermedios.

El problema epistemológico —que sufrimos— parece consistir en que no reparamos en *lo obvio* para superar sus limitaciones, y el psicológico, en que una vez cuestionado *lo obvio* nos genera una especie de molestia, una especie de exasperación. Superados esos frenos, surge una necesidad más; pensar en nuestras predicciones anteriores sobre el futuro antes de hacer otras nuevas, y en nuestras formulaciones anteriores de políticas y protagonistas alternativos antes de formular otras nuevas, o de rastrear a los emergentes.

En los *Proceedings* del VII Congreso Internacional de Sociología publiqué hace veinte años un trabajo titulado *América y el socialismo: algunas fuentes de error en la predicción política* [2]. Usaba el término «América» a la manera norteamericana como equivalente a Estados Unidos. La hipótesis que allí planteaba era que si el pensamiento empiritista y estructural-funcionalista daba por descontado que nunca habría socialismo en América —lo cual era un error—, por su parte el marxismo —en especial el marxismo-leninismo— cometía el error de pensar en un determinismo que estaba muy lejos de corresponder a la capacidad de respuesta del capitalismo en materia de reformas de estructura. En ese artículo sostenía que el capitalismo había mejorado notablemente su técnica de *responder* de la época clásica y que otro tanto ocurría con la técnica de responder del capital monopólico del último tercio del siglo XX, comparada con la de la época de Lenin. El capitalismo había alterado sus tendencias, había cambiado sus coyunturas y había aprendido a reestructurar *en su favor* a grandes subconjuntos del sistema para que las mismas causas no produjeran los mismos efectos. Con el impulso del desarrollo desigual, el capital había aprendido a ganar menos en unos lugares y tiempos para ganar más en otros y para ganar el juego en un plazo mayor del que se había previsto con base en el determinismo clásico. Al releer hoy ese trabajo advierto que no preví muchos fenómenos de gran importancia en nuestros días y que me equivoqué en otros; así, no preví la caída del bloque soviético ni el auge de un sistema en que crece la explotación y exclusión de la mayor parte de la humanidad al tiempo que disminuye la lucha de clases, la lucha contra la explotación [3] y la exclusión.

En el artículo se advierte que los que acertaron son *los que ganaron* (más tarde confirmaría este hecho no sólo en los autores allí citados,como Karl Deutsch o Zbigniew Brzezinski, sino en otros como Herman Kahn, que vieron desde entonces como muy probable el fin del comunismo), mientras los que perdieron, como Radovan Richta y sus colaboradores —partidarios de la democratización del socialismo en Checoslovaquia para asegurar el éxito del proyecto— sostuvieron que con el desarrollo tecnológico no se necesitarían trabajadores en la producción o se necesitarían en un grado insignificante, de donde derivaría la imposibilidad de que continuara el capitalismo, lo cual, pudiendo ser verdad en el futuro, hasta ahora no se ha comprobado ni por el resultado de las luchas ni por la evolución de los hechos.

[1] Samuel P. Huntington, *The Third Wave. Democratization in the Late Twentieth Century,* Norman, University of Oklahoma Press, 1991.

[2] Pablo González Casanova, «L'Amérique et le socialisme. (Quelques sources d'erreur dans les pronostics politiques)», en *Actes du Septième Congres Mondial de Sociologie,* Varna, septiembre 14-19, 1970, vol. 1, Association Internationale de Sociologie, La Maison D'Edition de L'Académie Bulgare Des Sciences, Sofía, 1970, págs. 51-67.

[3] Basado en el concepto clásico de explotación había más bien reparado en la tendencia a la «baja asintótica de la tasa de utilidades».

Al intentar hoy de nuevo un análisis prospectivo no podemos menos de recordar lo que dicen en Silicon Valley los expertos en la industria de la computación: *The best form to predict the future is to create it.* Tampoco vamos a repetir los errores que cometimos en el pasado. Tal vez cometamos exactamente los contrarios... Pero si hoy «le damos a la respuesta técnica y estructural del capitalismo todas las oportunidades reales y previsibles» para hacer las reformas de estructuras que lo protejan y perpetúen, ¿qué posibilidades tiene en los próximos veinte o cincuenta años de hacer algo distinto a un *Apartheid Universal?*

Dicen Adam Schaff y André Gorz que todos los cambios recientes en el trabajo, la tecnología, la clase obrera han dado lugar a un aumento de la dificultad para entender el socialismo como un movimiento impulsado por una clase obrera industrial dispuesta y capacitada para apropiarse de los medios de producción y para ejercer un poder político directo. Con el cambio de la manufactura a los servicios —añaden— y del trabajo material al trabajo no material, la unidad y la visión propia de la clase trabajadora, así como la noción de trabajo productivo, se han hecho cada vez más problemáticas [4].

Si esto es así —y son muchos los autores que piensan como ellos— las posibilidades de que se instaure el *Apartheid Universal* son muy grandes. Si los trabajadores ni se hacen del poder ni presionan fuertemente sobre el mismo para imponer una política social, aquel decir que sonaba a pura amenaza de «socialismo o barbarie» será una realidad. De hecho ya es una realidad en buena parte del mundo y no es necesario traer a cuentas las numerosas estadísticas sobre la pobreza y la extrema pobreza o sobre la violencia, en especial en el sur, para reconocer que el nuevo orden mundial *estructuralmente* se asemeja al *Apartheid* no sólo por su discriminación y exclusión secular de la inmensa mayoría de la humanidad, sino por el crecimiento incontenible de discriminación y exclusión en la década de los ochenta, con transferencias que se multiplicaron varias veces en sólo diez años, en que pasaron grandes cantidades de excedente de los países del Sur a los del Norte, y de los trabajadores asalariados a los propietarios y sus asociados. Todo eso ha ocurrido sin que haya el menor viso de que la «clase obrera» piense en hacerse del poder o vuelva a presionar sobre el mismo como en los años treinta. Y nada parecería indicar que semejante fenómeno vaya a darse en un futuro más o menos previsible.

Interesa aclarar, sin embargo, dos posibles errores: uno, que la clase trabajadora o el pueblo trabajador en vez de haber dejado de existir, como equivocadamente se afirma, sí existe en medio de grandes reestructuraciones de las relaciones sociales de trabajo, y que está en vías de reestructurarse y rearticularse a otras fuerzas sociales para replantear el problema del poder y el problema social, y dos, que las luchas de la clase trabajadora o del pueblo trabajador y de las fuerzas democráticas alternativas, en vez de limitarse a Europa, Estados Unidos y Japón, como generalmente se piensa, pueden extenderse y articularse con las del ex-Tercer Mundo y las de la ex-URSS y sus ex-satélites.

La rearticulación de las luchas de los pueblos trabajadores —u otros protagonistas sociales— en centros y periferias, Estes y Oestes, puede reformular una nueva configuración global de la sociedad, del Estado, del trabajo y la tecnología, y también de la cultura y los sistemas educativos mundiales. Hasta ahora casi todas esas luchas se han dado con un sentido internacional muy limitado que en el futuro no persistirá necesariamente, sobre todo cuando las amenazas generales a la sobrevivencia se acentúen. Nada indica que el internacionalismo vaya a tener en el futuro las limitaciones actuales.

El primer punto a destacar es que sin una buena precisión y construcción del protagonista que cree un futuro alternativo vamos a hacer el peor tipo de predicción mientras en Silicon Valley estarán haciendo el mejor.

Ahora bien, quiero advertir que esta historia de Silicon Valley la contó una dirigente brasileña del partido de Lula, que dijo algo todavía más alentador en relación a los pobladores de las *favelas* o barrios marginados: *La gente se organiza, pierde el miedo y aprende a pensar en un modelo mientras lo hace.*

¿Qué posibilidad hay de que *esa gente* de la periferia, junto con la de los centros, haga un movimiento mundial *que no sólo logre la democratización del sistema político, sino la democratización del poder del Estado?* Esa es la pregunta y el proyecto que viene del Sur, por el que las fuerzas progresistas luchan cada vez más en el Sur. Pero de Inglaterra viene también, en voz de Ralph Miliband, el análisis de una realidad esperanzadora [5]:

[4] Cf. Comunicación del 18 de febrero de 1992 a los participantes del encuentro sobre «El Futuro del Trabajo», auspiciado por la Fundación Sistema y celebrado del 17 al 19 de septiembre de 1922 en Sevilla, España.

[5] Ralph Miliband, *Divided Societies Class Struggle in Contemporary Capitalism,* Oxford, University Press, 1991.

para Miliband toda la reestructuración del capitalismo no ha acabado con la clase trabajadora, sino con el concepto limitado de clase obrera, y con el todavía más estrecho de clase obrera industrial. La lucha de clases sigue aquí y ahora a nivel global y, con todas sus mediatizaciones y reestructuraciones, seguirá siendo la base de cualquier predicción y construcción de un futuro viable. La democracia, como estructura del Estado, y el socialismo, como estructura de la sociedad, pueden reencontrarse y recrearse.

El problema del futuro del trabajo y la educación tiene que verse como parte de esa lucha a nivel mundial, con las tendencias naturales del capitalismo, con sus grados de «libertad» y sus «constricciones laterales» en la construcción de su futuro, y con las tendencias naturales y orgánicas de los movimientos alternativos, la pérdida del miedo y la construcción de un futuro en que *la solución del problema social global* sea el centro del proyecto democrático y socialista y de quienes lo enarbolen.

Dentro de esas perspectivas querría intentar una respuesta a la pregunta original: ¿Cómo transformar el sistema de educación en la nueva época? La respuesta ha de ser necesariamente cuantitativa y cualitativa, de poblaciones asalariadas, depauperadas y contenidas.

Cualquier política educativa supone una política de empleo. Una y otra están vinculadas a una política de acumulación. Y las tres —la política educativa, la de creación de empleos y la de acumulación— forman parte de un compuesto en el que se encuentra la lucha por el excedente y por la retención y uso del mismo en gastos e inversiones. Estos últimos, es decir, los gastos e inversiones, se hallan relacionados con los hábitos de consumo y la capacidad de compra, con los niveles de ingresos y salarios directos e indirectos y con el tipo de insumo-producto y los niveles del desarrollo tecnológico.

En la acumulación y retención del excedente se dan problemas muy significativos vinculados al desarrollo tecnológico y al aumento de la productividad, por una parte, y al desarrollo de mano de obra barata, por la otra. El complejo de hechos —en todas sus dimensiones— aparece a nivel global y en el interior de cada país. Sus configuraciones y distribuciones muestran la presencia de una lucha por el poder —político-social-militar-ideológico e informático— que tiene estrecha relación con el trabajo y la educación.

La lucha por el poder se libra hoy con variedades innegables, en medio de un eje muy importante que corresponde a las luchas por la democracia. Estas luchas enfrentan el *proyecto de democracia limitada;* esto es, el que no va más allá del sistema político-electoral, y el de *democracia participativa,* que incluye la *democratización del poder del Estado y de las organizaciones sociales de la mayoría.* En el segundo proyecto de democracia surge *necesariamente* la lucha contra la explotación, la marginación y la exclusión como parte de la propia lucha democrática. En ese sentido la lucha por *la democracia de los de abajo* asume la lucha de clases, definida en forma precisa, y restrictiva, como lucha contra la explotación y contra las formas injustas y extremadamente injustas de transferencias del excedente a expensas de las poblaciones pobres y extremadamente pobres.

El desarrollo analítico del complejo de factores señalados podría llevarnos a terrenos de una extrema complejidad si deliberadamente no consideráramos algunas tesis centrales, relacionadas directamente con el trabajo y la educación. En la nueva época transformar el sistema de la educación supone ver en el conjunto del sistema social, sobre todo, ciertos márgenes de acción, sus tendencias y variaciones.

Un primer problema educativo es el que se refiere a la relación entre el pensamiento y la acción. Harry Braverman destaca la ruptura entre *la concepción* y *la ejecución,* una ruptura que se acentúa con el *taylorismo* y que implica dos tipos de educación, la de quienes conciben y la de quienes ejecutan. Sostiene Braverman, además, que en los últimos doscientos años el capitalismo ha producido una división que afecta la unidad «cultural-biológica» del conocimiento y la acción.

«The unity of thought and action —escribe—, conception and execution, hand and mind, which capitalism threatened from its beginning, is now attacked by a systematic dissolution employing all the resources of science and the various engineering disciplines based upon it» [6].

Los fenómenos señalados por ese autor, y que arrancan del marxismo clásico, siguen siendo *un hecho para la mayoría de la humanidad;* pero en la llamada Segunda Revolución Industrial se ha dado otro fenómeno más: el sistema exige nuevas estructuras mentales y nuevas formas de organización [7]; las exige para un número de empresas y

[6] Harry Braverman, *Labor and Monopoly Capital. The Degradation of Work in the Twentieth Century,* pág. 171, New York, Monthly Review, 1974.

[7] Cf. Ervin Laszlo, *La Cohérence du Réel. Evolution, coeur du Savoir,* París, Gauthier-Villars, 1989.

poblaciones que por grande que sea y por mucho que crezca, más que sustituir a las estructuras mentales y de organización anteriores parecería *complementarlas*, montándose en ellas. Lo hace exactamente en la misma forma que las distintas manifestaciones del *focallized development* o «desarrollo localizado» se montan en la línea de la pobreza. Pero como éste, a pesar de ocupar una parte mínima del sistema afecta al conjunto del sistema.

Con lo anterior quiero decir que nuevas estructuras mentales y de organización, que tienden a unir el conocimiento y la acción, la concepción y la ejecución, la mente y la mano, se han extendido en los círculos más avanzados del desarrollo postindustrial. Si antes la búsqueda de esa unión entre el pensar y el hacer se limitaba al gerente, al propietario y a los profesionales asociados a ellos ahora se extiende a un número de trabajadores manuales e intelectuales mucho más amplio. No sólo en fechas recientes esa unión del conocimiento y la acción se ha convertido en la base de la más reciente revolución de las ciencias y técnicas cognitivas en que «todo hacer es conocer y todo conocer es hacer» [8]. Esta revolución parecería indicar un acercamiento entre las nuevas formas del pensar-hacer y el pensamiento marxista y sus teorías de la praxis. Pero no es así. En el fondo se sigue planteando el mismo enfrentamiento que existió en el pasado entre pragmatismo y filosofía de la *praxis*. Sólo que ahora se plantea con mucha más fuerza política y tecnológica para los gerentes y los propietarios, y con un nivel de sofisticación científico y teórico que el pragmatismo jamás alcanzó y que las fuerzas democráticas y socialistas no pueden ignorar. Estas tampoco pueden ignorar una conceptualización que obliga a los mismos que la sostienen a plantear la necesidad de autoestructurarse y de buscar no sólo «acoplamientos estructurales», sino cambios estructurales insoslayables en el mundo actual si quieren sobrevivir. Es cierto que la nueva alternativa plantea fenómenos de autoestructuración que pretenden superar contradicciones esenciales, y es cierto que no es probable que las fuerzas que la apoyan superen esas contradicciones. Pero como hoy tampoco es probable que la agudización de las mismas derive en una «bifurcación» positiva o en una revolución de la que nazca una sociedad más justa con un desarrollo global autosostenido, jugar con las dos hipótesis, la reformista y la revolucionaria, en procesos de aproximación científica y de negociación-lucha-negociación en procesos de aproximación práctica, parece el camino más indicado para los esfuerzos democráticos y socialistas. En todo caso, de esta característica esencial del capitalismo que tiende a dividir el pensar y el hacer, las fuerzas democráticas y socialistas tienen que proponerse una educación que vincule pensar y hacer en todos los terrenos: políticos, morales, científicos y técnicos, con sus formas antiguas y modernas de *praxis* y de ciencias y técnicas cognitivas. La nueva unión constituye uno de los retos creadores más importantes de la cultura.

Un segundo fenómeno vinculado con el trabajo y la educación es el que se refiere a las desigualdades estructurales y su manejo político. Aquí el principal problema consiste en no limitar el universo de las desigualdades sociales, educativas y culturales a los espacios metropolitanos. Cuando Bourdieu-Darbel afirman que la sociología de la educación y de la cultura revela la relación masiva entre el éxito cultural y las situaciones sociales privilegiadas, y que son las desigualdades «socialmente condicionadas» de la cultura las que en verdad explican las desigualdades en el éxito escolar y universitario [9] están pensando fundamentalmente en el universo de los sistemas nacionales de educación y en «los bárbaros internos». Plantear el mismo problema desde un punto de vista global obliga a recordar que si en las metrópolis el pensamiento conservador atribuye el éxito escolar a factores individuales, en las colonias se recurre con más frecuencia a explicarlo por factores raciales. En cualquier caso, las explicaciones conservadoras ocultan la realidad social denunciada por Bourdieu-Darbel y que también se da entre las metrópolis y las colonias con los «bárbaros extranjeros» subdesarrollados. El hecho de que en los «países desarrollados» el 37 por 100 acceda a la educación superior y en los «países en vías de desarrollo» sólo acceda el 8,3 por 100 no es ciertamente producto de la existencia de una proporción más alta de jóvenes talentosos y naturalmente capacitados en los países desarrollados y metropolitanos. Es producto de desigualdades sociales *a nivel mundial* que se dan *también* en el interior de las naciones con distribuciones considerablemente más desiguales en la *periferia* que en el *centro*.

Muchas de estas desigualdades surgen en el interior de los países por la relación desfavorable de

[8] Humberto Maturana, R., y Francisco Varela, G., *El Arbol del Conocimiento. Las bases biológicas del entendimiento humano*, Santiago, Editorial Universitaria, 1984.

[9] Pierre Bourdieu et Alain Darbel, *L'amour de l'art. Les Musées d'art européens et leur public*, París, Minuit, 1969, p. 164.

los trabajadores frente a los empresarios o de las poblaciones agrícolas frente a los centros urbanos. Se dan entre periferia y centros hegemónicos por las relaciones inequitativas del comercio colonial, por la superioridad tecnológica de las metrópolis, por la relación de intercambio desfavorable a los productos primarios frente a los industriales, por las altas tasas de crédito de los empréstitos metropolitanos a los países del «Sur». El hecho es que esas desigualdades han servido para políticas de mediación en que la educación —como parte de fenómenos más amplios de movilidad social horizontal y vertical— estratifica a los trabajadores y a los ciudadanos del conjunto del globo con proporciones favorables para los beneficiarios del *centro* en relación a los beneficiarios de la *periferia*.

Las luchas nacionalistas, populistas y socializantes del Tercer Mundo permitieron que estos países lograran aumentar la proporción de sus estudiantes. En educación superior, por ejemplo, en veinte años (de 1970 a 1988) el número de estudiantes se multiplicó un poco más de dos veces en el mundo; pero mientras en los países desarrollados creció menos del 1 por 100 en los *subdesarrollados* se multiplicó cinco veces. Los costos comparativos de la educación fueron iguales para la educación primaria y secundaria en unos y otros países, aunque menores —mucho menores— para la educación superior en los subdesarrollados: el costo promedio de educación superior fue aproximadamente diez veces menor en los países subdesarrollados que en los desarrollados [10]. El esfuerzo realizado rara vez contó, sin embargo, con el apoyo de las fuerzas democráticas y socialistas de los países desarrollados. Los trabajadores organizados, sus uniones y partidos en general plantearon demandas nacionales desentendidas de la lucha global por la educación. El hecho se explica en parte si se piensa que los proyectos de educación del Tercer Mundo estuvieron asociados a proyectos de desarrollo industrial y tecnológico independiente de las metrópolis, y que no se interesaron por su suerte ni las empresas multinacionales ni los trabajadores metropolitanos.

El problema tecnológico-educativo encierra hoy posibilidades que parecen relativamente distintas a las de la experiencia histórica: el desarrollo de la automatización, de los sistemas expertos, de la robótica no sólo va a provocar una disminución enorme de empleos de tipo tradicional, sino que va a afectar especialmente a «las economías nacionales que descansan en los bajos precios de su mano de obra». Estos países van a tener la mala sorpresa de comprobar que sus ventajas comparativas se desvanecen como el humo [11]. Al mismo tiempo, el desempleo creciente en las metrópolis tenderá a igualar a éstas con las periferias. Los seiscientos millones de desempleados y los miles de millones de miserables tenderán necesariamente a aumentar. El proceso no sólo afectará a los trabajos más pobres, sino a la inmensa mayoría de los trabajadores del mundo. Estas son las tendencias.

Es cierto que la nueva política de las transnacionales procurará rehacer las desigualdades y la manipulación de las desigualdades. El desarrollo localizado *(focallized development)* permitirá a las empresas y a los países hegemónicos continuar con su nueva política de *enclaves transnacionales*. La emigración de fábricas que tienen alta densidad de trabajo continuará e incluso crecerá cada vez más en dirección de los países y zonas de trabajo barato. En medio de poblaciones miserables de desempleados hombres se levantarán maquilas y ciudades de maquilas con trabajadoras mujeres sin sindicato. Las combinaciones serán muchas: el desarrollo localizado tendrá efectos multiplicadores innegables económicos e incluso políticos. Pero como hipótesis, esa política y la que se realice para sustituir las formas tradicionales de trabajo profesional por las nuevas, no permiten esperar la reconstrucción del neocapitalismo keynesiano y de las políticas de movilidad social y educacional propias del *Welfare State;* los estratos privilegiados serán mucho menores y mucho más inestables. En esas condiciones es posible que las fuerzas democráticas y socialistas encuentren en un futuro no lejano un apoyo de que hoy carecen. Ese apoyo vendrá de la misma masa de trabajadores desempleados —periféricos y también metropolitanos—, pero para que eso ocurra parece obvio que desde ahora tienen que luchar contra las explicaciones individualistas y racistas del éxito educativo y por un *derecho universal al empleo* y a la libre circulación en los mercados de empleo, que se combine con una política de difusión tecnológica y de «educación abierta», a implantar en centros de producción y prestación de artículos de consumo y servicios esenciales de alimentación, vestido, vivienda, educación, salud. Luchar, a nivel de los programas políticos, contra las tendencias de larga duración que impulsan distribuciones desigua-

[10] *Gaceta,* Unión de Universidades de América Latina, enero-marzo, 1992, págs. 1-3.
[11] Laszlo, *op. cit.,* pág. 144.

les del conocer-hacer en el mundo y en el interior de cada país permitirá preparar a las poblaciones del mundo industrializado para *que pidan mañana lo que hoy desprecian: un mundo menos desigual no sólo en las metrópolis sino en las periferias.*

La transformación del sistema de educación para la nueva época implica otra cultura de lucha contra la desigualdad. Esa lucha no necesariamente tiene que caer en un igualitarismo imposible para el desarrollo de sociedades complejas. Tendrá que profundizar en el problema y en la *solución del problema de las desigualdades inhumanas.* En ese terreno el modelo de una sociedad frugal frente a la actual sociedad de consumo y de pobreza extrema habrá de incluir la cultura y la política de preservación de la naturaleza y del medio ambiente hoy gravemente amenazados por los excesos del consumo y por los excesos de la miseria.

El sistema de educación de la nueva época tendrá que incluir la enseñanza universal y superior de las acciones y técnicas del medio ambiente. Los oídos sordos de hoy habrán de reconocer a los pioneros siempre que éstos añadan a la lucidez para persuadir la voluntad para educar a la humanidad contra el ecocidio.

Un tercer fenómeno vinculado al trabajo y a la educación corresponde a la política de corta duración que se identifica con el neoliberalismo y con el desmantelamiento del Estado Benefactor, Desarrollista y Socialista en sus distintas variantes (socialdemócrata, populista, marxista-leninista). Esa política, que coincide con fenómenos de privatización del sector público, con la disminución de los salarios indirectos que se practica al disminuir o anular la prestación de servicios públicos gratuitos, o al cancelar los subsidios y exenciones sociales del sector público, es una política que coincide con un incremento notable de las utilidades de las empresas y con una pérdida de los ingresos de la población asalariada de trabajadores y empleados.

En los doce años de éxito abierto, que se iniciaron con la primera presidencia de Ronald Reagan, se logró imponer el pensamiento neoclásico como verdad científica indiscutible. Sólo recientemente la política neoliberal empieza a ser cada vez más cuestionada en los centros de punta del pensamiento mundial. En la reciente reunión de Río sobre el Medio Ambiente un buen número de jefes de Estado exigió reconocer como problema básico el que se refiere a la cuestión social. La actual crisis del neoliberalismo no permite, sin embargo, pensar en cambios inmediatos de políticas sociales y educativas. Tal vez haya un freno a la privatización de empresas y servicios, entre otros a la privatización del conocimiento científico y tecnológico y de la educación primaria, media y superior. Pero la correlación de fuerzas actual no induce a pensar que a corto plazo se organice una nueva lucha global para la solución de los graves problemas sociales que vive la humanidad: una lucha contra las nuevas formas de explotación, de exclusión y marginación de las propias poblaciones metropolitanas en proporciones que *no existían* en los Estados populistas, socialistas o asistencialistas por corrompidos o ineficaces que fueran. Hoy es todavía peor la explotación, la exclusión y la marginación de la inmensa mayoría de la humanidad. Precisamente por eso surge la necesidad de un planteamiento de la política de empleo y educación que sin regresar a las estructuras estatales del pasado populista o asistencialista, o del «socialismo realmente inexistente», proponga alternativas a *un colonialismo, a un racismo y un fascismo que regresan con el neoliberalismo.* Las respuestas autoritarias e inhumanas que ya anuncian muchos grupos dominantes frente a las demandas sociales de las multitudes que protestan contra la opresión y la injusticia, resultan ominosas y parecen inevitables.

La psicología y la barbarie de un nuevo fascismo y racismo es cada vez más amenazador en Europa y Estados Unidos. En América Latina reaparece con los «carapintadas» y los «escuadrones de la muerte», que se aprestan para derrocar a las «democracias limitadas», también despreciadas por ellos.

En todos lados surge una lógica fiera que cree defender los privilegios con razones infinitas y sentidas. Exige la sumisión de una sociedad en que el 75 por 100 de las poblaciones vive —como promedio— «en extremo o alto sufrimiento» [12]. Los rambos defensores de los opulentos buscan el único proyecto posible en la violencia extrema que ya aplican los mataniños.

Transformar el sistema de educación supone aclarar y difundir los conocimientos sobre la forma en que la inversión pública y social son capaces de generar empleo y de educar a la población creciente, en todos los niveles, objetivo que las transnacionales o las empresas privadas y lucrativas ni quieren ni pueden alcanzar. También con-

[12] Según el Indice Internacional del Sufrimiento Humano, por el Population Crisis Committee, de Washington. Vid. *La Jornada,* 18 de marzo de 1992.

siste en *educar a las multitudes y a los grupos que integran a las multitudes en una interpretación que no derive en el fascismo, sino en soluciones democráticas y socialistas*. Pero aparte de esas dos metas mínimas la respuesta al neoliberalismo implica plantear la lucha *de* la mayoría, *para* la mayoría y *con* la mayoría como una lucha por el empleo y también *por la producción de lo que consume la mayoría* y de lo que va a consumir una masa creciente de trabajadores.

Si volver a la prestación de servicios públicos —estatales y también sociales— será esencial, el incremento de la inversión y el gasto público que genere empleos productivos, para la producción de bienes y servicios de consumo popular, tendrá que combinarse con la *creación de una economía social y estatal que impulse un desarrollo popular focalizado* y *autosostenido* con expansión masiva no inflacionaria. De ese desarrollo y de la fuerza sociopolítica que lo respalde dependerá la difusión de tecnologías para los desempleados por el capital y las empresas privadas, así como la educación para ellos y sus hijos. El hecho de que políticas de producción para la mayoría y *con ella* sean obstaculizadas por la actual malla de intereses, no quiere decir que desde hoy no debamos ocuparnos de este modelo alternativo de producción, empleo y educación.

En el terreno del contenido mismo de la educación y de los métodos más adecuados para educar, la necesidad de replantear algunos conceptos que acarreamos del pasado se hace evidente. Las fuerzas democráticas y socialistas muestran una notable falta de imaginación y voluntad para realizar desde ahora proyectos educativos que estén a su alcance. Lo que es más, si logran mirarlos no logran organizarlos.

La necesidad de organizar la imaginación educativa es apremiante para pensar y hacer el nuevo mundo de la educación.

Entre los objetivos perfectamente factibles de un proyecto educativo democrático, que eventualmente lleve al socialismo democrático, o a la democracia ocupada de resolver el problema social, se encuentran los siguientes:

1. En cuanto al contenido, la necesidad de educar en la cultura del pensar-hacer exige plantearse el problema de la cultura general y la enseñanza especializada no sólo transmitiendo *las nuevas ciencias y técnicas cognitivas* —como parte de la cultura general—, sino combinándolas con *la esencia de la cultura humanística y científica de tipo clásico*.

Saber pensar y saber hacer a fines del siglo no sólo implicará el dominio de la interdisciplina y de los nuevos métodos de especialización en problemas que requieren un ejercicio transdisciplinario ni sólo exigen el dominio de las técnicas de computación e informática, sino reclaman *un nuevo planteamiento de lo que entendemos por el pensamiento clásico esencial*. Nuestros clásicos, a fines del siglo XX, corresponden en la filosofía y la ciencia a pensadores fundamentales griegos y modernos que tenemos que reencontrar en una antología esencial. Esta habrá de incluir, además, algunos clásicos de Africa, Asia y América Latina que expresan «lo humano que no nos es ajeno». Entre ellos tendremos que escoger también a los grandes escritores, a los poetas y a los maestros de la expresión precisa y el discurso claro.

A la cultura humanística general y a la enseñanza de oficios antiguos y electrónicos necesitamos añadir toda una cultura del *do it yourself,* hazlo tú mismo, que no sólo plantee el trabajo individual sino el colectivo, pero *ambos*. En el campo del lenguaje, la cultura dialogal tendrá que ocupar un lugar prioritario frente a la monológica, y el bilingüismo frente al monolingüismo. En el de la moral, la enseñanza de la ética como política y de la política como ética tendrá que sustituir a las formas separadas tradicionales que llevan a esa «moralina» inaguantable de que habla Mario Benedetti, y que ocultan los grandes fracasos morales de las alternativas populares, fracasos políticos frente a la corrupción de las propias fuerzas. La política para que eso no pase será base de la nueva educación moral.

Al mismo tiempo el espíritu crítico, el experimental, el que vela las armas contra los dogmas y prejuicios habrá de enfrentar las versiones postmodernistas y aledañas que parecen sostener que toda interpretación es buena o que es imposible conocer, o que no hay mayoría ni se puede construir la mayoría, o que no hay protagonista ni se puede construir al sujeto ¡precisamente en un mundo en que domina el pensar-hacer de la auto-organización!

La educación del futuro inmediato tiene como tarea esencial la transmisión-investigación-acción de la cultura democrática para la organización de las mayorías y para el control y uso político-funcional —y no sólo político, sino funcional— de las especialidades científicas y tecnológicas [13].

2. En cuanto a las técnicas de transmisión de conocimientos y artes, de saberes y haceres, es ne-

[13] Vid. Pauline Marie Rosenau, *Post-Modernism and the Social Sciences,* Princeton, University Press, págs. 114, 119, 159.

cesario más que nunca plantear modelos de combinación de escuelas y sistemas abiertos de enseñanza, y ambos con las más altas metas de exigencia intelectual y técnica o práctica.

El desempleo castiga y castigará más a los ignorantes, y todavía más a los más ignorantes. Un ejemplo: los graduados de las universidades de Estados Unidos tienen un porcentaje de desempleo que no es ni la mitad del que alcanzan quienes sólo estudian dos o tres años en la universidad. Es más, los que no terminan la secundaria tienen un porcentaje de desempleo seis veces mayor que los graduados en las universidades. Todo esto tiene implicaciones para un sistema global de enseñanza abierta: para su expansión y para su calidad.

Establecer ese sistema no constituye sólo un problema técnico. Es parte de una lucha por el conocimiento que lucha por el empleo y por el salario. Si ayer se vio a la enseñanza abierta como de segunda, tenemos que aprender a verla como de vanguardia. Hacer de la nación una escuela podría sonar en el pasado a mera retórica. Hoy se plantea como la necesidad y la posibilidad global que debemos construir junto con un mundo y un futuro en que la sociedad de la información requiere educación para trabajar, luchar y sobrevivir. La enseñanza presencial combinada con la que se da a distancia, la que se transmite en las aulas con la que se organiza en los centros de producción y servicios, la que se limita a transmitir los resultados o bondades del saber, el arte y los oficios, y la que enseña a usarlos para crear, tienen que combinar también el *diálogo de pequeños grupos* con la producción de vídeos de ciencias naturales y sociales, de técnicas e ingenierías, de pintura, escultura, arquitectura y música para expertos y aficionados.

La producción de material didáctico no ha logrado ni de lejos la amplitud universal y la alta calidad que hoy puede alcanzar. Las grandes culturas y las lenguas mundiales —como el español, el inglés, el francés, el chino, el ruso, el árabe— enfrentan un reto que ya deben aceptar con proyectos prácticos. La mejor manera de transformar el sistema de educación en la nueva época consistirá en que las grandes universidades del mundo *funden centros de producción de material didáctico para sistemas abiertos de la más alta calidad,* que con las escuelas, las iglesias, los sindicatos, los partidos sirvan para preparar a los trabajadores, a los dirigentes y a los creadores de un mundo en que avancen una democracia social y un socialismo democrático hasta hoy desconocidos. Es mejor ser desempleado con educación que desempleado con ignorancia, y es más probable ser desempleado si se es ignorante. Los argumentos elitistas contra la expansión de la educación superior del más alto nivel son voces de las cavernas de Platón.

Tal vez en el camino venga una catástrofe. Ha sido lo habitual. También es habitual soñar e intentar. Con «el único requisito de la cognición, que la acción sea efectiva» [14]. Y con el único requisito de la acción política: que se aprenda en la lucha.

En este sentido, los partidos democráticos y socialistas tienen que deshacerse de su vieja idea de la propaganda: o educan para pensar-actuar o no están construyendo la democracia de los de abajo: no están enseñando a construir un nuevo tipo de Estado, «un Estado que pueda ser controlado por la sociedad» [15].

[14] Francisco J. Varela, *Conocer las acciones cognitivas: tendencias y perspectivas. Cartografía de las ideas actuales,* Barcelona, Gedisa, 1990, pág. 109.

[15] Rui Falcao, «O aprendizado na luta», en *Estratégia. Una Saida para a crise.* Sâo Paulo, Cajamar, 1991, pág. 163.

RETORNO AL DEBATE SOBRE LAS NUEVAS FORMAS DE TRABAJO: EL SIGNIFICADO PARA LOS SINDICATOS

Dorothy Wedderburn

Al hablar del futuro del trabajo pensé que resultaría útil volver a suscitar tanto el debate como la experimentación con nuevas formas de organización del trabajo que tuvieron lugar en la Europa occidental y en América en las décadas de los años sesenta y setenta. Al examinar las características claves de la escena sociopolítica de aquella época y la forma en que han evolucionado en la década de los ochenta podemos encontrarnos en mejor situación para evaluar las tendencias futuras y decidir de qué estrategias, si las hay, puede valerse la izquierda que todavía ve la relación de empleo como un factor clave en la generación de desigualdades sociales.

En la década de los años sesenta el mundo capitalista estaba experimentando todavía niveles elevados de crecimiento, y de acumulación de capital, y niveles relativamente bajos de desempleo. La industria era todavía el sector más amplio de la economía y en la mayoría de estos países la productividad industrial crecía a buen ritmo. No cabe duda de que este «éxito» económico se vio alimentado por las guerras «calientes» (Corea, Vietnam), así como por la carrera armamentista a la que dio lugar la guerra fría. Incluso la crisis del petróleo de los años 73/74 fue considerada en un principio como una perturbación temporal más que como la primera de una serie de trastornos de envergadura, que fue lo que resultó. Los partidos de la izquierda eran todavía fuerzas importantes en todos los países excepto en los Estados Unidos, y el «orden de postguerra» llegó a ser, en la mayoría de los casos, la forma de equilibrio de los intereses de los sindicatos, los empresarios y el Estado, aunque variasen las formas institucionales. La afiliación a los sindicatos iba en aumento en la mayor parte de los países, a excepción de los Estados Unidos, aunque incluso allí el declive era bastante lento comparado con la subsiguiente caída catastrófica. Mediante diversas combinaciones de negociación colectiva y presión política, que dieron como resultado una regulación o legislación, los derechos de los trabajadores desde el punto de vista sindical, los excedentes de trabajo, la seguridad en el trabajo, el derecho a las pensiones, etc., se consolidó o amplió. Junto con su preocupación tradicional por la negociación salario/esfuerzo, éstas fueron las preocupaciones más importantes de los sindicatos.

Sin embargo, iba aumentando la conciencia de que las nuevas tecnologías estaban empezando a tener un efecto sobre la industria. En un principio lo que más preocupaba era su potencial de desplazamiento de la mano de obra y sus posibles efectos sobre los niveles de empleo en la economía. Pero pronto se llegó a la conclusión de que la automatización y la nueva tecnología de la información podrían tener también profundos efectos sobre el contenido del trabajo para los obreros manuales, los empleados de cuello blanco y los administrativos, tanto en la oficina como en la fábrica. La posibilidad de elegir el modo como de-

bía usarse la nueva tecnología fue reconocida por unas cuantas Administraciones, especialmente las influidas por los científicos sociales responsables del desarrollo del enfoque «sociotécnico» del diseño de organización. Esto se basó en la concepción de que la tarea y los roles laborales debían diseñarse de modo que reuniesen los requisitos técnicos, pero fuesen congruentes con las necesidades sociales de los trabajadores. Se partió del supuesto de que era posible reconciliar las necesidades de eficiencia de las direcciones con las necesidades de los empleados. Esta forma de pensar tardó en arraigar y en su mayor parte las nuevas tecnologías, las máquinas-herramientas controladas digitalmente, los ordenadores, fueron introducidos en las estructuras organizacionales existentes con el fin de aumentar la especialización y la normalización. La respuesta de los sindicatos fue de carácter defensivo: proteger los puestos de trabajo y obtener compensaciones por el cambio de contenido de dichos puestos que a menudo aparecían despojados de cualificación.

Sin embargo, la década de los sesenta también estuvo marcada por un aumento en la respuesta individual más que colectiva de los empleados a lo que estaba sucediendo en la situación del empleo. La movilidad en el empleo, el absentismo, los conflictos industriales, especialmente las huelgas «salvajes», incluso el sabotaje, fueron métodos utilizados cada vez con más frecuencia. El conflicto de la General Motors de Lordstown en 1971 fue objeto de una gran publicidad. La palabra «alienación» entró a formar parte del discurso corriente y pronto se llegó a afirmar que había habido cambios significativos en las actitudes respecto del trabajo. Daba la impresión de que a medida que aumentaban los niveles de vida los trabajadores prestaban más atención al contenido del puesto de trabajo y volvían la espalda a las tareas aburridas, reiterativas, al tiempo que votaban con los pies en la tierra. Además, los niveles educacionales más elevados llevaban —y llevan cada vez más— a los jóvenes que ingresan en la fuerza de trabajo a buscar empleos que les diesen ocasión de pensar y que representasen responsabilidades. Si se produjeron o no en esta época cambios genuinos en las actitudes con respecto al trabajo que trascendiesen una respuesta natural a un mercado de trabajo donde se pudiera elegir como resultado de los bajos niveles de desempleo, es algo que todavía está pendiente de respuesta. Cualquiera que sea la causa, estas pautas de conducta fueron aumentando los costes de los empresarios y dando lugar a otros problemas para el control de la dirección.

Los primeros experimentos en materia de organización del trabajo se produjeron en Escandinavia en la primera parte de la década de los sesenta. Los más conocidos son los cambios introducidos en la Volvo, especialmente en la planta de Kalmar, donde la línea de montaje fue rediseñada para favorecer el trabajo grupal y se utilizaron los ordenadores para hacer posible la autonomización de la planificación de la producción y del control de calidad. Es importante, sin embargo, indicar que estas iniciativas fueron precedidas por un período en el cual los empresarios suecos en general habían ido endureciendo las *ratios* de piezas producidas, imponiendo mayores controles sobre los trabajadores y exigiendo una intercambiabilidad de los puestos de trabajo, todo ello en aras de las «prerrogativas de la dirección» imperantes por aquel entonces. Así pues, el interés de los empresarios suecos en la reorganización del trabajo fue pragmático y motivado por la competitividad. Al mismo tiempo, en la tradición de las relaciones industriales suecas, se invitaba a los sindicatos a participar en el debate general sobre el rediseño del trabajo y en las aplicaciones específicas. En los Estados Unidos, en cambio, las iniciativas que aparecieron en las postrimerías de la década de los años sesenta y de la de los setenta fueron introducidas en su mayor parte en empresas sin sindicatos o incluso antisindicales y se vieron influidas por el pensamiento directivo de «gurús», tales como Herzberg y McGregor que negaba el conflicto inherente entre capital y mano de obra.

El hecho de que los sindicatos participasen o no en estos cambios dependió de la fuerza y de la madurez de las instituciones que formaban parte de la relación de negociación colectiva, así como de las actitudes de los propios sindicatos. La conversión del UAW en los Estados Unidos dentro de la General Motors en iniciativas de «Calidad de la Vida Laboral» fue tardía y nunca plenamente asumida, ya que en gran medida se debió a los esfuerzos de un funcionario de alto grado. En Alemania, por otra parte, la IG del Metal vio en principio con buenos ojos las posibilidades de cambio tecnológico para pasar, en la década de los años setenta, a una campaña específica en pro de la «humanización del trabajo» que desembocó en presiones en el ámbito de los Consejos del Trabajo para lograr mejoras en aspectos específicos del diseño del puesto de trabajo. En la medida en que la «izquierda», tanto política como sindical, participó generalmente en el debate, se vio muy afectada por el ataque de Braverman contra lo que éste, en una actitud tan romántica, veía como un proceso de descualificación. Fue así que las ideas

sobre lo que podía hacerse se convirtieron más adelante en reflexiones sobre si era posible o no realizar mejoras dentro del marco existente del capitalismo, o si estas mejoras sólo podrían lograrse mediante desafíos más radicales.

Este debate estuvo vinculado a otros acontecimientos interesantes de este período, que pusieron en marcha formas de ampliar la influencia de los trabajadores sobre las decisiones de gestión en áreas más estratégicas. En lugar de tener que responder simplemente a la decisión de introducir nuevas tecnologías, ¿sería posible participar en esa decisión, por ejemplo? Los sindicatos de Alemania occidental tenían una participación reglamentaria limitada desde la década de los años cincuenta mediante el sistema de Consejos de Trabajo, pero la insatisfacción con su funcionamiento llevó a una campaña de éxito parcial para su ampliación en las décadas de los años sesenta y setenta. En Suecia, la época de los experimentos como el de la Volvo también asistió a la gran campaña de la LO contra las «prerrogativas de la dirección» y la legislación, inicialmente experimental, que establecía la obligatoriedad «de tener representantes de los trabajadores en los Consejos de las empresas». Incluso hubo una iniciativa más radical, con la producción del «plan Meidner», orientada a lograr el control de las empresas utilizando los fondos de pensión para comprar acciones en las mismas. Otros países, como Noruega, Dinamarca, Austria, también dieron pasos para la integración en los Consejos de Administración de las empresas de representantes de los empleados, y en 1975 un Comité de Investigación, creado por un gobierno laborista en el Reino Unidos, hizo una recomendación positiva en este sentido. Nunca se puso en práctica no sólo por las respuestas a veces histéricas de los empresarios, sino también porque el propio movimiento sindical estaba dividido. La subsiguiente vuelta de un gobierno conservador enterró para siempre la cuestión.

A decir verdad, a mediados de la década de los setenta todo el debate sobre democracia industrial y la participación, en sus diferentes aspectos, experimentó un retroceso. En la actualidad, si examinamos el futuro y tratamos de evaluar el papel de los sindicatos y el futuro del trabajo, lo hacemos sobre el telón de fondo de una grave crisis en las economías capitalistas. El colapso del sistema soviético y el fin de la guerra fría han eliminado toda justificación política para los grandes gastos en armas en países como los Estados Unidos y Gran Bretaña, dando lugar a enormes problemas de reconversión. Dichos problemas no sólo afectarán a esos países, porque el carácter global del capitalismo se ha visto intensificado tanto por la extensión del comercio internacional como por las actividades de las empresas multinacionales. La competencia mundial se ha agudizado con la introducción de importantes competidores como los japoneses, los coreanos y los malayos, que se han afanado por buscar la racionalización y reducir los costes. Ningún país puede permitirse el lujo de quedar fuera de la carrera tecnológica si no quiere que su nivel de vida se vea seriamente afectado. Mientras tanto, la revolución del microordenador ha penetrado profundamente no sólo en la industria, sino también en el sector servicios, muchos de cuyos productos no se comercializan internacionalmente. Inicialmente, la expansión del sector servicio absorbió parte de la mano de obra desplazada de la industria, pero actualmente las posibilidades son menores. De ahí la gravedad en la actual crisis del empleo. Por tanto, en este nivel el futuro del trabajo depende de la creación de políticas macroeconómicas para volver a situar en la agenda el objetivo del pleno empleo y las políticas sociales que garanticen su distribución equitativa.

Lamentablemente, la década de los ochenta se caracterizó también por la vuelta política de la derecha en muchos países y por el abandono de los intentos de llegar a políticas de consenso. Hubo también un marcado debilitamiento de la influencia de los sindicatos. Gran parte de la legislación proteccionista quedó diluida, en nombre del funcionamiento libre del mercado de trabajo. El supuesto ampliamente compartido en la década de los años sesenta de que los empresarios negociarían con los trabajadores de las organizaciones representativas se ha visto seriamente cuestionado. La magnitud de estos cambios varía considerablemente de un país a otro. En realidad, ahora que el contraste entre capitalismo y comunismo soviético ha desaparecido, tal vez sea más fácil apreciar las diferencias significativas que de hecho existen entre los capitalismos nacionales, con sus diferencias históricas, culturales e institucionales. Esto es tan aplicable al mundo del trabajo como a cualquier otro sector.

No obstante, parecen advertirse cuatro tendencias características compartidas por los países industriales más antiguos y que resultan de particular interés para la cuestión que nos ocupa. En primer lugar, los experimentos realizados en la década de los años sesenta con la organización del trabajo quedan reducidos a la insignificancia ante el enorme efecto que tiene el cambio estructural sobre la naturaleza del trabajo disponible. Parte de la disminución del empleo industrial se debe a

su traslado a países con costes salariales más bajos. En este trabajo me he limitado a hablar de los países industriales «antiguos» de la Europa occidental y de Norteamérica. Asombrosamente, aunque reconocemos estar sumidos en lo hondo de la recesión, la industria emplea sólo el 16 por 100 de la fuerza de trabajo en el Reino Unido. ¿Hasta dónde puede llegar la desindustrialización? Sin duda deberá haber un límite cuando la producción de mercancías para la exportación ya no sea suficiente para pagar las importaciones necesarias. La gran expansión del empleo en el sector servicio se produjo en torno a una gran variedad de actividades. Por una parte, hay puestos de trabajo en servicios financieros que utilizan una tecnología electrónica sumamente sofisticada mientras que otros son puestos de trabajo en servicios personales de naturaleza doméstica. Lo más probable es que se produzcan desplazamientos considerables del empleo dentro de este sector. Tanto en lo que queda de la industria como en el sector servicios es probable que se produzca una polarización del contenido de los puestos de trabajo. Una concentración de tareas altamente cualificadas en un nivel, apoyadas sobre un subestrato de tareas no cualificadas que sirven de apoyo a los trabajadores «con conocimientos».

La segunda tendencia guarda relación con las actitudes respecto al trabajo. El examen de la década de los años sesenta dejó abierto el interrogante sobre si realmente se habían producido cambios, pero en la actualidad existen indicadores más firmes. Un fenómeno al que se hacía referencia en el documento base que se hizo circular con las invitaciones a este Encuentro (Encuentro sobre «El futuro del trabajo», celebrado en septiembre de 1992 en Sevilla) llamaba la atención sobre el aumento realmente asombroso de la participación de las mujeres en el empleo fuera del hogar. Gran parte de este empleo corresponde a los puestos de trabajo con poca cualificación, pero precisamente por ello no resulta tan evidente que las mujeres se estén implantando firmemente en el mercado del trabajo y que sus expectativas acerca de la naturaleza del trabajo vayan en aumento. Por otra parte, han decaído las tasas de participación de los hombres que se aproximan a las edades habituales de jubilación, de una manera bastante notable en algunos casos. Una vez más, parte de este cambio puede atribuirse a la contracción del mercado de trabajo. Pero otra parte se debe al hecho de que existen cada vez más personas que sienten que podrán tener recursos suficientes en la jubilación como para poder optar por una edad de ocio más temprana. Advertimos también una mayor variedad en otras configuraciones de la participación en la fuerza de trabajo. Ha aumentado el empleo independiente. Una vez más esto podría reflejar una falta de oportunidades en el sector de los empleados, pero existe un grupo de personas que auténticamente busca la libertad para controlar su propio trabajo. El trabajo a tiempo parcial, los horarios flexibles, los puestos de trabajo compartidos surgen cada vez con una mayor importancia. En especial entre las mujeres, aunque también aumenta el número de hombres que desean este tipo de arreglos. Es posible que los empresarios lo encuentren convenientes porque permite una mayor flexibilidad dentro de su esfuerza de trabajo y también mayores oportunidades de explotación. Pero sería poco sensato pasar por alto lo necesarias y atractivas que estas prácticas resultan para muchos trabajadores. Estos dos hechos, el crecimiento del empleo en los servicios con toda su diversidad y la creciente variedad en las configuraciones del empleo, plantean grandes desafíos a las formaciones que se ocupan de reclutar y organizar a los trabajadores.

La tercera tendencia es lo que se ha dado en llamar el fenómeno de la «empresa flexible». El hecho de que exista o no este tipo de empresa es cuestionable, pero la atracción que encierra este concepto para algunos equipos de dirección se parece en parte a lo que fue el movimiento de reorganización del trabajo en la década de los años sesenta. Es mucho lo que debe este concepto al éxito de competitividad de los japoneses. Se trata de un intento del capitalismo occidental de adoptar aquellas prácticas a las que se considera responsables del éxito japonés. Sin embargo, es dudoso que un trasplante de este tipo pueda tener éxito en una cultural totalmente diferente. Pero las máximas de «hacerlo bien es lo primero» (véase la moda de los círculos de calidad) y de «justo a tiempo» han sido adoptadas, especialmente en los Estados Unidos y en el Reino Unido, aunque han sido revestidas por una ideología conocida como «Política de Recursos Humanos». Se utiliza el argumento de que las organizaciones empresariales en su conjunto ahora necesitan básicamente trabajadores sumamente cualificados que representan la materialización de mucho capital mediante la educación y la formación. Se los debe tratar como individuos, con su propio programa de desarrollo y con sus propios sistemas individuales de retribuciones en función de una buena actuación. Es necesario motivarlos para que se «impliquen activamente» con la empresa. Para ello es preciso

mantenerlos bien informados en todos los niveles y darles la máxima responsabilidad posible. En este escenario no hay mucha cabida para la representación colectiva. Así pues, este enfoque ha sido recibido con bastante hostilidad por parte de los sindicatos. Sin embargo, podría considerárselo como una incitación a una mayor iniciativa. La representación de expertos cualificados continúa siendo muy necesaria. Los empresarios no pueden escaparse del permanente dilema de naturaleza potencialmente conflictiva de la relación de empleo.

La cuarta y última tendencia ya la hemos tocado de pasada. Parece ser que la fuerza de trabajo se está polarizando en función de la educación, la destreza y las condiciones de empleo. El estrato con baja cualificación es víctima de los bajos salarios, la inseguridad y la escasa protección en el empleo. Está alimentado por la migración de mano de obra proveniente de países menos desarrollados y en la actual agitación política es inevitable que esa migración aumente. La disponibilidad de este tipo de mano de obra reduce la presión para eliminar aquellos puestos de trabajo que podrían hacerse más aceptables mediante la aplicación de nueva tecnología o incluso mediante un tipo diferente de planificación y de organización. También constituye una enorme amenaza para los sindicatos en sus esfuerzos por mejorar las condiciones laborales en el sentido más amplio de la palabra. Pero parece que en última instancia sólo en el ámbito político es posible neutralizar a las fuerzas partidarias de «excluir» a esos grupos de la corriente principal de la sociedad.

LOS SINDICATOS Y EL FUTURO DEL TRABAJO

Clive Jenkins

Este trabajo llevaba originalmente como título *La Legislación sobre Empleo y el Mercado de Trabajo en la Comunidad Europea después de Maastricht,* pero cuando aún resuenan en nuestros oídos los resultados del referéndum danés, y dado que no se consiguió llegar a un tratado tras la Conferencia Intergubernamental sobre Unión Política, el concepto de un desarrollo ordenado en las relaciones entre los sindicatos y los gobiernos miembros de la Comunidad Europea es ahora, cuando menos, dudosa.

Yo había previsto una situación en la que hubiese un aunamiento de las condiciones del empleo y los subsidios sociales para todos los ciudadanos empleados de la Comunidad Europea. Había investigado sobre las prácticas en los diversos países por lo que a los Tribunales Laborales se refiere (e incluso preparaba un importante trabajo para el Partido Laborista británico antes de que tuviesen lugar las elecciones generales en el Reino Unido), pero la derrota inesperada del Partido Laborista hizo que sus conceptos fuesen en parte irrelevantes e indudablemente incapaces de transformarse en leyes por el momento. De modo que este trabajo considera ahora la situación en Gran Bretaña y Europa, que es bastante fluida o incluso caótica, en función de las relaciones entre sindicatos y empresarios.

Tras su inesperada victoria, el nuevo gobierno conservador ha dado más pasos para desmantelar la maquinaria establecida por los antiguos gobiernos laboristas y que mantuvieron en su lugar, e incluso funcionando, las administraciones conservadoras. Esto significó la detención abrupta de unas maquinarias útiles de ajustes dentro de la economía, tales como el Consejo de Desarrollo Económico Nacional (donde estaban representados el Gobierno, los empresarios, los intereses de los consumidores, los independientes, las industrias nacionalizadas y los sindicatos). La Comisión de Servicios de la Fuerza de Trabajo también ha sido abolida. Y todo esto en un momento en que está claro que el desempleo tecnológico, las pérdidas de puestos de trabajo en la industria de la defensa y los efectos globales de la recesión económica han traído aparejado un desempleo de cuando menos tres millones de personas en unas fuerzas de trabajo de 28 millones, en los que están incluidos los empleados de tiempo parcial, la Policía y las Fuerzas Armadas. Cualquiera que sea la planificación de la fuerza de trabajo que pueda instaurarse ahora, después de Maastricht, el Reino Unido tendrá menos armas y facilidades para hacerle frente que muchos otros países competidores de Europa. Las medidas diversas, relativamente caras, de formación o reciclaje se han mostrado en general sumamente insatisfactorias para hacer frente a esto y han sido tan ineficaces que la antigua clase trabajadora industrializada está mal formada y mal cualificada.

La influencia de los sindicatos ha sido abruptamente reducida por la postura política del Gobier-

no, pero también por la pura pérdida de militantes debida a una fuerza de trabajo disminuida. Desde una afiliación máxima de más de doce millones en 1974, el Congreso Sindical cuenta ahora con menos de ocho millones, no es consultado por el Gobierno y está todavía más debilitado por la capacidad legal de los empresarios de «no reconocer a los sindicatos». Son menos capaces de promover los intereses de sus miembros y en muchas situaciones han tendido a retraerse en una postura defensiva. Como resultado de esto, mi tesis de que habría habido una poderosa corriente en la Comunidad Europea que rápidamente se propondría eliminar las grandes disparidades existentes entre las fuerzas de trabajo de los Estados miembros en los terrenos de las horas de trabajo, las vacaciones, los subsidios por maternidad, las edades de jubilación, las pensiones ocupacionales y del Estado, parece prematura.

El Reino Unido es también uno de esos países donde no se dan las condiciones para una negociación colectiva normal por lo que respecta al Ejército, la Marina, la Aviación o la Policía. También hay problemas específicos de discriminación contra los sindicatos en los «centros de inteligencia». El último gobierno laborista creó un «Comité de Indagación de la Democracia Industrial», presidido por Lord Bullock y entre cuyos miembros me contaba. Dicho Comité presentó modestas propuestas para dar a los empleados algunos derechos en la gestión y dirección de sus empresas y se inspiró extensamente en las prácticas de lo que entonces era la República Federal de Alemania y de Escandinavia. Este conjunto de propuestas fue recibido con hostilidad por algunos sindicatos tradicionales que veían en ello una pérdida de la influencia de sus directivos y un desplazamiento del poder hacia sus miembros, como resultado de lo cual montaron una acción de retaguardia bastante falsa, sosteniendo que la «libre negociación colectiva» podría traer aparejadas todas las reformas que se daban a entender. Al mismo tiempo hubo un grupo del ala derecha en el gabinete laborista, algunos de cuyos miembros más tarde se escindieron para formar el Partido Social Demócrata, que también se opusieron porque había allí cierto sentimiento antisindical. Los partidos burgueses y los empresarios se mostraron bastante histéricos en su oposición, y para cuando se hubo discutido en profundidad la cuestión, el Gobierno laborista fue víctima de un voto de no confianza y, efectivamente, la cuestión se desvaneció y se dio al traste con todo el trabajo.

El «Borrador de Directiva Vredeling» también fue postergado, aunque muy bien pudiera ser, después de Maastricht, que esta importante cuestión volviera otra vez a la palestra, ya que es posible que cuando se difunda por todos los Estados miembros, y como tiene que ver con el bienestar de los trabajadores en general, pueda volver otra vez a la primera línea. Evidentemente hay importantes contradicciones entre los Estados miembros por lo que respecta a la dimensión social. Once de los Estados miembros estuvieron de acuerdo sobre las medidas del capítulo social en las negociaciones sobre las revisadas conversaciones sobre el Tratado de Unión Política de diciembre de 1991, pero el Gobierno del Reino Unido se ha seguido oponiendo implacablemente a cualquier ampliación de los poderes de la CE en el campo social. Lleva tiempo sosteniendo —y lo sigue haciendo— que el empleo y las relaciones industriales son, en la mayoría de los casos, cuestiones de regulación nacional (o desregulación) y que el intento de la CE de imponer normas comunes podría tener un alto coste para los empresarios del Reino Unido y reducir su competitividad. Pero la otra faceta de este argumento es la posibilidad de que las islas británicas se conviertan en el paraíso de la explotación de Europa al tener unos niveles menores en un número de campos, esto sin duda daría a los empresarios una ventaja competitiva, incluso podría, por tanto, estar en contradicción con el Tratado de Roma. Pero este confuso «Protocolo Social» del «Capítulo Social» que permite que once de los Estados miembros progresen en la legislación social a una «velocidad» diferente mientras que el Reino Unido tal vez esté incluso retrocediendo, no es una propuesta viable a largo plazo. El Tratado de Roma, en su estado actual (CM 445, septiembre de 1988) contiene un capítulo sobre «Medidas Sociales». En él se indica que los Estados miembros «acuerdan la necesidad de promover, mejorar las condiciones de trabajo y mejorar los niveles de vida de los trabajadores» (art. 117). El artículo 118 asigna a la Comisión la tarea de promover una «estrecha cooperación» en los campos de:

— Empleo.
— Legislación sobre trabajo y condiciones de trabajo.
— Formación profesional básica y avanzada.
— Seguridad Social.
— Prevención de accidentes y muertes ocupacionales.
— Higiene ocupacional.
— El derecho de asociación y la negociación colectiva entre empresarios y trabajadores.

El artículo 118A (insertado en el Acta Unica Europea de 1987) permite al Consejo actuar me-

diante una mayoría cualificada para adoptar Directivas que sean legalmente vinculantes por parte de los Estados miembros sobre cuestiones relacionadas con la salud y la seguridad. Es importante señalar que el artículo 119 establece el principio de igualdad de retribución por igualdad de trabajo. Ha habido una firme evolución por lo que respecta a estas cuestiones, y en el debate después de Maastrich está reconocido de una forma inadecuada que en diciembre de 1989 once de los doce jefes de Gobierno de los Estados miembros firmaron una «Carta Comunitaria de los Derechos Sociales Fundamentales de los Trabajadores». Una vez más el único disidente fue la antigua primera ministra británica. Esta Carta no tiene fuerza legal y es de naturaleza declaratoria y tenía la intención de actuar como estímulo para promover la legislación de la CE. En la medida en que el Reino Unido ha logrado frenar el progreso de algunos de los borradores de Directivas, por ejemplo aquel sobre los Consejos de Trabajos Europeos y uno de los tres sobre trabajadores a tiempo parcial y temporales, porque todavía requieren el acuerdo unánime del Consejo y, en efecto, el Reino Unido tiene veto.

Otros borradores sobre el tiempo de trabajo y las licencias por maternidad han sido introducidos a modo de medidas de salud y seguridad, que según el artículo 118A sólo requieren el voto de una mayoría cualificada. Recientemente se produjo un cambio cuando el representante del Reino Unido abandonó la oposición a un límite obligatorio sobre las horas de trabajo a cambio de un acuerdo acerca de que podrían imponerse a los empresarios unas vacaciones anuales de cuatro semanas. Hay algunos Estados miembros en los cuales las vacaciones de cuatro semanas serían un progreso importante. Esto es así para algunos grupos de trabajadores en el Reino Unido, aunque los trabajadores de cuello blanco bien organizados (haciendo valer sus cualificaciones por antigüedad) pueden alcanzar actualmente las seis semanas de vacaciones. Resulta curioso que la Confederación de Sindicatos Europeos (ETUC), el Centro Europeo de las Empresas Públicas (ECPE) y la Unión de Confederaciones de Empresarios Industriales de Europa (U&IECE) hayan hecho una presentación conjunta en la cual al tiempo que sostenían que puede hacerse un uso más extenso de los acuerdos colectivos para poner en marcha las normas de empleo en toda Europa parece reconocer que puede haber una iniciativa global de la Comisión. Existe un claro reconocimiento de que debería consultarse a los estamentos directivo y laboral en el ámbito comunitario antes de presentar propuestas de legislación en el campo de la política social. Es probable que los empresarios británicos hayan accedido a esto en el preludio a las elecciones generales de 1992 como un medio para protegerse contra lo que ellos, como muchos otros, pensaban que iba a ser un gobierno laborista innovador. Un punto interesante es que hubiera un acuerdo mediante el cual si los empresarios y los sindicatos no llegaban a un acuerdo colectivo para poner en práctica la propuesta en el plazo de nueve meses, entonces se les podría ir de las manos. En este acuerdo resulta también bastante sorprendente que hubiese un elemento de discriminación positiva a favor de la mujer que no está previsto en el Capítulo Social existente. Evidentemente éste sería un campo de batalla de vital importancia para el gran número de mujeres que forman parte de la fuerza del trabajo.

También habrá que hacer consideraciones tácticas novedosas. Una vez que el nuevo Tratado entre en vigor —después del referéndum danés no está nada claro cuándo sucederá— será posible que la Comisión retire las propuestas que actualmente está bloqueando el Reino Unido y que las vuelva a presentar como un Acuerdo de Protocolo Social. Un candidato obvio sería el borrador de Directiva sobre Consejos de Trabajo Europeos, que requeriría que las empresas que emplean como mínimo mil trabajadores, incluidos por lo menos cien en cada uno de dos Estados miembros, estableciese Consejos de Trabajo abarcando todos sus establecimientos dentro de la CEE. El borrador de Directiva recibiría probablemente la aprobación unánime de los once de acuerdo con el Acuerdo de Protocolo Social. Si así no fuese, una mayoría cualificada es todo lo que se necesitaría. Se considera posible que esta propuesta fuese aprobada después del 1 de enero de 1993, de acuerdo con el nuevo procedimiento. Esto haría que las grandes empresas británicas con establecimientos a lo largo y ancho de la CEE estableciesen Consejos de Trabajo Europeos para los otros once países. ¿Pero es posible que pudiesen excluir a las filiales y empleados del Reino Unido?

Vuelvo a la cuestión de si el Reino Unido puede negarse a participar en el Acuerdo de Protocolo Social, porque podría infringir las medidas del Tratado sobre no discriminación contra los trabajadores o la competencia. Hay elementos para afirmar que la postura del Reino Unido es inconstitucional. Esta cuestión fue planteada por el presidente portugués del Consejo en la sesión plenaria del Comité Económico y Social a fines de enero de 1992. Señaló que con esto se corría el riesgo de colocar a los once Estados en una situación de

desventaja competitiva en relación con el Reino Unido, lo cual daría como resultado una «situación anormal» que requeriría una solución. Se dice que la Federación de Sindicatos Alemanes ha asumido la perspectiva de que era inaceptable que Gran Bretaña disfrutase de todas las ventajas del mercado único de la CE si se le permitiese una excepción de las normas mínimas para la protección de los trabajadores. Parece claro que los ministros del Reino Unido tendrían que dejar el Consejo de Ministros y los funcionarios del Reino Unido el Comité de Representantes Permanentes (COREPER) cuando se discutiesen las propuestas comprendidas en el Acuerdo de Protocolo Social. Esto ha sido confirmado en la Cámara de los Comunes del Reino Unido. Pero en el futuro esto podría significar que el Reino Unido quedase vinculado por decisiones tomadas en el pasado, a las cuales no ha contribuido. El otro punto que no está nada claro es que los sindicatos europeos y las organizaciones de empresarios europeos vayan a negociar como un organismo de doce, no de once. Entonces asoma en el horizonte la cuestión de las actitudes de los posibles nuevos miembros —Suecia, Austria, Finlandia, Noruega y Suiza—, donde los centros sindicales ya forman parte del ETUC y donde las normas generales de protección de los empleados son más elevadas que en el Reino Unido. El equilibro de fuerzas entre los «interlocutores sociales» en el mercado del trabajo es ahora bastante desigual en el Reino Unido. Existe también el hecho irritante de que el antiguo gobierno conservador nombrase a una persona no perteneciente al TUC para el Comité Económico y Social.

Es evidente que cualquier tipo de reestructuración del mercado laboral europeo se ve inmensamente complicado por los resultados de las elecciones generales de Gran Bretaña y por el referéndum danés. Así pues, el camino que se abre es incierto y para los sindicatos británicos debe implicar un reenfoque de sus esfuerzos políticos e industriales en un nivel europeo. Esto se ha hecho no sólo imperativo, sino también políticamente posible desde que el presidente de la Comisión, Jacques Delors, se dirigió al Congreso del TUC en 1988 y quedó claro que se había producido un cambio radical como resultado del cual la oposición inicial a pertenecer a la CE se había abandonado anteriormente. Esta, efectivamente, fue la situación que surgió de la Conferencia del Partido Laborista de 1988. Se suponía que los derechos de los trabajadores británicos habían sido ampliados por los gobiernos laboristas de 1964-1970, que introdujeron tribunales industriales que se encargaban de las solicitudes de los trabajadores sobre despidos improcedentes, excedentes y discriminación sexual. Existen en la actualidad sesenta tribunales, pero su trabajo para hacerse cargo de más de 50.000 solicitudes anuales se ha visto gravemente impedido por un recorte del dinero disponible, por ejemplo, para pagar a los presidentes y a los miembros independientes. El dinero disponible, proveniente del Departamento de Empleo, realmente se agotó en algún momento a lo largo del período 1990-1991 y los cien presidentes a tiempo parcial tuvieron que retirarse. Si bien existe un sistema bien desarrollado de Tribunales del Trabajo en muchos de los doce miembros existentes —e indudablemente en los aspirantes a pertenecer a la CE—, esto no sucede en el Reino Unido, y es bien sabido que el sistema judicial normal ha intervenido e inventado nuevos obstáculos para los libres sindicatos. Por otra parte, las propuestas de un Estatuto para la Empresa Europea con carácter vinculante puede proporcionar una vía para que los sindicatos se enfrenten a los empresarios difíciles. Parece evidente que las empresas que tienen intereses en más de un país o que comercian en más de una empresa encontrarán ventajas en tener una estructura de empresa europea. Esto podría significar también que podrían perder las ventajas que representa una estructura legal europea.

Los distintos Estados cuentan con métodos notablemente diferentes de hacer participar a los empleados en sus empresas. Aparte de que en el Reino Unido no se ha conseguido casi nada por medios voluntarios, la situación parece ser que todas las empresas de Holanda deben tener un consejo supervisor formado al menos por tres personas y en una reunión general; la Dirección y el Consejo de Trabajo recomiendan candidatos para el Consejo. El Consejo supervisor supervisa las cuestiones de la empresa, tiene poder para nombrar y despedir a la Dirección de una empresa y debe aprobar las principales decisiones de la Dirección, tales como despidos colectivos y reorganizaciones de envergadura. Las empresas con treinta y cinco o más empleados deben formar un Consejo de Trabajo, cuyos miembros son elegidos directamente por los empleados y que debe reunirse por lo menos seis veces al año. El conocido sistema de Alemania occidental prevé (desde 1952) que una tercera parte de los miembros del Consejo de supervisión de una empresa pública sean representantes de los empleados. Esto, por lo general, ha sentado las bases de un enfoque consensuado. En Francia, el sistema de Consejos de Trabajo sólo prevé una influencia limitada de los empleados. Son exigidos en todas las organizaciones del sec-

tor, tanto público como privado, donde haya cincuenta o más empleados. El empresario está obligado a informar al Consejo de las funciones, cierres, cambios de titularidad, gastos de investigación y política de empresas. También debe ser consultado sobre las condiciones del empleo, la formación, el tiempo de trabajo y los excedentes. La posición irlandesa probablemente sea la que más se acerque a la del Reino Unido, donde no existe prácticamente legislación sobre participación fuera de la Worker Participation Act (empresas estatales) de 1977, que establece que en los Consejos de siete de las principales empresas estatales los directores trabajadores constituyan una tercera parte de los miembros; más tarde esas empresas se convirtieron en nueve. Pero esta participación obligatoria sigue estando limitada al sector público. La Constitución portuguesa protege los derechos de los trabajadores (en el ámbito de la empresa) a formar «comisiones de trabajadores» para defender sus derechos y a tener una voz democrática en la actividad de la empresa. Estas comisiones son elegidas por los trabajadores y deben tener acceso a toda la información necesaria para ejercer sus funciones adecuadamente. Todas las organizaciones belgas que emplean como mínimo a cien personas deben formar Consejos de Trabajo con una «delegación» del personal elegida por los empleados y el jefe de la organización junto con varios directivos. Tiene poder para solicitar toda la información necesaria sobre las participaciones económica y financiera de las empresas. La Ley de Trabajo española se basa en el Estatuto de los Trabajadores de 1980 y en la Constitución española. De acuerdo con el tamaño de la empresa, la participación se llevará a cabo a través de organismos representantes de trabajadores elegidos. Donde hay más de 250 empleados se crean secciones sindicales que comprenden a los delegados de los sindicatos elegidos entre los trabajadores sindicados y presentes en la organización y por esos mismos trabajadores. Esto guarda relación con la postura del Reino Unido tal como se establece en la Ley de Empleo de 1982, que exige que todas las empresas con más de 250 empleados informen anualmente sobre las acciones emprendidas para hacer participar a sus empleados. Esto nunca ha sido controlado adecuadamente por el Gobierno y hasta el momento ninguna empresa ha sido acusada de no ponerlo en práctica. La respuesta ha sido variada y de un nivel decididamente bajo. Los políticos conservadores sostienen que las leyes financieras de 1978, 1980 y 1987, que contienen diversas medidas para estimular la difusión de la participación financiera por parte de los trabajadores mediante exenciones fiscales y proporcionando el reparto de beneficios, las opciones a acciones relacionadas con los ahorros y los pagos relacionados con los beneficios son suficientes, aunque, evidentemente, tan sólo una cortina de humo ideológica.

Los sindicatos pasarán a ocupar un lugar central como consecuencia de su papel como proveedores de trabajadores directivos y de formación para los mismos. Se necesitará un enorme programa de formación educacional financiado por la CE para hacer posible que la democracia industrial se desarrolle y los empleados desempeñen su papel de una manera que parezca significativa. Debería crearse una autoridad de formación sindical de la CE que pudiese dar lugar a una confluencia de los diversos centros nacionales (y sindicatos individuales).

El fomento del pensamiento progresista podría muy bien ser el resultado de la participación de muchos millones de sindicalistas en la gestión de su trabajo y de sus futuros.

JAPON EN BUSCA DE UN PAPEL «NORMAL» *

Chalmers Johnson

El mundo todo es un escenario,
y todos los hombres y mujeres no son más que actores.
Tienen sus salidas y sus entradas, y
cada hombre en su momento interpreta muchos papeles.

Como gustéis, II: VII, 139

¡Apágate, apágate, breve candela!
La vida es sólo una sombra caminante,
un mal actor que, durante su tiempo,
se agita y se pavonea en la escena,
y luego no se le oye más. Es un cuento
contado por un idiota, lleno de ruido
y furia, y que no significa nada.

Macbeth, V: V, 23

Los escritores de relaciones internacionales, al igual que los dramaturgos, a menudo recurren a la metáfora teatral cuando tratan de sugerir fuerzas ineluctables o de exculpar al líder de un país de las consecuencias de sus acciones. Japón es un ejemplo de primer orden. Parece imposible hablar sobre Japón sin ayuda de los conceptos de papel, actor, escena y escenario. Noriatsu Matsui titula un reciente ensayo: «Nuevos papeles para Japón en la economía política mundial». Hideo Sato escribe sobre «el papel en ciernes de Japón en la economía mundial». Masaru Tamamoto se limita a hablar del «papel incierto de Japón». Brian Bridges agrega una dimensión temporal en «Japón: todavía en busca de su papel». Doi y Willenson señalan: «a medida que Japón busca a tientas un papel más activo, empieza a tener la sensación de que debería ser algo más que el primo rico que firma los cheques». Si Japón no consigue encontrar un papel, corre el riesgo de llegar a «estar de más en la escena mundial, de convertirse en un coco de la postguerra fría permanentemente acosado en el comercio por el creciente proteccionismo de los Estados Unidos y Europa». Y sin dudar en ningún momento sobre su nuevo rol, el ex-secretario de Estado de los Estados Unidos, James Baker, comentó: «Reconocemos que los líderes japoneses y su pueblo están luchando a brazo partido con un difícil ajuste del papel mundial de Japón... Su "diplomacia de chequera", al igual que nuestra "diplomacia del dólar" de una era anterior, se está quedando evidentemente demasiado estrecha» [1].

* Este trabajo fue presentado en la conferencia del IGCC sobre «Relaciones de Seguridad del Pacífico después de la Guerra Fría» que se celebró en Hong-Kong en junio de 1992. La conferencia forma parte del proyecto en marcha del IGCC sobre relaciones económicas y seguridad en el Pacífico. El IGCC agradece a la fundación Ford por su respaldo a este proyecto.

[1] Matsui, Instituto de Educación sobre Japón, Earlham College, Richmond, Indiana, 1991; Sato, *The International Spectator,* XXVI:3 (julio-septiembre, 1991), 75-102; Tamamoto, *World Policy Journal,* otoño, 1991, págs. 579-597; Bridges, *The Pacific Review,* V:1 (1992), 84-85; Doi y Willenson, *The Japan Digest,* III:40 (3, marzo, 1992), 4; «odd man out»: «More Japanese Firms See

Las cuestiones son obvias, ¿Un papel en qué? ¿Cuál va a ser la nueva obra? ¿Cuál era y qué ha sucedido con el antiguo papel de Japón? ¿Es Japón la única nación que necesita un nuevo papel? ¿Qué quiere decir Tadae Takubo cuando, en un diálogo con el hombre fuerte del LDP, Ichiro Ozawa, el jefe del Comité Especial sobre el Papel de Japón en la Sociedad Internacional del partido gobernante, dice: «En otras palabras, ¿nos está usted diciendo que nos convirtamos en uno de los países normales?» [2].

Sin duda no son cuestiones fáciles. Japón tiene ya un papel importante, aun cuando reconozcamos que es embarazoso para muchos americanos. «El comportamiento económico superior de Japón —escribe Tamamoto— ha servido como ejemplo que desean emular los gobiernos asiáticos... Japón, a pesar de todo lo que se ha dicho en contra, ha estado actuando como líder político y ha hecho una contribución importante al bienestar internacional... Japón ha inspirado a Asia de una manera fundamental, tentando a sus vecinos mediante el ejemplo a hacer suya la política del crecimiento económico» [3]. Sin embargo, este papel cada vez choca más con los otros papeles de Japón como signatario del Tratado de Seguridad Japón-Estados Unidos y como miembro de la «Sociedad Mundial» que el ex-presidente Bush y el primer ministro Miyazawa proclamaron en Tokio en enero de 1992. ¿Cuál habrá de ser la nueva división del trabajo entre los dos socios mundiales? Si el resto de Asia ve con buenos ojos un condominio japonés-americano... o si un convenio tal favorece los intereses nacionales de los Estados Unidos, son cuestiones que aún están pendientes de respuesta, especialmente si tenemos en cuenta que el actual acuerdo mundial japonés-americano fue el fruto de un viaje presidencial a Tokio al que John Kenneth Galbraith consideró «con toda probabilidad el viaje más desastroso desde la Cuarta Cruzada» [4].

Los logros económicos de Asia son desconcertantes para los Estados Unidos. Los americanos no los causaron, no los previeron, todavía no pueden explicárselos plenamente, y se sienten política e ideológicamente amenazados por ellos. En parte esto refleja el hecho de que «virtualmente todos los responsables políticos de los Estados Unidos son atlantistas que dedicaron toda su vida de trabajo a las cuestiones relacionadas con la OTAN y la CE, centrándose en las amenazas provenientes de la Unión Soviética durante la guerra fría. Han prestado muy escasa atención a la región de Asia y el Pacífico, tratándola como un corolario de la política mundial de los Estados Unidos capaz de adaptarse con facilidad a los cambios de política de la región europeo-soviética» [5].

La relación entre Japón y los Estados Unidos y el papel que desempeñaba antiguamente Japón, así como los nuevos papeles que puede llegar a desempeñar en ella, por supuesto no son exclusivamente económicos. El Tratado de Seguridad Japón-Estados Unidos de 1952, cuya redacción sufrió la última modificación sustancial en 1960, no tuvo en cuenta en absoluto a Japón como competidor económico de los Estados Unidos. Se basó en la propuesta de la guerra fría de que Japón tenía una importancia estratégica inimaginable, pero carecía en absoluto de significación económica, lo cual podía ser cierto en las circunstancias mundiales de la década de 1960, pero perdió todo sentido por lo menos desde que terminó la guerra de Vietnam, en 1975. Sin embargo, la Administración Bush siguió creyendo que «la relación de seguridad entre Estados Unidos y Japón seguirá siendo el pivote vital en toda Asia y el Pacífico», y se atribuyó el mérito de presionar a Japón a pagar «el 72 por 100 de los costes no salariales del mantenimiento de nuestros 30.000 soldados, marineros y marines en su país» [6].

Esta concepción pasa por alto las contradicciones cada vez más marcadas en la política llevada a cabo por los americanos en Asia y en el Pacífico. En esta exposición preliminar, que desarrollaré más adelante con mayor amplitud, nos limitaremos a mencionar tres de estas contradicciones.

Need to Change Ways», *Los Angeles Times,* 20, abril, 1992; Jim Mann, «Baker Tells Japan: Take Global Role», *Los Angeles Times,* 11, noviembre, 1991.

[2] Tadae Takubo e Ichiro Ozawa, «Hoshu seiji no shissei o tadasu» (Corrigiendo el mal gobierno de la política conservadora), *Voice,* marzo, 1992, pág. 42.

[3] *World Policy Journal,* otoño, 1991, pág. 593.

[4] Citado en Kathryn Tolbert, «Pacific Grim», *Boston Globe Magazine,* 29, marzo, 1992, pág. 40.

[5] Edward A. Olsen, «A New American Strategy in Asia?», *Asian Survey,* XXXI:12 (diciembre, 1991), 1140.

[6] Comentarios del ex-vicepresidente Dan Quayle al Consejo de Relaciones Exteriores, Nueva York, 27 de abril, 1992. El ex-secretario de Estado, Baker, afirma que los japoneses están pagando el 73 por 100 en «America in Asia: Emerging Architecture for a Pacific Community», *Foreign Affairs* 70:5 (invierno, 1991-1992), 10. Según Reinhard Drifte, «Japón paga ahora 2.500 millones de dólares o el 42 por 100 de los 6.000 millones de dólares que América desembolsa para sus tropas que operan en Japón», «Japanese Defense Policy and the Security of the Korean Peninsula in the 1990s», *Journal of East Asian Affairs* (Seúl), VI:1 (invierno-primavera, 1992), 88.

La primera es el hecho evidente de que los Estados Unidos no se pueden permitir su actual política exterior. Edward Olsen menciona algunas de las implicaciones que esto tiene:

> «Con una mezcla del sentido [asiático] de cautela y prudente confianza en que los Estados Unidos no llevarán a cabo revisiones realmente importantes en sus estrategias posteriores a la guerra fría por lo que a ellos respecta, los asiáticos prefieren ver la acción militar de los Estados Unidos en el Golfo Pérsico como un signo evidente de que los americanos no modificarán su conducta... El afán de liderazgo de los [americanos], aunque sea a un alto coste, tranquiliza enormemente a los asiáticos. Al mismo tiempo les sorprende muchísimo, porque también ven a los Estados Unidos como una superpotencia con pies de barro en lo económico. En suma, los asiáticos —incluso mientras actúan como animadores y a veces banqueros de la causa americana— se preguntan cuánto pueden durar estos acuerdos desproporcionados» [7].

La segunda contradicción tiene que ver con el papel de las fuerzas americanas en Japón. A algunos les ha pasado por la cabeza la idea de que no están allí para contribuir a la paz y la seguridad en el resto de Asia, sino para garantizar que el propio Japón no vaya a desestabilizar el área. En 1990 el teniente general Henry Stackpole, comandante por entonces del Cuerpo de Marines de los Estados Unidos en Okinawa, dijo que «las tropas de los Estados Unidos [son] el "tapón de la botella" del poder militar japonés» [8]. El ex primer ministro Nakasone está de acuerdo con esto. Recientemente afirmó que el Tratado de Seguridad, al tiempo que contriuye a la estabilidad de Asia, también es importante para «prevenir el resurgimiento del militarismo japonés» [9]. También China, durante las dos últimas décadas, apoyó la alianza militar entre japoneses y americanos como una barrera contra el resurgimiento del militarismo japonés, que también fue uno de los propósitos originales del tratado en 1952 y que los americanos se cuidadon muy bien de olvidar. El Tratado de Seguridad fue el corolario institucional del artículo 9 del desarme de Japón, y ambos han estado unidos durante mucho tiempo en el pensamiento japonés como el *kyujo anpo taisei* (art. 9, estructura del Tratado de Seguridad) [10]. Al instar a los japoneses a invertir más en defensa, los americanos se están metiendo con los cimientos mismos de la Constitución japonesa, una cuestión sobre la que volveré más adelante.

La tercera contradicción en las actuales relaciones entre Japón y América tiene que ver con el hecho de que los americanos están pidiendo a Japón que pague casi las tres cuartas partes de los costes que implica el mantenimiento de sus fuerzas, pero que no invitan a Japón a participar en un comando conjunto, como por ejemplo la OTAN. Koji Kakizawa, viceministro parlamentario de Asuntos Exteriores y principal portavoz del partido gobernante, sobre estas cuestiones dijo en una reciente entrevista: «Si los Estados Unidos pagan menos del 50 por 100 los japoneses nos convertiremos en el socio mayoritario», y a continuación citó el lema revolucionario de los americanos: «No hay impuestos sin representación.» Hablando sobre la idea de que las fuerzas americanas realmente están allí para contener a Japón y que los americanos están pidiendo, por tanto, que Japón pague por su propia contención, Kakizawa contestó que de ser esto verdad, «¿qué piensan ustedes que sucederá dentro de la botella?... La retirada de los Estados Unidos será inevitable» [11]. Escribiendo recientemente para el público japonés, Kakizawa dijo: «Cuando el presidente George Bush visitó Japón en enero pasado y tuvo un desvanecimiento durante la cena ofrecida por la oficina del primer ministro, fue el primer ministro Kiichi Miyazawa el que ayudó al presidente a ponerse de pie. Esta escena parece simbolizar la actual situación de las relaciones entre Japón y Estados Unidos» [12].

Creo que a fin de poder concebir un nuevo papel para Japón debemos escribir primero la obra en cuyo reparto vaya a figurar Japón. Entre sus elementos no deben faltar el vacío dejado por el fin de la guerra fría, los anacronismos de la antigua relación Japón-Estados Unidos, el declive in-

[7] *Asian Survey*, diciembre, 1991, pág. 1142.

[8] *Daily Yomiuri*, 20, marzo, 1990; *Washington Post*, 27, marzo, 1990.

[9] «Nakasone Says Security Treaty Helps Keep Japanese Militarism in Check», *The Japan Digest*, III:33 (21, febrero, 1992), 2.

[10] Jiro Yamaguchi, «The Gulf War and the Transformation of Japanese Constitucional Politics», *Journal of Japanese Studies*, 18:1 (invierno, 1992), 161.

[11] Texto de la entrevista con Koji Kakizawa, Tokio, 10, diciembre, 1991, realizada por David Evans, corresponsal militar, *Chicago Tribune*.

[12] Koji Kakizawa, «Ima Amerika to do tsukiau ka» (¿Cómo iremos en la América de hoy?), *Chou koron*, marzo, 1992, pág. 112.

dustrial de América y la incapacidad de los líderes americanos para poner en marcha un programa de reforma económica, el grado de contribución de Japón a la cohesión económica del Este de Asia, las ambigüedades del sistema político japonés (lo que Yamaguchi ha denominado «los vacíos que quedaron en la Constitución») y las diferencias estructurales entre el capitalismo japonés y el capitalismo anglo-americano [13]. Para poder vislumbrar un nuevo papel para Japón necesitaremos antes contar con un guión.

Ya se han propuesto varios. Hideo Sato afirma que «no es posible ocuparse efectivamente de esta cuestión [el papel futuro de Japón] sin considerar el futuro papel de los Estados Unidos», y agrega que el mayor problema de cualquier «guión» es la «mentalidad hegemónica» americana. El advierte cuatro tratamientos llamativamente diferentes: una restauración de la Pax Americana, una Pax Nipona, unos bloques económicos en competencia y un sistema de liderazgo conjunto [14].

Yoichi Funabashi nos advierte que hay «muchas áreas en las que Japón y América podrían entrar en conflicto». Por ejemplo: «Podría desencadenarse una nueva guerra fría entre los defensores del modelo americano de capitalismo y aquellos que son partidarios del modelo japonés, en la medida en que éste consolide su puesto entre los NPI (Nuevos Países Industrializados) de Asia y la Asociación de las Naciones del Sudeste Asiático y en que aumenten las interdependencias regionales». En opinión de Funabashi, la nueva obra tendrá que estructurarse en torno a cinco cuestiones básicas: 1) la jerarquía («es probable que Japón supere económicamente a América a fines de siglo»); 2) la ideología, o un modelo de capitalismo frente a otro; 3) el poder, o cuál habrá de ser la división del trabajo en la sociedad mundial; 4) la influencia regional, o si Japón debe tratar de crear una nueva esfera más extendida de co-prosperidad en el Este de Asia para equilibrar el Mercado Unico Europeo y el Area de Libre Comercio de América del Norte, y 5) las diferencias en las relaciones de los Estados Unidos y Japón con las antiguas repúblicas soviéticas y con China, incluyendo entre ellas la cuestión de si las democracias del Grupo de los Siete apoyarán las reclamaciones de Japón sobre los territorios del Norte ahora que la guerra fría ha terminado y si una renovación del movimiento democrático en China aumentaría las simpatías occidentales y reduciría el papel apaciguador que ejerce Japón sobre el régimen actual [15].

Queda todavía un tercer guión, que es el que nos ofrece David Rapkin, que escribe en japonés en *Leviathan,* el principal periódico japonés sobre ciencias políticas. Su obra trata de un Japón que identifica sus intereses nacionales con los del más amplio sistema mundial y se dedica a unas políticas que procuran construir una economía política mundial más estable y más próspera. Rapkin identifica tres obstáculos para conseguir esto, que constituyen el contenido de su guión: el serio «déficit de legitimidad» de Japón, consecuencia del legado de la Segunda Guerra Mundial, una imagen mercantilista y las dudas generalizadas acerca de que Japón tenga alguna idea universalmente atractiva que ofrecer al mundo [16].

Mi propio guión consta de tres actos, pero me permitiré empezar por la conclusión. A lo largo de los próximos cinco a diez años Japón resurgirá en el escenario mundial como un actor político significativo. Se despojará de la categoría de cliente que le correspondió mientras duró el Tratado de Seguridad Japonés-Americano y a fines de la década de 1990 se convertirá en toda una gran potencia. Una reducción gradual de las fuerzas de los Estados Unidos en el Pacífico permitirá a los líderes japoneses reunir el apoyo nacional necesario para expandir las capacidades de defensa independientes de Japón de acuerdo con las líneas propuestas a mediados de la década de 1980 por el ex primer ministro Nakasone [17]. Una retirada rápida y sustancial de los americanos de Asia a lo largo de los próximos cinco años tal vez encuentre a Japón desprevenido, tanto desde el punto de vista interior como desde el punto de vista regional, para llevar a cabo la transición y haga que se tambalee la confianza popular de Japón en el valor de una alianza con los Estados Unidos. La idea de que el sistema político japonés no es capaz de proveer el liderazgo necesario para esta transición es una tontería, pero será inevitable una reforma del sistema político. Al margen de lo que hagan los americanos, el impulso que ha tomado Japón en gran parte del LDP, en la comunidad empresarial, en la *intelligentsia,* en el periodismo y en la

[13] Yamaguchi, *Journal of Japanese Studies,* invierno, 1992, pág. 164.

[14] Sato, *The International Spectator.*

[15] Funabashi, «Japan and America: Global Partners», *Foreign Policy,* núm. 86 (primavera, 1992): 24-39.

[16] David P. Rapkin, «Sekai shisutemu ni okeru Nihon no ridashippu» (El liderazgo de Japón en el sistema mundial), *Leviathan,* V (otoño, 1989), 34-51.

[17] Véase Chalmers Johnson, «Reflections on the Dilemma of Japanese Defense», *Asian Survey,* XXVI:5 (mayo, 1986), 557-572.

burocracia lo llevan hacia una mayor independencia respecto de los Estados Unidos.

Será difícil llegar a esta conclusión. Los tres actos de esta obra son en realidad tres obras en una: 1) el comportamiento empresarial de Japón y si Japón puede o no cambiarlo; 2) la contribución de Japón a su propia defensa y su capacidad para hacerse cargo de una América en declive, y 3) la perspectiva y las políticas de Japón para impulsar un regionalismo económico en otras partes del mundo y en el Asia oriental. Según el desenlace que tenga cada uno de estos actos, la obra en su conjunto será una farsa, una comedia o una tragedia. Yo sólo puedo identificar las contradicciones en torno a las cuales se desenvolverá la acción, lo que no puedo es prever su desenlace.

I

El descollante lugar económico que ocupa Japón en la actualidad, por todos reconocido, y la forma en que llegó a él están en el centro del distanciamiento entre Japón y los Estados Unidos. Hasta hace poco tiempo éste era un tema controvertido, en gran medida debido al papel hegemónico de los ideólogos económicos y a su definición de Japón como un hermano menor en lo económico de los países capitalistas de habla inglesa. A comienzos de la década de 1990 esto cambió. Empezó a reconocerse tanto dentro como fuera de Japón que, según lo señala Stephen Cohen, «Japón, y no los Estados Unidos es la variable independiente... En la década de 1960 los especialistas en ciencia política de Estados Unidos aprendieron de la disputa chino-soviética que el comunismo no es monolítico. En la década de 1990, una tercera década consecutiva de fricciones comerciales entre Estados Unidos y Japón, tal vez convenza finalmente a la mayoría de los economistas estadounidenses de que el capitalismo no es monolítico» [18].

De lo que se trata aquí es de las diferencias estructurales entre el capitalismo o la idea teóricamente corrosiva de que hay diversas clases de capitalismo. Este no es un tema nuevo en los estudios japoneses, pero ha sido necesario mucho tiempo para que el *establishment* americano, gran parte del cual no sabe leer japonés y no tiene posibilidad de estudiar al Japón desde un punto de vista empírico, se pusiese al día con los datos que desde hace mucho tiempo aceptan los especialistas. En 1983, por ejemplo, un importante funcionario del MITI, Koji Matsumoto, sostuvo con lujo de detalles que las empresas japonesas no son capitalistas según la definición occidental de capitalismo; que, de acuerdo con una nueva definición, a la que Matsumoto llama *kigyoismo,* son ultracapitalistas [19]. Según Matsumoto: «Ha surgido y se ha desarrollado un nuevo sistema económico en Japón dentro de la concha del capitalismo» [20]. Sus características principales son: 1) «la separación total de hecho entre la dirección y los deseos de los propietarios», y 2) un desplazamiento del «peso del riesgo empresarial hacia el sector laboral», consiguiendo así 3) «la autonomía de la dirección» [21].

En las postrimerías de la década de 1980 los extranjeros que hicieron estas mismas observaciones u otras similares fueron tachados de «revisionistas» por el Ministerio de Asuntos Exteriores de Japón [22]. Esto se debió a los temores del Ministerio de que un conocimiento preciso por parte de los extranjeros de la estructura del capitalismo japonés pudiese desencadenar medidas destinadas a contrarrestar las actividades empresariales japonesas, y le llevó a tratar de impedirlo mediante propaganda y otras tretas desleales. El revisionismo se refiere a la «idea de que la economía y la sociedad de Japón no están organizadas en torno a las nociones clásicas de los mercados libres, en los cuales la dirección de la economía está deter-

[18] Stephen D. Cohen, *Cowboys and Samurai: Why the United States is Losing the Battle with the Japanese, and Why It Matters* (Nueva York: Harper Business, 1991), págs. 8-11. Para otra evidencia del excepcionalismo japonés, véase Edward J. Lincoln, *Japan's Unequal Trade* (Washington: Brookings Institution, 1990).

[19] Koji Matsumoto, *Kigyo-shugi no koryu* (Tokio: Nihon Seisansei Honbu, 1983), traducido con el título *The Rise of the Japanese Corporate System: the Inside View of a MITI Official,* traducción de Thomas I. Elliot (Londres: Kegan Paul International, 1991). Un término similar para *kigyo-shugi* de Matsumoto es *kaisha-shugi,* que usa Kazuo Shibagaki. Véase *Ekonomisuto,* 10, marzo, 1992, págs. 30-35.

[20] *Rise of the Japanese Corporate System,* pág. VII.

[21] *Ibid.,* págs. 6, 195.

[22] Véase, por ejemplo, Nagayo Homma, «Nihon "tasharon" no kiken» (El peligro de la teoría de que Japón es diferente), *Gaiko Forum,* octubre, 1989, págs. 12-20 *(Gaiko Forum* es publicada por el Ministerio de Asuntos Exteriores); «Gaiko no ketsuraku tsuku "mi-naoshiron"» (El «revisionismo» empieza a encontrar defectos en la diplomacia), *Area,* 30, enero, 1990, págs. 10-14; «Nihon o minaose» (El revisionismo), *Newsweek Japanese Editio,* 26, octubre, 1989, págs. 8-15; y «The "Gang of Four" Defends the Revisionist Line», *U.S. News & World Report,* 7, mayo, 1990, págs. 54-55. Para informes sobre ataques a mi persona, véase Hiroshi Sugimoto, «Reisengo Nihon to Amerika» (Japón y América después de la guerra fría), *Asahi shimbun,* 7, noviembre, 1991; y Shigeo Minabe, «Jyapan bassha basshingu» (Japón — el golpeador golpeando), *Ekonomisuto,* 31, marzo, 1992, págs. 42-44.

minada por las acciones independientes de los consumidores y las empresas, encaminadas todas a obtener el máximo de beneficios y de rentas. Esto hace que se tambalee la idea tan difundida (de ahí el "revisionismo") entre los responsables políticos americanos de que Japón es en lo fundamental similar a los Estados Unidos y a las democracias capitalistas occidentales» [23]. A aquellos que sostienen que Japón es una reproducción clónica en grado cadete de los Estados Unidos se les empezó a llamar o bien miembros del club del crisantemo o, según una frase de Pat Choate, «agentes de influencia» [24]. Su influencia fue indudable, y contribuyeron con ella a el empeoramiento de las relaciones entre Japón y América, hasta que miembros destacados de la comunidad económica japonesa decidieron que ya no era posible ignorar la realidad. Así pues, lo que ayer era revisionismo por lo que respecta a la economía japonesa ha pasado a ser en la actualidad de dominio público.

Iwao Nakatani, por ejemplo, distingue actualmente el «capitalismo de red» de Japón de la versión anglo-americana y sostiene que se basa en dos pilares: una economía cartelizada *(keiretsuka)* que da lugar a una manufactura más enjuta y más dinámica, y un accionariado trabado que elimina la influencia de los propietarios sobre el comportamiento empresarial [25]. Yukio Onuma, un directivo de C. Itoh y Compañía, asegura que «Japón no es una economía de mercado según el molde de Adam Smith... Dos características (entre muchas) la separan de las naciones occidentales industrializadas. La primera es que la distribución de la renta es mantenida dentro de bandas relativamente estrechas mediante un número de contratos y normas no escritos pero ampliamente aceptados por los miembros de la sociedad... Segundo, la sociedad japonesa ha "privatizado" efectivamente muchos de los costes sociales que en otros países son costeados por el Gobierno» [26].

El profesor Tadao Kagono, en un escrito aparecido en el órgano de publicación interno del Ministerio de Comercio Internacional e Industria, se refiere a «esta característica especial que hace que las empresas japonesas den más importancia a la cuota de mercado que a los beneficios, por comparación con las empresas europeas y americanas, especialmente las de los Estados Unidos». Esto se debe, dice Kagono, a «la presión del empleo garantizado», «a la falta de presión por parte de los mercados de valores, especialmente de los accionistas, para la obtención de ganancias a corto plazo» y a otras excentricidades estructurales (vistas desde la perspectiva de los libros de texto económicos americanos), de la organización industrial en Japón [27].

Los líderes de las instituciones de ayuda japonesa han empezado a impacientarse por el sostenido predominio de la doctrina económica americana en el Banco Mundial. Isao Kubota, director ejecutivo del Fondo de Cooperación Económica de Ultramar, principal órgano del Gobierno japonés para prestar ayuda al exterior, dijo refiriéndose a los economistas del Banco Mundial: «Es realmente increíble. Piensan que su marco económico es perfecto. Creo que están equivocados.» Japón es partidario de dar a los gobiernos un papel más importante en el desarrollo de sus economías, según el modelo japonés de postguerra, y de acabar con el enfoque de *laissez-faire* defendido por Washington [28].

Hay muchos otros análisis similares con listas diferentes de las diferencias estructurales significativas [29]. Lo importante es que el estudio de la economía japonesa finalmente se ha hecho público y ha adoptado un punto de vista inductivo, em-

[23] Peter Ennis, *Tokyo Business Today,* enero, 1990, pág. 30.

[24] Pat Choate, *Agents of Influence: How Japan's Lobbyists in the United States Manipulate America's Political and Economic System* (Nueva York: Knopf, 1990); y Charles Lewis, *America's Frontline Trade Officials* (Washington: The Center for Public Integrity, 1990).

[25] Iwao Nakatani, «Nichi-Bei inbaransu no kihon kozo» (Estructuras básicas del desequilibrio americano-japonés), *Chuo koron,* enero, 1990, págs. 50-63; e Iwao Nakatani, «"Nettowaku" shihon-shugi no kozai» (Méritos y deméritos de la red capitalista), *Shukan toyo keizai,* 13, diciembre, 1991, págs. 4-8. Para algunos pensamientos mordaces de distinguidos economistas sobre el tipo de capitalismo japonés, véase Yutaka Kosai, Rinichi Kosaki y Yukio Suzuki, «"Nihon-kata shihon-shugi" no jumyo» (La duración del «tipo de capitalismo japonés»), *Bungei shunju,* noviembre, 1991, págs. 148-159.

[26] Yukio Onuma, «Asia Will Turn to Japan for Development Lessons», *The Japan Times,* 20, abril, 1992 (mi agradecimiento a Glen Fukushima por llamarme la atención sobre este artículo).

[27] Tadao Kagono, «Nihon no kigyo kodo no shomondai» (Los problemas de funcionamiento de las corporaciones japonesas), *Tsusan jyanaru,* enero, 1992, págs. 26-27.

[28] «Japan Wants Strings on Aid: At Odds With US, Tokyo Urges Managed Economics», *International Herald Tribune,* 9, marzo, 1992.

[29] Véase, por ejemplo, Saburo Okita, «Japan: Better to Spend These Billions on Aid than on Arms», *International Herald Tribune,* 17, abril 1991; Masaaki Noda, «Nihon kabushiki kaisha-ko,"samurai shihon-shugi" no mujum to genkai» (Límites y contradicciones del «capitalismo samurai» de Japón), *Shukan daiyamondo,* 31, agosto, 1991, págs. 72-77; y Robert Zielinski y Nigel Holloway, *Unequal Markets: Power and Risk in Japan's Stock Market* (Tokio y Nueva York: Kodansha International, 1991).

pírico, que lo distingue de las abstracciones formales, deductivas de la ortodoxia económica.

La que sin duda es la confirmación más importante de estas diferencias estructurales apareció en un artículo que publicó, en el número de febrero de 1992 del *Bungei shunju,* Akio Morita, presidente de la Corporación Sony, vicepresidente de Keidanren y coautor de *El Japón que puede decir «No»* [30]. Tuvo un impacto sensacional en Japón, señal de que Morita es considerado allí, no menos que en el extranjero, un líder importante [31]. Cuando acababa de producirse la visita del ex-presidente Bush a Tokio, en enero de 1992, acompañado de un grupo de 21 de los principales directores americanos de empresas, Morita escribió: «Nos acercamos a un punto en que la competencia sostenida de las empresas japonesas que aplican una filosofía de gestión ajena a la de los europeos y americanos ya no puede tolerarse... Estas diferencias en la filosofía de gestión son las responsables de... crear una estructura de precios que es imposible que puedan superar las empresas occidentales.» Debe destacarse que en este artículo Morita escribía en japonés, y como es práctica común en las relaciones de los japoneses con los extranjeros que no leen japonés, en su versión inglesa dice algo diferente. Por ejemplo, en la *Harvard Business Review* de mayo-junio de 1992, en lugar de abogar por una reforma de las prácticas japonesas, se muestra partidario de que Japón ofrezca su ayuda a un capitalismo americano cada vez más decrépito. Incluso en ese contexto, menciona la necesidad de una inversión real japonesa en los Estados Unidos para revitalizar la manufactura americana y no los actuales trasplantes japoneses que sólo dan «un barniz superficial de contenido local a un producto que básicamente se fabrica en Japón» [32]. En el artículo que escribió en japonés, Morita se muestra partidario de importantes reformas del sistema empresarial japonés para adelantarse a las medidas defensivas que pudieran adoptar los países extranjeros contra Japón.

La cuestión es, ¿cambiará Japón?, ¿es políticamente factible que Japón cambie y cuáles serán las consecuencias de un cambio? Empezaré por exponer las razones contrarias al cambio. En la actualidad Japón no es meramente la variable independiente internacional, el foráneo; es también la forma más exitosa de organización capitalista industrial existente. Pedir a Japón que se adapte al modelo americano, aun cuando ese modelo esté más próximo a la norma global, significa pedir a los japoneses que ahorren menos, que trabajen menos horas, que exijan mayores beneficios, que toleren un gobierno más ineficaz, que consuman más, que estudien menos y que en todo lo demás copien lo que en Japón se percibirá inevitablemente como un estereotipo anglo-americano de arrogancia injustificable. Takubo, por ejemplo, sostiene que «el Japón de hoy se está viendo obligado a poner freno a sus actividades económicas en diversos lugares del mundo y está distribuyendo dinero frenéticamente en un intento de evitar que todo el mundo lo odie». Compara estas presiones con los forzados tratados de desarme naval de 1922 y 1930, cuando los poderes anglo-americanos establecieron una *ratio* menor de barcos de guerra para los japoneses que las que se asignaron a sí mismos [33]. Así pues, los cambios no van a verse

[30] Akio Morita, «"Nihon-kata keiei" ga abunai» (El estilo de dirección japonés en peligro), *Bungei shunju,* febrero, 1992, págs. 94-103. Trece años antes, el socio mayor de Morita en Sony, Masaru Ibuka, hizo similares observaciones pero sin defender la reforma. Véase su «Ima no Beikoku kigyo wa Nihon ni katenai» (Hoy las corporaciones americanas no pueden vencer a Japón), *Voice,* octubre, 1979, págs. 54-60. Para extractos del artículo de Morita en inglés, véase «Japan Must Play According to the Rules of its Competitors», *Los Angeles Times,* 9, febrero, 1992.

[31] Véase, por ejemplo, «Ronso: Nihon kigyo no chigin suijun?» (Debate: ¿Qué pasa con los tipos de salario de las corporaciones japonesas?), *Asahi shimbun,* 28, enero, 1992; «Business Barons Call Truce over Workers' Wage Debate», *Nikkei Weekly,* 29, febrero, 1992; Ayako Doi, «Trade Friction: Morita's Starling New Revisionism», *The Japan Digest,* 24, enero, 1992; Leslie Helm, «More Japanese Leaders Say Their Country Is at Fault», *Los Angeles Times,* 5, febrero, 1992, y R. Taggart Murphy, «Out of Control», *New York Times,* 2, marzo, 1992. En su conferencia del Consejo de Relaciones Exteriores, el ex-vicepresidente Quayle lanzó un muy interesante ataque contra el revisionismo, diciendo: «Según este punto de vista [el de los revisionistas], los inversores japoneses están dispuestos a aceptar dividendos bajos o prácticamente inexistentes.» Pero tres semanas antes de que pronunciara su conferencia del 27 de abril de 1992, Makoto Kuroda, antiguo diputado viceministro del MITI, intentando rebatir a Morita, había escrito: «Las grandes corporaciones forman un tipo de comunidad en Japón... Ser parte de esta estructura mayor, que se extiende a través del tiempo así como del espacio social, ha hecho que los accionistas japoneses estén dispuestos a aceptar dividendos menores que los que satisfarían a los inversores occidentales.» «It's OK to Put the Company First», *Nikkei Weekly,* 4, abril, 1992. Es incuestionable que las corporaciones japonesas pagan sólo una fracción de los dividendos que pagan las corporaciones americanas, como Morita reconoce. No está claro por qué Quayle llegó a estar envuelto en esta discusión, excepto quizá que él estaba correspondiendo al partido gobernante japonés por apoyar la reelección de Bush. Véase «Japan Goes Republican: The Strategy; Lie Low, Back Bush», *Business Tokyo,* abril, 1992, pág. 46.

[32] Akio Morita, «Partnering for Competitiveness: The Role of Japanese Business», *Harvard Business Review,* mayo-junio, 1992, pág. 17.

[33] *Voice,* marzo, 1992, pág. 49.

con buenos ojos en Japón, y no sólo por los intereses económicos representados en el antiguo sistema del Tratado de Seguridad.

Por supuesto que si Japón no cambia, como ha observado Morita, corre el riesgo de un contraataque real de los Estados Unidos, cotraataque que tal vez haya empezado ya. Ya se ha puesto en marcha una seria campaña «compra americano» dirigida contra Japón. A partir de la primavera de 1992, el contraataque adoptó otras formas, por ejemplo la imposición de barreras arancelarias por parte del tesoro de los Estados Unidos a las Hondas construidas en Canadá debido al bajo contenido norteamericano, el juicio que ganó a la Minolta la Honeywell por una infracción de patentes y el señalamiento por parte del fiscal general de las *Keiretsu* japonesas como objetivo de un proceso antimonopolio. Lo que da a esta campaña un carácter más grave que a las anteriores son las señales de participación política masiva de los americanos. Entre los ejemplos figuran la revuelta de Los Angeles contra la compra de tranvías japoneses; el hecho de que la novela de Michael Crichton, *Rising Sun,* se convirtiese en un *best-seller* arrollador, y la irritación por el racismo japonés contra el luchador americano de *sumo* mientras que la Nintendo está en negociaciones para comprar un equipo de béisbol en Seattle. Tal vez los cambios en Japón lleguen demasiado tarde como para influir sobre las actitudes americanas.

Comoquiera que sea ¿cambiará Japón? El panorama aparece revuelto. Por una parte, Morita aboga por un cambio japonés como respuesta prudente al enfrentamiento entre Japón y América. Entiende, por ejemplo, que en la industria automotriz estadounidense, que es uno de los principales empleadores de americanos negros, Japón y América chocarán inevitablemente [34]. Los Estados Unidos no pueden permitir que Japón saque del mercado a uno o más de los tres grandes fabricantes de coches americanos, en aras de la paz social. Por otra parte, casi no hay evidencia de que los japoneses quieran cambiar o quieran cualquier otra cosa que no sea apaciguar y distraer a los americanos. Esta es la conclusión a la que llegan muchos observadores serios y agudos.

Por ejemplo, los editores del *The Japan Digest* escriben sobre la Ronda Uruguay: «El Gobierno [japonés] rechazó formalmente la propuesta del secretario general del GATT, Arthur Dunkel, de una "aplicación de aranceles sin excepción" a los productos agrícolas, al negarse a reemplazar su prohibición sobre la importación de arroz por un arancel. El primer ministro Miyazawa y los ministros del ramo adoptaron esa actitud el miércoles [26 de febrero de 1992], acabando con cualquier resquicio de esperanza que pudiesen albergar los Estados Unidos y los demás países de que Japón ejerciese por una vez el liderazgo en una cuestión internacional» [35]. De forma similar, Kenneth Courtis, el principal economista del Deutsche Bank en Tokio, llegó a la conclusión de que «con el que era quizá el gobierno más débil de las naciones industriales del Grupo de los Siete, Japón fue incapaz o no tuvo voluntad de encarar desde una perspectiva política ninguna de las cuestiones estructurales importantes a las que actualmente se enfrenta la economía». A la lista de Morita en la que figuran los salarios bajos, los bajos dividendos, las largas jornadas de trabajo y las escasas vacaciones, Courtis añade la necesidad de una reforma de las leyes sobre el uso de la tierra, de la equidad fiscal y de la desregulación [36].

El centro neurálgico del enfoque de la Administración Bush respecto de Japón fue la llamada Iniciativa sobre Impedimentos Estructurales (SII, *Structural Impediments Initiative*), un plan para hacer uso de la presión exterior a fin de forzar reformas en Japón que hiciesen que este país se pareciese más a los Estados Unidos. Los líderes de la Administración Bush cantaron victoria en este intento, aun cuando ninguno de ellos tenía conocimientos lingüísticos ni culturales como para comprobar la conformidad de Japón al respecto. Se aproximan más a la verdad las reflexiones de un importante periodista japonés: «El punto principal de las conversaciones [entre el LDP y el SII] tuvo que ver más bien con la forma de parar a los Estados Unidos... o con lo que hay que hacer para evitar una pérdida de los escaños del LDP en las próximas elecciones. Estas conversaciones nunca tuvieron en cuenta los efectos [del SII] sobre la economía mundial o sobre el consumidor japonés» [37].

[34] Sobre la conexión entre las relaciones de raza y la auto-industria en Estados Unidos, véase Robert E. Cole y Donald R. Deskins, Jr., «Racial Factors in Site Location and Employment Patterns of Japanese Auto Firms in America», *California Management Review,* 31:1 (otoño, 1988), 9-22.

[35] *The Japan Digest,* III:37 (27, febrero, 1992).

[36] Kenneth S. Courtis, «Japan Faces Dangers of the Downside», *The Japan Times,* 9, diciembre, 1991.

[37] Yukio Kashiyama, Sankei Shimbun, «To Avoid the "Coming War": A First Hand Observation of U.S.-Japan Relations» (Nueva York: East Asian Institute, Columbia University, diciembre, 1991), pág. 6.

Comoquiera que fuese, el senador Linn Williams, ex vicerrepresentante comercial de los Estados Unidos, se jactaba de fortalecer la Comisión Japonesa de Comercio Leal (FTC) y sostenía que el SII se había mostrado partidario de que Japón aplicase sus leyes antimonopolio [38]. A algunos japoneses, que escriben en inglés, también les gustaría que los extranjeros creyesen eso. La revista *Tokyo Business Today* publicó en primera plana un artículo sobre «el endurecimiento de la FTC» [39]. Allí se afirma que el caso de *dango* de Saitama (manipulación fraudulenta de la licitación de la industria de la construcción) evidencia esta dureza, y sobre ella afirma el *Tokyo Business Today:* «El martillo volvió a caer en junio del año pasado [1991] con el "escándalo de la *dango* de Saitama" en que se vieron envueltas la corporación Kajima, la corporación Taisei y otras cinco industrias punteras» (en realidad un total de 68 empresas de la construcción). La verdad es que el martillo nunca calló. A pesar de una investigación completa durante 1991, la FTC decidió no encausar a nadie, aun cuando la manipulación fraudulenta de las licitaciones representó la colosal cifra de 94.000 millones de yens en el año fiscal de 1990 y defraudó al gobierno de la prefectura de Saitama. Durante los diecisiete últimos años la FTC sólo entabló un juicio por violación de la Ley Antimonopolio contra los fabricantes de materiales plásticos, como Saranwrap. *Asahi* denominó el caso de las industrias plásticas «un sacrificio humano para que la FTC hiciese un buen papel» ante los americanos [40].

Es posible que Japón modifique sus prácticas empresariales. Noriatsu Matsui considera que está en marcha una gran revolución para producir «cambios dentro de los sistemas que permitan mayor iniciativa individual y el relajamiento de las constricciones de una gestión sobrerregulada y trabada por grupos» [41]. Algunos analistas predicen una «revuelta de Espartaco» de los subcontratistas contra la esclavitud del sistema de *keiretsu* [42]. Sin embargo, al margen de algunos pataleos de los jóvenes por lo inadecuado de las viviendas y de algunos tirones de orejas de la derecha por la disminución en la tasa de nacimientos, no hay evidencia concreta alguna de cambio económico.

II

En un artículo publicado en la primavera de 1992 en *Foreign Affairs,* el ex senador Howard Baker y la ex vicepresidenta adjunta de Defensa, Ellen Frost, llegan a la siguiente conclusión: «De prevalecer las tendencias actuales, hay pocas posibilidades de que Japón llegue a convertirse en una gran potencia militar» [43]. Me cuesta pensar en una generalización más equivocada sobre las relaciones entre Japón y América. Precisamente porque «de prevalecer las tendencias actuales» Japón no tendrá más opción que llegar a convertirse en una gran potencia militar. La opinión Baker-Frost refleja la tan extendida suficiencia de Washington en todo lo referente a Asia del Este —basada más en definiciones que en las investigaciones de las tendencias allí imperantes— y una negativa absoluta a adoptar un supuesto que no sea absolutamente generoso sobre la marcha de las aptitudes propias de América y de la política exterior que aplica [44].

Para un análisis, las «tendencias actuales» y la forma en que podrían afectar a la seguridad japonesa pueden dividirse en tendencias objetivas y subjetivas. Por tendencias objetivas entiendo cambios en la seguridad de Japón que obligarán a este país a responder, esté preparado o no. Por tendencias subjetivas entiendo el debate interno que está teniendo lugar en Japón sobre el sistema político del país, sobre sus políticas tecnonacionalistas *de facto* para lograr independencia en las tecnologías de doble uso (civil y militar) y el socavamiento de las actuales restricciones al ejercicio del poder militar. Pasaré ahora revista a cada uno de estos conjuntos de cuestiones.

[38] S. Linn Williams, «Through a Glass Darkly: Reflections on the Future of International Trade», U.S.-Japan Program, Japan Society, Nueva York, 22, octubre, 1991. Para una propuesta dc que el comercio estadounidense responda al cumplimiento laxo japonés de sus leyes antimonopolio usando la ley *Racketeer Influenced and Corrupt Organizations Act,* véase James D. Harmon, Jr., «RICO Meets *Keiretsu:* A Response to Predatory Transfer Pricing», *Vanderbilt Journal of Transnational Law,* 25:1 (1992), 3-36.

[39] *Tokyo Business Today,* abril, 1992, portada y pág. 30.

[40] Editorial, *Asahi Evening News,* 20, abril, 1992 *(Asahi shimbun,* editorial de 19, abril, 1992), y Hitoshi Saito, «Lax Pursuit of Bid Rig Case Seen Riling U.S.», *Nikkei Weekly,* 2, mayo, 1992.

[41] *New Roles for Japan In the Global Political Economy,* pág. 6.

[42] Steve Burrell, «Japan's Keiretsu the Barrier to Trade», *Financial Review* (Australia), 2, diciembre, 1991.

[43] Howard H. Baker, Jr., y Ellen L. Frost, «Rescuing the U.S.-Japan Alliance», *Foreing Affairs,* 71:2 (primavera 1992), 105.

[44] Otras fuentes de error son interpretar que las tendencias en la Alianza se deben a diferencias de personalidad o culpar a las malas noticias del mensajero o el analista. Para un ejemplo dc lo primero, véase Richard Holbrooke, «Bashing is Dangerous and Avoidable», *New York Times,* 22, febrero, 1992; para un ejemplo de lo segundo, véase la reseña de Robert B. Reich de la novela de Michael Crichton *Rising Sun, New York Times Book Review,* 9 febrero, 1992.

Tras el más reciente despliegue del poderío militar americano —la guerra relámpago contra Irak— los japoneses ya no ven a los Estados Unidos con la imagen que pretende proyectar la Administración americana. La guerra del Golfo, combinada con la negativa de los Estados Unidos a tratar de reconstruir los cimientos industriales sobre los cuales descansa en última instancia su poder militar, o a reconocer siquiera que tiene un problema a este respecto, contribuyeron enormemente a reconfigurar lo que Japón considera que es el «problema americano» [45]. No existe posibilidad alguna de que pueda restaurarse una Pax Americana o siquiera de mantener el papel de liderazgo de los Estados Unidos sin una seria reforma económica del país. Pero en casi todos los aspectos los japoneses ven que los americanos pasan por alto sus advertencias más serias sobre las dificultades económicas, mientras siguen diciendo perogrulladas sobre cómo el «poder blando» americano lo conseguirá todo [46].

Para tomar sólo uno de los ejemplos más destacados y oficiales, el 1 de marzo de 1992 el Consejo de Política de Competitividad presentó su primer informe anual al presidente y al Congreso, y produjo un revuelo mayor de lo que es normal cuando aparece un informe de este tipo [47]. El Consejo, constituido por 12 personas, fue creado por la Ley de Comercio de 1988 —la misma ley que creó el Super 301—, que dio al Consejo instrucciones «de emitir recomendaciones en el terreno de las estrategias nacionales y sobre políticas específicas encaminadas a aumentar la productividad y la competitividad internacional de las industrias de los Estados Unidos» [48]. Así pues, el Consejo de Política de Competitividad se parece a muchos *shingikai* y *chosakai* japoneses remontándonos a la época de la más absoluta postguerra, que estuvieron presididos por figuras tales como Hiromi Arisawa, Miyohei Shinohara y Saburo Okita y cuyo fin fue presentar estrategias económicas para el país. Los miembros de la CPC son nombrados en un tercio por el presidente, otro tercio por el Senado y el tercio restante por la Cámara de Representantes.

Un aspecto interesante del informe surge del hecho de que el presidente del Consejo es un conocido economista y director del Instituto de Economía Internacional, C. Fred Bergsten. Hasta ahora Bergsten ha personificado el modelo de un buen economista neoclásico —convencido de que los problemas internacionales económicos de América son macroeconómicos, marcadamente a favor de la postura americana frente a la postura de Maekawa en el Acuerdo del Plaza (Bergsten escribió en una ocasión que el déficit comercial americano con Japón terminaría cuando se llegase a un tipo de cambio de 190 yens por dólar) y opuesto a cualquier forma de política industrial [49].

Así pues, resulta interesante que el Consejo de Bergsten escriba que el gobierno y la industria deberían trabajar conjuntamente en una nueva Agencia Federal, de acuerdo con las líneas de la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzada sobre Defensa del Pentágono (DARPA), para desarrollar tecnologías civiles, y a continuación añade: «No tiene por qué producir desconcierto la adopción consciente de una política de este tipo, especialmente cuando ha sido adoptada prácticamente por todos los demás países del mundo» [50]. El informe Bergsten también aboga por un «control de las actividades de los gobiernos y empresas extranjeros» en las llamadas «tecnologías críticas», y sugiere que «la comunidad de inteligencia podría muy bien contribuir significativamente a esta parte del esfuerzo» [51]. El informe llega además a la conclusión de que «nuestros mercados de capital, considerados tradicionalmente como uno de los puntos fuertes de la económica de América», son la causa de la catastrófica orientación a corto plazo de América; que «los Estados Unidos tienen las tasas más bajas de ahorro y de inversión de todos los países industriales»; que la «práctica educacional de los Estados Unidos... es inadecuada según todas las normas concebibles», y que «la trayectoria americana en la última década es sombría» [52].

---

[45] Véase Chalmers Johnson, «History Restarted: Japanese-American Relations at the End of the Century», en R. Higgott, R. Leaver, y J. Ravenhill, eds., *Economic Relations in the Pacific in the 1990s: Conflict or Cooperation?* (Sydney: Allen and Unwin, 1992).

[46] Joseph S. Nye, Jr., «Soft Power», *Foreign Policy* 80 (otoño, 1990), 153-171.

[47] Consejo Político de la Competitividad, *First Annual Report to the President and Congress: Building a Competitive America* (Washington, 1, marzo, 1992); y Steven Greenhouse, «Competitiveness Panel Urges Action», *New York Times,* 5, marzo, 1992.

[48] *Ibid.,* págs. V-VI.

[49] C. Fred Bergsten y William R. Cline, *The United States-Japan Economic Problem* (Washington: Institute for International Economics, 1985), pág. 6.

[50] Consejo Político de la Competitividad, *First Annual Report,* pág. 32.

[51] *Ibid.,* pág. 33.

[52] *Ibid.,* págs. 11, 18, 20 y 26. Véase también David P. Calleo, *The Bankrupting of America* (Nueva York: William Morrow, 1991).

¿Qué pueden hacer entonces los japoneses con un país que se limita a archivar un informe como éste junto a otros doce por lo menos de la década pasada? Como si respondiera al informe Bergsten, el ex-vicepresidente Quayle, en su alocución del 27 de abril de 1992, dijo sobre las relaciones entre Japón y América: «Primero y principal, los Estados Unidos desde la década de 1970 han estado reestructurando fundamentalmente su economía para hacerla mundialmente competitiva» [53]. Dicho sea de paso, esto fue dos días antes de las revueltas, saqueos e incendios de Los Angeles causados por unas políticas internas inadecuadas en muchos aspectos.

Los japoneses se sienten cada vez más inclinados a creer que Paul Kennedy estaba en lo cierto cuando escribió su *The Rise and Fall of the Great Powers*. Los Estados Unidos han estado ocupados durante tanto tiempo en ser una potencia hegemónica que han olvidado cómo manejar sus asuntos internos, del mismo modo que Japón ha estado preocupado durante tanto tiempo en la competencia económica que ha olvidado el tratamiento que debe dar a sus problemas exteriores y de seguridad. Casi instintivamente los Estados Unidos prefieren una guerra en el Golfo Pérsico y un intento de actuar como intermediarios en la obtención de una paz árabe-israelí que tratar de forjar una política energética nacional; hostigan sin parar a Japón para que abra sus mercados en lugar de elaborar su propia política industrial interna, y participan en operaciones militares contra los capos extranjeros de las drogas en Granada y Panamá en lugar de combatir la demanda de drogas dentro de los Estados Unidos [54]. Considerada a la luz de estos hechos, «la guerra del señor Bush», como lo expresaba Stephen Graubard, se parecía más a una «aventura en la política de la ilusión», una versión americana de la campaña desarrollada por la señora Thatcher en las islas Malvinas que sólo pretendía dar a Bush la misma aura de infalibilidad que ella consiguió, aunque por poco tiempo [55].

Un libro reciente que intentó explicar esta anomalía de una América viril con pies económicos de barro es el de George Friedman y Meredith LeBard titulado *The Coming War with Japan*. No deja de ser interesante que mientras este libro sólo vendió 40.000 ejemplares en los Estados Unidos durante su primer año de publicación, en Japón se haya convertido en un *best-seller* del que se vendieron 400.000 ejemplares [56]. La esencia de la argumentación de Friedman y LeBard es que en un mundo posterior a la guerra fría los Estados Unidos encuentran que el «enorme poder militar acumulado durante la guerra fría» es su activo más importante. «Es más fácil —escriben— obligar a Japón a limitar sus exportaciones de coches a los Estados Unidos y aumentar su compra de coches estadounidenses que aumentar la eficiencia de Detroit. Esta es la trampa del imperio. El imperio es ganado primero por los más eficientes e industriosos. Después es mantenido por esfuerzos políticos y militares, no por la eficiencia económica. Así pues, la economía se atrofia mientras crecen la Armada y el Ejército. El poder militar se utiliza para transferir riqueza de las colonias y de los aliados [esto se escribió antes de que Estados Unidos hubiera sacado a Japón 13.000 millones de dólares para pagar la guerra del Golfo] en lugar de iniciar el esfuerzo político de reconstruir la economía nacional. En cada momento, el poder imperialista tiene que elegir entre resolver una crisis económica mediante el esfuerzo interno o aumentar la explotación. Se suele elegir la segunda opción por ser la que tropieza con menos resistencia. Con frecuencia el resultado es una enorme fuerza militar con un centro socioeconómico hueco, un imperio que se desploma» [57].

Los japoneses temen que en lugar de la reforma interna la política externa americana pueda degenerar en una trampa de protección internacional. Señalan que Bush cedió a las presiones del Pentágono para realizar sólo unos recortes mínimos en los gastos militares, a pesar de que ya no existía la amenaza soviética y de que la guerra fría terminó. Observan la filtración de lo que se dio en llamar el informe Wolfowitz, en el cual el subsecretario de los Estados Unidos para la Defensa abogaba por una política de «superpotencia solitaria». De acuerdo con Wolfowitz «debemos mantener los mecanismos para disuadir a los posibles competidores de aspirar siquiera a un papel *regional* [hemos agregado el subrayado] o mundial» [58].

[53] Comentarios del ex-vicepresidente al Council on Foreign Relations, Nueva York, 27, abril, 1992.

[54] Alan Tonelson, «Prudence or Inertia? The Bush Administration's Foreign Policy», *Current History,* 91:564 (abril 1992), 145-50.

[55] Stephen R. Graubard, *Mr. Bush's War* (Nueva York: Hill and Wang, 1992), pág. x. *et passim.*

[56] Nueva York: St. Martin's Press, 1991. Para las cifras de venta, véase «When a Book Scares a Nation», *Los Angeles Times,* 16, febrero, 1992.

[57] *The Coming War,* pág. 401.

[58] Citado en Leonard Silk, «Weak Economy Pins Bush Down», *New York Times,* 13, marzo, 1992.

A pesar de que la Casa Blanca rechazó el informe, Leslie Gelb describe los planes bipartidarios para gastar un billón y medio de dólares en defensa de aquí a 1997 sin que haya ningún enemigo aparente de América en el horizonte [59].

Todo esto añade credibilidad al panorama que describen Friedman y LeBard: «La guerra fría ya pasó factura, y los Estados Unidos siguen trasladándola a sus aliados, especialmente a Japón. El precio —la subordinación permanente a los Estados Unidos y la disposición a sufrir daño económico si los Estados Unidos así lo exigen— es un precio demasiado alto para Japón. Por otra parte, para los Estados Unidos seguir protegiendo los intereses mundiales de Japón sin cobrar nada es un precio demasiado alto... La inminente guerra con Japón no se deberá a la maldad ni a la mezquindad de espíritu. Tampoco surgirá de una falta de comprensión mutua. No surgirá porque Japón y América sean culturas similares o diferentes. Surgirá porque ambas son naciones responsables que viven en un mundo peligroso» [60].

Creo que a pesar de su estridente título, Friedman y LeBard han escrito un libro importante, aunque sólo sea por las claras resonancias que tuvo ante la opinión pública japonesa [61]. Comoquiera que sea, no comparto su opinión de que los Estados Unidos y Japón vayan camino de un enfrentamiento militar. Estoy de acuerdo con Reinhard Drifte en que Japón está guiado por la «convicción popular de que el poder económico es, en última instancia, más decisivo» y en que el colapso de la Unión Soviética y el declive de los Estados Unidos no hacen más que corroborar esta opinión [62]. La respuesta de Japón a una estrategia americana de «superpotencia solitaria» no será aplicar sus tecnologías de doble uso a una capacidad militar sino más bien al tecnonacionalismo y a propiciar la dependencia militar americana respecto de los productos japoneses de alta tecnología. Pero ese tema nos traslada del problema de la seguridad objetiva al reino de la seguridad subjetiva tal como la perciben los japoneses.

Nos llega mucha información anómala y contradictoria sobre defensa desde el Este de Asia ahora que se ha acabado la guerra fría. Las naciones del Pacífico son en la actualidad el mercado más importante en cuanto a crecimiento de la defensa, reemplazando al Medio Oriente. En 1977 el Asia del Pacífico compró el 6 por 100 del equipo de defensa que se vendió en todo el mundo; esto ascendió al 23 por 100 en 1987 [63]. El *Washington Post* señala que «numerosas naciones del Pacífico asiático se han embarcado en una carrera de compra de armamentos que contrasta marcadamente con las reducidas ansias de nuevos armamentos de los Estados Unidos y Europa desde el fin de la guerra fría» [64]. T. J. Pempel se pregunta: «¿Por qué cuando el resto del mundo industrializado parece estar reduciendo sus gastos militares Japón aumenta los suyos?» [65]. Incluso reconociendo que los gastos de Japón en la actualidad han dejado de crecer, «en la pasada década... la capacidad militar de Japón ha aumentado significativamente registrando un aumento del presupuesto medio real de defensa de más del 5 por 100 por año expresado en yens... Japón compra... más armas a los Estados Unidos dentro del programa de ventas militares al exterior que cualquier otro país, y más que Italia, Gran Bretaña, Francia y Alemania juntas» [66]. A partir de este año Japón también se propone importar unas 30 toneladas de plutonio de Europa, ostensiblemente para su uso en reactores nucleares de regeneración rápida. A pesar de los altos costes, la disponibilidad de uranio mucho más barato y los análisis de que los reactores no serán comercialmente viables antes del 2030, Japón sigue adelante [67]. ¿Con qué objetivo?

Igualmente importante es el compromiso de Japón con el tecnonacionalismo. El principal especialista sobre este tema, Richard Samuels, llega a la conclusión de que: «Desde el punto de vista japonés, la obtención de licencias de producción nunca ha sido un fin en sí mismo; ha sido tanto en el siglo XX como en el siglo XIX un medio para

[59] Leslie H. Gelb, «$1.5 Trillion "Defense"», *New York Times,* 17, abril, 1992.

[60] *The Coming War,* pág. 403.

[61] Para una reseña que alaba la claridad y perspicacia de Friedman y LeBard, véase Shoichi Saeki, *Bungei shunju,* julio, 1991, traducción de la embajada americana, Tokio, *Summaries of Selected Japanese Magazines,* diciembre, 1992, págs. 18-25.

[62] *Journal of East Asian Affairs,* invierno-primavera, 1992, pág. 92.

[63] *Jane's Defense Appointments and Procurement Handbook: Pacific Rim Edition* (Alexandria, VA: Jane's, 1992); *Asia Pacific Defense Reporter* (Australia), diciembre-enero, 1991-1992.

[64] R. Jeffrey Smith, «E. Asian Nations Intensify Arms-Buying From West», *Washington Post,* 9, marzo, 1992.

[65] T. J. Pempel, «From Trade to Technology: Japan's Reassessment of Military Policies», *Jerusalem Journal of International Relations,* 12:4 (1991), 1-28.

[66] Drifte, *Journal of East Asian Affairs,* invierno-primavera, 1992, págs. 86, 88-89.

[67] Jim Mann, «Japan's Energy Future Linked to Risky Cargo», *Los Angeles Times,* 23, febrero, 1992; David E. Sanger, «Japan Is Cautioned on Plan to Store Tons of Plutonium», *New York Times,* 13, abril, 1992.

aprender los procesos que subyacen al diseño y a la producción de los productos bajo licencia... la industria japonesa sigue segura de triunfar mediante la creación de dependencias en un mercado global que necesita de sus productos y tecnologías de proceso de doble uso. El tecnonacionalismo japonés ha llevado al país a reinventar la seguridad en la guerra y en la paz» [68]. Reinhard Drifte está de acuerdo: «La Agencia de Defensa se propone unas fuerzas militares de alta tecnología y pretende llegar a ser independiente tanto en la producción como en la tecnología... Más que instrumentalizar su poder militar en nada que no sea la disuasión, es el poder económico lo que se usa cada vez más para fines políticos así como para las políticas relacionadas con la seguridad» [69]. Toda la información de que disponemos nos lleva a pensar que el Instituto de Desarrollo e Investigación Técnica de la Agencia de Defensa tiene en marcha un programa de investigación más avanzado y global de lo que creen aquellos del Pentágono que les venden equipo [70].

Al parecer no hay nada semejante a una política americana sobre estas cuestiones. Tal vez esto haya quedado bien patente en las sesiones del Congreso, altamente censuradas, sobre la venta en 1988 del sistema Aegis americano de defensa naval a Japón. El Aegis se cuenta entre las tecnologías navales más sofisticadas que tienen actualmente los Estados Unidos. Es el equivalente naval del AWAC de la fuerza aérea, y su integración de ordenadores y radares tiene muchas potencialidades de doble uso, especialmente en operaciones de control del tráfico aéreo. Va a ser instalado en cuatro nuevos destructores de 8.900 toneladas que se construirán en Japón, el primero de los cuales quedará terminado en 1993. En las sesiones relacionadas con la venta del sistema, los miembros del Congreso plantearon preguntas sobre la venta por parte de la Toshiba Machine Company de máquinas-herramientas numéricamente controladas a la antigua Unión Soviética, la promesa del Gobierno japonés y su subsiguiente falta de aprobación de una ley antiespionaje, y si Japón podría revertir el Aegis, todo lo cual fue dejado de lado por Karl Jackson, por entonces vicesecretario de Defensa para el Este de Asia y el Pacífico.

Se produjo un cambio de impresiones especialmente molesto cuando uno de los almirantes que testificaron dijo que los japoneses construirían sus propios barcos para el Aegis porque Japón «tenía un exceso de capacidad en sus astilleros por no tener trabajo suficiente». El congresista Bennett, en su carácter de presidente, preguntó a Jackson: «Si usted exigiese que el Aegis fuera instalado en barcos construidos en los Estados Unidos los japoneses no comprarían el sistema, ¿verdad?»... [Señor Jackson:] «Es cierto» [71]. A continuación los japoneses dijeron que tenían que construir sus propios clones de los destructores de clase Arleigh Burke de la Armada de los Estados Unidos porque en la versión americana «los espacios habitables, los corredores, las escaleras, eran demasiado grandes» [72].

Todas estas cuestiones, incluida la venta del Aegis, al igual que el igualmente controvertido acuerdo de coproducción FSX, tal vez podrían racionalizarse de un modo u otro. Se dice que la integración militar americano-japonesa contribuye a la función de «corcho en la botella» de los Estados Unidos: ayuda a garantizar que las fuerzas de autodefensa japonesas no puedan actuar por cuenta propia. Y las transferencias japonesas de tecnologías de doble uso a los Estados Unidos, como las utilizadas en el avión «sigilo», pueden ser menos una cuestión de adquisición de influencia por parte de Japón que de necesidades americanas. Andrew Moravcsik advierte contra un excesivo orgullo americano respecto de sus armas de alta tecnología: «La ventaja decisiva de los Estados Unidos [en la producción de armamentos de postguerra] no residió en una mayor capacidad tecnológica, un área en la cual todavía estaba rezagada respecto de la Gran Bretaña, sino en las proporciones de su mercado nacional y en el nivel de sus recursos» [73]. También es verdad que la escasez

[68] Richad J. Samuels, «Reinventing Security: Japan Since Meiji», *Daedalus,* 120:4 (otoño, 1991), 59, 65.

[69] Drifte, *Journal of East Asian affairs,* invierno-primavera, 1992, págs, 84, 90.

[70] Véase *Koku tembo* (Examen de la aviación) (Tokio: Koku Nyusu Sha, 1991), págs, 505-519.

[71] Subcomité de la Fuerza Naval y de los materiales estratégicos y críticos, Comité de las Fuerzas Armadas, Cámara de Representantes, *Sale of the Aegis Weapon System to Japan* [HASC N.º 100-53] (Washington: Government Printing Office, 1988), págs. 20, 68.

[72] David Evans, «Japanese Doing a High-tech Two-step with Tanks, Ships», *Chicago Tribune,* 20, diciembre, 1991. Es interesante observar que Karl Jackson fue a trabajar para el ex-vicepresidente Quayle y se sabe que es el autor del discurso de Quayle del 27 de abril de 1992 sobre las relaciones americano-japonesas. El *Far Eastern Economic Review* describe a Jackson como «uno de los pocos japonófilos que quedan dentro de la Administración». Susumu Awanohara, «The Good Scout», *Far Eastern Economic Review,* 14, mayo, 1992, pág. 16.

[73] Andrew Moravcsik, «Arms and Autarky in Modern European History», *Daedalus,* otoño, 1991, pág. 33.

cada vez mayor de mano de obra de Japón es una barrera casi insuperable para la creación de unas fuerzas armadas japonesas de plena capacidad.

Sin embargo, las dudas surgen cuando empezamos a sumar los destructores equipados con el Aegis, las existencias acumuladas de plutonio y unos presupuestos de defensa de 4.159,3 millones de yens en 1990 (28.730 millones al cambio de 144,79 yens por cada dólar estadounidense) y 4.402,3 millones de yens en 1991 (32.890 millones de dólares al cambio de 133,85 yens por dólar estadounidense) vistos los graves problemas de liderazgo que tiene Japón. Hay cuatro restricciones basadas en cuestiones políticas pero no legales sobre el uso por parte de Japón de la Fuerza Armada, además de la propia Constitución de 1947. Muchos japoneses se han alarmado por el hecho de que en la actualidad todas estas restricciones hayan quedado vacías de sentido y, lo que quizá sea todavía más importante, por la *forma* en que fueron vaciadas. El reconocimiento de estos hechos y la oposición a ellos ha provocado el mayor debate constitucional que tuvo lugar en Japón desde los disturbios por el Tratado de Seguridad de 1960. El Gobierno japonés se sintió evidentemente molesto por su imposibilidad de enviar tropas a la acción aliada en el Golfo Pérsico, y todavía más lo estuvo por su incapacidad para contribuir a la Operación de Mantenimiento de la Paz llevada a cabo por las Naciones Unidas en Camboya (PKO) [74]. A Japón le gustaría convertirse en miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU, pero en la medida en que no tenga capacidad para poner en práctica una resolución del Consejo de Seguridad, ese objetivo parece muy lejano. El debate tiene que ver con el hecho de que el sistema político japonés carece de un «mecanismo de control», y hasta que tenga uno es probable que prevalezcan las opiniones del ex primer ministro de Singapur, Lee Kuan Yew: «Permitir que los japoneses participen en operaciones militares [es] como dar a un alcohólico bombones de licor» [75].

Las cuatro restricciones informales son lo que se ha dado en llamar Tres Principios No Nucleares (Japón no podrá producir, poseer ni introducir armas nucleares), la prohibición sobre la exportación de armas, la limitación de gastos de defensa al 1 por 100 del PNB y la negativa al despliegue de tropas japonesas fuera del país. Las cuatro han sido quebrantadas, la primera por haber permitido el aterrizaje de un avión de carga americano en Yokosuka y por la importación de plutonio, la segunda por el acuerdo de 1983 de pasarse a las tecnologías americanas en lo relacionado con lo militar y por acceder a participar en la iniciativa de defensa estratégica de los Estados Unidos, la tercera por el gabinete de Nakasone y sin voto de la Dieta, y la cuarta por el despliegue de dragaminas en el Golfo Pérsico y por la solicitud para unirse a las operaciones de paz de la ONU. El artículo 9 de la Constitución es la última barrera que queda, y está siendo atacado por uno de los líderes más dinámicos del LDP, Ichiro Ozawa, que actualmente dirige el comité especial del partido sobre el papel de Japón en la sociedad internacional. Debe quedar bien entendido que la mayoría de los japoneses equiparan el artículo 9 de la Constitución con la propia democracia; no se puede modificar uno sin modificar también la otra. Así pues, cuando Ozawa propone que el gabinete simplemente ignore el artículo 9 y, en cambio, se base en la línea del preámbulo que dice que «ninguna nación es por sí sola responsable» como justificación para enviar tropas a las acciones conjuntas de la ONU, muchos japoneses ven que empieza a derrumbarse todo el edificio de la democracia de postguerra [76].

El profesor Jiro Yamaguchi explica:

[74] En enero de 1992, el secretario general de la ONU, Butros Ghali, urgió al Japón para que se uniera a las operaciones de pacificación, solicitando «incluso un pequeño número» de gente para que participase. En respuesta, el antiguo ministro de Exteriores, Hiroshi Mitsuzuka, pidió un puesto permanente en el Consejo de Seguridad y que el nombre de Japón fuese retirado de una lista de «naciones enemigas» nombrada en los Estatutos. En enero el príncipe Norodom Sihanouk requirió al presidente del Partido Socialista, Makoto Tanabe, que estaba de visita, «enviar tropas japonesas para ayudar a retirar minas y restablecer la paz». Cuatro meses más tarde, Butros Ghali dijo, en una conferencia de prensa en Beijing, que el contingente de la ONU destinado a Camboya estaba ya completo y que no se necesitaba el japonés. Al día siguiente un funcionario del departamento de Exteriores japonés dijo que lo que él quería decir era que «las fuerzas en Camboya eran suficientes, no que la japonesa no fuera necesaria». *The Japan Digest,* 16, enero, 1992; 28, enero, 1992; 16, abril, 1992; 17, abril, 1992. El 15 de junio de 1992 el LDP introdujo a la fuerza su proyecto de ley sobre la PKO a través de la Dieta, a pesar de la resignación mayoritaria de unos 141 miembros del Partido Socialista. El proyecto de ley excluye a las tropas japonesas de cualquier operación que pudiera implicar acción militar real. Japón dice que este proyecto de ley prevé el envío de un contingente a Camboya que se comprometa a la atención médica, la reparación de puentes y carreteras y ayuda al refugiado.

[75] Citado en Tamamoto, *World Policy Journal,* otoño, 1991, págs. 584-585.

[76] «Ozawa Panel Would "Reinterpret" Constitution to Let Troops Join U.N.», *The Japan Digest,* 21, febrero, 1992; Ayako Doi, «Japan's First Step Into a Brave New World», *The Japan Digest Forum,* 25, febrero, 1992, y Teresa Watanabe, «Shift Urged on Sending Japan's Troops Abroad», *Los Angeles Times,* 22, febrero, 1992. Véase también Asahi Shimbun Seiji-bu (Departamento

> «Tras el período de rápido desarrollo económico de la década de 1960, los problemas constitucionales —en particular el problema de la revisión del artículo 9 renunciando a la práctica de la guerra y prohibiendo el mantenimiento de una fuerza militar— fue apartado del centro del escenario por los gobiernos conservadores y la política se centró en el mantenimiento de una saludable expansión económica... La Constitución nada dijo sobre lo que Japón haría para preservar el orden de la sociedad internacional en caso de que surgiese algún agresor como lo había hecho en una ocasión el propio Japón... [Ichiro Ozawa, ex secretario general de la LPD, desea] hacer que Japón vuelva como actor regular a la escena de la política internacional... El problema de cómo llegar a una compatibilidad entre un ejército y los principios democráticos sigue sin resolverse. En ese sentido debemos considerar que la democracia japonesa de nuestra época está incompleta... Por supuesto, las fuerzas de autodefensa serán consideradas por otros países como una amenaza si se las envía al extranjero sin modificar su actual estructura» [77].

Yamaguchi no se opone a que Japón haga una contribución a la paz y la seguridad internacionales, pero quiere que se haga legalmente, mediante un voto de los representantes elegidos por el pueblo. Al exigir esto, Yamaguchi solicita una seria revitalización del sistema político y una enmienda de la Constitución. Es posible que esto todavía se produzca. También es posible que se vea bloqueado por la burocracia económica (principalmente por el Ministerio de Hacienda y el Ministerio de Comercio Internacional e Industria), que no quiere ver de nuevo a los rivales militares en sus propias posiciones de liderazgo preeminente [78]. Están implicadas en esto fuerzas muy complejas, y llevará tiempo que el sistema político japonés resuelva estas cuestiones. También se necesita tiempo para que el resto de Asia se haga a la idea de la evidencia cada vez más palpable del poder no sólo económico sino también militar de Japón.

III

Entre los planes de Japón para la próxima década figura reasumir la responsabilidad de su propia política exterior y empezar a configurar el mundo en el cual vive en lugar de adaptarse simplemente a él. Como ya he indicado en las páginas anteriores, se enfrenta a dos grandes obstáculos en el camino hacia esa meta. Debe hacer que su economía sea más abierta a los demás y debe transformar la relación de seguridad entre Japón y América de modo que resulte aceptable para unos y para otros. Si logra realizar con éxito estas dos tareas, o incluso si fracasa en la una o en la otra, todavía tendrá que enfrentarse a una tercera tarea, que es la de ponerse de acuerdo con el resto de Asia oriental. Aun cuando el regionalismo económico, incluido el de Asia oriental, parece la forma más probable del nuevo orden mundial, la relación de Japón con Asia va mucho más allá del regionalismo económico.

A pesar de sus antecedentes de agresiones de antes de la guerra en la zona y de su intento de postguerra de ignorar a sus vecinos en todo lo posible, desde 1985 Japón ha empezado a integrar su economía con la de Asia en una división realmente horizontal del trabajo. Como señala Hideo Sato, «a fines de 1989, el comercio mensual japonés con Asia superó a su comercio con los Estados Unidos por primera vez en la historia moderna» [79]. El Acuerdo del Plaza, que elevó el valor del yen frente al dólar y por ese medio promovió la inversión japonesa fuera del país, hizo más por esta integración que la creación de zonas de libre comercio tanto en Europa como en América del norte. Pero esos hechos también hicieron que Japón prestara atención a una «era de Asia» —como modo de responder y de influir en contra de que Europa y América se convirtiesen en bloques discriminatorios [80]—. Pero la integración con Asia no es para Japón un beneficio exento de riesgos. Está plagado de peligros. Haga lo que haga, Japón está constreñido por el legado del pasado y por el hecho de que su liderazgo en Asia significa

político de noticias Asahi), ed., *●zawa Ichiro tanken* (Explorando Ichiro Ozawa) (Tokio: Asahi Shimbunsha, 1991) (Mi agradecimiento a Eiichi Katahara por llamarme la atención sobre este libro).

[77] Yamaguchi, *Journal of Japanese Studies,* invierno, 1992, págs. 155, 164, 168.

[78] El estudio más importante sobre esta materia es Katsuya Hirose, *Kanryo to gunjin: bummin tosei no genkai* (Los burócratas y los militares: los límites del control civil) (Tokio: Iwanami Shoten, 1989).

[79] *The International Spectator,* julio-septiembre, 1991, pág. 78.

[80] Kenji Suzuki usa la frase «era de Asia» en su entrevista con Takakazu Kuriyama, *Mainichi shimbun,* 29, enero 1992, edición de la tarde.

algunos sacrificios internos, algo para lo que tal vez no estén preparados ni su pueblo ni su sistema político.

El ex viceministro de Asuntos Exteriores y desde 1992 nuevo embajador de Japón en los Estados Unidos, Takakazu Kuriyama, dijo recientemente a la prensa: «El profundo remordimiento por los actos cometidos por Japón en la primera mitad del siglo XX debería mantenerse intacto en el futuro» [81]. Pero tal vez Japón no quiera o no sepa cómo hacerlo, como queda demostrado por la permanente controversia interna acerca de la destrucción de Nanjing sobre la llamada al servicio militar de mujeres asiáticas para los burdeles del ejército japonés (conocidas por la prensa japonesa con el eufemismo de *ianfu,* «chicas de consuelo»), sobre si enviar o no al nuevo emperador al extranjero para ofrecer disculpas y por la extensa ignorancia que hay en Japón de los hechos históricos más elementales [82]. Steven Weisman, jefe de la oficina en Tokio del *New York Times,* cuenta el caso de un profesor de una escuela secundaria japonesa que planteó a sus alumnos el tema de la guerra entre Japón y los Estados Unidos y al que le salieron con la pregunta: «¿Quién ganó?» [83]. En 1992, Singapur, como muchos otros países asiáticos, abrió un nuevo museo para dejar constancia de cómo fue la vida bajo el Gobierno japonés, incluida la ejecución de por los menos 40.000 residentes chinos. El primer ministro Goh Chok Tong describió los cuarenta y cuatro meses de ocupación japonesa como un período de «terror, miedo y atrocidades» [84].

Y no se trata sólo de que Japón, a diferencia de Alemania, no haya hecho esfuerzo alguno por reconciliarse con sus vecinos y de que su burocracia educacional se niegue a enseñar cosas sobre el pasado reciente. Algunos observadores sospechan que Japón nunca se enfrentará a estas cuestiones. Tamamoto se refiere a «lo que muchos asiáticos consideran en la actualidad como una débil capa de contrición que disfraza la arrogancia japonesa». Añade: «Asia sigue siendo para Japón una tentación para desnudar su chauvinismo y su engreimiento. Esto es verdad en parte porque la mayor parte de los japoneses siguen creyendo que su país es superior a Asia, aunque es claramente impresentable exteriorizar ese sentimiento» [85].

Así pues, el problema al que se enfrentan los asiáticos es hasta qué punto deben unirse a la suerte de Japón. Es comparable al problema al que se enfrentan los latinoamericanos con respecto a los Estados Unidos, aunque ni siquiera Japón puede igualar el historial de incomprensión y exacerbación de situaciones revolucionarias que tienen los Estados Unidos: pensemos si no en México entre 1910 y 1940, en Cuba desde 1959 hasta el presente, en Nicaragua durante toda la década de 1980 y en Perú en la actualidad. Para Japón, el problema tiene que ver con la necesidad de una revitalización política interna de la que ya hablamos anteriormente. La incapacidad de Japón para formular una política exterior independientemente de los Estados Unidos es una de las razones para su falta de contrición, pero esa debilidad política así como la falta de contrición dan qué pensar a aquellos que deben depender de Japón. Tal como lo plantea Seth Cropsey: «¿Acaso Japón entiende ahora que gobernar a otro pueblo sin su consentimiento —por ejemplo a los coreanos— está mal? ¿Es la forma democrática de gobierno de Tokio una concesión a la sensibilidad occidental o realmente ha sido el resultado de los años transcurridos desde la ocupación aliada? ¿Es el compromiso de Japón con el gobierno popular lo suficientemente profundo como para acudir en ayuda de otro pueblo cuya democracia se vea amenazada?» [86].

Sean las que sean las respuestas a estas preguntas, las naciones asiáticas también esperan que Japón ejerza un liderazgo concreto de vez en cuando. En una encuesta hecha por el *Nihon Keizai* en febrero y marzo de 1992, entre unos 449 profesores y hombres de negocios en 11 países asiáticos y Australia, casi el 80 por 100 dijeron que querían un bloque económico regional en el que participase Japón. Si bien más del 90 por 100 de Indonesia, Tailandia y Filipinas dijeron que verían con buenos ojos el *liderazgo* japonés de ese bloque, un 78,4 por 100 de los chinos continentales y un 54,3 por 100 de los sudcoreanos dijeron lo

[81] *Ibid.*

[82] Véase, por ejemplo, Yang Daqing, «A Sino-Japanese Controversy: The Nanjing Atrocity as History», *Sino-Japanese Studies,* 3:1 (noviembre, 1990), 14-35; Bob Tadashi Wakabayashi, «Emperor Hirohito on Localized Aggression in China», *Sino-Japanese Studies,* 4:1 (octubre, 1991), 4-27, y Kentaro Awaya, «Japanese Mustard Gas in China: Then and Now», *Sino-Jupanese Studies,* 4:2 (abril, 1992), 3-6.

[83] Steven R. Wiesman, «Pearl Harbor in the Mind of Japan», *New York Times Magazine,* 3, noviembre, 1991, pág. 47.

[84] *Asia Pacific Defense Reporter,* abril-mayo, 1992, págs. 34-35.

[85] Tamamoto, *World Policy Journal,* otoño, 1991, págs. 583-584.

[86] «On the Pearl Harbor Anniversary, Japan Still Says, "Don't Blame Me"», *The Heritage Lectures,* 353 (25, noviembre, 1991), 9.

contrario. Igualmente significativo es que todos los encuestados diesen su apoyo a la formación de bloques subregionales, o lo que el *Nihon Keizai* ha denominado «esferas económicas espontáneas» [87]. En orden de preferencia, estos minibloques son la ASEAN, el Mar Amarillo (Japón, China y ambas Coreas), la China del Sur (China costera, Hong-Kong y Taiwan) y el Mar de Japón (Japón, China, ambas Coreas y la Rusia asiática). Aproximadamente el 90 por 100 de los encuestados dijeron que les gustaría fortalecer sus vínculos económicos con Japón, el 10 por 100 querían más vínculos políticos y ninguno de ellos querían vínculos militares [88].

Esta encuesta no hace más que confirmar las tendencias internacionales y las políticas que Japón ha llevado a cabo calladamente desde mediados de la década de 1980. Por ejemplo, desde 1986, el MITI ha estado asesorando a Tailandia, Malasia, Indonesia, Filipinas, Pakistán, Sri Lanka y Bangladesh sobre el desarrollo de industrias orientadas hacia la exportación. Este asesoramiento ha chocado a menudo con la doctrina económica norteamericana, que se opone a la intervención en el mercado, pero hasta hace poco los norteamericanos no le prestaban mucha atención. Durante 1992 el MITI amplió su programa para promover industrias de sustitución de las importaciones, tratando así de reducir la dependencia que tienen los países asiáticos respecto de las importaciones provenientes de Japón [89]. Otra cosa importante es que Japón ha estado trabajando para integrar a la China continental más plenamente en la división del trabajo asiática con predominio japonés [90]. Independientemente de los antecedentes de falta de respeto por los derechos humanos en China, las empresas japonesas aumentaron el valor de sus inversiones en China en 1991 en un 69 por 100 por encima de 1990 [91]. En abril de 1992, el ministro Kozo Watanabe, del MITI, prometió a los funcionarios chinos que Japón aportaría hasta 5.200 millones de yens (38,5 millones de dólares) o el 70 por 100 de los costes de desarrollo de un nuevo polígono industrial de 536 acres en Dalian [92]. Todos estos pasos, junto con el surgimiento de Japón como fuente principal del mundo de capital a largo plazo, llevó y condicionó al primer ministro malayo, Mahathir, en 1990, a proponer la creación de un grupo económico del Este asiático [93]. Los norteamericanos se opusieron a él y quedó archivado. Pero Japón no lo ha rechazado ni lo ha suscrito, al parecer por considerarlo sencillamente prematuro.

El EAEG original propuesto por Mahathir dejaba fuera a todos los países de habla inglesa —no sólo a los Estados Unidos y Canadá sino también a Australia y Nueva Zelanda—, lo cual constituye un problema para Japón. No puede (todavía) darse el lujo de reducir su dependencia respecto de los mercados de los Estados Unidos y Europa y confía en que nunca tendrá que hacer esa elección. Tal como el consejo editorial de *Kankai* (mundo burocrático) dijo sobre las tensiones que rodean a la publicación del más reciente libro blanco del MITI sobre comercio internacional:

> «El MITI se encuentra actualmente en su punto más decisivo. Si se equivoca en la dirección que debe tomar, el MITI y junto a él la economía japonesa podrían sufrir graves daños. Así pues, ¿hacia dónde debería avanzar el MITI? En primer lugar, habría que restringir aunque fuese un poco el impresionante crecimiento de los bloques económicos. No es posible actualmente desmembrar los bloques económicos que se están formando en Europa y los Estados Unidos, pero el MITI debe actuar a fin de vencer su «exclusividad» en la mayor medida posible. Por otra parte, tal vez sea necesario tratar con cuidado al grupo económico del Este de Asia (EAEG) de Japón, a los NIE y ASEAN asiáticos y a China. Tal vez "responder a un bloque con otro" propicie la vuelta a la mayor esfera de coprosperidad del Este de Asia. Aunque Japón no es ya la gran potencia militar que otrora fue, en la medida en que es con mucho la mayor potencia económica del Este de Asia, una EAEG en la que participase Japón no podría evitar el quedar marcada por ese tipo de carácter. A fin de escapar al desarrollo de bloques económicos mundiales exclusivistas y al proteccionismo, Japón y el MITI

[87] *Nihon keizai shimbun,* 9, marzo, 1992, edición de la mañana, pág. 2.
[88] «Asian Opinion Makers Want Japan to Lead Region, Poll Shows», *The Japan Digest,* 22, abril, 1992, pág. 2.
[89] «MITI Enlarging Role in Asia», *Nikkei Weekly,* 4, abril, 1992.
[90] Véase Chalmers Johnson, «Where Does Mainland China Fit in a World Organized into Pacific, North American, and European Regions?», *Issues & Studies,* (Taipei), 27:8 (agosto, 1991), 1-16.
[91] «Japan Firms Invest $700 Million in China», *Nikkei Weekly,* 4, abril, 1992.
[92] «MITI Minister, in China, Pledges to Finance Dalian Industrial Park», *The Japan Digest,* 20, abril, 1992, pág. 2.
[93] Linda Low, «The East Asia Economic Grouping», *The Pacific Review,* 4:4 (1991), 375-382.

> deben... ofrecer un liderazgo... que incluya una apertura parcial sobre el arroz. Probablemente sea necesario, cuando uno pide a su socio que derrame su sangre, derramar también parte de la propia» [94].

No se trata sólo de que Japón vierta *parte* de su propia sangre; tendrá que reemplazar a los Estados Unidos como principal mercado para las exportaciones del Este asiático. Esta es una idea que hace reflexionar a muchos japoneses. En 1987 los Estados Unidos recibieron el 35,1 por 100 de las exportaciones del NIE mientras que Japón sólo recibió el 11,5 por 100 y el NIE recibió el 26,4 por 100 de sus importaciones de Japón y sólo el 16,2 de los Estados Unidos, dejando a éstos con un déficit de 37.200 millones de dólares y a Japón con un excedente de 21.000 millones. Japón también tendría que abrir su mercado a la inversión asiática. En 1989 la inversión exterior directa en la Alemania occidental, por ejemplo, llegó al 17 por 100 de sus activos, mientras que la cifra de Japón fue del 1 por 100 [95]. Sakutaro Tanino, jefe de la oficina en Asia del Ministerio de Exterior, comenta: «Cuando se menciona la *Reaganomics* americana, su lado negativo se ve resaltado porque la política produjo un doble déficit [el comercial y el presupuestario]. Sin embargo, no hay que olvidar el hecho de que como consecuencia de ello los Estados Unidos pasaron a absorber gran parte de los productos del Este asiático... Pero si el presente Gobierno de los Estados Unidos se enfrenta seriamente a sus déficit financieros, las cosas no seguirán como antes. En el futuro, el problema será quién va a absorber los productos de esta región y a mantener la prosperidad de la economía del Este de Asia. Considero que tendrá que ser Japón» [96].

Para que esto ocurra habrá que ejercer desde fuera de Japón una presión política seria, y como parte de esa presión, los Estados Unidos tendrán que empezar a retirarse de la zona. Mientras que los Estados Unidos sigan dando a todos los problemas regionales «un aspecto de guerra fría» y sus fuerzas militares sigan allí con el pretexto de mantener la estabilidad de la región, nada cambiará, como no sea la progresiva bancarrota moral y financiera de los Estados Unidos. «En suma —escribe Olsen—, el resurgimiento de las tensiones regionales endémicas de Asia puede ser inevitable y en última instancia saludable. Su perspectiva no es razón para perpetuar un ambiente artificial de guerra fría a fin de evitar la liberación de la dinámica reprimida. El argumento de que los Estados Unidos deben seguir como fuerza estabilizadora para evitar que Estados asiáticos excesivamente poderosos desbaraten el equilibrio es una rémora de la guerra fría» [97]. Como una de las pocas naciones que pueden proyectar poder, los Estados Unidos tal vez deseen permanecer en Asia para preservar sus propios intereses, pero todo lo que están haciendo en la actualidad es preservar un *statu quo* estable que ya no se pueden permitir.

Si Japón encara la cuestión asiática, por ejemplo, abriendo su mercado y empezando a asumir la responsabilidad de su propia defensa, su camino estará plagado de posibles conflictos con los Estados Unidos. Esos conflictos no surgirán por el hecho de que América necesite un «enemigo» para reemplazar a la Unión Soviética, ni por el racismo americano, ni por el triunfo de Japón, ni por revisionismo, ni porque los trabajadores norteamericanos sean vagos, como suelen sostener los apologistas de Japón. Tal vez se produzcan porque los propios Estados Unidos no hayan encontrado todavía el liderazgo político y tengan que enfrentarse a las implicaciones de que también ellos se han convertido en una nación «normal». Los problemas que rodean a la búsqueda por parte de Japón de un papel «normal» surgen del hecho de que Japón no es un país normal. Es un gigante económico y un pigmeo político. Esta distorsión ha sido una consecuencia no buscada de la estrategia seguida por los Estados Unidos durante la guerra fría. Pero los Estados Unidos también han sido distorsionados por su guerra fría, por su papel de superpotencia, un papel que ahora deben abandonar. El reconocimiento de esto podría servir como base para forjar unos papeles normales para ambas naciones.

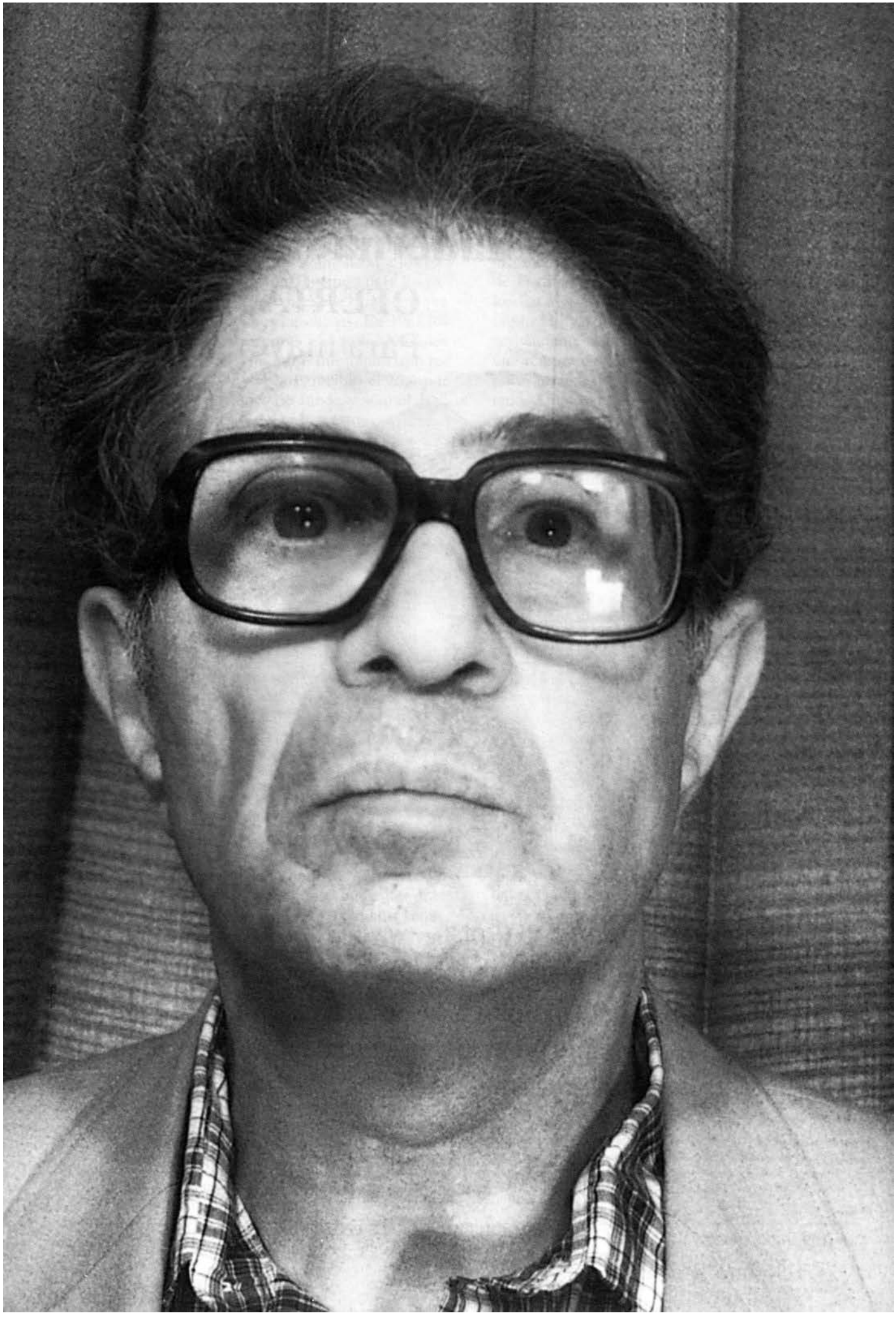
---

[94] *Gekkan kankai,* agosto, 1991, págs. 102-111.

[95] Hideo Sato, *The International Spectator,* julio-septiembre, 1991, págs. 83-87.

[96] Diálogo entre Masao Okonogi, profesor de la Universidad de Keio, y Sakutaro Tanino, director de la Oficina de Asuntos Asiáticos, Ministerio de Asuntos Exteriores, «To Ajia hendo e chikasuimyaku» (Influencias subterráneas orientadas al cambio en el Este de Asia), *Gaiko Forum,* febrero, 1992, págs. 4-16 (la cita se traduce de la pág. 15).

[97] Edward A. Olsen, *Asian Survey,* diciembre, 1991, pág. 1153.



TOM BOTTOMORE

Ralph Miliband

La repentina muerte de Tom Bottomere en diciembre de 1992, a la edad de setenta y dos años, ha privado al mundo de la sociología y a los estudiosos del socialismo de uno de sus más competentes profesionales. Le conocí en el London School of Economics, donde fuimos compañeros y donde estuvo dando clases de 1952 a 1964. En aquellos años Tom se creó una firme reputación como sociólogo y como estudioso del marxismo, y esta reputación fue aumentando con los años y con la publicación de una serie de importantes trabajos. En 1956 publicó (junto a Maximilien Rubel) *Karl Marx: Selección de escritos de sociología y filosofía social,* que introdujo a los lectores de habla inglesa a los primeros textos de Marx, que entonces eran muy poco conocidos, y continuó profundizando en esto con sus propias traducciones, en 1963, de las obras de Marx *Sobre la cuestión judía* y los *Manuscritos económico-filosóficos.*

Bottomore fue catedrático de Sociología en la Simon Fraser University de Vancouver desde 1965 a 1967, y en 1968 se le nombró catedrático de Sociología y Antropología de la Universidad de Sussex, donde permaneció hasta su retiro en 1985. Por aquel entonces había escrito, editado y traducido obras tales como *Elites y sociedad* (1964), *Clases en la Sociedad Moderna* (1965), *Austro-Marxismo* (junto a P. Goode), que consistía en una selección de escritos de una corriente de pensamiento marxista con la que él simpatizaba mucho, *Sociología política* (1984) y *La Escuela de Frankfurt,* publicado en ese mismo año. Como editor adjunto de *El Diccionario del Pensamiento Marxista,* tuve numerosas oportunidades de admirar la habilidad que Tom mostraba en la revisión, mejorando, y en algunas ocasiones casi reescribiendo, notas que por unas razones u otras encontraba incompletas. En esencia, el *Diccionario* debe el considerable éxito que ha tenido en Inglaterra, Estados Unidos y en otros lugares al trabajo que Tom realizó como editor.

Tom Bottomore estuvo comprometido a lo largo de su vida con una versión del socialismo que no era ni una tímida socialdemocracia ni un comunismo dictatorial. El era, en el sentido más literal de la palabra, un socialista independiente, indiferente a los caprichos y modas que forman (y deforman) el pensamiento marxista, y severamente crítico con el desvalorizado catecismo de Estado en el que se convirtió el marxismo en la Unión Soviética y en otros países comunistas. A pesar de su admiración por Marx y de su profunda preocupación de que éste fuera mejor entendido y más apreciado, no se convirtió en su defensor a ultranza; por el contrario, aplicó al estudio de Marx el mismo espíritu crítico que aplicaba al estudio de cualquier otro pensador, y esto le ayudó a valorar a escritores que pertenecían a diferentes tradiciones. Este espíritu crítico e independiente fue qui-

zá el distintivo intelectual más característico de Tom que queda patente en el último libro que escribió, *La economía socialista: teoría y práctica,* donde Tom ofrece, en contra de la sabiduría convencional de nuestros días, una vigorosa defensa de la propiedad pública y planificada. Este espíritu inspiró su pensamiento y le convirtió en un extraordinario profesor: el día de la celebración de su retiro de la Universidad de Sussex fue la oportunidad para muchos colegas y alumnos licenciados de rendirle homenaje. Era un intelectual socialista ejemplar, sobrio, consistente, erudito y profundamente comprometido con los valores democráticos e igualitarios de los que el capitalismo carecía y que él asociaba intrínsecamente al socialismo.

En estos últimos años se tomó gran interés por la revista *El Socialismo del Futuro*. Tom fue el editor del primer número de la edición inglesa de la revista, y estaba trabajando en el segundo número cuando murió. Se echará mucho de menos su asesoramiento en la dirección de la revista y también su participación en los debates sobre el futuro del socialismo.